MÓNICA SOLDEVILA

UNA CASA EN MANILA



Una casa en Manila

Mónica Soldevila

A Tiffany y a Noemí, mis hijas y mayores tesoros,
a las que quiero con locura y admiro
por lo que son, dos mujeres maravillosas

A mi abuela, mi mamá Amparito, porque me crio
con el corazón y el amor de una verdadera madre,
porque fue el mejor ejemplo a seguir y equilibró mi vida
con su sincero cariño. Te echo tanto de menos…

A mi abuelo, mi papá Miguel, un hombre bueno
y apasionado por la lectura, porque entre otras cosas
coleccionaba las novelas con las que me aficioné a leer siendo una niña

Me acompañáis siempre

PRIMERA PARTE

1

Almansa, 17 de mayo de 1874

Los militares lo esperaban en el salón.

Luzgarda de Lara lloraba en silencio mientras le preparaba unas mudas para el viaje.

En el despacho, Javier trataba con su padre los temas más importantes de la economía de la casa y cómo gestionarlos desde entonces, porque él estaría ausente.

—Hijo, en cuanto salga por esa puerta, tú serás el cabeza de familia. Recuerda todo lo que te he enseñado, porque de ti dependerá ahora que nuestro hogar siga disfrutando del mismo bienestar y desahogo —dijo mostrándole los libros de cuentas—. Si administras correctamente el patrimonio y las rentas, nunca padeceréis de estrecheces. Bien al contrario. Preserva a tu madre en todo lo posible, ya sabes que está delicada de salud, y protege a tu hermana Carmen, aún es muy niña para entender las cosas. Siento tanto tener que dejaros… Te aseguro que, si pudiera volver atrás, no tomaría los senderos de la política; es por su causa que hoy debemos separarnos.

José María Pérez se miró en el espejo. A sus recién cumplidos cincuenta, conservaba un denso cabello oscuro con las entradas plateadas y el vigor de sus veinte años, era bien parecido y ponía especial atención en cuidar de su aspecto. Sacó del bolsillo oculto de su pantalón el antiguo reloj de su abuelo, desprendió la leontina de

oro que lo sujetaba al chaleco y se lo entregó a su hijo.

—Ahora es tuyo, cuídalo bien.

Javier sabía que era prematuro recibir ese legado, pero lo aceptó agradecido en vista de las terribles circunstancias.

—Papá, ¿cuándo podrás volver?

—No depende de mí. He sido condenado al destierro y mi futuro es incierto, pero debéis seguir adelante. Te prometo que encontraré la manera de comunicarme con vosotros en cuanto me sea posible.

Tomó sus libros preferidos de la biblioteca y los metió en la valija, entre la ropa. Besó a Luzgarda y a sus hijos, se puso el sombrero y marchó calle abajo escoltado por los mismos militares que vinieron a buscarlo la primera vez.

El juez sentenció que el destierro a las colonias españolas, en la remota isla de Guam, situada al sur de las Islas Marianas, sería el castigo más ejemplar. Allí sufriría el ostracismo hasta el final de sus días. La expulsión a tierras lejanas acallaba las voces y servía de rotundo ejemplo, una advertencia para futuros políticos beligerantes.

El abogado pidió el favor de no ser esposado todavía, sabía que sus vecinos saldrían a la calle o se asomarían a la ventana para verlo pasar. Hasta que fue denunciado y detenido, José María Pérez era considerado un hombre afortunado. Lo tenía todo: una esposa admirable, unos hijos maravillosos y la casa más señorial. Muchos se alegrarían de verlo caer a causa de la envidia, ese recalcitrante sentimiento ancestral tan enraizado en el fondo del ser humano y que él conocía bien por su trabajo de letrado.

Lo embarcaron en un navío junto con casi trescientos deportados de toda clase y condición. Sentado en el catre de su exiguo camarote, los largos días de navegación le dieron que pensar y maduró la idea de escabullirse a su llegada a la bahía de Manila. Sabía por los marineros que la escala en la isla de Luzón, la más

grande del archipiélago filipino, sería la última parada obligatoria antes de terminar el viaje programado hacia la isla de Guam.

Casi cinco semanas después echaban el ancla, fondeando de madrugada a dos millas del puerto de la capital manilense. A causa del poco calado, la carga de provisiones y el reabastecimiento de agua dulce solían realizarse por medio de lanchas y vaporcitos, que iban y venían trasladando mercancías y pasajeros hasta tierra firme. Aún no rayaba el alba y aprovechando un descuido de los marineros que subían y bajaban distraídos por la escala de gato con fardos al hombro, se zafó como uno de ellos con los pantalones y las mangas de la camisa remangados, oculto entre los bultos de una de las pequeñas naves, y desembarcó poco después para poner al fin los pies en tierra firme tras la penosa travesía.

Su único propósito era llegar a una dirección en Manila que recordaba de memoria, donde vivía uno de sus buenos amigos del Partido Republicano. Se habían conocido unos años antes, en Madrid, y no perdieron el contacto. Nunca imaginó que esa antigua amistad, afianzada por un ininterrumpido intercambio de correspondencia a pesar de la distancia, le salvaría definitivamente la vida y cambiaría por completo su destino.

Una vez fuera de los muelles, preguntó a la gente del lugar y, siguiendo las indicaciones, logró llegar frente a un magnífico palacio colonial. Al intentar traspasar el control, fue rodeado por la guardia personal del gobernador general de Filipinas, que apuntó directamente los fusiles a su enmarañada testa.

—¡De rodillas, con las manos detrás de la cabeza! —le ordenaron.

Tagubanua, el joven ayudante que abrió la puerta para saber lo que ocurría, se sobresaltó con el ímpetu de aquel extraño español barbudo y desgreñado que gritaba y repetía, una y otra vez, desesperado, el nombre del hombre al que buscaba.

—¡Por favor, necesito hablar urgentemente con don Armando Bravo Gabaldón! —clamaba a los cuatro vientos.

Armando, al oír los gritos desde su cama, apareció en lo alto de la escalera con su impresionante figura de más de ciento cuarenta kilos y sus largos bigotes. En camisón y gorro de dormir, bajó los escalones de dos en dos, desenvainó a su paso uno de los sables que lucían colgados en la pared de cuando sus antiguas hazañas bélicas y se dirigió hacia el intruso que, inmovilizado y bocabajo, repetía ofuscado: «¡Quiero ver a don Armando Bravo Gabaldón!».

Cuando el gobernador ordenó levantarlo, se plantó delante de su antiguo compañero e, incrédulo, lo reconoció al instante, a pesar del tiempo transcurrido y de su lamentable aspecto.

—¿Será posible? ¡Que no se mueva nadie y bajen las armas! —ordenó a sus soldados. Dejó caer el pesado sable sobre el suelo empedrado y exclamó—: ¡Por todos los santos del cielo, Pepe!

Los dos hombres se estrecharon en un sentido abrazo.

—Pero hombre, ¿qué haces tú en el umbral de esta casa filipina, tan lejos de España y en semejante estado? ¿En verdad eres tú o es tu fantasma barbudo y depauperado el que nos visita a estas horas tan tempranas?

José María solo pudo contestar con una sonrisa triste, dejándose abrazar por su querido compatriota, que lo levantaba en volandas emocionado mientras Tagubanua contemplaba boquiabierto la escena.

—¡No te preocupes, muchacho! Nada hay que temer de este náufrago barbón que, aunque haya llegado montando un inopinado escándalo y venga hecho un desastre, resulta ser un viejo camarada mío. Por favor, sube y avisa a la señora Manuela de que tanto barullo no ha sido, en realidad, más que mucho ruido y pocas nueces. Dile que ya puede desatrancar la puerta de la alcoba y guardar el viejo

mosquetón de su abuelo, ¡no se ha desatado revolución alguna, como ella temía! —Rio de oreja a oreja y se llevó a José María al interior del palacio con el brazo sobre su hombro.

Acomodados en el despacho, Bravo Gabaldón tranquilizó a su amigo y le invitó a darse un baño con urgencia. Hizo llamar a su barbero personal, que se encargó de cortarle el pelo, adecentarle las barbas y perfilarle los bigotes. Recibió ropa limpia, recuperando así buena parte de la dignidad y la apariencia del día que lo sacaron de su casa a la fuerza. Disfrutó de una exquisita comida en compañía de Armando y de Manuela, su esposa, que lo recibió con una calurosa bienvenida.

José María les narró sus desventuras durante la travesía, en la que sufrieron una considerable escasez de alimentos provocada por una bacteria en los toneles de víveres, seguida de un pequeño brote de cólera y el temor a la piratería. A pocas jornadas de alcanzar la costa, la tripulación cumplía estrictos turnos de vigilancia con el fin de detectar posibles acercamientos de las naves más temidas en aquellas aguas atestadas de piratas del Joló.

—¿Tan peligrosos son? —quiso saber el recién llegado.

—Mucho y me tienen frito ya. Además, nos odian ferozmente a los castilas —suspiró el gobernador, que elevó las dos manos al techo ornamentado del refinado salón—. ¡No hay forma de acabar con ellos!

—¿Nos llaman «castilas»?

—Sí, Pepe, es el apelativo que recibe cualquier español en esta parte del mundo desde los primeros colonizadores, pues la mayoría provenían de la zona de Castilla. Hoy en día les da igual que hayas nacido en Ribadavia o en Morón de la Frontera, eres y serás siempre un castila. Empieza a acostumbrarte.

—¡Vaya! También ignoraba que la práctica de la piratería fuera tan

habitual.

—Lo es —intervino la encantadora Manuela, abanicándose con coquetería—. Mi esposo se pasa la vida persiguiéndolos en su cañonero armado hasta los dientes. El mar que nos rodea está infestado.

—Además —prosiguió José María con vehemencia—, escuché a dos marineros hablar de las duras condiciones de vida en las Islas Marianas. Aseguraban que algunos desterrados morían a las pocas semanas de su desembarco en Guam, a causa de las fiebres, la disentería o las colitis.

—¡Sobre todo por las colitis, amigo Pepe! Imagino que eso acabaría por convencerte de que valía la pena arriesgarse a escapar sin medir las consecuencias. En tu lugar, yo hubiera hecho lo mismo. Es preferible morir como un valiente en un intento de fuga que perecer en las Marianas entre sudores y diarreas, te lo aseguro.

—Pero ¿por qué has sido condenado? —inquirió Manuela—. ¿Tan grave es el delito cometido?

Su imprevisto invitado respiró hondo.

—El año pasado, después de la abdicación del rey Amadeo I de Saboya, se proclamó la Primera República en España —comenzó a narrar con serenidad resignada, pensando en los hechos que le habían llevado a estar sentado a aquella mesa—. Yo era miembro del Partido Republicano, estaba muy comprometido con la política, mi gran pasión, y formaba parte de la facción más izquierdista de mi bando, de esos diputados a los que llamaron los Intransigentes.

—Los Intransigentes —subrayó Armando para que Manuela juzgase el contexto— eran conocidos por su viva impaciencia y apoyaban la introducción urgente de las reformas sociales necesarias para aliviar las difíciles condiciones de vida del pueblo español bajo la inconstante monarquía. Fue entonces cuando se engendró la

rebelión que se convirtió en la Revolución cantonal.

—Gracias por la explicación, señor gobernador… —Sonrió con dos suaves pestañeos—. Pero ya sabes que leo los periódicos y las gacetas, y me informo bien de los acontecimientos importantes que suceden bajo el sol de España. Aunque a veces lleguen con semanas de demora. Sé que la sublevación para conseguir el Estado federal tenía su plaza fuerte en Cartagena, y que fue apoyada por las masas que se echaron a la calle para defender sus derechos. Murcia, Valencia y Andalucía la siguieron…

—Cierto, convirtiéndose en una realidad muy patente en más de treinta provincias por todo el mapa peninsular —apuntó el político desterrado con un brillo en los ojos—. En todas ellas, se constituyeron cantones independientes.

—Hasta que se les puso fin por medio de la fuerza militar —concluyó Manuela, tomando un sorbito de vino.

Su marido la miró embobado. Tras quince años de matrimonio, seguía tan enamorado como el primer día.

—Manuela, tus razonamientos, junto con tu belleza, nunca dejarán de sorprenderme —dijo besando su mano ensortijada—. Sea como fuere, el levantamiento fue tachado de anarquista y de grave traición por el gobierno de la nueva República. Pepe defendió públicamente la práctica de este movimiento revolucionario, una decisión que, *a posteriori*, habría de pagar muy caro.

—En efecto, el apoyo que di a la rebelión de los cantones me valió ser considerado un elemento subversivo y peligroso —aclaró asintiendo con pesar—, porque, según mis detractores, amenazaba la paz del país y obstaculizaba el trabajo del nuevo gobierno.

—Y por eso te tenemos aquí. Has cometido delitos graves de usurpación de atribuciones, sedición y rebelión contra el gobierno nacional y las Cortes Constituyentes, casi nada. Has pasado de ser

un político y abogado de prestigio a convertirte en un pobre deportado, además de prófugo. Las vueltas que da la vida…

—Así es, Armando.

—Y tú, Manuela, ¿qué opinas de todo esto? —le preguntó su esposo—. Apelo una vez más a tus imparciales dotes de arbitraje y a tu fina inteligencia.

Ella se llevó la mano a la barbilla tomando una pose pensativa. Armando ya conocía la respuesta, en esas cuestiones sus opiniones solían ser idénticas.

La réplica no se hizo esperar. Se levantó y paseó por la sala, deteniéndose frente a ellos como si se encontrase ante un jurado popular. José María aguardaba su veredicto pensando en lo mucho que Manuela se asemejaba a la alegoría de la justicia, la hermosa mujer que portaba una balanza en una mano y una espada en la otra.

—Aunque a primera vista y a todas luces, el señor Pérez, aquí presente, pueda parecer culpable —dijo señalándolo graciosamente con el dedo índice—, después de sopesar y valorar las pruebas de las que disponemos, podemos concluir que todo indica que este caballero merece otra oportunidad, ya que únicamente se le puede acusar de mantenerse fiel a sus ideales. Se le ha obligado a abandonar a su amada familia y su país, ¿no ha sufrido ya suficiente castigo? Así pues, ¡seamos indulgentes con él! —declamó con natural grandilocuencia.

—Agradezco tu breve pero extraordinaria exposición, Manuela —respondió José María, agradecido—, y suscribo lo que has dicho en mi defensa. Por mi parte, confieso humildemente que he venido a esta casa para pedir auxilio, apelando a la antigua amistad que me une a tu esposo. Conozco su poder y sé que es el único que puede ayudarme…

—Una amistad en la que puedes confiar —aseguró Bravo Gabaldón alzando su copa—. A partir de este momento, quedas bajo mi techo y protección. ¿Te han condenado a vivir como un proscrito en las colonias de esta parte del mundo? Bien, precisamente aquí es donde mando yo, y yo decreto que podrás comenzar una nueva vida. No voy a permitir que te lleven con esos chamorros salvajes de las Marianas, ¡no durarías vivo ni una semana! Luego podrás escribir un telegrama a los tuyos para que queden tranquilos. Por mi parte, voy a redactar una carta al capitán del navío del que has escapado. A estas horas, ya habrá dado la voz de alarma y sus hombres estarán buscándote por todo Manila.

Un oficial, acompañado de dos soldados, fue enviado al puerto en el coche de caballos con el escudo de la flamante casa del gobernador. Subió a bordo del barco en el que el político estuvo prisionero y solicitó reunirse con el capitán. Cuando este le recibió, se limitó a entregarle un sobre sellado y refrendado por el excelentísimo gobernador general de aquellas colonias, que contenía una carta en la que le comunicaba de su puño y letra que, a partir de ese santo día, el respetable caballero y ciudadano español, don José María Pérez, cumpliría su destierro en esas mismas tierras, quedando bajo la guarda y tutela de su legítimo gobierno. Con estas palabras, se le concedía la licencia para levar el ancla de inmediato, rumbo a su último destino y sin contar con el político entre sus pasajeros.

El capitán, un hombre cauto y temeroso que no se atrevió a rechistar ni a pedir más explicaciones, ordenó detener la búsqueda. El oficial y los dos soldados fueron acompañados hasta el reducido camarote que el abogado había ocupado durante su viaje forzoso y recogieron su equipaje junto con la media docena de libros que encontraron. Regresaron de inmediato al palacio, mientras que el

barco partió hacia la isla de Guam llevándose con él a otros infelices que no gozaron de la misma suerte.

A la mañana siguiente, bien temprano, Manuela subió a la calesa con Apanaya, su dama de compañía, y su nuevo invitado. Se dirigieron al barrio comercial de Binondo. Allí visitaron al sastre, al zapatero y al mejor sombrerero de la isla. La esposa del gobernador no permitiría que Pepe llevase los trajes y chalecos de paño grueso que se trajo en la maleta.

—Observa que, por estas latitudes y debido el intenso sol de las antípodas —decía la esposa del gobernador, que sostenía con gracia su sombrilla mientras respondía con leves movimientos de cabeza a la gente que la saludaba con respeto—, los caballeros visten tejidos claros y ligeros, calzan zapatos más livianos y protegen la cabeza con un elegante canotier. Tú no vas a ser menos, Pepe, ¡de eso me encargo yo! —dijo dándole un toquecito cómplice con el abanico.

No podía tener más suerte. Acompañado de Manuela, todas las puertas se abrían solas.

El joven Javier Pérez de Lara recibió el telegrama de su padre contándole en pocas palabras su nueva situación. Le adjuntaba la dirección del palacio del gobernador, donde se alojaría en calidad de huésped permanente. En una próxima carta ampliaría todos los detalles de lo ocurrido. Confiaba en que eso tranquilizase a su familia.

Javier, en el telegrama de respuesta, le anunció la triste noticia de la muerte de Luzgarda.

José María calculó que la desgracia debió de ocurrir cuando iba de camino a su deportación, navegando cerca del canal de Suez. ¡Él estaba falsamente convencido de que los suyos habían quedado a salvo en España! Con este revés, su amargura fue infinita. Había

perdido a su esposa y se encontraba a once mil kilómetros de las personas que más amaba.

Cuatro semanas más tarde, José María recibiría la primera correspondencia marítima regular desde la península, dentro de un sobre enlutado bordeado de una franja negra en las orillas. La expresión de duelo habitual por la pérdida de un ser querido.

Almansa, 27 de junio de 1874

Papá:

En estas letras puedo extenderme contándote todo lo sucedido desde que sufrimos tu ausencia.

Mamá se vio muy afectada por tu partida, enfermando gravemente a pesar de recibir todo nuestro cariño y los mejores cuidados por parte de la tía sor Milagros, que pidió permiso al obispo para salir del convento y venir a vivir con nosotros.

Al final todo fue en vano, nuestra madre se negaba categóricamente a tomar alimento y nadie conseguía sacarla de su postración. Te aseguro que hicimos lo que pudimos, pero un día, a causa de su gran debilidad, ya no pudo ni levantarse de la cama. Murió en su lecho pocos días después, susurrando tu nombre.

Los médicos certificaron su fallecimiento asegurando que fue provocado por una influenza estacional, agravada por una considerable anemia perniciosa que la dejó sin defensas y la consumió sin remedio.

Al día siguiente, la enterrábamos en el panteón junto a las tres últimas generaciones de los De Lara, tal y como ella deseaba.

Hemos sufrido mucho, pero lo sobrellevamos lo mejor que podemos.

Carmen está bien. Nuestra tía la atiende como una segunda madre. Al ser informado de las tragedias que ha soportado nuestra desdichada familia, el señor obispo le ha concedido otro permiso, esta vez indefinido, permitiéndole quedarse con nosotros.

Nos consuela saber que te encuentras seguro y con buena salud, acogido en la casa de tu amigo el gobernador.

Ten la certeza del amor que te prodigamos y recibe en esta carta todo nuestro amor. Carmen y la tía Mili te mandan muchos besos.

Hasta pronto, se despide tu hijo,

JAVIER

2

Valencia, 2 de julio de 1877

Después de mantener el encuentro con el señor rector, Francisco Anastasio Soldevila salió atravesando el patio de la facultad, que en ese momento se hallaba bañado por el sol, repleto de geranios, rosales y jacarandas en flor. Pasó por debajo del arco principal y miró una última vez hacia atrás con nostalgia antes de tomar la calle de la Nau.

La cita era en el local de siempre con sus compañeros más íntimos. Se despedirían sentados alrededor de la misma mesa en la que, desde el primer año de estudios, habían compartido sus sueños y tribulaciones, sus alegrías y sus penas.

La taberna de Miquelet era conocida por su bullicio estudiantil. Los alegres tintineos de tazas, platos y vasos solo se silenciaban entrada la noche, cuando los últimos clientes volvían a su casa y se barría cada rincón de la sala.

—¡Hombre, Soldevila! Ya solo faltabas tú, te hemos guardado un sitio —le llamó su amigo Javier, sacándolo de sus pensamientos. Los demás le hacían gestos de bienvenida, cantando y vitoreando su nombre.

El grupo estaba formado por jóvenes promesas de la medicina, con la excepción de Javier Pérez de Lara, graduado varios años antes en la carrera de Leyes y amigo inseparable de Francisco. Javier había llegado esa misma mañana a la ciudad con la intención de

presentar unos documentos en el palacio de Justicia de la capital valenciana y regresaría en compañía de su amigo en el mismo tren a Almansa, su ciudad natal, donde ambos tenían su hogar y su familia.

Francisco les resumió su entrevista.

—¿A don Gregorio Sanz le han gustado los galanes de Por Larrañaga? —preguntó uno de ellos—. ¡Eran los mejores puros que podíamos encontrar en toda Valencia!

—Por supuesto. Estaba francamente satisfecho con el obsequio.

—¡Le echaremos de menos, hemos sido muy afortunados de tenerlo como rector! —dijo Constantino, otro de sus compañeros.

—¡Brindemos a la salud de don Gregorio! —celebraron al unísono.

Advirtiendo que los vasos estaban casi vacíos, el recién llegado se ofreció a invitarlos.

—¡Esta la pago yo! Señor Miquelet, por favor, una ronda de chatos y ¡pónganos un plato grande de jamón serrano!

—¡Enseguida, señorito! ¡Marchando una ronda de chatos y un plato de jamón! —ordenó al joven camarero.

—¿Os acordáis de los grandes momentos que hemos vivido entre estas cuatro paredes? Lo que hemos discutido sobre las prácticas en el hospital y las primeras disecciones con el doctor Cristóbal Mora… —evocó Crisóstomo, uno de los alumnos más aventajados en cirugía —. ¡Esas clases sí que fueron impresionantes!

—Nuestro apreciado profesor de anatomía, ¿cómo olvidarlo? —reconoció Constantino, agradecido—. Parece que haya pasado un siglo, ¿verdad? Fue el primero en abrir ante nosotros un cuerpo humano y ponernos frente al moderno microscopio Nachet. Mora era un verdadero devoto del mundo de la anatomía microscópica.

—Lástima que muriera prematuramente, justo cuando estaba en el cenit de su carrera —recordó Francisco—. Pero entonces llegó don Augusto Sandoval, al que también le debemos muy buenas

enseñanzas. Sus teorías evolutivas nos descubrieron nuevos horizontes.

—¡Y tanto! —afirmó Crisóstomo—. Gracias a él, conseguimos una sala especial para las disecciones y un laboratorio con los aparatos más modernos. Por cierto, ¿habéis leído el libro que acaba de publicar? *La morfología humana del futuro*. Estoy deseando echarle un vistazo, seguro que defenderá a capa y espada la teoría del darwinismo.

—¿Qué os parece si hablamos de otra cosa que no sea sobre medicina? —protestó Javier—. Solo a mí se me ocurre tener tantos amigos médicos, mirad que sois pesados. ¡Mejor hablemos de señoritas!

—¡Otro buen tema de conversación! Os diré que mi padre ya tiene pensado incluso con quién debería desposarme. —Respiró hondo Constantino, poniendo los ojos en blanco—. Su familia es íntima de la mía y nos conocemos desde niños. Yo tenía otros planes… —se lamentaba—, quería viajar por Europa antes de volver a casa para consagrarme al trabajo y «sentar la cabeza», como dice mi querida madre.

Los amigos asintieron dándole la razón, a excepción de Francisco, que estaba deseando llevar al altar a la preciosa Carmen Pérez de Lara.

—¿Y tú? —le preguntó Javier con un guiño—. ¿Cuándo piensas casarte con Carmen?

—¡Si por mí fuese, ahora mismo! Pero tu encantadora hermanita no ha elegido a un novio con muchos posibles y, por el momento, habrá que esperar. Soy más pobre que una rata de alcantarilla —argumentó Francisco, que sacó cómicamente un dedo por el pequeño agujero del bolsillo de la chaqueta.

La camarilla lo celebró con muecas y ademanes de enamorados,

dándole palmaditas en la espalda y revolviéndole el pelo. Francisco se reía y claudicaba alzando las manos.

—¡Otra ronda, señor Miquelet, a esta invito yo! —exclamó Javier Pérez de Lara, contento de ver a sus amigos por fin graduados.

Francisco se despidió de la habitación que había ocupado durante los últimos años de estudio. Era pequeña y sencilla, bien iluminada, amueblada con una cama mullida, una mesita de noche y el escritorio ya despejado, pero hasta la víspera repleto de libros y manuales. Le entregó la llave a la señora Eduvigis, la dueña de la pensión que lo trató como a un hijo y que le decía adiós con un sonoro beso, muy emocionada. Después tomó sus dos valijas y, con el maletín de médico debajo del brazo, se dirigió a la estación del ferrocarril. Caminaba a grandes pasos con elegancia y naturalidad. Era alto y atractivo, de grandes ojos oscuros y con el cabello de color bermejo, del que a menudo apartaba una mecha rebelde hacia atrás de un soplido. En su cara pecosa siempre lucía una sonrisa y su mirada era franca, la misma que heredó de su padre.

«¡Qué orgulloso estaría hoy de mí, viéndome por fin licenciado!», pensó de camino al ferrocarril. Su formación académica había terminado. Tras de sí quedaban las noches en vela de intenso estudio. En casa le aguardaban su madre y sus dos hermanos, juntos celebrarían su llegada.

Javier Pérez de Lara esperaba en el andén, aventándose con el sombrero para combatir la bochornosa temperatura de ese soleado día.

—¿Qué te parece, Francisco? ¡Cuántos viajes hemos compartido tú y yo en este tren! —dijo bufando. Subieron de un salto al vagón y buscaron sitio para las maletas de su amigo. Afuera ya sonaba el silbato del jefe de estación.

—¡Pasajerooos al treeen! —gritó levantando la banderita en

dirección a los últimos rezagados del andén.

Se acomodaron frente a frente al lado de la ventanilla y recordaron su primer encuentro, años atrás, coincidiendo en el mismo vagón de segunda clase.

—¡Qué rápido ha pasado el tiempo! ¿No crees?

—¡Claro! Aún me parece verte ofreciéndome el cucurucho de churros. Solo por eso ya me caíste bien de buenas a primeras.

El día en que se conocieron, Javier se presentó el primero exhibiendo una gran sonrisa y acercándose con la simpatía que le caracterizaba. Se sentó a su lado con ganas de conversar.

—Yo a ti te conozco… Estudias en la facultad de Medicina, ¿verdad? —preguntó mientras se quitaba el abrigo. Sacó un cucurucho de papel encerado donde todavía humeaban unos churros que había comprado de camino.

—¿Quieres? —le ofreció.

—¡Sí, muchas gracias! —se alegró Francisco. Cogió uno y se lo llevó a la boca; esa mañana, con las prisas no había tenido tiempo de desayunar.

—Soy Javier Pérez de Lara —dijo tendiéndole la mano que le quedaba libre—, y me parece que tú estás en los mismos estudios de medicina que un par de amigos míos.

—Claro, ahora caigo, a veces hemos coincidido en la taberna cerca de la facultad, donde nos comemos los bocadillos. Estabas con Crisóstomo y Constantino.

Su nuevo compañero de viaje afirmó con la cabeza, dándole otro mordisco al churro y sacudiéndose con la mano el azúcar que había caído en la solapa de su chaqueta.

—Es un placer conocerte. Soy Francisco Anastasio Soldevila, también vivo en Almansa. Nos mudamos hace un año. Y muchas

gracias por invitarme, ¡estaba muerto de hambre! —Sonrió contento, dejando a un lado los apuntes que tenía pensado repasar durante el viaje.

—¡Coge otro, hombre, que se enfrían y no valen nada!

Javier terminaba por entonces el último año de la carrera de Leyes, resuelto a seguir los pasos de su padre, el abogado don José María Pérez, bien conocido por sus claras ideas políticas dentro del Partido Republicano, del que había sido elegido diputado a las Cortes por Albacete. Sin embargo, eso ya era historia.

Le explicó que, desde hacía pocos meses, su padre residía en Manila, la capital de la isla de Luzón, en el archipiélago filipino, y, por tanto, él, su hijo primogénito, había pasado a gestionar la economía familiar, convirtiéndose en el tutor de su hermana menor, Carmen.

—Disculpa la indiscreción, pero ¿qué hace tu padre tan lejos, nada menos que en Filipinas?

—Fue deportado por causas políticas —contestó con un mohín de disgusto.

Javier empezó a relatar los hechos cuando el tren iniciaba su lento y suave traqueteo. Francisco Anastasio escuchó a su nuevo amigo hasta el final sin pestañear.

—Pero qué suerte la suya… ¡Esta historia es increíble! Cualquiera no tiene un amigo gobernador, y menos todavía en Filipinas y de camino al destierro.

—En efecto, son estas cosas las que me hacen creer en el destino. En contadas ocasiones, aparecen personas valiosas en nuestra vida que nos ayudan a superar los obstáculos. Ya ves que, en este caso, el obstáculo era realmente monumental. ¿Quién les iba a decir, la mañana que los presentaron en las Cortes de Madrid, lo que acontecería años más tarde? Siempre habíamos oído hablar de Armando Bravo Gabaldón. Mi padre nos contaba que poseía una

extensa formación militar, que era un hombre polifacético, enérgico y sumamente respetado en su círculo político. Los dos cultivaron una estrecha relación, de ahí la gran amistad entre ambos. Después le ofrecieron ese puesto, pudiendo concluir así su brillante carrera político-militar en el cargo de gobernador general de Filipinas.

—Lo que me acabas de contar daría perfectamente para escribir una novela…

—Seguro. —Sonrió su interlocutor—. ¡Una novela de aventuras! Quien la leyese pensaría que es pura fábula.

Cuando el tren comenzó a reducir su marcha y se prepararon para descender en Almansa, sus destinos parecían ya unidos para siempre. Francisco estaba a medio camino de diplomarse como médico cirujano y Javier finalizaría la carrera de Leyes ese mismo año, pero los jóvenes estudiantes quedarían en verse a menudo. Con esas y otras confidencias, se creó entre ellos un valioso vínculo que, aunque no lo imaginaban, se prolongaría durante toda la vida.

La villa de Almansa era rica y trabajadora, tradicionalmente conocida por sus muchos talleres artesanos de fabricación de zapatos. No en vano, los almanseños se contaban entre los españoles mejor calzados y presumían luciendo por sus calles empedradas el último grito en diseño de escarpines, botas, botines y alpargatas. Esos mismos zapatos partían hacia las tiendas de los pueblos y las ciudades de los cuatro puntos cardinales de la geografía española, a bordo de los vagones de carga del moderno ferrocarril o sobre los carros de los arrieros que se encargarían de entregarlos puntualmente en los negocios.

La casa de la familia Pérez de Lara estaba situada en la céntrica calle Torralba, cerca de la capilla del Rosario, desde donde se divisaba el antiguo castillo almohade construido sobre el cerro del

Águila, importante símbolo de la ciudad.

Javier, muy parecido a su padre, era un moreno gallardo de complexión robusta y expresión decidida. Se asemejaba también a su progenitor en la pose señorial y las buenas dotes para la oratoria. Heredó su barba imponente y se dejó crecer el bigote al estilo imperial, tan de moda en aquellos años. Eso le hacía parecer mayor y le confería una imagen seria y formal, necesaria en su oficio de abogado, aunque, en la intimidad, era simpático y guasón, muy amigo de sus amigos y, ante todo, gran protector de su hermana Carmen y de su tía Mili, su única familia, a las que adoraba por encima de todas las cosas.

Le agradaba la política; sin embargo, evitaba hablar de ello en público, esquivando de este modo posibles conflictos. La historia reciente de su padre había abierto una brecha dolorosa difícil de cicatrizar.

Estrenó su despacho particular en una de las piezas principales de la casa, para lo que encargó una elegante y brillante placa que hizo colocar bien visible en el exterior:

JAVIER PÉREZ DE LARA

ABOGADO

DESPACHO DE 9 A 14 H

Debutó solucionando las desavenencias producidas en la delimitación de los lindes de fincas limítrofes cuyos propietarios debían acreditar las divisiones legítimas. Asuntos un tanto complicados, pues la mayoría se remontaban a más de cien años atrás y, muchas de las veces, no existían documentos escritos, solo la antigua palabra dada junto con un escupitajo y un recio apretón de manos. Gestionaba igualmente una parte de los trámites de las herencias en los que amparaba a los sucesores o, en su defecto,

buscaba a los legatarios más próximos.

Fue ganando experiencia y la suerte pronto se puso de su parte cuando uno de los letrados más reputados de Valencia, íntimo amigo de su padre, viendo acercarse la jubilación, quiso asociarse con él y cederle gran parte de sus clientes.

Una tarde, llegó a casa acompañado por su reciente amigo, un joven estudiante de medicina pelirrojo y de lo más simpático.

—Francisco, te presento a las mujeres más importantes de mi vida. Ella es la tía Mili, la persona que mejor nos cuida en el mundo y el alma de esta casa.

—Buenas tardes, Francisco. Bienvenido. —Se levantó con una sonrisa, dejando de prestar atención a su costura.

—Y esta señorita que ves ahí, con la nariz metida en un libro de historia, es Carmen, una jovencita muy lista y nuestra joya más valiosa —dijo señalando a su hermana, sentada junto al alféizar de la ventana.

—Es un placer conocerlas —saludó tendiéndoles la mano—. Espero verlas a menudo a partir de ahora.

Esa fue la primera de las muchas e incontables visitas que Francisco haría al hogar de los Pérez de Lara.

Carmen, vestida con traje marinero y calcetines de hilo calado hasta las rodillas, llevaba la larga melena peinada en dos trenzas enrolladas en lo alto de la coronilla, rematadas por un lazo de color bermellón. Había cumplido quince años y consideraba a Francisco el hombre más interesante y apuesto del mundo; es más, lo idolatraba.

En cierta ocasión, el estudiante de medicina olvidó uno de sus libros en la casa de su amigo y Carmen lo encontró y lo leyó de principio a fin. Cuando volvió a buscarlo, lo esperaba con sus lazos y sus trenzas, mirándolo fijamente.

—He leído que, en la antigüedad, a los médicos se les llamaba

«galenos» en honor a Claudio Galeno Nicon de Pérgamo —anunció ella, jactanciosa, tendiéndole el libro—. Toma, se te olvidó el otro día y lo he ojeado por encima.

—Vaya, pues habrás visto que también fue un importante filósofo y cirujano griego, seguidor de las ideas de Aristóteles y alumno incondicional de las teorías de Hipócrates. ¡Galeno es una figura clave en la historia de la medicina!

—Sí, me ha parecido muy interesante, así que, a partir de hoy, pienso llamarte Galeno —se mofaba divertida.

—Ya me dijo tu hermano que eras bastante marisabidilla —añadió sonriendo.

—Un poco, y ahora sé que todos los nuevos licenciados pronuncian el juramento hipocrático.

—¿Y qué has entendido, jovencita?

—Entre otras muchas cosas, este juramento establece la necesidad de mantenerse fiel a los principios de la honradez, el cuidado y la nobleza frente al ser humano, respetando su dignidad, manteniendo el secreto médico y apartando los prejuicios sobre los pacientes a causa de su raza, ideología o nivel social. —Hizo una pausa, mirándolo orgullosa—. ¡Será tan emocionante el día en que lo leas por tu graduación! Me gustaría saber más sobre la historia de la medicina…

—Por supuesto, te traeré otros volúmenes la próxima semana, tengo muchísimos —dijo complacido.

Compartía con Francisco los gustos en la lectura, se reían por las mismas tonterías y mantenían una amistad cada vez más afín. Las bromas inocentes que le gastaba a esa Carmen adolescente cesaron en cuanto se transformó en mujer, en el preciso instante en que cambió su peinado infantil por un coqueto moño sobre la nuca y sus trajes marineros por bonitos vestidos entallados con corsé que

realzaban su esbelta figura. Francisco, hasta ese momento completamente volcado en los estudios y poco interesado en los encantos femeninos, cayó entonces en la cuenta de que se estaba enamorando.

Carmen Pérez de Lara poseía una belleza serena y ojos de color miel que miraban a la vida risueños. Había heredado de su madre un precioso lunar en la comisura de los labios que tanteaba cada vez que algo le intrigaba, un tic encantador que su tía no se molestó en corregir. La primera de su curso andaba siempre rodeada de amigas, con dos o tres libros bajo el brazo y una curiosidad sin límites. En casa, la llamaban Marisabidilla, un sobrenombre que le iba a las mil maravillas.

Cuando los estudios y la economía se lo permitían, Francisco Anastasio Soldevila tomaba el tren de vuelta a casa, le daba un beso a su madre y salía disparado hacia el hogar de los Pérez de Lara. Con el beneplácito de su amigo Javier, invitaba a Carmen a pasear hasta los pies del castillo. Se sentaban a la sombra de una vieja encina a leer románticas rimas de Bécquer en compañía de sor Milagros, que ejercía de jovial carabina provista de sus costuras, ocupada como estaba en ampliar el ajuar de su sobrina.

Carmen declamaba con gracia y Francisco, apoyado en el árbol, la admiraba mientras ella recitaba cada verso con gran sentimiento.

Cuando en la noche te envuelven
las alas de tul del sueño
y tus tendidas pestañas
semejan arcos de ébano,
por escuchar los latidos
de tu corazón inquieto
y reclinar tu dormida

cabeza sobre mi pecho,
diera, alma mía,
cuanto poseo:
¡la luz, el aire
y el pensamiento!

—¿No es precioso? —le decía ella suspirando al terminar la estrofa. Cerraba el libro de versos, se acomodaba a su lado y recibía una sonrisa cómplice, algo que siempre conseguía con facilidad. Todos los muchachos de la comarca estaban rendidos a sus pies, pero eso no le importaba, porque solo tenía ojos para él desde el día en que lo conoció.

Francisco alababa sus gustos en poesía, mientras ella escogía otro libro y la tarde pasaba ligera entre el piar de los pájaros y la leve brisa que hacía ondular los volantes de su vestido.

—Ahora te toca a ti, nuestro futuro galeno —propuso la joven mientras servía a su tía un pedazo de bizcocho. Le tendió otro a él, junto con una servilleta primorosamente bordada—. Cuéntanos acerca de tus clases, ¿qué es lo que más te está gustando estudiar este año?

—Mis favoritas, sin duda, son las asignaturas de Anatomía y Fisiología en el hospital. Las disecciones y autopsias en humanos son fascinantes. En la teoría, ya habíamos aprendido de qué estaba hecho nuestro organismo, y esas enseñanzas han cobrado realidad cuando hemos podido observar los misterios que esconde el interior de un cuerpo semejante al nuestro. Mirad —explicaba señalando su caja torácica—, el esqueleto es un ejemplo perfecto. En sus cavidades, albergamos órganos vitales e importantes sistemas que lo rigen. Todo está alojado en el lugar apropiado y cumple exactamente con su propósito.

—Como el mecanismo de un reloj —afirmó Carmen con interés, pendiente de sus gestos, bebiendo de sus palabras, admirándolo. Y cada día más enamorada.

—¡Es una buena comparación! —reflexionó—. Podemos decir que, al igual que un reloj, el cuerpo humano es una máquina perfectamente calibrada. Y quiero apostar que, antes de que nuestro siglo concluya, se producirán más descubrimientos trascendentales, aunque ya hayamos avanzado mucho al respecto desde que se interviene a los pacientes con anestesia general —pronosticó.

—¿Cómo se operaba antes a las personas? —quiso saber sor Milagros—. Porque, antes de la invención de la anestesia, ya se realizaban intervenciones quirúrgicas… ¿Qué métodos se utilizaban entonces?

—¡Pues esta es una cuestión muy interesante! Antes existían diferentes formas, según las culturas, pero sospecho que la más antigua de todas sería un buen porrazo en la cabeza. —Escenificaba con guasa el gesto de dar un coscorrón a una testa imaginaria—. El paciente quedaba inconsciente un buen rato y si, por desgracia, llegaba a despertarse en medio de la operación, lo sujetaban con fuerza entre varios o recibía otro topetazo. En ciertos países, utilizaban el opio, el cannabis o los alucinógenos que tuvieran a mano. Asimismo, las bebidas alcohólicas, en dosis importantes, surtían el efecto deseado si no disponían de otra cosa. ¡Pero no me imagino realizar una cirugía en una persona borracha perdida! —Se reía y ellas le escuchaban divertidas—. Entonces apareció el vitriolo dulce, mejor conocido como éter, que en pocos segundos deja inconsciente al humano más vigoroso. Y como no hay que olvidar que la ciencia avanza a grandes pasos, unos años después, ¡tachán! —Hizo una breve pausa para dar énfasis a lo que iba a decir—: Por fin se inventó el cloroformo, la sustancia habitualmente empleada

hoy en día en los quirófanos de nuestro país.

—¡Es tan interesante! ¡No nos cansamos de escucharte!, ¿verdad, tía? También estoy segura de que nuevos inventos y descubrimientos se generalizarán pronto para ayudar a la humanidad. Vivimos tiempos modernos y todo avanza muy rápido.

Esta frase era la favorita de Francisco, y Carmen la repetía a menudo.

—He oído que vuestra universidad tiene un huerto de hierbas medicinales, ¿es eso cierto? —preguntó sor Milagros—. Yo confío en ellas. La tata que nos crio a mi hermana y a mí nos curaba el resfriado con tisanas de eucalipto, los dolores de estómago con manzanilla y añadía valeriana a la leche si no conseguíamos dormir.

—¡Era una tata muy sabia! —admitió Francisco—. Tenemos un terreno cercano al hospital con un hortelano que se encarga diariamente de mantenerlo. Acudimos una vez por semana con nuestro profesor, el catedrático de hierbas y simples, que nos instruye sobre todo lo relacionado con su uso. Desde la antigüedad, se vienen utilizando ungüentos y remedios sanadores, de los que se obtienen fármacos bastante potentes. Las plantas medicinales tienen el secreto de la cura de determinados males.

—Y vuestros pacientes son principalmente los enfermos que acuden al hospital, ¿verdad? —preguntó Carmen, sirviéndole un vaso de limonada.

—Exacto, son gentes sin recursos, hombres y mujeres de escasos medios que sufren de serios padecimientos y trastornos. Por suerte, contamos con la asistencia de las Hijas de la Salud, que desempeñan una gran labor. Ellas se ocupan de atenderlos durante toda su estadía, hasta que sanan y dejan su cama a los nuevos enfermos. El hospital siempre se encuentra tan limpio como una patena, sin su apoyo incondicional no daríamos abasto.

El sol empezaba a esconderse detrás del horizonte. Sor Milagros se puso en pie y recogió la vajilla.

—Aunque estemos bien entretenidos charlando, creo que ya es hora de volver a casa. Empieza a anochecer y esos nubarrones no anuncian nada bueno. ¡Marchemos antes de mojarnos y pillar un buen resfriado!

Francisco las acompañó. Mientras se despedían en la puerta, Javier salía del despacho.

—¿Te quedas a cenar con nosotros? —le ofreció dándole unas palmaditas en la espalda.

—Me encantaría, pero le he prometido a mi madre volver para la cena. ¡Te tomo la palabra en la próxima visita!

Día tras día, Javier Pérez de Lara percibía por la ventana de su despacho un creciente número de admiradores dedicados a esperar largas horas en la calle a que su hermana saliese de paseo. Los más atrevidos le dedicaban amables lisonjas y galanterías.

—Buenos días, señorita Carmen, ¡qué bonita está usted hoy!

—¡Usted me ha robado el corazón, señorita Pérez de Lara!

—Buenas tardes, ¿permitiría que la visitase en su casa?

Su tía, que no la dejaba ni a sol ni a sombra, solía retrasar estas salidas por si los obstinados chicos se cansaban y se marchaban, cosa que no ocurría. Eran pertinaces y no abandonaban su posición con tal de verla, aunque solo fuese un instante, a través de una ventana. Poco importaba si llovían chuzos de punta anunciando el fin del mundo, eran inmunes al agua, al frío y al calor.

La resuelta monja se asomaba para ahuyentarlos poniendo cara de pocos amigos, pero, aun así, los fervientes devotos las seguían a una distancia prudencial, igual que un pelotón de vigilancia.

—¡Qué latosos son estos muchachos, por favor! —se lamentaba

Mili, y Carmen reía divertida con la insólita situación porque ya sabía con quién deseaba compartir su futuro.

Javier, viendo claras las intenciones de estos pretendientes y conociendo los sentimientos de su amigo hacia su hermana, no dudó en alertarlo.

—Cuidado, compañero. Si de verdad te importa, habla con ella. Sospecho que siente lo mismo por ti y creo que sería un buen momento —le aconsejó sin rodeos—. Carmen ya es toda una mujer. Tal vez deba acabar el tiempo de visitar esta casa como amigo y sea hora de sacar a la luz tu afecto por ella. El amor que sentís el uno por el otro es palpable en el ambiente, pero, si no tienes la intención, dímelo con franqueza, no consentiré que mi hermana siga haciéndose ilusiones y sufra por ello.

Se armó de valor. Javier le había proporcionado el empujón que necesitaba. Y tenía razón, Carmen era mucho más que una amiga con la que compartir lecturas y largas conversaciones, se había convertido en parte imprescindible de su vida.

El domingo por la mañana, antes de la hora del paseo, caminó por la calle Torralba mirando al frente, abriéndose camino entre el grupo de jóvenes apostados a pocos metros de la casa. Sujetaba un magnífico ramo de rosas rojas y una cajita con dulces de almíbar.

Lo observaron con animosidad, pero se apartaron sin mediar palabra.

Cuando sor Milagros abrió la puerta, adivinó de inmediato sus intenciones. Nunca lo había visto tan elegante, recién peinado y afeitado, con un clavel en el ojal de su traje de chaqueta almidonado y los zapatos perfectamente lustrados.

Carmen se hallaba concentrada leyendo en la salita y se levantó dando un respingo al verlo llegar seguido por su tía. En lugar de quedarse para acompañar a la pareja como era habitual, la religiosa

desapareció en silencio cerrando la puerta tras ella, no sin antes dedicar a su sobrina un gesto evidente de emoción en la mirada.

Francisco se acercó y, fingiendo una calma que no sentía, posó los dulces sobre la mesita, le entregó el ramo e, hincando solemnemente la rodilla, sacó como por arte de magia el pequeño estuche del bolsillo. En su interior apareció el anillo de pedida con un exquisito rubí engarzado, una antigua joya familiar heredada de su bisabuela.

—Te amo, Carmen… ¿Quieres comprometerte conmigo?

Ella parpadeó, levantó las cejas por la sorpresa y se tomó unos segundos para reflexionar. Francisco seguía arrodillado mirándola, sin obtener respuesta.

Al fin negó con la cabeza, instándole a sentarse a su lado con un gesto de la mano. El galán, desconcertado, se levantó conteniendo la respiración.

—¿Y eso es todo lo que tienes que decirme, Galeno? ¿Cómo puedo estar completamente segura de tu amor?

—¿Tienes dudas, Marisabidilla?

—Las tengo. Temo que confundas el amor con el apego y la costumbre. Desde hace mucho tiempo, esta familia te quiere como a uno más, incluso a veces te comportas como mi propio hermano. Ponerte de rodillas y decirme que me amas no es suficiente; debes demostrármelo con una verdadera declaración, abrir tu corazón y dejar que tus emociones fluyan libremente.

—¿Tan mal lo he hecho?

—Regular. Aunque es verdad que te has puesto guapísimo para venir a verme, eso es innegable… —dijo observándolo con atención.

—¿Puedo volver a empezar?

—Vale —contestó dispuesta, señalando hacia la puerta con una medio sonrisa.

Francisco metió de nuevo el estuche en su bolsillo y salió de la habitación. «Vamos, hombre, reflexiona, no puede ser tan difícil expresarle lo mucho que la adoras, siempre ha sido así», se dijo.

—Toc, toc.

—Puedes entrar.

—Buenos días, señorita Pérez de Lara.

—Buenos días, señor Soldevila.

Hincó por segunda vez la rodilla sin dejar de mirarla.

—Carmen, debes saber que te amo más que a mi propia vida. No existe otra mujer más valiosa que tú en el mundo entero, ninguna que pueda compararse a ti y nada tendrá sentido si no me aceptas. Te quiero, te quiero tanto que me duele el alma. Estás en mi cabeza por el día y en mis sueños por la noche. Conozco cada detalle de tu precioso rostro, me marea tu mirada con esos ojazos que tienes y, si no fuera por el infinito respeto que te prodigo, ya habría intentado besarte y tomarte entre mis brazos… Solo espero que llegue el día en que nos casemos y formemos una familia. ¿No te das cuenta de lo importante que eres para mí? ¿De lo triste y afligido que me encuentro cuando paso semanas sin verte? Sabes que ahora mis medios son limitados, pues la holgura económica de la que disfrutaba mi familia antes de la muerte de mi padre se ha visto bastante mermada; sin embargo, en cuanto consiga terminar mis estudios y ahorrar un poco, estoy seguro de que podremos construir un bonito futuro juntos.

Carmen aceptó. ¡Era tan feliz! Lo besó en los labios. Nunca había besado a nadie y sintió que el tiempo se detenía.

—¿Y el anillo, mi Galeno?

—¡Oh, el anillo!

Lo sacó de nuevo y se lo puso con delicadeza en el dedo anular de su mano izquierda.

—Aunque no existe ninguna evidencia científica, en la antigüedad se creía que el anular era el dedo de la *vena amoris*, que estaba directamente conectada con el corazón…

—¡Qué romántico, Francisco! En este caso, prefiero pensar que desde hoy nuestros corazones estarán unidos para la eternidad.

Y esa misma tarde dominical, se hizo correr la voz, a quien pudiera interesar, de que la señorita Pérez de Lara ya tenía novio formal y promesa de matrimonio, todo ello personificado en la figura del joven Soldevila, hombre de bien y vecino de esta villa en la que Dios nos guarde a todos. La noticia hizo que se esfumaran en su totalidad los que anteriormente velaban plantados en ese tramo de la calle Torralba.

Los antiguos pretendientes decidieron organizarse nuevamente en escuadras y montaron guardia delante de la puerta de otras muchachas casaderas, alegrando así la vida de las futuras suegras, que pasaban las horas curioseando detrás de los visillos de hilo y crochet, comentando con sus hijas cuál de esos nuevos aspirantes les gustaba más.

—Mira, mamá, desde que Carmen se ha prometido, tengo a más pretendientes esperando en la calle.

—Es verdad, fíjate en ese de allí, Hortensia.

—¿En cuál de ellos, madre?

—En el muchacho rubio que se rasca la cabeza.

—Ah, sí, es Benito Sánchez, el hijo mayor del alcalde, pero tartamudea un poco.

—Me gusta Benito —opinaba la señora—. Parece buen muchacho y heredará las tierras de su padre. Y ese otro, el moreno guapo y fornido, ¿lo conoces? —señaló interesada.

—Pues, ese tan apuesto creo que es un vendedor ambulante de cacharros que viene todas las semanas de Albacete. Y, en verdad, es

muy gallardo —contestó Hortensia, admirativa.

—¡Ni lo mires, niña! —dijo la madre, perdiendo el interés—. Tú eres una señorita agraciada, bien educada y debes apuntar más alto. El matrimonio es cosa seria y, en estas cuestiones, no hay que dejarse llevar por el corazón —espetó cerrando de golpe los visillos.

En el saloncito de los Pérez de Lara, Francisco Anastasio tomaba una vez más las manos de su novia entre las suyas.

—Tendremos que ser pacientes y esperar a que obtenga mi titulación. En cuanto consiga trabajo y unos ahorros, podremos casarnos.

—No necesitamos apresurarnos, ¡pero mañana mismo enviaremos un telegrama a Manila para que mi padre conozca la noticia!

Al día siguiente, José María recibía las buenas nuevas.

QUERIDO PADRE -STOP- ESPERAMOS TE ENCUENTRES BIEN -STOP- FRANCISCO SOLDEVILA SE HA DECLARADO A NUESTRA CARMEN -STOP- TODOS MUY CONTENTOS -STOP- TE AÑORAMOS -STOP-

Más tarde, José María corría a la posta de Correos para mandar un telegrama de vuelta.

HIJOS MÍOS -STOP- RECIBO CON GRAN ALEGRÍA LA NOTICIA -STOP- NO OLVIDÉIS LO MUCHO QUE OS QUIERO -STOP-

Javier y Carmen veían en su tía a la madre que habían perdido y ella, a los hijos que nunca había tenido. Convivían los tres juntos en absoluta armonía.

Sor Milagros de la Luz Divina de Cristo pertenecía a la congregación de las Hermanas Nicoletas del Bendito Cumplimiento. Única hermana de Luzgarda, la madre de Carmen y Javier eligió abandonar el convento gracias al permiso que tuvo a bien firmar el

comprensivo obispo de su diócesis y amigo personal de los De Lara. Debía honrar la más importante de las promesas.

—Mili, prométeme que cuidarás de mis pequeños si llegase a ocurrirme algo —le pidió Luzgarda.

—¿Qué te va a ocurrir? No pienses en eso —había asegurado su hermana tomándola de la mano—. Puedes confiar en mí, sabes que lo dejaría todo para ocuparme de ellos.

Así es como la joven religiosa pudo ocuparse de la casa y de sus sobrinos durante la enfermedad de su hermana.

La vida había dado una de esas vueltas repentinas y una cosa siguió a la otra, empezando por la trágica detención de su cuñado, los juicios y el rápido destierro a las colonias. Pronto llegaría la muerte de su hermana, dejando a sus sobrinos huérfanos de madre y, en la práctica, también de padre, estando como estaba Pepe a miles de kilómetros de distancia en medio del mar.

Dándose cuenta de que podía ser más útil fuera de los gruesos muros del monasterio, pidió un segundo permiso al obispo, que le fue nuevamente otorgado con gran alegría de sus sobrinos y, todavía más, de la propia monja, que había ingresado en el convento carente de vocación. El señor obispo lo sabía bien, pues la conocía desde niña.

A la tía Mili no le faltaban virtudes. Excelente repostera, nadie lograba igualar sus tiernos tocinillos de cielo o sus hojaldrinas de cabello de ángel. A sus treinta y cinco años, aparentaba diez menos y poseía un rostro ovalado y armonioso con dos bonitos hoyuelos que desprendían simpatía y exorcizaban todos los demonios.

El mismo día en que entró en el convento, cortaron al ras su preciosa y larga coleta castaña, que cayó flotando en el lustroso suelo monacal para simbolizar el abandono de las vanidades humanas que se prodigaban en el exterior de aquellas beatas

paredes. Con su eterno pragmatismo, miró sus cabellos y los guardó de recuerdo antes de que los tiraran a la basura, pensando que era un módico precio que pagar por su libertad, por alejarse del iracundo carácter de su padre.

Al igual que su sobrina, era muy curiosa y, aunque tenía la apariencia tierna de una flor, su carácter era de naturaleza impetuosa y temperamental. Y, pese a que ya no eran unos niños, seguía malcriando a sus sobrinos, la única debilidad que tenía en la vida.

Tiempo atrás, Milagros tuvo media docena de candidatos «de buena condición», como decía su padre, que anhelaron cortejarla, pero ella los fue rechazando uno tras otro para gran decepción de sus progenitores. Se sentía como un pez en el río equivocado: su espíritu independiente estaba reñido con los convencionalismos de la época, sus ideas y pensamientos volaban libres desde que nació.

—A ver, explícame otra vez por qué no te quieres casar, hija mía. —Suspiraba resignado su padre, cruzándose de brazos.

—Lo haré solo por amor.

—Eulalia, ¿oyes lo que dice tu hija?

Y la madre se llevaba angustiada las manos a la cabeza, mirándola como si de una lunática se tratase.

—¡Todo es culpa tuya, tiene muchos pajaritos en la cabeza! ¡La has mimado en demasía y la has echado a perder! —gritaba señalando con un dedo acusador a su esposa—. Que os quede claro que de esta casa no saldrás si no es de camino al altar o para meterte en un convento.

—Mili —le rogaba su madre—, tienes todas las virtudes necesarias para encontrar un partido ventajoso: eres bonita, sabes tocar divinamente el piano, dominas el bordado y la pintura y hablas perfectamente francés.

—*Je ne veux pas me marier!*

—¿Qué ha dicho la niña, Eulalia? —preguntó el padre, confuso.

—Pues que no se quiere casar…

—¿Y entonces de qué nos ha servido darle una educación tan esmerada? ¿Por qué no sigue el ejemplo de su hermana mayor? Ella sí que es una buena hija —afirmaba una y otra vez al tiempo que su enfado aumentaba por momentos—. Entendido, pues, no se hable más. A partir de hoy, no habrá visitas de pretendientes, pero tampoco verás a tus amigas ni saldrás de tu alcoba. ¡Espero que reflexiones! —amenazó el padre, que se marchó dando un portazo que se escuchó hasta en las afueras de la ciudad.

Siendo mujer en esa hermética sociedad de finales del siglo XIX, la rebelde de Milagros tenía tres opciones: casarse, quedarse para vestir santos y cuidando de sus progenitores o tomar el camino del convento.

No se lo pensó dos veces. Con tan solo veinte años, hizo la maleta y se marchó en dirección a la intachable senda que conducía al noviciado de las Hermanas Nicoletas del Bendito Cumplimiento. Allí le dieron el hábito blanco, el escapulario de la devoción y la llave de su pequeña celda.

«Ha sido la mejor elección —se repetía convencida—. Cristo resulta ser el marido perfecto. Desde lo alto de la cruz, no me juzga ni me importuna en absoluto».

Milagros de Lara era una caja de sorpresas. A pesar de haber sido educada en una severa disciplina, tenía una costumbre secreta que disfrutaba con deleite, cada vez que se presentaba la ocasión, con lo que contenía su estuche de brillante terciopelo negro.

Desde que tenía uso de razón, su padre había organizado todos los jueves por la tarde una reunión con no menos de media docena de antiguos amigos en la sala de fumar. Esos caballeros iban

llegando en grupos de dos o tres. La criada recogía solícita los sombreros y abrigos que los señores le tendían, y luego los acompañaba hasta la estancia donde pasarían las horas departiendo sobre política y comentando las noticias más relevantes publicadas en los periódicos llegados de Madrid. Era un espacio conservador y categóricamente masculino, vetado a su esposa y, en consecuencia, a las niñas, una circunstancia que fomentaba, más si cabe, la curiosidad de la benjamina de los De Lara, ya de por sí desbordante.

Eran tardes de café y copas de brandi y coñac, acompañadas de cigarros, pipas y selectos puros habanos que inundaban la habitación de una espesa bruma flotante teñida de gris. Mili observaba por el ojo de la cerradura como esos serios caballeros, propietarios de espesas barbas y compactos bigotes, se llevaban a la boca los cigarros e inhalaban con placer el humo que luego liberaban en forma de volutas aromáticas.

Un jueves, con su padre entretenido en la puerta despidiendo al último de sus invitados, entró a hurtadillas en la estancia de las reuniones. Las hojas de varios periódicos abiertos descansaban olvidadas encima de sillas y sillones, junto a las mesitas rebosantes de copas de licor y tazas de café vacías, cucharillas y azucareros.

La niña estaba a punto de salir cuando, justo a su altura, lo vio posado sobre el armarito botellero. Sobresaliendo de una de las esquinas, descansaba un precioso estuche revestido de terciopelo negro. Lo tomó en sus manos y, al abrirlo, pudo admirar el fondo acolchado, forrado de tela satinada, con dos huecos perfilados en los que encajaban a la perfección ambas partes de una magnífica pipa desmontable.

El cuerpo formado por el caño y la esbelta cazoleta eran de madera con un motivo de aguas en tono canela y metal cromado. La larga boquilla reposaba a su lado, fabricada en baquelita

transparente de color ámbar dorado. Volvió a cerrar la caja y, ni corta ni perezosa, la hurtó ocultándola en el bolsillo de su vestido cuando escuchó que unos pasos se acercaban.

A menudo, la abría para admirar sus piezas y percibir su inconfundible olor a madera y a tabaco, pasando suavemente la yema de los dedos, acariciando las finas curvas de la elegante boquilla. Y un buen día, cumplidos los diecisiete, se decidió a usarla con las hebras de tabaco de un saquito de cuero que alguien había olvidado en una silla durante otra reunión y ella se había agenciado. Subió a la azotea, montó la pipa con cuidado e introdujo el tabaco en la cazoleta. Lo prensó con el pisador y sujetó la llama de la cerilla justo por encima de las hebras, imitando los movimientos circulares que tantas veces había observado, dando pequeñas bocanadas. Fue adquiriendo destreza, guardándose el humo, paladeando y degustando su sabor antes de volverlo a expulsar lentamente.

En el convento, aprovechaba cuando las hermanas dormían para salir de noche y fumar sentada bajo el gran olivo del jardín, disfrutando de un rato de tranquila soledad. Fue el viejo lechero, el mismo que repartía en su casa y de cuyos labios pendía una vieja pipa siempre encendida, quien prometió proveerla de saquitos de tabaco cuando los necesitase. Ella había confesado al buen hombre su afición. A cambio, le entregaría una bandeja de tocinillos de cielo. El anciano se frotaba las manos, alegrándose de la suerte que tenía con el trueque.

—Ay, señorita sor Milagros, como nos pillen haciendo este contrabando bagayero, se nos va a caer el pelo. —Reía el anciano mostrando los pocos dientes que le quedaban.

Francisco tenía un gran corazón. Reservaba una tarde a la semana para asistir a las monjas de los Desamparados, visitando a los más

humildes en los barrios miserables del extrarradio de Valencia, constatando que los más pequeños sufrían y compartían invariablemente las mismas dolencias. La malnutrición y las enfermedades como el sarampión, la escarlatina y la pulmonía causaban elevadas tasas de mortalidad en estos suburbios marginales donde la insalubridad y la inmundicia, junto con las ratas y las pulgas, campaban a sus anchas. Las moscas transmitían el tifus o el tabardillo; los gatos y los perros, reyes de las calles, se paseaban por donde les venía en gana, llevando en su lomo piojos, ladillas y chinches.

En su gran mayoría analfabetas, las jóvenes madres de estas barriadas enterraban a la mitad de su descendencia antes de que empezara a dar sus primeros pasos. Achacaban sus pérdidas prematuras a la voluntad divina, aunque, en realidad, muchas muertes podrían haberse evitado con una correcta alimentación, unos mínimos cuidados y una higiene adecuada.

«La religión se ha aprovechado eternamente de la ignorancia de las personas y tiene una explicación absurda para cada desgracia…», meditaba Francisco, contrariado.

El joven Soldevila era bien conocido por su carácter amable y la pasión que manifestaba en su trabajo. Animados por su ejemplo, otros compañeros de la facultad solían acompañarlo en estas salidas solidarias.

La promoción de 1877 produjo jóvenes médicos entregados que leyeron el juramento de Hipócrates con la mano en el corazón y se mostraron impacientes por realizar su trabajo. Conscientes de las terribles carencias de la sociedad, esa nueva hornada de facultativos fue repartiéndose poco a poco por la geografía española, ayudando a implantar un modelo de asistencia benéfico-sanitaria en la que cada uno de los pacientes sería tratado con igual interés, sin

prejuzgar su situación económica o social.

Pocos días después de su graduación, Francisco se presentó a las puertas del Instituto Provincial de Higiene, mostrando su diploma y todas sus credenciales, para solicitar un puesto en cualquiera de los dispensarios públicos de la provincia.

A la semana siguiente, lo llamaron para cubrir una de las plazas vacantes, situada en Navas de Jorquera, a cien kilómetros de Almansa.

Enseguida fue a darle la buena nueva a su novia.

—¡Mi primer trabajo, Carmen! A mi compañero Crisóstomo le ha salido plaza en Chinchilla de Montearagón y a Constantino, en Villa de Ves.

—Es una buena noticia, aunque Navas está bastante apartada de aquí, tocando ya a Cuenca. ¿Cuándo debes marcharte? —preguntó intentando no manifestar su tristeza. Sabía que por esa comarca los caminos se volvían a menudo impracticables en invierno, a causa de las lluvias y las nevadas, y los pueblos quedaban incomunicados durante semanas enteras.

Francisco adivinó sus sentimientos contradictorios.

—Alegra esa cara, Marisabidilla, no tienes por qué preocuparte. Prometo escribirte a menudo y, en cuanto me instale, podrás venir de visita con tu tía y con tu hermano.

Ella a duras penas disimulaba conteniendo el llanto.

—¡Oh, por favor, no pienses que no me alegro de que hayas conseguido trabajo! Pero esto significa que estaremos mucho tiempo separados… Y aunque debo sentirme feliz por ti, tengo miedo de que me olvides estando rodeado de muchachas bonitas.

Carmen no pudo evitar que sus ojos se llenaran de lágrimas.

—Y yo temo que, en cuanto se corra la voz de que me mandan lejos de ti, vuelvan a presentarse a tu puerta muchos de tus

antiguos admiradores… —replicó señalando hacia la calle por el ventanal del saloncito.

—Si eso ocurre, puedes confiar en mí, sabes de sobra que no me interesan lo más mínimo —aseguró.

—Entonces ¿por qué preocuparnos? Yo no miraré a las chicas de Navas y tú no prestarás atención a tus antiguos pretendientes.

—Trato hecho. Para mí será fácil, te quiero demasiado.

—Pues no dudes más, sé de sobra que tengo a mi lado a la chica más lista, encantadora y bonita de todas —afirmó besándole la mano. Le ofreció a continuación un pañuelo—. No me gusta verte llorar, y todavía menos por mi culpa.

Ella se sonó la nariz entre suspiros, afirmando con la cabeza.

—¡Pensarás que soy una tonta consentida!

—No digas eso, vida mía, y no te disgustes más, por favor. Los dos sabíamos que algún día deberíamos separarnos. A los médicos recién licenciados suelen mandarnos por los pueblos pequeños, lejos de las poblaciones más importantes, para hacer nuestros primeros pinitos. Es la manera de probar nuestro temple y nuestras competencias, la única forma de ganar experiencia.

—Aunque no me guste reconocerlo, sé que tienes razón, mi Galeno.

—Y ya verás, más adelante podré pedir el traslado y estaremos juntos. Pero por el momento debo ir donde dispongan, allí también hay personas que necesitan de cuidados.

—Tendrán suerte de tenerte y… ¡Oh!, antes de que se me olvide, quiero darte un regalo. Lo compré en Valencia y pedí que grabaran tus iniciales —dijo entregándole una cajita azul, forrada con el nombre de Joyería Llorente.

Francisco la abrió con cuidado.

—¡Unos gemelos de oro! Muchas gracias, vida mía, pero esto es

demasiado valioso.

—Son un obsequio por tu graduación, y espero que los lleves siempre…

Francisco tomó el ferrocarril en dirección a Albacete escoltado por su madre, Esperanza, resuelta a examinar con sus propios ojos el lugar donde viviría y trabajaría su hijo a partir de entonces.

—Mamá, no hacía falta que me acompañases, ya no soy un niño…

—¿Y quedarme en casa preocupada sin conocer cómo es ese lugar al que te envían? Además, tus hermanos sabrán arreglárselas solos hasta que regrese.

A su llegada a la estación de la capital albaceteña, Francisco tomó su maletín y ofreció solícito el brazo a su madre para bajar del vagón. Entre el alboroto de las personas que circulaban por el andén, escuchó a un chico voceando su nombre. Junto a él esperaba un hombre corpulento de mirada escrutadora, vestido con una casaca impecable. Francisco les hizo un gesto.

—Buenas tardes tengan ustedes, señores, me llamo Recato —dijo quitándose el sombrero. Lo agarraba con las dos manos—. Soy el mayoral de la diligencia que les conducirá hasta Navas.

—Buenas tardes, señor Recato, yo soy el doctor Francisco Soldevila y ella es doña Esperanza, mi madre. El alcalde de Navas de Jorquera me escribió indicando que vendría usted a buscarnos. Le agradezco sus servicios, parece que usted nos ahorrará mucho tiempo y bastantes molestias —dijo sacando la cartera.

—No tiene nada que agradecer, caballero, solo hago mi trabajo. Y guarde los dineros porque este viaje corre por cuenta del Ayuntamiento de Navas. Si salimos de inmediato, llegaremos a la hora de la merienda —afirmó sin un atisbo de duda—. Si tienen a bien darme los recibos de su equipaje, nos encargaremos de

recogerlo.

Francisco se los tendió.

Entre tanto, Recato advirtió que su joven ayudante andaba distraído con un pequeño grupo de muchachos que le reía los pícaros chistes a un mozo de equipajes y se acercó a darle una pequeña colleja por detrás. Este dio un salto y se puso colorado.

—¡Ea, Cosculluela, no me seas golismero y ve a buscar las maletas de los señores! —apremió chasqueando la lengua—. Disculpen, aunque el chico es bien mandado, se despista con cualquier tontería. Ya lo decía mi padre: ¡la juventud de hoy en día tiene muchos pajarillos en la cabeza!

Bajo un sol de justicia, el mayoral los condujo manejando las riendas con atención por cada palmo de los treinta y seis kilómetros de pedregosos caminos que los separaban de la villa de Navas. Las campanas tocaban las cinco al llegar y Recato se apeó del pescante de un salto, ayudando a Esperanza, mareada por el traqueteo, a bajar del interior del carruaje.

El alcalde, don José Juncos Juncos, los esperaba frente a la puerta de la iglesia, acompañado por su esposa, su única hija, el cura, el maestro y una treintena de vecinos curiosos, conocedores de la inminente llegada del médico nuevo.

Aunque era jueves, todos vestían el traje de los domingos.

Recato saludó a la comitiva con un movimiento de cabeza, revisó rápidamente el buen estado de las reatas y los arneses de sus mulas y se despidió de los dos viajeros alzando su sombrero:

—¡A más ver, señores!

—¡Bienvenidos sean a nuestra villa! —exclamó entonces el emocionado alcalde, que iba hacia ellos abriendo exultante los brazos.

Tras las presentaciones, fueron acompañados al ayuntamiento,

donde habían preparado un refrigerio. Los trataron con afecto y simpatía, y el señor cura tomó la palabra.

—¡No se imaginan ustedes la cantidad de velitas que los fieles le han encendido a san Gregorio Magno, nuestro patrono, rogando para que nos enviase pronto a un médico joven y animoso! —aseguró con una abierta sonrisa y señalando con un golpe de barbilla en dirección al cielo—. El paisanaje de esta comarca es de lo mejorcito que hay, todos muy honrados y trabajadores. ¡A su muchacho lo vamos a cuidar como se merece! —manifestó dirigiéndose a la madre del médico nuevo.

Después, don José los acompañó hasta la casita ubicada al lado del dispensario y les entregó la llave.

—Verán que está recién pintada y con los colchones nuevos rellenos de lana de primera calidad, y me he tomado la libertad de emplear a una buena mujer para que cada mañana se ocupe de dejar la casa aseada y el condumio preparado, además de la ropa limpia y planchada. Así don Francisco solo tendrá que preocuparse por las cosas de importancia, como son cuidar y velar por la salud de nuestros avecindados.

—Muchas gracias, señor alcalde —dijo Esperanza—. Regresaré tranquila, sabiendo que mi hijo queda en buenas manos. ¡A veces se le olvida hasta de comer!

Antes de dormir, Francisco redactó la primera carta para su novia.

Mi querida Carmen:

Como te explicará mi feliz madre cuando vuelva a casa, sabrás que estoy cómodamente alojado a pocos metros del dispensario.

Navas de Jorquera ha aparecido ante nuestros ojos como un pintoresco pueblo en medio del llano, de antiguas calles bien barridas y casitas encaladas.

Espero que vengáis pronto de visita. Mi casa, aunque sencilla, tiene sitio de

sobra para albergaros.

En el remite de este sobre encontrarás mis señas, no tardes en escribirme.

Te quiere mucho,

Tu Galeno

Carmen leyó la carta dos veces a su tía, dos veces más a su hermano y corrió a hacer lo mismo a casa de Hortensia. Su avispada amiga le aconsejó que actuara pronto.

—Yo que tú no tardaría en presentarme en ese pueblo para dejarme ver con mi novio, paseando vuestro amor del brazo, y que se enteren todas las… Espera, ¿tú sabes cómo se llaman las gentes de Navas de Jorquera? —dudó.

—Creo que son navosos y navosas.

—Pues lo que te venía diciendo —retomó Hortensia, muy seria—. Yo me recorrería el centro acicalada y con mis vestidos nuevos, bien orgullosa para que todas las navosas y sus madres, que suelen ser las auténticas celestinas de las aspiraciones de las hijas, se enteren de que el médico nuevo ya está comprometido. Tienes un novio muy apuesto y no tardarán en aparecer por su dispensario para coquetear con la excusa de un catarro.

—No seas exagerada, mujer. Además, Francisco me quiere.

—¿Es que no te das cuenta? Pescar a un hombre como él ¡es lo mismo que ganarse la lotería!

—Es verdad… —reflexionó tanteándose el lunar.

—Amiga, en estas cuestiones no podemos hacernos las modernas orgullosas. ¡Tienes que ir más pronto que tarde y ver qué se cuece por allí!

Estaba decidido. Javier y la tía Mili la acompañarían. Escribió a su novio anunciando su llegada.

Dos semanas después, tomaron el ferrocarril en dirección a

Albacete. Por encargo de Francisco, les estaba aguardando el noble Recato para llevarlos a Navas.

El médico atendía al último paciente de la tarde cuando llegaron. En la sencilla salita de espera, Carmen compuso su peinado y se pellizcó las mejillas dándoles un poco de rubor. Cuando por fin la puerta se abrió, salió una hermosa muchacha seguida de su madre. Francisco las acompañaba repitiendo las consignas.

—No se preocupe, señora, habrá cogido frío. Meta a su hija en la cama al abrigo de varias cobijas y prepare sopa de gallina e infusiones calientes con miel y limón. Entregue esta receta en la botica y le darán los remedios.

Su novio vestía una camisa almidonada y la corbata bajo el chaleco, con los gemelos de oro brillando en los puños, la chaqueta con los pantalones a juego y la mecha rebelde cayéndole sobre la frente. El estetoscopio colgado del cuello y un par de abatelenguas sobresaliendo del bolsillo delataban su profesión. A pesar del poco tiempo transcurrido desde su partida, lo notó cambiado, más maduro y reflexivo. En verdad era muy apuesto.

Al verlos se le iluminó la cara.

—¡Ya estáis aquí, pero qué alegría! —dijo echando un vistazo a su reloj de bolsillo—. ¡Es que soy un despistado!

Javier lo abrazó y bromeó sin malicia haciendo alusión a la lozana belleza que acababa de salir.

—¿Son todas así de guapas las mozas de este pueblo?

—No me he fijado —contestó con un aire distraído—, solo sé que ha venido a tratarse por un fuerte catarro.

«¡Un catarro!», pensó su novia recordando las palabras de Hortensia.

—¡Carmen! —exclamó sacándola de sus pensamientos—. ¡Estás preciosa! —dijo tomándola de las manos—. Deja que te contemple.

¿No dices nada? ¿Es que no te alegras de verme?

Ella comprendió que nada había cambiado. Seguía mirándola con la misma chispa en los ojos, ¡no tenía por qué preocuparse! Sin embargo, obediente a los buenos consejos de su amiga, al día siguiente pasearía muy sonriente tomada de su brazo por cada una de las calles principales.

Y se corrió la voz… No había nada que hacer, ¡don Francisco Soldevila tenía novia formal y además era muy guapa!

Trabajó tres años en Navas de Jorquera, ganándose con creces la confianza y la estima de sus vecinos. Sin embargo, deseaba volver a Almansa y solicitó el traslado que le sería concedido gracias al reconocimiento que ese pueblo de la Manchuela quiso dedicarle a través de la pluma del señor alcalde.

1 de septiembre de 1880

Don José Juncos Juncos, alcalde constitucional de esta villa de Navas de Jorquera, provincia de Albacete, partido de Casas Ibáñez.

Certifico: según lo que aparece en los documentos oficiales e informes tomados en esta comunidad sobre don Francisco Anastasio Soldevila, médico cirujano y vecino de Almansa.

Confirmo: que su conducta, celo y conocimientos científicos, en el citado año y los dos anteriores, han sido excelentes, siendo general el disgusto que experimentó esta comunidad al saber que don Francisco deseaba dejar su plaza en la villa para trasladarse a su municipio, más cercano de su familia.

Y para que conste y pueda manifestarlo el interesado donde le convenga, doy la presente que firmo y sello.

José Juncos Juncos
Alcalde

3

Almansa, 1881

Todo empezó con unos rumores en el colmado, la tienda de ultramarinos de la calle principal. Tía y sobrina esperaban a ser atendidas escuchando las conversaciones de otras clientas.

—Ese borracho de marido que tiene la maltrata a diario. ¿Os habéis fijado en las moraduras de su rostro? —les refería doña Lola, la modista, eligiendo las verduras.

Manolita, la tendera, con gran capacidad para expandir los chismes, asentía decidida mientras cortaba el chorizo.

—Doscientos gramos me has pedido, ¿verdad, Rosita?

—Sí, doscientos. Pues resulta que ese sinvergüenza, al llegar a casa después de pasarse el día en la taberna, le da unas palizas de padre y muy señor mío.

—Será porque ella se lo permite. Si mi Bernardino intentase ponerme una mano encima, ¡volarían sobre su cabeza todos los cacharros de la cocina! —dictaminó doña Lola, torciendo el gesto—. ¡Habrase visto!

—Pero… ¿de quién habláis? Y ¿por qué no hacéis nada para ayudarla? Al fin y al cabo, esa pobre mujer está indefensa frente a la brutalidad de su marido —exclamó Milagros, encendida por la injusticia—. Comentáis el asunto como si fuera baladí, y resulta que ese bruto puede matarla hoy mismo de una golpiza… ¿Tienen hijos?

—Dos pequeños y un tercero en camino —contestó la tendera—.

Es que no es tan fácil, sor Milagros… A ver quién se atreve a meterse en matrimonio ajeno. Yo no, desde luego, ¡cuántas veces las parejas enfurruñadas se perdonan y vuelven a rejuntarse! Pero esta pobre tiene para rato, porque ya sabe lo que dice el refrán: «Quien mal casa tarde enviuda».

—¡Uy!, como yo, que por suerte enviudé dos veces y no pienso repetir. ¡El matrimonio es una lotería! Una nunca sabe lo que le espera —sentenció otra clienta.

—Deberíamos apoyarla, vivirá atemorizada… ¿Y si denunciamos el caso en el cuartelillo de la Guardia Civil? —insistió la monja.

—¿De que serviría? Los escopeteros también son hombres y siempre terminan por dar la razón a sus iguales. Lo tienen muy por la mano y lo arreglan diciendo que esas cosas forman parte de la intimidad de la pareja —murmuró la viejita del grupo, de origen andaluz—. Pero os digo yo que esos golpes no los había visto en la vida. Viven en la calle Clavel, al lado de mi prima hermana, que me ha contado que esa muchacha con frecuencia lleva un ojo a la funerala.

Carmen tiró de la mano de su tía con un gesto rápido.

—Tengo una idea. Volvamos a casa y te cuento.

Sentadas en la biblioteca, lejos de oídos ajenos, le contó su plan.

—A ver qué te parece: he pensado que, si queremos ayudarla, como tú sabes dibujar tan bien, podríamos elaborar unas octavillas denunciando públicamente lo que ocurre, a modo de protesta, y distribuirlas por debajo de las puertas cuando caiga la noche.

—¡Hagámoslo! —la animó sin dudarlo—, pero tu hermano debe estar al corriente…

Javier se encontraba firmando papeles. Era todo tranquilidad y buen humor, un estado de ánimo que mudó en pocos segundos al conocer sus intenciones.

—¿Octavillas para ayudar? ¿Sabéis que esa forma de propaganda está prohibida? Si se llegara a saber quién las discurre, se nos caería el pelo —dijo tras levantar la vista del legajo de expedientes sobre la mesa.

—Un marido ebrio que zurra a su esposa encinta y maltrata a sus niños pequeños ¿no te parece suficiente razón? —Su tía se lo quedó mirando con el entrecejo fruncido.

—¿Eso hace el salvaje?

—Hasta el día en que por fin la mate —insistió Mili, contrariada—. Esta situación clama al cielo, ¡algo se podrá hacer!

—Hermano, nadie tiene por qué enterarse del origen de los panfletos —afirmó Carmen, armando el plan en su cabeza—. Solo nosotros estaríamos al tanto, así que no puede pasar nada malo.

—¿Olvidáis que estáis hablando con un abogado que conoce de cabo a rabo la legislación? Estos actos no deben tomarse a la ligera.

—Bufff… Siempre tan cuadriculado, ¿no puedes saltarte las leyes ni un poquito? ¡Es por una buena causa! Si papá estuviera aquí, seguro que nos ayudaría. Siempre has dicho que tenía un enfoque diferente y moderno, ¡en contra de las convenciones establecidas!

—Así es, y tú cada día te pareces más a él: ¡*qualis pater, talis filius*!

—Y tú también, porque en el fondo eres un rebelde, aunque no lo quieras reconocer. ¡Hasta en los bigotes! —dijo abrazándolo con afecto.

—Entiendo que sería una forma de hacer justicia —se avino Javier, admitiendo la determinación de su hermana pequeña—. ¡Es de pusilánimes golpear a una mujer! ¡Qué gran cobardía es hacer daño a los más débiles! Pero, cuidado, porque existen riesgos que debemos valorar. ¡Ah!, y no me habéis dicho si mi futuro cuñado sabe algo de esto.

—Se nos acaba de ocurrir y no pensaba decirle nada por el momento, anda muy liado con sus enfermos —argumentó Carmen, quitándole importancia—. Yo sé que no le parecerá mal, así que mejor se lo contamos cuando ya lo hayamos hecho. Por una vez, ¡seamos un poco revolucionarios! La tía y yo solo queremos concienciar a las personas que nos rodean. Es increíble que el maltrato y las vejaciones estén aceptados en esta sociedad tan rancia y anticuada, en la que los hombres lo pueden todo. ¡Deben cesar! ¿Tú tolerarías que Francisco se creyese con derecho a golpearme solo por ser su esposa?

—¡No permitiría que te tocase ni un pelo! Se las vería conmigo y te defendería frente a quien hiciera falta. A las mujeres hay que tenerlas en un pedestal.

—Esa pobrecita está sufriendo mucho —replicó Milagros, que se inclinó sobre la mesa y esbozó entonces la idea en un papel. Representó a una mujer en estado de preñez avanzada protegiendo su vientre, mientras su marido levantaba el puño derecho hacia ella y sostenía en la otra mano una botella vacía. Dos pequeños lloraban abrazados en un rincón, tapándose las caritas, y, al otro lado de la puerta, los representantes de la ley miraban la escena por el ojo de la cerradura, sin intención alguna de ayudar a la desdichada…

Carmen escribió debajo una satírica frase que titulaba la ilustración: «Así trata a su pobre esposa indefensa un vecino de la calle Clavel, con golpes y humillaciones como cree que es su deber, y muy claro ha quedado que, en el tema conyugal, la Guardia Civil prefiere no atravesar el umbral».

—Necesitaremos bastantes copias. Porque una imagen vale más que mil palabras… —reflexionó Javier en voz alta ante la iracunda agresión plasmada en el papel—. En Valencia tengo un cliente de confianza que es dueño de una imprenta, mañana mismo iré a

hablar con él. Nunca nos delatará. Pero tengo una condición: seré yo quien reparta los pasquines después de que todos se hayan ido a dormir.

Lo hizo al cabo de pocos días, al caer la noche, y se armó un revuelo de padre y muy señor mío a la mañana siguiente. El tema andaba de boca en boca.

No hizo falta señalar en que número de la calle Clavel vivía la familia en cuestión. Además, bien reconocibles en los dibujos, los dos miembros de las fuerzas del orden fueron ridiculizados por su negligencia y reprendidos por su superior. El teniente estaba caracterizado con su inconfundible gran nariz, y el joven alférez, con sus orejas de soplillo.

Tomaron cartas en el asunto y se personaron en la casa del maltratador antes de que ocurriera una desgracia. Se lo llevaron esposado y a rastras por la calle principal para que todos lo vieran. Recibió unos cuantos mamporros y fue olvidado en el fondo del único calabozo del cuartelillo a pan y agua durante una semana; solo se le permitió salir un ratito cada tarde a la calle de atrás para vaciar el orinal. Transcurrido ese tiempo, quedó libre tras reconocer que estaba arrepentido de sus acciones; juró que no volvería a empinar el codo ni a levantarle la mano ni siquiera al gato pardo que aparecía de vez en cuando por su cocina. El susodicho solo necesitaba probar un poco de su propia medicina y recibir un escarmiento.

En el colmado, el medio de información extraoficial de la villa, no se hablaba de otra cosa. «¡Cuidado con el vengador de los pasquines! ¡Por fin se ha hecho justicia!», exclamaba orgullosa la tendera Manolita, esta vez tronchando las patas de un pollo.

—¿Por qué el autor de los pasquines ha de ser un hombre y no una mujer? —replicó doña Lola—. Nosotras también somos capaces de sublevarnos.

Las clientas se miraron desconfiadas entre ellas, sospechando de sus vecinas.

—Tiene que ser alguien que sepa dibujar muy bien —resolvió suspicaz la viejita del grupo—, pero a mí no me miréis, ¡porque yo solo sé hacer monigotes!

—Sea quien fuere, puede estar bien orgulloso u orgullosa —dictaminó la tendera—. ¿Se le ofrece otra cosa, doña Lola?

Por la tarde, Remigio, el teniente del cuartelillo, acompañado de Sabino, su alférez, hacía sonar con dos golpes secos la aldaba de la puerta principal de los Pérez de Lara.

Francisco se encontraba en la casa ultimando los detalles de la boda. Organizaba la lista de invitados con Carmen, su madre y la tía Mili. Javier, inquieto por la visita inesperada, se encargó de atender a los guardias civiles, haciéndolos pasar a su despacho.

—Buenas tardes, señores, ¿a qué debemos el honor de su presencia?

—Buenas tardes tenga usted. Pues venimos por un asunto oficial —respondió ásperamente el teniente.

—Siéntense, por favor. ¿Puedo ofrecerles un café? ¿Una limonada?

—Un café estaría bien, muchas gracias —aceptó el teniente por los dos.

Sor Milagros sirvió el café humeante en las tacitas, junto con una bandeja de dulces, y después se retiró a escuchar tras la puerta.

—Ustedes dirán lo que se les ofrece —dijo Javier, acomodado tras la imponente mesa de su despacho.

—Hemos venido a comunicarle la apertura de una investigación para descubrir quién es el autor de las octavillas que han causado tanto revuelo y puesto en entredicho al cuerpo de la Guardia Civil, o sea, a nosotros.

—Y yo ¿en qué podría serles útil? —preguntó Javier, ofreciéndoles la caja de los puros—. ¿Quieren uno?

El alférez Sabino alargó la mano, pero su superior le obligó a retirarla con una mirada severa.

—Vamos de casa en casa recabando información —prosiguió el teniente Remigio, sentado en la confortable silla forrada de terciopelo y observando con detalle el fino ambiente que los rodeaba. Había una cierta animosidad en su gesto, la de quien rumiaba que sería de justicia poder disfrutar a diario de las mismas comodidades que ese engreído de Javier Pérez de Lara.

—¿Y qué han averiguado? —quiso saber el dueño de la casa, mirándolo a los ojos con una sonrisa segura y profesional.

—En la noche de los hechos, después de las doce, se detectó la presencia de un individuo que recorría las calles distribuyendo bajo las puertas los famosos panfletos. Queda aún por descubrir su identidad.

—Entonces todavía no se sabe quién fue…

—Aún no, pero nuestro testigo dice que esa persona, que se movía con celeridad, tenía buena percha, vestía abrigo largo de lana y llevaba sombrero. Por aquí, solo los señores y señoritos bien llevan abrigo con sombrero, y usted es uno de ellos, junto con el maestro, el médico, el boticario, el señor alcalde…

—¡Y el dueño de la fábrica de zapatos con sus cuatro hijos! —añadió el alférez Sabino levantando el dedo índice.

Javier los miró con extrañeza, poniendo cara de no haber roto un plato en su vida.

—Es cierto que llevo abrigo y sombrero. ¿Eso me convierte en sospechoso? Y dígame: ¿por qué ese testigo no ha señalado directamente al hombre misterioso? A fin de cuentas, aquí nos conocemos todos.

—El problema es que el denunciador es Tomasín, el retrasadito que anda siempre suelto por ahí como vaca sin cencerro, y ocurre que esa noche también iba con unas copas de más —explicó el teniente, contrariado.

—O sea, no saben quién es el personaje bien abrigado de la cabeza a los pies, pero dan crédito a un supuesto testigo borrachín que anda confuso por la vida. Eso quiere decir que no detentan pruebas acusatorias contra nadie… Pues como bien dijo el gran Plauto —subrayó Javier, levantando una mano al aire para declamar una de sus citas predilectas—: «Más vale un testigo de vista que diez de oídas».

Mientras el abogado y el teniente Remigio conversaban entre ellos, Sabino distinguió, sobre la mesita auxiliar cercana a Javier, un esbozo a plumilla similar a los pasquines satíricos y rememoró las burlas de su padre y sus hermanos, que se rieron por el parecido que él guardaba con el dibujo de uno de los agentes que miraba por la cerradura, el que tenía sus mismas orejas de soplillo.

Como era miope de consideración, quiso aproximarse con disimulo para observarlo más de cerca, pero en ese instante el doctor Soldevila entró sonriente en el despacho de su futuro cuñado. El médico saludó a los presentes y se sentó en la esquina de la mesa de Javier en un gesto de confianza antigua. Observó que el teniente Remigio se sonaba la moquita y que el subalterno tenía una tos seca, así que se ofreció espontáneamente a examinarlos.

—Permítanme que les ausculte, señores míos. A ver, respiren por la boca… Bien, bien. Y ahora digan: ¡aaaaah!

Los guardias civiles articularon su «¡aaaaah!» por turnos.

—Vaya, es evidente que tienen encima un buen resfriado y la garganta, irritada…

—Es por culpa del mal estado del cuartelillo —se quejó Sabino,

descontento—. Fue levantado en los tiempos de Maricastaña. Las paredes tienen moho y la pintura se cae a pedazos. Eso por no hablar de las corrientes de aire, porque los pestillos de las ventanas no cierran del todo bien. ¡Andamos siempre con la humedad metida en los huesos!

Aprovechando la distracción, Javier tuvo tiempo de sobra para darse cuenta de hacia dónde había dirigido el alférez su borrosa mirada y puso el boceto original a salvo y bajo llave en el interior del cajón de su escritorio. Cuando Sabino fijó de nuevo su atención en la mesita, el dibujo había desaparecido.

Francisco les recomendó vahos de eucalipto y unas tazas de tisana caliente con limón y mucha miel.

—En unos días se encontrarán mejor, señores míos. Y ¿a qué se debe su visita a esta casa, si no es indiscreción? —preguntó sin rodeos, dándoles la espalda mientras guardaba el estetoscopio en su maletín.

El teniente le contó la historia en detalle.

—¡Claramente también estoy en esa lista! —bromeó soltando una carcajada e intercambió una fugaz mirada cómplice con Javier—. Pueden mirar en el perchero de la entrada, así podrán cerciorarse de si mi abrigo y mi sombrero coinciden con los del enigmático repartidor de pasquines… —expuso con una mueca de indiferencia alzando la ceja derecha—. Todos conocemos de sobra a Tomasín y su debilidad por el vino tinto. El otro día corría por la calle principal persiguiendo unas gallinas y las llamaba por el nombre de pila de sus hermanas. ¡La cordura no ha sido nunca su punto fuerte! O como dice a menudo un psiquiatra amigo mío: «No tiene a todos los patitos en la fila».

—O es porque le falta una patata pa'l kilo. ¡Ja, ja! —intervino el alférez guasón, olvidándose de comportarse con la seriedad

requerida por el uniforme.

—O porque no es el lapicero más afilado de la caja —añadió Javier Pérez de Lara, que disfrutaba con la distendida situación.

En un arranque de malhumor, el teniente interrumpió con aspereza las chanzas.

—¡Orden! No estamos aquí para intercambiar expresiones ni refranes sobre retrasaditos —alegó en un tono firme y ajustándose el tricornio—. ¿Les importaría decirme dónde estaban la noche del día 4, alrededor de las doce?

—Ahora que lo dice, precisamente esa noche la recuerdo bien —anticipó el médico antes de que su futuro cuñado abriera la boca—. Los dos nos encontrábamos en mi casa, junto con otros camaradas, celebrando los últimos días de mi soltería. Tal vez sepan que voy a casarme con la señorita Carmen Pérez de Lara —anunció orgulloso —; las amonestaciones están publicadas en el tablón de anuncios de la iglesia desde hace casi dos meses.

Remigio lo sabía demasiado bien, puesto que fue uno de los admiradores que la esperaba en la calle durante horas para verla pasar, pero Carmen nunca se dignó ni a mirarlo. Después se corrió la voz de que el elegido era el mejor amigo de su hermano, ese estudiante de medicina con fama de empollón que ahora tenía frente a él hablando con pose desenvuelta y tan seguro de sí mismo. Los envidiaba profundamente. «Dios los cría y ellos se juntan», pensó con amargura. Aunque había llovido mucho desde entonces, seguía experimentando un sentimiento de inferioridad y desventaja. Las señoritas con la educación de Carmen Pérez de Lara no se fijaban en simplones como él. «Esa frutita tan refinada no es pa los de tu condición», se mofaba su padre al verlo regresar mortificado después de horas aguardando bajo la ventana de la joven. Y llevaba razón, porque desde niña la habían acostumbrado a asistir a la ópera

una vez al mes en el Teatro Principal de Valencia y a él solo le hubiera alcanzado para invitarla a un refresco.

—¿Alguien más podría avalar lo que dice usted? —preguntó el teniente volviendo al presente. Tomó un sorbo de café y clavó los ojos en el médico, ahora de pie junto a su futuro cuñado.

—¿Es que acaso pone en duda nuestra palabra? —cuestionó Javier con ironía, aguantando indiferente la incómoda mirada del teniente Remigio, que destilaba provocación.

—Lo único que sé, caballeros, es que ridiculizar a la Guardia Civil es un delito muy grave penado por la ley, y que nuestro trabajo no consiste en andar mediando en todos los matrimonios de la provincia, como tampoco mantener encerrados en un calabozo a los maridos que alzan alguna vez la mano a su mujer, aunque solo sea para hacerse respetar —dijo levantándose de pronto con un gesto teatral. Se acomodó la casaca del uniforme, se enderezó la chapa del cinturón y se despidió con un adusto movimiento de cabeza—. ¡Buenas tardes, señores!

—Los acompaño —se ofreció Javier, siempre cortés, girando un poco la cabeza para observar de soslayo la reacción de Francisco.

Este no se movió de su sitio y prefirió morderse la lengua, manteniendo la calma que practicaba con ese tipo de individuos. Era más inteligente dejarlos marchar sin rebatir argumentos primitivos y obsoletos. El uso de la violencia en el hogar era un tipo de enfermedad para la que no se había inventado vacuna alguna, y se transmitía con frecuencia de padres a hijos, de generación en generación. La aberrante cultura de educar a base de golpes, si es que a eso se le podía llamar educación…

Javier cerró la puerta tras ellos, aliviado al fin de quitárselos de encima.

El alférez seguía absorto a su superior calle abajo, liándose un

cigarrillo. Conocía el mal carácter del teniente y prefirió no contarle lo que le había parecido ver y desaparecer en cuestión de segundos. Mejor era comerse el sapo, el sueldo que cobraba no compensaba el riesgo. Además, Remigio era de todo menos comprensivo y lo trataría de estúpido y donnadie; le gustaba hacerlo sentir inferior, uno de sus pasatiempos favoritos.

Francisco sabía de la existencia de los pasquines. Sus pacientes no hablaban de otra cosa, pero desconocía que la idea hubiera surgido de la cabeza de Carmen, teniendo como cómplices a su tía y a su hermano. Se había enterado cuando Milagros entró en la sala para pedir ayuda, tras escuchar detrás de la puerta la conversación que Javier mantenía con los guardias civiles. La tía y la sobrina se habían visto obligadas a hacerle un resumen deprisa y corriendo. «Entiendo», había contestado escuetamente el médico, que, sin tiempo para más, había agarrado su maletín y se había presentado en el despacho segundos más tarde.

—Gracias por ayudarnos, deberíamos habértelo contado antes —admitió su novia sin ambages—. El resto de la historia ya la conoces… Espero que no te enfades con nosotros por dejarte al margen. Ya sé que la cosa se nos ha ido un poquito de las manos cuando la guardia civil ha aparecido en casa.

—Pues yo os admiro mucho por lo que habéis hecho —afirmó Esperanza, orgullosa—. ¡Si me lo hubierais contado, os hubiera ayudado!

—Mamá, por favor, no añadas más leña al fuego. Yo pienso que se han metido en un buen berenjenal —se quejó Francisco—. A partir de ahora, me gustaría ser partícipe de todo lo que se guise en esta familia, porque pronto también será oficialmente la mía —les reprochó sin mucho ánimo mientras se peinaba la mecha rebelde hacia atrás—. Espero que se hayan creído el embuste… Todos mis

amigos os marchasteis antes de la medianoche —dijo señalando a Javier—, y yo mismo dormía como un lirón a las doce y cuarto. Imagino que empezarías a repartir los panfletos en cuanto saliste por la puerta, ¿verdad, señor abogado?

—Me costó poco más de dos horas distribuirlos —admitió—. Pero ya ves que era por una causa justa. Lo que no me esperaba es que Tomasín se topase con el hombre del abrigo y el sombrero.

Carmen aprovechó para acercarse a su prometido y, cariñosa, le revolvió el pelo dándole un beso en la mejilla.

—Agradecemos tus mentiras piadosas a los guardias civiles, pero te confieso que, si por mi fuera, distribuiríamos pasquines todas las semanas a modo de protesta. Desgraciadamente hemos nacido en un tiempo en el que la mujer es todavía como un búcaro bonito que adorna el ambiente. Algunas, favorecidas por el destino, estamos rodeadas de hombres inteligentes y respetuosos, pero muchas otras sufren violencias de todo tipo. En general no tenemos ni voz ni voto más que para cumplir con las tareas del hogar, estar hermosas para vosotros y engendrar muchos hijos. ¡¿Por qué no podríamos comenzar con un pequeño movimiento para ir abriendo las mentes cerradas y obtusas de esta sociedad?! ¿Debemos resignarnos? No olvidemos que nos encontramos en los albores del siglo veinte y que, por lo tanto, a las mujeres modernas también nos gustaría ampliar nuestros derechos y formar parte de la política de nuestro país. ¿Os parece lógico que todavía no se nos permita votar ni desempeñar cargos públicos?

—Estás en lo cierto —admitió Javier—. Y confío en que poco a poco las cosas se podrán conseguir, aunque el camino será arduo y lleno de obstáculos…

—¡Tened por seguro que algún día lo lograremos! —anunció Carmen, fervorosa y con el puño en alto—. Pero prometo no volver a

poneros en riesgo con más panfletos. Hay demasiadas personas al acecho con ánimo de castigarnos; no solo hombres, también mujeres que prefieren que las cosas se queden como están.

—Yo soy admiradora de Concepción Arenal —apostilló a su vez Esperanza.

—¡Me alegra escucharlo! Es una gran fuente de inspiración para nosotras —la secundó Milagros.

—¿Os dais cuenta de que la señorita Arenal se vio obligada a vestirse de hombre para asistir a las clases de derecho en la facultad? —prosiguió Carmen, rompiendo en pedacitos el boceto que había encontrado Javier—. Y cuando su identidad fue descubierta bajo la levita y el sombrero que usaba para disimular su sexo, llegó el escándalo, claro, ¡porque se nos prohíbe casi todo!

—Concepción tuvo que mantenerse firme y demostrar sus conocimientos ante al claustro de profesores, que terminaría por permitirle regresar a las clases, pero única y exclusivamente como oyente. No podría matricularse ni tendría derecho a examinarse —añadió sor Milagros—. ¿Su única falta? Ser mujer, querer formarse y soñar con alcanzar los mismos derechos y libertades que sus compañeros varones, en su mayoría individuos con un pequeño cerebro de musaraña cuya única pretensión era perpetuar el *statu quo* para toda la eternidad. ¿Una mujer con estudios superiores? ¡Dónde se ha visto eso!

—No seas injusta, tía, que no todos los hombres tenemos una musaraña por cerebro… —se quejó Javier.

—Bueno, hijo, ya sabes lo que quiero decir…

Francisco y Javier convinieron, asintiendo.

—Por el momento, conseguir la igualdad es como intentar tapar el sol con un solo dedo —razonó Esperanza.

Faltaba poco para el enlace y Carmen se sentía algo perdida. Hubiera deseado tener junto a ella a su madre para que le explicase los misterios de la afamada y misteriosa noche de bodas.

—Lo siento, yo no te puedo ayudar. Soy monja, virgen e inocente —le recordó su tía—. Solo conozco la apropiada versión de las abejas y las flores en primavera, ¡pero tenemos que averiguar cómo es ese asunto tan secreto!

—Opino que lo más pertinente sería comentar el tema con Hortensia. Es mi mejor amiga y está recién casada.

—¡Buena idea! Y, además, podrías pedirle prestado a Francisco un libro sobre anatomía humana con dibujos, así nos fijaremos en la parte masculina —pensó Milagros—. Y no hacemos nada malo si los estudiamos; deberían formar parte de la cultura general, ¿no te parece?

Carmen le pidió el libro a su prometido mientras daban un paseo por el cerro de las Cruces.

—¿Cuál es la parte del cuerpo en la que tienes interés, Carmen? Yo puedo explicarte lo que necesites saber —se extrañó, poniendo las manos sobre sus hombros cariñosamente.

—Doctor Soldevila, ya me conoces, hay cosas que prefiero averiguar por mí misma —respondió la futura novia enarcando las cejas con una pícara sonrisa.

—¡Ah! Creo que ya lo entiendo, señorita De Lara… —intuyó—. Mañana mismo te traeré uno sobre anatomía y otro sobre ginecología y obstetricia.

—Has dado en el clavo.

Y con los volúmenes bajo el brazo, sor Milagros y Carmen se fueron de visita a la casa de Hortensia, casada recientemente con Benito, el hijo mayor del alcalde. No sin antes cerrar la puerta, para evitar que la muchacha del servicio las escuchase, les fue señalando

las imágenes más significativas y las comentó sin pelos en la lengua.

—No os negaré que, las primeras veces, con tanto vaivén me escoció, pero al cabo de los días era como coser y cantar. Mi marido no será el más listo ni el más guapo, pero en la intimidad de la alcoba sabe hacerse querer. Si os soy sincera, la verdad es que mi propia madre me explicó estas cosas muy poco y muy mal. Me dijo: «Quédate quieta, hija, y nunca te quejes, que él lo hará todo por ti y, tan pronto como termine, se dará la vuelta y empezará a roncar».

—¡Lo más gracioso es que la que ronca soy yo! —siguió hablando sin remilgos—. Y mi Benito ha resultado ser un amante amoroso y atento que no descansa hasta que logra darme placer.

—¿Placer? ¿De qué tipo, Hortensia? —quiso saber su amiga.

—Es algo muy agradable que llega cuando me toca la especie de peladilla minúscula que tenemos las chicas entre los muslos.

—¿Dónde está esa peladilla? —preguntó la tía Mili, sintiendo una punzada de curiosidad.

Carmen le aproximó uno de los libros médicos por la página donde aparecía el órgano reproductor femenino esquematizado y ampliado.

—Muéstranosla, Horten, ¡señala dónde se encuentra!

—Su amiga, ni corta ni perezosa, tomó la aguja de hacer crochet y se lo indicó.

—Esta es, y por aquí aparece lo que al principio es como un cosquilleo que aumenta por momentos y se convierte en una explosión de gozo que no tengo palabras para describir… ¿Os sirvo más café con leche? —ofreció atenta, cambiando radicalmente la conversación al escuchar dos toquecitos en la puerta. La criada entró con una bandeja de ricas pastas recién horneadas, y retomaron la conversación inmediatamente después, en cuanto desapareció de camino a la cocina.

—¡Pues yo creo que todas nuestras amigas deberían conocer esta

información tan valiosa! —afirmó Carmen, muy seria—. ¿Por qué tanto secreto si es algo bueno y tan agradable?

—Porque les interesa que se siga manteniendo oculto… —opinó la monja.

—¿A quién le interesa, tía?

—Sin ir más lejos, a la Iglesia. Las relaciones íntimas han de estar destinadas a que los cónyuges tengan descendencia; todo lo demás, que yo sepa, es considerado pecado.

—Entonces Benito y yo ¿estamos pecando? —se atragantó Hortensia con un rollito de anís—. ¡Me lo podía haber imaginado! Es un pecado mortal y lo de la peladilla seguro que es lujuria.

—No, mujer —la tranquilizó Carmen—. Ni la Iglesia ni el señor cura pueden averiguar lo que ocurre tras las paredes de vuestra alcoba. ¡Solo faltaría!

—Pues si mi madre supiera que tiene una peladilla, tal vez sería más feliz y refunfuñaría menos. —Rio la amiga por lo bajo sirviendo más café.

Las tres extendieron sus carcajadas divertidas hasta el final de la tarde con otros detalles que su anfitriona les fue describiendo sobre la anatomía masculina, puesto que ya se había convertido en una experta en la materia.

¡Bendito Benito!

Y así, la tía monja y la futura novia descubrieron al mismo tiempo unos cuantos enigmas sobre la sexualidad, y como dijo Sócrates en el siglo v a. C.: «La verdadera sabiduría es reconocer tu propia ignorancia». Ahora entendían en su mayor parte lo que sucedía durante la noche de bodas y en las relaciones íntimas.

El amor que Carmen sentía era incondicional. Le gustaba todo de Francisco: sus ojos de color avellana, el color de su pelo, sus dedos de pianista, el olor de su piel…, y cuando empezó a besarla en los

breves momentos en los que se encontraban a solas, tomándola entre sus brazos, no podía ser más feliz. Ya solo quedaba una última prueba de su vestido de novia y pocos días para la boda.

Francisco adoraba a Carmen. Era el hombre más afortunado de la tierra, correspondido por una mujer arrebatadora, sensible e inteligente. Compartían los mismos valores, era la compañera ideal para fundar una familia. Sabía que su novia era una entre un millón. Cada día más enamorado y en la recta final de su compromiso, se le hacía difícil controlar sus instintos, pero nunca se atrevió a tocarla más allá de algunos besos robados, imponiendo su formalidad y sensatez, resistiendo a la tentación como lo que era, todo un caballero.

Su mayor prioridad era hacerla feliz para el resto de su vida. Y ese día había llegado por fin, como se anunció en el periódico.

> La mañana del 14 de enero de este año 1882, las alegres campanas al vuelo de la iglesia de Santa María de la Asunción anunciarán el enlace matrimonial de la distinguida señorita Carmen Pérez de Lara con el muy respetable don Francisco Anastasio Soldevila, médico y vecino de nuestra ciudad de Almansa. Felicitamos a la joven pareja por sus esponsales, deseándoles todo lo mejor en su futura vida de casados.

Con la iglesia repleta, Francisco aguardaba apuesto y solemne frente al altar mayor con un impecable traje hecho a medida, acompañado por su irresistible sonrisa y el característico mechón rebelde, que había domado con gomina y mostraba dócilmente peinado hacia atrás.

La ruborizada novia entró del brazo de su orgulloso hermano y padrino, suscitando susurros de admiración a su paso. Radiante y serena, portaba un sencillo ramo de lirios de agua entre las manos.

Iba vestida con un refinado traje de dos piezas: un paletó de seda blanca, con el cuello y los puños de fino encaje de Chantilly, y una falda de polisón a juego, rematada por una exquisita cola de metro y medio confeccionada en raso claro de seda salvaje. Sobre los hombros lucía la antigua mantilla de su bisabuela en color champán, primorosamente bordada, y llevaba el largo cabello castaño recogido bajo el velo de suave tul que su madre llevó el día de su boda, confiriendo a su joven rostro un luminoso perfil de reflejos perlados. Los hermanos caminaban imponentes por la amplia nave central, disfrutando del mágico momento, mientras el coro de monaguillos entonaba sus blancas voces infantiles, acompañadas por el antiguo órgano de la iglesia. Al llegar al altar, Javier, muy emocionado, entregó la mano de Carmen al flamante novio con un guiño cómplice lleno de dicha y felicidad.

Sentados en el primer banco, la tía Mili, Esperanza, Javier y los hermanos de Francisco no perdían detalle. Hortensia demostró públicamente sus cualidades como mejor amiga al tomarse la libertad de levantarse dos veces para acomodarle la cola a la novia, antes de que el obispo diese comienzo a la ceremonia.

—¡Que vivan los novios! —vitorearon los antiguos compañeros de facultad a la salida de la iglesia, provistos de guitarras, bandurrias, panderos y panderetas. Cantaban y bailaban seguidillas en honor de los recién casados, y festejaron en la puerta hasta que el sacristán les pidió amablemente que dejasen de armar alboroto.

Celebraron el banquete en el luminoso patio de la casa de Esperanza con una deliciosa comida típica de la región: gazpacho manchego, gachamigas con jamón, el sabroso relleno, ajoarrieros y morteruelos, todo ello acompañado por buenos vinos y licores de la comarca. Como postre, los novios sirvieron a sus invitados la exquisita tarta nupcial de tres pisos con glasé real.

Entre alegres aplausos, antes de la medianoche, los novios se retiraron a su nuevo hogar. Francisco tomó en brazos a su esposa y traspasó el umbral de la casita de dos alturas cercana a la de los Pérez de Lara, con un jardincillo suavemente perfumado de lavanda, espliego, adelfas y flores de alhelí.

—¡Al fin solos! —exclamó dichoso—. ¿Eres feliz, vida mía?

—Muchísimo, tanto que me cuesta creer que estemos casados…

La atrajo hacía sí y la besó dulcemente. Entre caricias, más besos y sonrisas nerviosas, la ayudó a liberarse de las diminutas horquillas de cada mechón de cabello, que le fueron cayendo en cascada sobre los hombros. Sin apuro, desabrochó uno a uno los numerosos botones, los pequeños corchetes, deshaciendo lazos y cintas, y retiró las capas de enaguas, aflojando y deslizando poquito a poco los cordones del corsé. En la intimidad de la noche de bodas, la joven pareja halló lo que durante mucho tiempo había soñado, un estrecho vínculo de amor aún más profundo, y con la pasión que sentían se fueron descubriendo, disfrutando de cada instante. Carmen se dejó llevar por sus instintos, complementándose a la perfección con el cuerpo de Francisco, y ambos disfrutaron de la irresistible magia, el intenso y ardiente placer que, como un torrente desbordado, llegó imparable y se abrió paso entre ellos.

Hortensia tenía razón. Lo que había experimentado era extraordinario y no podía describirse con palabras.

Ahora solo deseaba volver a empezar.

Al día siguiente, la tía monja decidió regresar con las Hermanas Nicoletas del Bendito Cumplimiento. Todos lamentaron su decisión.

—Ya no me necesitáis y no me quedan más excusas que darle al obispo para permanecer fuera del convento…

Fue recibida con alegría y volvió a ocupar su antigua celda.

—¡La hija pródiga ha vuelto! —bromeó la madre superiora dándole

un abrazo.

—Te hemos echado de menos, hermana Milagros, ¡y a tus hojaldrinas también! —exclamó la monja más anciana.

Al caer la noche, salía al patio como antaño, quedamente y sin ruido, envuelta en una manta. Sentada bajo el olivo, encendía su pipa al abrigo de las miradas, dando suaves caladas y pensando en los felices años pasados con sus sobrinos.

Carmen quedó encinta enseguida; sin embargo, la dicha duró apenas dos meses. Una mañana despertó dolorida con calambres en el vientre, tiñendo las sábanas de sangre. Francisco la consoló lo mejor que pudo. Por experiencia, sabía que los embarazos malogrados eran comunes en el primer trimestre.

—No te preocupes, vida mía, piensa solamente en recuperarte. Tú eres lo más importante.

Pero ocurrió una segunda vez. De nuevo recorrieron su cuerpo las olas de dolor y el cruel sangrado. Carmen lo vivió como una tragedia, impotente y abatida. Se sentía la más desgraciada de las mujeres y se angustiaba pensando que tal vez nunca podría tener hijos. Y entonces Francisco ya no la querría, y ella sería como un juguete roto que no sirve para nada.

—¿Qué pensamientos son esos, cariño? —la consoló Esperanza—. Mi hijo siempre te ha querido y seguirá haciéndolo. Aparta las ideas oscuras de tu mente, porque a mí me sucedió lo mismo y ya ves que después tuve tres hijos seguidos.

—Por supuesto, tesoro, no te mortifiques. Estas son pruebas a las que te somete la vida, pero yo sé que lo conseguirás, ya verás —la animaba la tía Mili.

4

Filipinas, allende los mares, 1861

Tagubanua dejó atrás su pueblo natal siendo un niño de corta edad. Mindana, su joven madre, se lo confió con tan solo cuatro años a un misionero apostolino que viajaba de vuelta a Manila, quien le prometió que brindaría a su único hijo un futuro mejor.

Conocían al padre Faustino Barceló desde hacía muchas estaciones. El religioso castila, a pesar de su juventud, estaba curtido por la vida. Poseía unas pobladas barbas y el cabello oscuro asilvestrado, además de un expresivo rostro de ojos vivos y chispeantes. Ocultaba una buena complexión bajo el hábito de monje, raído por el tiempo, labrando la tierra entre zarzas y matojos. Poco a poco había aprendido a hablar el tagalo, impulsaba el desarrollo del pueblo y les trataba con afecto.

Él y su burra Montserrat siempre eran bien recibidos. El animal hacía las delicias de los más pequeños, que se subían de cuatro en cuatro a su grupa y paseaban arriba y abajo por el pueblo, riendo y cantando.

En ese nuevo viaje, había obsequiado al poblado con tres azadas de labranza, media docena de saquitos de semillas y esquejes de distintos árboles frutales. Les enseñó a elaborar fertilizantes naturales y, antes de partir, examinó los árboles asegurándose de que crecieran sanos y fuertes. Al final de la temporada, deberían proporcionar jugosos frutos con los que garantizar buena parte de la

alimentación de sus pobladores.

Al poco, marchaba otra vez por el intrincado camino de la cordillera montado en la burra, con su gran sombrero de hoja de palma bien calado en la cabeza. Visitó otras aldeas, hasta terminar su vasto periplo de vuelta en su convento, en la ciudad de Manila.

En la misma época, la bella india Mindana tuvo una vez más aquel sueño revelador que se repetía a menudo y pesaba como una losa en su ánimo. Sin embargo, en esa ocasión, una cosa había cambiado.

Caminó hasta la choza vecina, la de la tatarabuela Lolay, en busca de un nuevo consejo. Su buena tatara era la mujer que la crio desde que era una *batang babae*, después de que el resto de su familia muriera a causa de la extraña enfermedad que asoló la aldea y se llevó a más de la mitad de sus habitantes entre fiebres y descomposiciones.

La anciana se encontraba en el centro de la cabaña, moldeando pacientemente un cuenco de barro cuando la oyó llegar.

—Ven a sentarte, chiquilla mía. Tus pasos se escuchaban inquietos, siento que algo te preocupa —le susurró con su tenue voz de pajarito mientras acariciaba la larga y brillante melena oscura de Mindana.

—Tatara, esta noche se ha repetido el mismo sueño: he visto a mi hijo convertido en hombre, hablando en el mismo idioma de los misioneros y rodeado de gente desconocida para mí —relataba visiblemente preocupada—. Aunque eso no es todo. Entre esos hombres aparecía el padre Faustino aparentando ser más mayor, pues tenía el cabello del color del cielo cuando se cubre de nubes. Esto confirma lo que siento desde que mi segundo *batang lalaki* nació, ¿verdad, mi tatara? ¿Su futuro está lejos de nosotras? —se lamentaba llorando amargamente, apoyada en el diminuto hombro

de Lolay.

—Sí, así debe ser, el sueño de esta noche nos confirma que tiene su porvenir escrito en un lugar distante, lo señala claramente junto a los castilas. Con ellos deberá crecer y madurar hasta convertirse en hombre, pero no te preocupes, porque siempre seguirá ligado a su tierra. No llores más, mi niña linda —le decía suavemente—, el padre es un hombre bueno, lo he leído en su alma, y sé que cuidará de él como si fuera su propio hijo.

—El destino de mi pequeño Tagu está con los españoles… —afirmó Mindana con el triste recuerdo de la pérdida de su primer hijo.

El pequeño Jungao cumplía tres añitos el día en que desapareció. Mindana se hallaba con otras madres recogiendo fruta en el campo y lo perdió de vista solo unos segundos, el tiempo suficiente para que se desvaneciese.

—¿Alguien ha visto a mi niño? Estaba sentado justo aquí hace un momento…

—¡Jungao, Jungao! —gritaban sin descanso.

Lo buscaron durante toda la tarde, toda la noche y muchos días más. Rodearon el campo, vadearon el río, rajaron con cuchillos afilados los vientres de cada pitón gigante, buscándolo en su interior, subieron y bajaron el valle, rastreando los precipicios y revisando los caminos. Nunca encontraron su pista y Mindana se hundió en la más profunda de las tristezas.

El pequeño Jungao era diferente a los demás. No hablaba, no se interesaba por los juegos infantiles, caminaba torpemente y jamás sonreía. De repente y sin causa aparente, emitía sonidos guturales que espantaban a los otros niños, se golpeaba a sí mismo magullándose su hermosa carita de ángel, siempre llena de

moratones. Todo carecía de sentido en ese *batang lalaki* que parecía vivir en otro mundo.

Solo Mindana podía tocarlo, bañarlo y darle de comer. En cualquier descuido, escapaba de la choza y vagaba en círculos mirando al vacío. Buscando soluciones, visitaron al más sabio, el *babayián* del pueblo, que, después de examinar a Jungao, miró a las mujeres con preocupación intentando medir las palabras.

—¿Por qué nació así? Durante las diez lunas que duró mi preñez, seguí los consejos que me dieron las mujeres y alumbré a mi hijo bajo el árbol de la champaca. Mi bebé llegó al mundo serenamente y ni siquiera lloró.

El chamán la miró con compasión.

—Mi niña, no es culpa tuya. Tu *batang lalaki* es como un pequeño dios que se ha perdido en este mundo, prisionero de un cuerpo en el que vive extraviado.

En los últimos meses antes de la desaparición, el extraño comportamiento del pequeño se hizo más evidente y los habitantes del pueblo lo miraban como a un hechizado. Las otras madres, antaño compañeras de juegos de Mindana, apartaban a sus hijos de Jungao.

—¿Qué tiene tu *batang lalaki*? ¿Por qué se golpea? ¿Por qué no se sienta a jugar con los otros críos? ¿Y por qué grita ahora?

Mindana, cansada de ignorar ella misma todas las preguntas, prefería alejarse con su pequeño en brazos. Ya bastante tenía con que murmurasen a sus espaldas acerca del padre del niño.

A Carazuay lo conoció en una boda en el poblado vecino. Él se fijó en la joven nada más verla llegar.

—Hola, preciosa, soy Carazuay Talay. Y tú ¿cómo te llamas?

—Mindana —respondió un tanto azorada.

—No eres de esta aldea. ¿Has venido por invitación del novio o de

la novia?

—¡Por la novia! —contestó veloz mientras iba al encuentro de Lolay, que la llamaba insistentemente con un gesto de la mano.

—Mi niña, ándate con cuidado, ese indio bello con el que estabas hablando no me gusta. Te mira con los ojos del águila que sobrevuela a su presa —le advirtió intranquila.

Bajo la atenta mirada de los invitados, las ceremonias matrimoniales se celebrarían en la casa del *babaylán* del poblado durante tres días y tres noches. Después, los invitados regresarían poco a poco a su hogar.

Todas las muchachas suspiraban por Carazuay, y este, con falsas promesas de amor, se aprovechaba de su inocencia para atraerlas, al caer la noche, hasta el borde del río. Pero con Mindana fue diferente, porque el joven acabó cautivado por sus reticencias y sus ojos de color esmeralda. A sus quince primaveras, se movía majestuosa y esbelta, elegante por su sencillez, con su larga melena siguiendo la cadencia de sus pasos.

No había cumplido los dieciséis cuando, a pesar de todas las advertencias de su tatara, la preciosa Mindana aceptó casarse con Carazuay Talay. Él poseyó al fin los encantos de la mujer que tanto le obsesionaba.

Tristemente, su verdadera naturaleza se daría a conocer poco después. De carácter engreído y arrogante, flojo para el trabajo, evitaba todas las responsabilidades. Tan pronto supo que su joven esposa estaba esperando un hijo, recogió los bártulos en un atadijo y se marchó.

—Volveré pronto —prometió sonriendo con desgana.

Y volvió, aunque después de pasadas muchas lunas, sucio y con golpes por todo el cuerpo, y se encontró a Jungao, su pequeño hijo recién nacido, en los brazos de su esposa. Cuando esta le preguntó

dónde había estado, se limitó a besarla y a apremiarla para que dejara al niño en su hamaca infantil y yaciera con él.

—Mira lo que te he traído —le ofreció por la mañana. De su bolsa extrajo dos brazaletes de oro macizo—. Son para ti.

—¿De dónde salen estas alhajas? —quiso saber, extrañada.

—Las consigo con mis negocios.

—¿Y qué negocios son esos que te llevan lejos de tu casa durante tanto tiempo, volviendo con los bolsillos llenos de oro? —preguntó la tatara.

Nunca contestó.

Jungao desapareció durante una de sus largas ausencias. Cuando Carazuay supo lo ocurrido, se sintió aliviado.

—Olvídate de él, no quiero oír más su nombre. Ese niño estaba maldito.

Y volvió a marcharse a los pocos días.

—El loco de tu marido ya no regresará —sentenció Lolay, convencida—. He visto que la muerte lo viene siguiendo. Su mala estrella hará que pague por todas las maldades que, de seguro, comete durante sus ausencias.

—Debería haberte escuchado cuando le conocí, tatara… Supiste verlo desde el primer día.

—Nació con el corazón demasiado pequeño. Carazuay no conoce el amor.

Lolay y Mindana hablaron con el padre Faustino del recurrente sueño en el que el pequeño Tagu aparecía junto al religioso.

—Yo también creo firmemente en los sueños que se repiten —dijo el apostolino— y, si esa es vuestra decisión, me lo llevaré conmigo al convento de Manila. Allí será cuidado e instruido y podrá aprender nuestro idioma.

—¿Y no lo volveremos a ver? —preguntó Mindana, preocupada.

—¡Claro que sí! Confiad en mí, siempre sabrá dónde está su pueblo y quién es su verdadera familia. Regresaremos a menudo de visita —prometió.

La tatara conversó con el religioso antes de partir y le entregó un atadijo hecho de hojas de palma.

—Para lo que nuestro *batang lalaki* pueda necesitar en la ciudad. Son algunas alhajas que su padre trajo de sus viajes. No conocemos su procedencia, pero son parte de la herencia de Tagu.

Faustino la miró sorprendido al encontrar, dentro del rústico envoltorio, tres cadenas y cuatro grandes medallones junto con un brazalete, todo de oro macizo, que metió en su alforja mientras afirmaba con la cabeza.

—Se lo guardaré por si acaso. Nunca se sabe, ¡hay que ser prácticos!

Mindana puso sobre la cabecita de su *batang lalaki* un sombrerito que ella misma había trenzado. Su tatara le colgó del cuello el talismán dorado que le regaló al nacer y lo dejaron marchar.

Pronto volverían a verlo. No cabía ninguna duda, Faustino era un hombre de palabra y tenía el corazón grande.

En Manila, el pequeño fue acogido con cariño.

—Es mi ahijado y se llama Tagubanua, pero podéis llamarlo Tagu —lo presentó el que desde entonces sería su padrino.

Fue instruido en la fe católica junto con otros pequeños. Pensaban que, tal vez, se convertiría en uno de los suyos al crecer, pero Tagu prefería pasarse las horas en la biblioteca antes que en la capilla. En cambio, era el primero en llegar a clase y el alumno más atento. Muy diligente, secundaba a su padrino en los turnos de cocina.

Faustino era originario de la ciudad de Barcelona, a la que recordaba con nostalgia cantando mientras pelaban patatas y

troceaban cebollas.

La meva ciutat adorada,
la que porto al cor.
Que lluny ets ara,
lang="ca"Barcelona estimada,
què no donaria jo
per tornar-te a veure un instant
i trepitjar els teus carrers amb olor de mar,
vila que em va donar tanta felicitat,
el lloc dels meus records
i de les meves primeres il·lusions.[1]

Por aquella época, la noticia llegó a oídos de Mindana. Habían apresado a una banda de malhechores intentando saquear un *barangay* en Mankayan, uno de los barrios más ricos de la región. Los vecinos, alertados por los gritos, se armaron con garrotes y estacas y rodearon a los delincuentes. Carazuay fue señalado como el cabecilla.

No opusieron resistencia. Cercados, los ataron de pies y manos y los lincharon.

—A partir de ahora, debes seguir adelante sin pensar en él. Por fin puedes vivir tranquila, niña mía —le aconsejó su tatara en cuanto tuvo noticia de la muerte de Carazuay.

Desde que Tagu abandonó el poblado, solía volver tres o cuatro veces al año acompañado por el misionero. Faustino cumplía con su promesa y el chiquillo, feliz, reanudaba los lazos con su pueblo.

—¡*Ina*, tatara, hemos vuelto! —gritó el niño con ocho años. Saltó de la grupa de la vieja burra y entró en la casa de su madre, presuroso por abrazarla.

Mindana mecía a una pequeña que dormía arrullada en una

minúscula hamaca y entonaba la misma canción que en su tiempo le dedicó de niño.

Duerme tranquilo, angelito,
yo guardaré tus sueños.
Juega con las flores del campo
y los pececitos del río.
Duerme mientras el herrerillo canta
y el blanco lirio de agua florece.
Duerme, angelito, duerme,
yo guardaré tus felices sueños.

—¡Ya estás aquí otra vez, mi *batang lalaki*! ¡Creces más rápido que el *labong*!

Tagubanua señaló a la niñita que, despierta con el alboroto, sonreía y se desperezaba.

—¿Quieres cogerla? Es tu hermanita, tu pequeña *kapatid* —dijo poniéndola en su regazo.

—¡Tengo una hermanita! —exclamó besándole las mejillas sonrosadas.

—Sí, eres su hermano mayor. ¿La vas a cuidar?

—Siempre, *ina*, ¡es tan bonita!

—¿Quién es esta criaturita? —quiso saber el apostolino, sorprendido.

La bella Mindana hizo un gesto para que la siguiese afuera y, paseando alrededor de la cabaña, se lo contó todo.

—Llegó aquí recién nacida. Es hija de una india del norte, una chiquilla demasiado joven para ser madre. Era igual a mí a su edad, incluso en el color de los ojos. ¡Tendría que haberla visto, padre! No contaba con más de catorce años. Llorando amargamente, me contó que no podía volver a su poblado con un bebé de padre

desconocido. Su gente la repudiaría. Me relató sollozando que Carazuay la sedujo con mentiras, prometiendo casarse con ella… —Hizo una breve pausa, resignada—. Todo eso ocurrió antes de que lo prendieran y lo colgaran por ladrón, pero antes nos dejó más oro.

—¡Un ser malvado menos sobre la tierra! Olvídate de él y, en cuanto a su alma, *requiescat in pace* —dijo santiguándose con celeridad—. ¿Y dices que tienes más oro del que Lolay me dio para Tagu? —exclamó el apostolino llevándose las manos a la cabeza.

—Sí, ¡un tesoro! Tengo brazaletes, medallones, anillos, pulseras y cadenas. Están enterrados ahí abajo, dentro de unos cocos huecos —dijo en voz baja señalando hacia una palmera.

—¡Por el santo Cristo Negro de Lepanto!

—Bueno, padre, usted siempre dice que hay que ser prácticos. Nunca sabemos cuándo lo vamos a necesitar y tampoco conocemos a sus antiguos propietarios para ir a devolvérselo. Ya ve que esas cosas han ido pasando de mano en mano y de aquí para allá…

—En eso tienes razón, no conocemos su procedencia —dijo pensativo.

Tagu salió de la choza con su hermanita en brazos.

—¿Cómo se llama mi pequeña *kapatid*?

—Todavía no tiene nombre. Nació con luna llena, y eso fue hace sesenta soles. Esperaba tu regreso para que pudieras elegirlo tú mismo, puesto que eres su hermano mayor.

—Me gustaría llamarla Dalisay —declaró con una gran sonrisa.

La niñita abrió los ojos mirando a su hermano y, en ese momento, se creó entre ellos un vínculo de amor fraternal en el que quedarían enlazados para siempre.

—Qué bonito nombre… —observó el apostolino, que admiraba la evidente conexión entre los dos—. ¿Qué significa?

—Quiere decir «pura y sincera» —le reveló Mindana.

5

Una soleada mañana, Apanaya llamó a la puerta de San Apóstol pidiendo hablar con el padre Faustino. Este la recibió en la salita de las visitas, acalorado, arremangado hasta los codos y aventándose con el sombrero de paja después de haber trabajado durante horas en el huerto. Ya se le iba notando el paso de la vida, muchos de sus cabellos eran canos; sin embargo, mantenía buena parte de la fuerza de sus años mozos sin perder su carácter simpático y jovial.

—¡Qué alegría volver a verte, jovencita! Toma asiento, por favor. ¿En qué podemos serte útiles los humildes apostolinos de este convento? Hemos oído que el nuevo gobernador militar de las islas ha arribado hace pocos días.

—Eso es, padre.

Apanaya representaba a la perfección lo mejor de los dos mundos. Originaria de aquellas tierras, conocía bien la sociedad filipina y poseía una refinada educación española, la guinda del pastel. Vivía y trabajaba desde hacía años en la residencia de los gobernadores nombrados por España, que llegaban a menudo acompañados por la familia para instalarse en el palacio de Malacañán, situado en San Miguel, a tres kilómetros de la anterior residencia oficial, totalmente derruida por un terremoto hacía más de veinte años.

Dama de confianza de las esposas e hijas de esos hombres poderosos, era el enlace por excelencia con el exterior y la ayuda más valiosa para las recién llegadas, que lo desconocían

prácticamente todo de ese nuevo mundo. Ella les enseñaría que en Binondo se encontraban las tiendas más modernas y que en Intramuros, la antigua ciudad amurallada, podían ir de paseo y asistir a la misa diaria en cualquiera de sus numerosas iglesias. Eran libres de elegir la congregación, aunque, por consejo de la joven, la mayoría preferirían San Apóstol. Apanaya también estaría presente en todas las recepciones, recordándoles el nombre de cada uno de los invitados, y, por supuesto, las iniciaría en los rudimentos del tagalo, la exótica lengua filipina.

—En efecto, ya están aquí —dijo mientras se sentaba con gracia y abría el abanico para aliviarse del creciente calor—. Don Armando y su esposa, doña Manuela, desembarcaron hace apenas dos días.

—¿Y cuál es la razón de tu visita?

—Padre, he venido porque sé que usted podrá ayudarme una vez más. Hasta la fecha, hemos dado empleo a jóvenes educados en este convento para el servicio doméstico de la casa del gobernador, pero esta ocasión es especial. Acudo a usted buscando a alguien muy diferente.

—Dime qué necesitas.

—Don Armando Bravo Gabaldón me ha encomendado la tarea de encontrar a un muchacho culto, responsable y de buenas maneras para ejercer como su nuevo asistente de cámara personal. Desgraciadamente, el que se trajo de España desapareció misteriosamente en mitad de la travesía y no se ha vuelto a saber de él. Los dimes y diretes entre marinos señalaron que, de seguro, fue un asunto resuelto por las malas, a causa de alguna deuda de juego pendiente. Probablemente lo tiraron por la borda, es bien conocido cómo se conducen los hombres de mar si el ron y las monedas están de por medio —dijo Apanaya levantando las cejas con un gesto obvio.

—Cuando el río suena, agua lleva… Seguro que el pobre era chanchullero con los naipes y a estas horas se habrá convertido en comida para los peces. ¡*Requiescat in pace*! —añadió el padre Faustino, santiguándose.

—Amén —respondió ella con devoción—. Usted sabe que soy huérfana, pero tuve mucha suerte al ser acogida por las Hijas de la Benevolencia —explicaba mientras jugueteaba entre los dedos con un curioso amuleto que llevaba colgando en el pecho—. Y estoy segura de que, entre estas santas paredes, semejantes a las que me dieron protección y educación, lograré encontrar al joven que estoy buscando. Podría ser una gran oportunidad para uno de sus muchachos. ¡Imagínese, trabajar para el gobernador en persona! Por supuesto, yo le asistiría en todo lo necesario hasta que se adaptase a la vida en palacio —dijo con simpatía antes de cerrar su nuevo abanico andaluz pintado de flores, obsequio de doña Manuela.

—No tengo ninguna duda. Sé, por los pupilos que has empleado, lo mucho que les has ayudado —agradeció el apostolino asintiendo con la cabeza.

—Me alegra oírlo, padre, allí todos somos como una gran familia.

—Bien, señorita, déjame decirte que creo poder serte útil en tu búsqueda —afirmó con seguridad—. Te alegrará saber que ya tengo en mente al muchacho perfecto para el puesto.

—¿De verdad? —dijo dando una palmada. Se lo quedó mirando expectante.

—Así es, solo dime cuándo podemos ir a presentar nuestros respetos al nuevo gobernador y a su señora esposa.

—¡Esta misma tarde sería perfecto! ¿Le parece? —exclamó mostrando su franca sonrisa perlada—. Puedo mandarles un coche después del almuerzo.

—Estaremos listos.

—Allí nos vemos. Muchas gracias, padre.

Al poco de nacer, Apanaya fue abandonada en el torno del convento de las Hijas de la Benevolencia.

Encontraron a la pequeña de madrugada, durmiendo serena y arropada entre hojas de banano sujetas entre sí por una fina enredadera. De su tierno cuello, pendía un amuleto de la suerte tallado en forma de flor de sampaguita en cuyo reverso se leía una diminuta inscripción con su nombre: APANAYA.

En las facciones de la bebé se adivinaban finos rasgos de india de la selva, junto con unos ojos delicadamente rasgados. Era una bella combinación oriental, semejante a los mestizos de sangley, como denominaban a los hijos nacidos de las parejas chino-filipinas.

Al despertar, sorprendió a las religiosas por su mirada extraordinaria. Nació con heterocromía del iris —su ojo izquierdo estaba teñido de un color azul intenso, mientras que el derecho era de un pardo dorado—, un fenómeno excepcional.

Sor Mariña de la Santa Cruz y sor Miguelina del Espíritu Santo la encontraron y se prendaron de ella. Desde ese instante, serían sus madrinas protectoras. La primera era originaria de Bayona, en las Rías Bajas gallegas; la segunda, nacida en Sepúlveda, provincia de Segovia. Entre las dos criarían con amor a la niña, educándola con esmero.

Cumplidos los catorce y adivinando la oportunidad perfecta para su pupila, la recomendaron como dama de compañía de las hijas del recién llegado gobernador. Tenían prácticamente la misma edad.

Hasta el día de hoy, seguía trabajando en el palacio de Malacañán.

Faustino fue a buscar a Tagubanua y le puso al corriente de la

conversación. El chico escuchó de principio a fin con gran interés, dando por buena la decisión que había tomado su padrino.

—Solo me preocupa Pachucho, ya sabes lo sensible que es —dijo refiriéndose al que quería como a su propio hermano.

—Algún día teníais que separaros. No te apures, yo lo mantendré ocupado y siempre podrá ir a visitarte. San Miguel no queda lejos —lo tranquilizó.

Buscó en su baúl el hábito de los domingos y se lo ciñó a la cintura con la correa. Se calzó las sandalias más nuevas que tenía, que, aunque le rozaban y le provocaban ampollas, bien merecían el sacrificio.

Estaban listos cuando les avisaron; el coche del gobernador les esperaba. Faustino aprovechó el trayecto para darle las últimas instrucciones.

—Y recuerda, hijo mío, eres digno y capaz de lograr todo lo que te propongas. Tienes la educación y la inteligencia necesarias. Tu madre y Lolay lo supieron desde que eras niño —le aseguró señalando el talismán que su tatara le regaló.

Apanaya los recibió al llegar y se prestó a enseñarle la casa a Tagu, mientras su padrino subía a reunirse con el nuevo gobernador y su esposa.

Los tres compatriotas simpatizaron enseguida paladeando una copita de basi, el delicioso alcohol ambarino a base de caña de azúcar tan apreciado en la capital manilense.

—Háble me de este lugar, padre —pidió Manuela con su simpático acento gaditano—. Mi esposo conoce el mar que rodea este extenso archipiélago desde su época de joven almirante y se sabe al dedillo el nombre de cada barco de nuestra flota, así como cuántos marineros, alabarderos, oficiales, tenientes de navío y demás cargos militares tiene a su mando. Pero a mí lo que de verdad me interesa

es saber cómo son las gentes de esta preciosa isla de Luzón a la que acabo de llegar. Usted ha debido recorrerla muchas veces. Cuénteme, se lo ruego —insistió mostrando su irresistible pestañeo.

—Por supuesto, señora. Le diré que pisamos uno de los más bellos y salvajes territorios, repleto de lagos y ríos navegables, con montañas escarpadas donde nacen arroyos y riachuelos que dan vida a una flora abundante y majestuosa. Es una isla rica en tierras de cultivo, húmedas y fértiles. Sus gentes son sencillas y de buen corazón. Por suerte, gozamos de un clima cálido, aunque es una tierra viva y caprichosa que en ocasiones ruge con impetuosos movimientos, tiembla y se sacude haciendo caer las casas más recias, llegando a partir en dos las iglesias más sólidas —seguía narrando Faustino, que agitaba los brazos con grandes aspavientos —. Mi congregación es experta reconstruyendo y apuntalando. Curiosamente, desde hace más de dos siglos, la nuestra es de las pocas edificaciones que se ha mantenido en pie.

—Es cierto, la iglesia de San Apóstol es famosa por ello, dicen que es un milagro —agregó Armando Bravo Gabaldón.

—No hay milagro alguno, gobernador. Se debe a la forma elíptica de sus cimientos y a la técnica de mampostería de piedra de canto rodado, el robusto calicanto compuesto por tierra, mortero de cal y arena. Ese es el secreto. En el último terremoto, la campana de nuestras vecinas, las Hijas de la Benevolencia, salió disparada por los aires y se fue rodando calle abajo. ¡Nos costó la ayuda de cincuenta y tres parroquianos y seis carabaos volver a colocarla en su sitio!

—¡Madre mía! —exclamó Manuela abriendo su abanico nacarado —. Esperemos, por el bien de todos, que esto no vuelva a suceder. Y, por favor, no dude en pedirnos lo que precise para sus buenas obras, padre. Venga a visitarnos siempre que quiera, esta también es su

casa.

—Muchas gracias, señora, espero morirme aquí de viejo. ¡Hay tanto que hacer!

—¡Y yo te lo deseo, Faustino! —replicó el reciente gobernador levantando su copa—. Espero que no te moleste que te tutee, porque no voy a andarme con disimulos. Es que yo no soy nada religioso, pero confío en que tú y yo seremos grandes amigos —sostuvo con seguridad.

Faustino Barceló asintió con una gran sonrisa de oreja a oreja.

—Así será, gobernador.

—Llámame Armando, hombre, y ¡brindemos de nuevo! Ahora, dime, ¿quién es ese joven que recomiendas para ser mi ayudante?

—Se llama Tagubanua Talay y pienso que es la persona idónea para esta tarea. A pesar de su juventud, es un muchacho especialmente inteligente, responsable y de buen carácter —aseveró orgulloso el padre levantando una ceja—. Además de ser mi ahijado… —No quiso pasar por alto el detalle—. Te garantizo que no podrás encontrar un muchacho más bueno en todas las colonias, y yo mismo pongo mis dos manos juntas en el fuego por él.

—¡Vaya! Entonces solo nos falta conocerlo. Que hagan pasar al chico —conminó Bravo señalando la puerta. Se atusó hacia arriba los poblados bigotes mientras Manuela rellenaba de nuevo las copitas.

Con tales recomendaciones y elogios, Tagu fue aceptado de inmediato y se convirtió en el joven ayudante de cámara del nuevo gobernador y capitán general de Filipinas.

Antes de marcharse, Faustino le hizo una petición a Bravo Gabaldón:

—Mi ahijado tiene a su pequeña familia viviendo en un poblado del valle, una zona de la cordillera un tanto alejada de Manila. Solemos ir a verla varias veces al año para asegurarnos de que se

encuentran bien. Dime si, por gracia, le permitirías partir unos días, durante el tiempo en que salgas a navegar para visitar otras regiones de estas colonias, tal y como lo han hecho tus predecesores.

—Cuenta con ello, Faustino, ¡no pienso llevármelo en mi cañonero y arriesgarme a que caiga por la borda!

—¡*Requiescat in pace*! —repitió Faustino al recordar al anterior ayudante.

—Amén —contestó la bella Manuela, que se santiguó dos veces.

El día que empezó a trabajar en el palacio de Malacañán, Tagu iba a cumplir los dieciséis. Muchacho de buena planta, la adolescencia no había hecho mella en su rostro y conservaba la misma piel sana y mate de su niñez. El gobernador se acostumbró pronto a su ayudante, y Tagu a lidiar con el revoltoso carácter de Bravo Gabaldón.

—Cuéntame cuáles son tus obligaciones en palacio —le preguntó su padrino en una de las visitas de Tagu al convento.

Al joven le sentaba bien el atuendo que vestía el servicio masculino de la casa del gobernador, diferenciándose de los demás por el largo de los pantalones y la camisa de hilo, porque la suya era bordada y de mejor calidad.

—Por las mañanas, asisto a su excelencia y lo ayudo a ponerse el uniforme de diario. Soy el único que puede entrar en su alcoba, con la excepción de la señora Manuela, claro está —dijo con orgullo por la confianza que le demostraban—. También debo limpiar sus armas de guerra y sacar brillo a todas sus medallas. Ordeno sus papeles y documentos en el archivo y me dicta sus cartas personales. A menudo, se encierra en su despacho con los delegados provinciales y quedo libre durante algunas horas, que empleo acompañando a

Apanaya en sus tareas o aprovecho parte del tiempo para leer.

—¿Tienen muchos libros en los anaqueles de la biblioteca?

—¡Muchos! Y por suerte está bien surtida de lecturas variadas que los anteriores ocupantes han ido olvidando al marchar.

Tagu le describió divertido que algunas señoras traían a sus mascotas, como Coquito, el perrito faldero que se murió de viejo. Ese chucho fue tan estimado que lo mandaron embalsamar. Sin embargo, el animalito, tan festejado en vida, fue olvidado en el salón por sus pequeñas amas al regresar a la madre patria; lo dejaron junto a una ventana mirando impávido al techo con sus ojillos de vidrio. La pequeña cola siempre se le caía con las corrientes de aire y el primero que pasaba por allí, viéndola en el suelo, se la volvía a colocar en el orificio que tenía destinado para ello, aunque los criados, hartos de recoger el inquieto rabito y sin ninguna maldad, alguna vez se lo habían metido por el ojete.

Asimismo, con la urgencia de las partidas, alguien también había dejado atrás una bicicleta diseñada por James Starley, el moderno inventor inglés que prefirió colocar una rueda delantera tres veces más grande que la trasera. Penny-farthing la llamaron.

—Se la trajo de España el diablillo de Teo —le explicó Apanaya mientras subían las escaleras para mostrarle el desván—. Todavía me parece verlo, ¡menudo granujilla! Al hijo menor del anterior gobernador le gustaba hacer peligrosas carreras por la concurrida calzada de Malacañán.

—¿Tan tremendo era? —preguntó Tagubanua.

—¡Peor que un macaco travieso! Y, como era el pequeño, sus padres lo tenían muy malcriado. Hasta que un día por poco se lleva por delante a una anciana criolla que paseaba por la acera, y esa fue la última vez que la penny-farthing salió a la calle.

El desván estaba lleno de curiosos objetos recuperados

milagrosamente del antiguo palacio. Sobre una mesita de té japonesa, reposaba un antiguo astrolabio planisférico. Ese complejo instrumento guio a su dueño por los siete mares; protagonizó innumerables travesías hasta que se inventó el moderno sextante, que lo destronó sin compasión de un año para otro. Colgada de un gancho, inmune al paso del tiempo, lucía una de las brillantes armaduras del almirante Miguel López de Legazpi, a la que solo le faltaban las plumas de su imponente yelmo, seguramente roídas por las polillas desde hacía varios siglos.

Apoyado de costado contra la pared del fondo, aguardaba un veterano timón de popa, testimonio de infinitas glorias navales, que en cada temblor de tierra aprovechaba para salir rodando presuroso escaleras abajo con el consiguiente susto para los residentes de la casa.

Tagubanua halló antiguos libros de caballería, uno de los cuales resultó ser una primera edición del *Quijote*, publicado en el año 1605. Era un ejemplar sencillo, protegido por una simple cubierta de pergamino. Se lo trajo un teniente de navío aficionado a la lectura para distraerse durante el tedio de las largas noches de travesía en alta mar.

Desde su llegada, Apanaya tomó bajo su ala al joven Tagu, guiando sus pasos. Ella conocía Manila y sus alrededores como la palma de su mano y no era ajena a sus vicios, a los que muchos jóvenes, en su ignorancia, se dejaban arrastrar sin remedio.

Le enseñó a moverse por la ciudad y los barrios extramuros con seguridad, a evitar los muelles por la noche y prevenir así que cayese en manos de las pandillas que frecuentaban las galleras y apostaban en las riñas los sábados y domingos, bebiendo y fumando hasta quedar más desplumados que las propias aves de pelea.

Las galleras estaban situadas en los barrios bajos. Un callejón

solía dar acceso a una sala cerrada y con poca luz, prácticamente sin ventilación, en forma de pequeño circo y construida sobre una estructura de madera basta sin bruñir. El punto central de la gallera era el ruedo, la zona de pelea cercada por una baranda circular donde solo podían entrar los gallos acompañados de sus dueños. En ese núcleo de tierra batida, se iniciaban las riñas de aves de un mismo peso, cada una marcada con un lazo de diferente color para distinguirlas con facilidad durante el jaleo de la lucha. El público masculino se hacinaba de pie contra el barandal, iluminado por lámparas de petróleo que saturaban el ambiente entre los olores de sudor y tabaco y las flatulencias que provocaban los alcoholes adulterados, impregnándolo todo con su fetidez. Un runrún continuo y ensordecedor acompañaba a los hombres acalorados que pateaban el suelo y gritaban con los puños en alto, animando al gallo por el que se habían jugado el jornal de la semana. Al fondo, en una barra de bar improvisada y bien pertrechada de barriles, se servía sin pausa durante toda la noche. Las monedas sonaban con golpes secos encima de la tabla que servía de mostrador, repleta de vasos vacíos y ceniceros colmados.

Las prostitutas también acudían a las galleras. Ofrecían sus servicios rápidos detrás de los toneles, mientras el único camarero, imperturbable, seguía llenando los vasos. A la mañana siguiente, todo rastro de juegos y apuestas había desaparecido con la luz del sol. Las rameras dormían a pierna suelta en los prostíbulos aireando despatarradas sus vergüenzas y los clientes despertaban en su hogar atendidos por las ingenuas esposas.

Estaban también los que frecuentaban los fumaderos de opio en el malfamado barrio chino, unos cuchitriles en los arrabales de la ciudad donde los adictos se pasaban las horas inhalando los vapores y chupando de las pipas ligadas a las lámparas de aceite que

calentaban la droga. Hombres y mujeres, tirados en el suelo sobre sucios colchones o hundidos en mugrientas hamacas con las piernas y los brazos pendiendo a los lados, abandonaban delirantes a cada minuto el poco juicio que les quedaba. Chupar la pipa de opio garantizaba dejar atrás los problemas, el dolor y la propia vida. Algunos sucumbían a las sobredosis y aparecían flotando boca abajo en la bahía. Los pescadores, en sus balsas de *sarambao*, los apartaban con las varas, hastiados de recoger entre sus redes despojos humanos. Los cuerpos inertes seguían su camino llevados por la corriente, hasta llegar a mar abierto.

6

Después de que Apanaya rechazara sin contemplaciones la apasionada declaración de amor que le dedicó el gallardo jardinero del palacio del gobernador, este faltó ese día a trabajar y tampoco acudió al siguiente. Desapareció como si se lo hubiese tragado la tierra, por arte de magia y sin dejar rastro.

Apanaya se reprochaba su actitud, tal vez había sido demasiado altanera y áspera con él. Aunque en el fondo le gustaba, no estaba dispuesta a admitirlo tan fácilmente. ¿Qué dirían de ella en el palacio si la viesen tontear? Pensó que sería de buen corazón por su parte acercarse a su casa para preguntar, ¡tal vez se encontraba enfermo! Tagu la acompañaría al barrio de Malate, donde vivía. La señora Manuela, al enterarse, les ofreció su calesa.

Encontraron a la madre muy preocupada. Mami Tari les tendió la carta que su hijo había dejado sobre la cama explicando el motivo por el que había decidido alejarse de Manila una temporada.

Tagu la leyó.

—¡Tiene el corazón roto por una pena de amor!

La primera vez que Cañamón se presentó en la puerta del palacio para ocupar el puesto de jardinero, Apanaya pensó que era un donjuán engreído y jactancioso, de esos que se saben guapos y más vale no tomarse en serio. El joven Aisal siempre exhibía su magnífica sonrisa, intentaba coincidir con ella, saliéndole al paso a menudo con cualquier excusa, y le regalaba una flor cada día. Así pasaron los

meses en los que él trataba de acercarse cortésmente y ella se alejaba desconfiada.

—Si este conquistador se ha creído que haciéndome ojitos y ofreciéndome florecillas voy a caer rendida a sus pies, está muy equivocado —razonaba cautelosa.

—Pues a mí me cae muy simpático, y siempre tiene delicadas atenciones contigo. ¿Por qué no ha podido enamorarse de ti? ¡Y no es el único! ¿Te das cuenta de todos los pretendientes que se te acercan para intentar hablarte cada vez que sales a la calle? —opinaba Tagu, que hacía como si contara con los dedos—. Y tú los apartas bufando.

—¡Porque son unos frescos!

—No seas tan mal pensada, *ate*. Te apuesto lo que quieras a que Cañamón es un buen hombre; lo noto en cómo te mira, y no es con unos ojitos cualquiera. Yo creo que eso es amor del de verdad —añadió encogiéndose de hombros.

—¡Qué vas a saber tú del amor, si todavía eres un chiquillo! —contestó ella entre risas, negando suspicaz con la cabeza.

—Imagino que es así como don Quijote miraría a su Dulcinea…

Apanaya no podía parar de reír con la ocurrencia.

Coincidían los domingos en la iglesia. Cañamón llevaba del brazo a su madre y ambos la saludaban con una sonrisa. No se le conocían novias ni amoríos prohibidos con mujeres casadas, y tampoco lo habían visto frecuentar a las fulanas de los prostíbulos del bajo puerto. Se había informado discretamente y Tagu tenía razón, era un buen hombre.

—¡Pues a ver qué hacemos ahora que se ha enrolado en ese barco! —lloraba Mami Tari cuando Apanaya volvió a visitarla—. Me dijo que, desde el día en que te vio por primera vez, se prendó de ti, pero que tú no te fijabas en él y que seguramente se debiese a que

eras sensata y juiciosa. Si mi Cañamón supiera que te estoy contando esto, se enfadaría conmigo, pero creo que tienes derecho a saberlo.

Estaba arrepentida. De pronto, cayó en la cuenta de que las atenciones a las que ella no le pareció prudente responder para evitar dar pie a habladurías en el palacio se debían sencillamente a que intentaba cortejarla.

«Ojalá no le haya pasado nada y vuelva pronto», pensó compungida.

—¿Ves? ¡Te lo dije, Dulcinea! —insistió Tagubanua, tomando de nuevo la defensa del jardinero.

—Tenías razón…

Le gustaba mucho. Muchísimo. No podía evitar pensar en él cada día.

Además de atractivo, Cañamón era un poco más alto que la media, tenía la piel curtida por el trabajo al sol y los ojos muy oscuros, pero llenos de luz cuando la admiraba al pasar. No disimulaba, estaba enamorado.

—Si algún día regresa, le daré una oportunidad, deseo conocerlo mejor.

En su ausencia, Apanaya temía por los rosales y la mata de geranios que la señora Manuela se trajo de Cádiz y resolvió ir de visita al convento apostolino para ofrecer, esta vez muy a su pesar, el empleo vacante de su pretendiente desaparecido. Por supuesto, el padre Faustino encontró nuevamente la solución al problema.

Pachu, el mejor amigo de Tagu, tenía buena mano con las flores y los árboles frutales, también con las verduras y las hortalizas.

—¡Va a ser la persona indicada para el puesto!

Y acertó. Otro de sus pupilos partió a trabajar en la casa del gobernador.

Los dos muchachos se querían como hermanos. Desde el eco de su memoria, Tagu aparecía en la vida de Pachu y viceversa.

Con tan solo cinco años, lo encontraron de madrugada llorando en medio de la calzada, justo después de otro de los terremotos que asolaron Manila. Lo llevaron al convento de los apostolinos, a la espera de que viniesen a reclamarlo tras el desorden del seísmo, pero nadie preguntó nunca por él, así que convinieron que Pachucho era huérfano. Lo llamaron así porque se criaba esmirriado y a menudo estaba enfermo. De carácter tímido y retraído, solo se juntaba con Tagu, en quien confiaba ciegamente. Lo seguía a todas partes.

Al poco tiempo de entrar a trabajar en el palacio, en plena explosión de la adolescencia, su salud fue mejorando, pegó el estirón y su aspecto cambió. No tardaron en disfrutar de un huerto de verduras y legumbres; el cocinero comentaba que jamás había tenido entre manos hortalizas tan frescas.

Los días solían transcurrir tranquilos en el palacio a orillas del río Pásig.

Tras largos meses de inactividad laboral, José María Pérez echaba de menos su trabajo como letrado. Las restricciones impuestas por el exilio forzoso le imposibilitaban vestir de nuevo la toga y desempeñar su profesión de abogado en los tribunales. Estancado en el ocio y acompañado a todas horas por una sensación de impotencia, le invadía además la nostalgia y extrañaba a su familia cada día más.

Vivía en la casa de mayor prestigio bajo la protección de su mejor amigo, una de las figuras más destacadas e influyentes en esa parte del mundo. Su vida estaba cargada de eventos sociales, pero quedarse con los brazos cruzados no formaba parte de su naturaleza

y, aunque el dinero no era un problema, porque su patrimonio era importante y su hijo Javier se cuidaba de enviarle giros postales con las cantidades necesarias para sus gastos, el antiguo abogado sentía un vacío existencial, carente como estaba de emociones y propósitos.

En confianza, le expuso a Armando sus preocupaciones.

—Pero ¿tú te has mirado bien, Pepe? —dijo señalándolo—. Eres un caballero educado y cultivado, con una amplia experiencia en la política y una dilatada carrera como letrado, que muchos quisieran para sí…

—¿Y de qué me sirve ahora? Siento la espada de Damocles sobre mi cabeza, me han impuesto un veto geográfico y mis hijos se encuentran a miles de kilómetros —le interrumpió desanimado—. Estoy en el exilio, lejos de mi patria, herido en mi amor propio…, ¡desterrado como un temible villano!

—No te compadezcas de tu suerte, compañero, que no eres un personaje de Dostoievski. No conozco a ningún villano tan bien plantado como tú. Y el mundo no se acaba aquí, al contrario. ¿Por qué no tomárselo como un nuevo punto de partida? ¡Un cambio de rumbo hasta que consigamos tu indulto!

—¿Un cambio de rumbo? Mal asunto me parece, como no me meta a apostolino con la ayuda de Faustino… —replicó apático.

Armando soltó una carcajada. Pepe era un hombre elegante con un estilo depurado, siempre vestido de punta en blanco y, lo más importante, ateo.

—¡Anda ya! ¡No consigo imaginarte con el hábito y las sandalias! Pero todavía recuerdo, eso sí, la época en la que querías fundar tu propio boletín especializado en jurisprudencia. ¿Por qué no podrías llevar a cabo el proyecto en Manila?

—¿Aquí, dices?

—Claro, no encuentro ninguna razón legal que lo impida. Mientras te centres en el tema, absteniéndote de emitir juicios sobre la monarquía y manteniendo una postura neutral sobre la política actual, el Estado español no te vería como una amenaza y tampoco podría prohibírtelo. Sería percibido como una labor social, una actividad con un impacto positivo que incluso podría blanquear tu imagen.

¡Su inteligente amigo había encontrado la brecha legal por donde arrancar una acción pública!

Tres meses más tarde, José María se convirtió en el fundador y director del boletín *El Faro Legal*, en el que divulgaba las últimas novedades en jurisprudencia y legislación española. Recopilaba sentencias importantes, en particular las que establecían precedentes, analizaba los veredictos y las posibles consecuencias en los futuros fallos y proporcionaba información simplificada sobre la puesta en práctica de las leyes, un tema desconocido para la ciudadanía en general. Armando fue su primer suscriptor.

—¿Quién me iba a decir a mí que las sentencias judiciales podían ser tan interesantes? —decía el gobernador.

El Faro Legal atrajo a muchos de sus compatriotas, la mayoría con la intención de encontrar asesoramiento y consejos expertos. No tenía bufete ni cobraba un solo real, pero recibía invitaciones personales para asistir a círculos muy selectos y, lo que era mejor, mantenía la mente ocupada. Había encontrado un objetivo, otros le seguirían en el futuro.

Durante los años en los que el almirante Armando Bravo Gabaldón vivió en Filipinas, emprendió personalmente varias expediciones de marcado tono bélico al mando de su armada. Exhibió, a ojos de sus enemigos, las naves más rápidas y con el mayor número de bocas

de cañón bien pertrechadas en los puentes de artillería, detrás de las cuales lucían erguidos y orgullosos sus artilleros especializados.

Haciendo honor a su reputación de gran negociador, consiguió pactar hábilmente con sus adversarios cumpliendo el protocolo y guardando el respeto aprendido hacia los sultanes y jefes étnicos de las islas vecinas. Conversaba pacientemente con ellos durante jornadas enteras sin perder un ápice de su autoridad, con el único interés de salvaguardar al máximo las costas bajo el dominio de España, demasiado lejanas y difíciles de custodiar, como más tarde se hizo patente en la historia.

Desafortunadamente, nunca logró erradicar la presencia de los numerosos piratas que amenazaban las colonias españolas en esa parte del planeta. No obstante, Bravo Gabaldón consiguió firmar un tratado de paz con el sultán del Joló, una de las piedras más molestas que el gobierno español tenía en el zapato. Pero era precisamente del mismo Joló de donde surgían y se reproducían, igual que las curianas, piratas cada vez más sanguinarios y difíciles de prender que los anteriores. Jamás se pudo demostrar que era el sultán de ese territorio quien los adiestraba, les proporcionaba los medios y la ayuda económica, así que, por desgracia, a cada uno de los sucesivos tratados le seguían las múltiples promesas quebrantadas.

Armando, cansado de conflictos, habló con su esposa acerca de volver a la península. Su salud se resentía con el paso del tiempo, a causa también de las muchas heridas recibidas en las múltiples batallas del pasado. Además, el húmedo y caluroso clima filipino no le sentaba nada bien.

—Me duelen todos los huesos del cuerpo —se quejaba a menudo.

Añoraba Andalucía, el cazón con chícharos, el potaje de tagarninas, la sopa de galeras de su madre, y solicitó ser relevado

de su cargo lo antes posible. El matrimonio regresaría pronto y disfrutaría de su casa de Sanlúcar de Barrameda, donde gozaría de un merecido descanso para el resto de sus notables vidas.

Manuela ofreció a Apanaya la posibilidad de partir con ellos.

—Acompáñanos, estoy segura de que España te gustará.

—Le agradezco mucho que haya pensado en mí, pero, por favor, no se disguste si le digo que no puedo marcharme. ¿Qué haría yo tan lejos de mi tierra?

La esposa del gobernador no tuvo más remedio que conformarse.

—¡Te voy a echar tantísimo de menos! Si algún día cambias de idea, en Sanlúcar siempre serás bien recibida.

Bravo también pensó en Tagubanua y quiso comentar el asunto con su amigo Pepe antes de su partida. Los dos hablarían con Faustino en relación con el futuro del joven. Lo recibieron en el salón de Coquito con unas copitas de buen licor de basi.

—Amigos míos, acaba de ser anunciado que, en pocos meses, dejaré mi puesto en estas colonias. Un nuevo gobernador militar arribará a Luzón presto a hacer todos los cambios que se le antojen, como yo mismo hice al llegar aquí. Por ello, Faustino, queríamos hablarte de nuestro Tagu. Como bien sabes, a sus casi veinte años, es un muchacho muy inteligente y ha demostrado poseer todas las capacidades para desempeñar trabajos de más alta importancia que seguir vistiendo y desvistiendo al próximo gobernador o limpiarle las armas oxidadas. Le he tomado mucho afecto y, durante este tiempo, he depositado en él toda mi confianza. Desde el primer día se hizo cargo de mi archivo y le he dictado mis cartas personales, y nunca había visto mejor caligrafía y ortografía que las de este muchacho. ¡Cuántas veces me ha corregido en mi propio idioma!

—Desde luego que sí —apostilló el padre Faustino con orgullo—. Mi ahijado detenta muchas virtudes por lo común ausentes en

muchachos de su edad. Yo mismo le instruí, y hasta obtuvo el título de bachiller. ¿Qué es lo que tienes en mente para él?

—Pues bien —prosiguió Armando, peinándose los bigotes—, creemos que sería una lástima no desarrollar sus aptitudes, y por eso te he hecho venir. ¿Qué opinas si Pepe toma a Tagu como su secretario? Si las cosas salen como esperamos, próximamente podrá abrir las puertas de un bufete y le vendría muy bien su ayuda. Pensamos que el chico incluso podría estudiar la carrera de Derecho, si se lo propusiese.

Faustino Barceló se removió en su silla mirando agradecido a los dos hombres. A su mente llegaron docenas de imágenes de Tagu, especialmente del día en que su madre se lo confió. Los sueños de Mindana se estaban cumpliendo. La vida de Tagubanua iba a tomar un rumbo diferente.

—¿Que qué me parece? ¡Es el mejor regalo de futuro que se le podría hacer! Una oportunidad única para él…

—Naturalmente, tendría que combinar el estudio con el trabajo, pero recibiría un buen sueldo por ello —intervino José María—. En cuanto consiga el indulto y la autorización para desarrollar mi profesión, pondré en marcha el bufete. Creo no equivocarme al pensar que Tagu será el mejor para el puesto. Si aceptase, podría instalarse conmigo, pues me propongo alquilar una casa en Intramuros. Iniciaría su formación el mismo día en que Armando y Manuela regresen a la península.

Faustino asintió complacido.

—Estamos todos de acuerdo y no se hable más. Que llamen al chico y se lo propones tú mismo, Pepe —afirmó Bravo Gabaldón.

Entrando en el salón donde le esperaban los tres hombres, Tagu sintió que tenían algo serio que anunciarle. No se equivocaba.

—¡Acepto! Les agradezco a todos la fe que han depositado en mí

y nunca les defraudaré —manifestó orgulloso.

—Mañana mismo iremos a visitar la Universidad de San Teodoro, conozco bien al rector. El próximo mes, comienza el curso de preparación para Derecho. Te matricularemos y podrás empezar con tus estudios —se ofreció el gobernador.

—¿Y mi trabajo en palacio?

—No te preocupes por eso, jovenzuelo, sabrás organizarte.

7

José María Pérez, además de ser un gran orador, se distinguía por su personalidad atrayente y desenvuelta, se ganó con soltura la consideración de sus compatriotas de la sociedad manileña. Al poco de escapar del barco que le llevaba a su destierro y de la abrupta llegada a casa de su amigo Armando, comenzó a adaptarse a la vida en la isla. Todas las puertas de la comunidad española se le abrieron gracias al aval que le proporcionaba ser amigo íntimo del gobernador y vivir bajo su techo. José María se había propuesto hacer borrón y cuenta nueva en esta tierra y nadie se lo impediría.

Los meses pasaron rápido con los preparativos del viaje de los Bravo. La mañana de la partida, volvieron a revisarse los baúles de la mudanza, a medida en que los iban cargando sobre los coches que los llevarían al muelle.

—¿Ya habéis embalado a Coquito?

La esposa del gobernador le había tomado cariño y decidió llevarse al perrito embalsamado con ella.

—Sí, señora Manuela, está guardado en el arcón grande, entre las mantelerías. Cuando llegue a España, pida que le engomen bien la colita en su sitio o la seguirá perdiendo con las corrientes de aire —aconsejó Apanaya, ocurrente.

—Pues lo tenemos todo listo, ¡ya podemos irnos! —dijo Manuela suspirando con su abanico en la mano. Echó una última mirada a la casa y a la gente con la que había convivido tan felizmente durante

los últimos años. Pachucho le entregó un gran ramo de despedida con las mejores flores de su jardín.

Llegaron al puerto, donde ya los esperaban sus amigos y un centenar de militares de la armada de diverso rango, junto con todos los miembros del ayuntamiento y los principales representantes de la iglesia, entre los que se encontraba Faustino con el hábito de los domingos.

Armando bajó del coche y, con el uniforme de gala, el bicornio, sus ciento cuarenta kilos y sus bien peinados bigotes, avanzó imponente sobre la alfombra roja colocada frente a la larga hilera de soldados, también vestidos de gala para la ocasión. Ejecutando el saludo marcial, se detuvo frente a cada uno de sus subalternos, les estrechó la mano y les dedicó unas consideradas palabras personales. La banda militar, compuesta por una docena de músicos, tocaba el himno español en su honor mientras se iba izando poco a poco la bandera en el mástil y detonaban uno tras otro los diecisiete cañonazos en señal de despedida.

El acto dedicado a la persona que había representado tan admirablemente a su país durante los últimos años fue emocionante y todos quisieron acercarse para despedirse.

Bravo Gabaldón buscó a su camarada entre la multitud y le hizo un gesto para que se aproximase.

—Pepe, amigo, antes de marcharme debo advertirte y recordarte que, según el gobierno actual, te hallas todavía condenado por rebeldía, a pesar de que durante estos años he sido garante de tu persona y, entretanto, he ido enviando a tu hijo Javier cartas oficiales firmadas y avaladas por miembros relevantes de nuestra comunidad, en las que se acreditaba el intachable comportamiento que has mantenido desde tu llegada a Filipinas. —Se detuvo un momento para plegar el bicornio y alojarlo bajo el brazo—.

¡Obtendrás tu indulto! Y albergamos la esperanza de conseguir el restablecimiento de los derechos que disfrutabas antes de ser juzgado. Sin embargo, como ya sabemos que «las cosas de palacio van despacio» y siguen pesando sobre ti todos los cargos por los que fuiste acusado por tu apoyo a la Revolución cantonal, por favor, compañero —dijo haciendo una pausa mientras posaba una mano sobre su hombro—, prométeme que, mientras no se extingan los efectos de la condena, no pondrás un pie fuera de estas colonias o correrás el riesgo de ser apresado.

—Te lo prometo. No temas, porque no tengo la más mínima intención.

—Bien. Javier continuará con las gestiones y yo seguiré proporcionándole mi apoyo firmando como testigo en todos los documentos necesarios.

—¿Cómo puedo agradecerte todo lo que has hecho por mí? Nunca he conocido a un amigo mejor que tú. Generoso, me acogiste, me diste la libertad y me salvaste la vida. Por si fuera poco, también me presentaste y me introdujiste en la flor y nata de esta ciudad.

—No tienes nada que agradecer, Pepe, y te prometo que no cejaré hasta que consigas el indulto. Removeremos cielo y tierra si hace falta —afirmó.

Vio llegar a su esposa a paso ligero, seguida por la fiel Apanaya, y supo que tenía que despedirse.

—¡Han anunciado que es la hora de embarcar!

José María besó la mano de Manuela y abrazó a Armando. Los acompañó al pie de la escala de embarque, donde la banda de música seguiría tocando mientras el navío se separaba lentamente del muelle. La pareja se despedía agitando los pañuelos desde la cubierta superior.

Otro gobernador ocuparía el puesto vacante en pocos días, pero

ninguno llenaría el corazón de sus amigos como lo hicieron Armando Bravo Gabaldón y su encantadora esposa Manuela.

José María Pérez arrendó una soleada casa en el número 6 de la calle Palacio. Pensó que el nombre le daría buena suerte, pues estuvo viviendo en uno desde su llegada a Manila. Empleó a un cocinero chino llamado Wang y a Maya, recomendada por Apanaya para las tareas del hogar. Como estaba previsto, Tagu ingresó en la Universidad de San Teodoro y asistió a las clases de Derecho, que combinaba con el aprendizaje junto a su mentor.

Pasaron las semanas. Era un día cualquiera cuando el cartero entregó la misiva que provenía del Ministerio de Justicia de España. Pepe la abrió con tiento. De seguro, eran las noticias que estaba esperando.

Corrió a la oficina de Correos y escribió un telegrama a su hijo Javier y otro a su amigo Armando.

ME HAN CONCEDIDO EL INDULTO -STOP- SIN VUESTRA AYUDA
NO LO HUBIERA CONSEGUIDO -STOP- OS ESTARÉ
ETERNAMENTE AGRADECIDO -STOP-

Solo necesitaba que le otorgasen la solicitud auxiliatoria para poder ejercer como abogado. Una vez conferida, hizo grabar su nombre y profesión en una placa dorada que colgó en la fachada, al lado de la puerta, y empezaron a llegar los primeros clientes. Tagubanua disfrutaba de su entera confianza y las cosas marchaban de maravilla.

José María se volcaba en el trabajo, que repartía entre el despacho y los artículos en su boletín *El Faro Legal*, la única manera que había encontrado de luchar contra la soledad y esa gran añoranza que pesaba en su alma. Extrañaba a los suyos, pero temía

volver a España; sabía que allí seguían sus enemigos, los mismos que lo denunciaron. «Ha vuelto el desterrado, el abogado que jugaba a ser político», comentarían por lo bajo. Aún recordaba la mirada de sus vecinos cuando salió de su hogar custodiado por los militares.

No, no podía y tampoco quería volver. Perjudicaría a su familia. Desde que llegó a Filipinas, había deseado enviar esa carta especial, la que no se atrevía a escribir, la que continuamente dejaba para más adelante.

«Tan pronto me instale por mi cuenta, tenga casa propia y consiga por fin volver a mis ocupaciones como letrado, les escribiré», se había prometido. Era el momento y cogió pluma y papel.

Mis hijos queridos:

Espero que, al recibir estas letras, os encontréis todos con buena salud.

Yo me hallo perfectamente. El bufete funciona muy bien y, gracias a la ayuda de Tagubanua, mi indispensable secretario, avanzamos rápido con los procesos y sumarios que nos son confiados.

Quiero que sepáis que, en estas hojas de papel que tenéis en vuestras manos, pongo toda mi fe.

Me atrevo por fin a pediros algo muy importante, algo que desde hace años me ronda la cabeza y a lo que he dado miles de vueltas: ¡que penséis en la posibilidad de reuniros conmigo en Filipinas!

Mis amados hijos, si aceptaseis este ruego, haríais de mí el hombre más feliz del mundo.

Javier, aquí tu juventud y la pasión que pones en tu trabajo serían bien recompensadas. Podrías hacerte cargo del bufete y los clientes verían en ti sangre nueva en esta profesión.

Carmen, mi hija adorada a la que dejé cuando solo era una niña, el tiempo ha ido pasando y ya eres toda una mujer. ¡Te echo tanto de menos! Tu presencia sería como un bálsamo para mi triste vida. Pensando en ti, he ido componiendo una biblioteca con más de quinientos volúmenes que sé que serían de tu agrado.

Francisco, ansío conocerte personalmente para poder abrazarte, pues ya te considero un hijo. Te aseguro que, desde el momento de tu llegada, serías acogido y celebrado por todos los manilenses. Tus servicios como médico cirujano representarían un regalo para esta ciudad. Los buenos doctores escasean, pero los pacientes siguen aumentando.

En cuanto a mi estimada Milagros, por favor, mostradle esta carta. Si decidieseis venir, confío en que quisiera acompañaros. La familia estaría al fin unida y mi felicidad sería completa.

Os aseguro que esta tierra está repleta de oportunidades que podemos compartir y disfrutar los años que me quedan.

Sois y seréis siempre lo más importante de mi vida. Aguardo con esperanza vuestra respuesta.

Jamás olvidéis lo mucho que os quiero,

VUESTRO PADRE

Una tarde, Cañamón Aisal, el jardinero desaparecido del que nadie supo nada durante casi un año, regresó vivito y coleando. Corrió directamente a su casa para abrazar a su madre, que lo recibió loca de alegría. Le contó sus andanzas y le encomendó un calcetín con nueve saquitos de piel de cabra bastante pesados, pidiéndole que los escondiera.

—Hijo, debes ir al palacio de Malacañán. Todos han estado muy preocupados por ti, en particular quien tú te imaginas…

Apanaya se asustó al verlo de repente.

—¿En verdad eres tú, Cañamón? ¡En la carta que le escribiste a tu madre decías que tardarías poco en volver, pero te has demorado muchísimo!

Estaba diferente, más fuerte, más bronceado y más guapo que cuando se fue. Sentados en un banco del jardín, a la sombra de un limonero, le relató lo que había ocurrido durante los largos meses de ausencia, sincerándose con ella.

—Afligido y lleno de tristeza a causa de tu rechazo, cometí el error de enrolarme en un gran navío. Buscaban hombres sanos y vigorosos para la tripulación y prometían nuevos horizontes. Así que, para aliviar mi espíritu quebrantado, yo ingenuamente les creí…

—Mientras tanto, nosotros sufríamos por tu ausencia. ¡Estábamos tan preocupados! —exclamó Apanaya arqueando las cejas—. ¡Desapareciste de repente! Y tu madre por poco se muere del disgusto.

—Lo confieso, ¡cometí un gran error! Fue una decisión precipitada y pueril tomada a la ligera, una gran imprudencia de la que pronto pagaría las consecuencias, porque, una vez estuvimos lejos de la costa, comenzó la pesadilla…

Apanaya asistía asombrada al relato de sus desventuras:

—«¡Levanta, Cao Cao! ¡Que ya ha despuntado el alba!», me gritaron. «¿Quién es Cao Cao?», dije mirando a mi alrededor sin comprender, pues estaba solo. «¡Eres tú, tarugo! A partir de ahora, te llamaremos así. Olvídate de tu antiguo nombre. ¡Date prisa y sube a fregar la cubierta! Y cuando termines, purgarás las letrinas de popa. Ten la llave de la puerta y guárdala bien, que allí solo pueden entrar los mandamases de este barco, o sea, el capitán Palanca y sus oficiales. Ellos tienen el privilegio de hacer sus menesteres lejos de las miradas ajenas, esa es una de las muchas ventajas de las que disfrutan», me aclaró con voz de chiflete un mulato de labio belfo y pelo crespo. «Y los demás ¿dónde lo hacemos?», pregunté, a lo que él me respondió: «A los nimios de escasa importancia como nosotros nos toca hacer lo mismo a proa, por la borda y a sotavento, encima de una tabla provista de un agujero. Pero ten cuidado, porque más de uno ha perdido el equilibrio, ha caído al mar y no se le ha vuelto a ver…». Te lo digo de verdad, Apanaya, terminaba la jornada agotado y con las manos y las rodillas llenas de llagas.

—¡Qué miserables! Yo había escuchado historias parecidas, pero pensaba que eran cuentos chinos… ¿Y recibías un sueldo por tu trabajo a bordo o te trataban como a un esclavo? —preguntó la muchacha.

—Sorprendentemente, me daban una paga decente cada viernes, y terminé por acostumbrarme a esa vida itinerante sabiendo que mi hogar quedaba lejos. Pensé que lo más inteligente sería conformarme y buscar una solución a mi desdicha más adelante, en cuanto se presentase la ocasión. Nuestro capitán comerciaba con especias, tabaco, algodón, sedas, madreperlas… En realidad, con todo lo que se pudiese comprar y vender, cosas que sobrasen en un sitio y faltasen en otro. Muchas veces lo vi negociando y conseguía buenos beneficios.

—¡Pobre Cañamón, encerrado en un barco a la fuerza! —se lamentó Apanaya—. ¿Y nadie se compadeció de ti?

—Digamos que el azar simplemente se puso de mi parte… Días después nos encontrábamos navegando por el mar de Arafura, divisando ya, a pocas millas, lo que todos señalaron como la costa norte australiana —explicó apuntando a lo lejos con el dedo índice—. Imaginarás mi amargura en medio del océano, sin poder escapar, con esos hombres que solo me dirigían la palabra para darme órdenes, borrar mi nombre y llamarme igual que a un lorito amaestrado.

En la mente del antiguo jardinero se agolparon los recuerdos. Su situación solo mejoró cuando atracaron en el siguiente puerto, de madrugada, y subieron a bordo más infortunados como él. Los «nuevos» llegaron inconscientes o completamente borrachos.

—«¡Arriba, haraganes! —nos gritaban—. ¡A fregar de cabo a rabo la cubierta! Y tú, Cao Cao, acabas de ser ascendido a trajinar en los fogones. El cocinero filipino amigo tuyo te reclama, nos ha

amenazado con poner cicuta en la comida si no trabajas con él». No chisté y, sintiéndome muy afortunado, me fui derechito a la cocina. Ese paisano compartía el catre que había junto al mío e hicimos buenas migas desde el principio. Entablamos largas charlas sobre nuestra tierra y nos contamos nuestra vida. «¿Y tienes novia, Cao Cao?», indagó con curiosidad el cocinero mientras se balanceaba con una pierna, a lo que yo respondí: «¡Mi nombre es Cañamón, qué manía! Y, bueno…, en realidad la chica que me interesa todavía no es mi novia…».

Cañamón alzó la vista al rostro de Apanaya antes de continuar con su relato:

—«Aquí todos nos llamamos como a ellos les da la gana, no hay que ser tan quisquilloso, compañero. Mejor no discutas o te meterás en problemas… Mi madre me bautizó como Adaman, pero, desde que puse los pies en este navío, soy Coconut», me dijo el cocinero. Sin esperar a que le preguntase, añadió: «Yo disfruto teniendo una mujer en cada puerto, ¡es mejor el amor sin compromisos! Y con esa muchacha de la que estás enamorado, ¿ya habéis hecho manitas?», me preguntó con una sonrisa pícara. «¿Pero es que tú solo piensas en eso?», le pregunté. «¡Hombre, Cao Cao! —bufó aplastando un mosquito entre las manos—, en algo hay que pasar el rato cuando estás solo con una chica!». «Conversando o paseando por ejemplo… ¿Pero es que nunca piensas en volver a tu casa y sentar cabeza?», repliqué yo, pero él me dijo, rascándose la cabeza: «Me enrolé con quince años y ha llovido mucho desde esa época, ya nadie se acordará de mí o creerán que estoy muerto. Yo prefiero navegar y ver mundo. ¿Tú deseas volver a Manila?». «¡Con toda mi alma! Mi madre estará preocupadísima sin tener noticias mías, y además tengo la esperanza de volver al lado de Apanaya…». «¡La que te dio calabazas!… ¿Es guapa? ¿Son grandes sus pechos?».

Apanaya lo miraba con los ojos abiertos como platos.

—Y yo le dije enseguida: «¡Qué ordinario eres, Coconut! Ella es perfecta, la más bonita del mundo a mis ojos. Puedo reconocerla, antes de verla llegar, gracias al susurro de sus enaguas y al delicioso aroma a flor de sampaguita que desprenden sus cabellos. Aunque me hacía poco caso, y creo que me ignoraba a propósito por prudencia, tampoco es de las que va repartiendo sonrisas ni coqueterías por ahí como si fueran chucherías».

Apanaya le hizo volver al presente:

—¿En serio escuchas un susurro? ¡Qué bochorno! Eso es el recrujir del almidón de mis enaguas… —dijo sonrojándose.

—Es un suave bisbiseo encantador —afirmó sonriendo.

—Muchas gracias, le dijiste cosas muy bonitas sobre mí a ese alocado de Coconut.

—Ahora que he vuelto, te las puedo repetir cada día, si tú quieres —afirmó el antiguo jardinero, que la miraba con los ojos rebosantes de ternura.

Turbada, intentó cambiar de conversación. Nadie antes se había atrevido a hablarle de este modo.

—Entonces, tu amigo el cocinero ¿logró hacerte la vida más fácil?

—¡Claro! Pelar patatas y cortar cebollas era más agradable que limpiar letrinas, y poco después me asignó la tarea de llevar a diario las comidas al capitán, a quien apodaban Palanca. Llevaba varios días que no lo había visto pavonearse por la cubierta, como era su costumbre; decían que últimamente se encontraba fatal y es verdad que su enfermedad estaba rodeada de misterio. Me dijo Coconut: «Solo debes dejar la bandeja al pie de su puerta. Le avisas con dos golpecitos y te marchas inmediatamente después. Al rato, vuelves al mismo lugar y recoges los platos vacíos». Pero un día, al escuchar mis pasos, Palanca me habló a través de la puerta.

—¡Cañamón! ¡Por fin has vuelto! —interrumpió Tagu, alborozado —. Pachu ha venido a buscarme para contármelo, se ha corrido la voz de que habías regresado. ¿Cómo estás?

—Todo lo bien que puede sentirse un aventurero que ha surcado los mares lejanos —contestó mirando al chico con atención y un silbido de asombro—. ¡Oye, muchacho, por lo menos has crecido un palmo y medio desde que me fui!

—Es normal —justificó Apanaya, divertida—. ¡Come tanto como un gato con dos casas! Y, mira, este es Pachu, ha estado cuidando del jardín durante tu ausencia.

—Ya he visto lo bien que trabajas —dijo tendiéndole la mano—. Los árboles están sanos y con las ramas cargadas de buena fruta, y las rosas parecen más bonitas que nunca. También me he fijado en que has reservado una parcela en la zona de atrás para convertirla en huerto.

—Sí, señor Cañamón —contestó Pachu tímidamente—. He plantado tomates, zanahorias, pimientos, patatas y cebollas —añadió con satisfacción mientras Tagu sonreía orgulloso.

—Precisamente, antes de que aparecieseis, estaba explicándole a Apanaya mis aventuras. Sentaos, si queréis escucharlas.

—Los chicos han llegado en el momento en el que el capitán te llamó a través de la puerta. ¿Qué fue lo que te dijo?

—En realidad, no sé si sería adecuado seguir con esta historia delante de una señorita tan fina como tú…

—¡Cosas peores se chismorrean en el mercado del pescado! —insistió ella, consumida por la curiosidad.

—Bueno, pues resulta que nuestro capitán padecía de unas feas afecciones que lo estaban consumiendo vivo. Los síntomas se iniciaron en su pequeño órgano viril, que se le dobló de tamaño, sintiendo un gran dolor y escozor al orinar. Secretaba por el mismo

orificio de salida un pus de color verde, blanco o amarillo, según el día de la semana… Se quejaba sollozando igual que un niño: «Cao Cao, mira mi infortunio. Estoy pagando con creces la mala vida que he llevado: mis testículos se han hinchado como balas de cañón y he llegado al punto en que me es imposible emplear calzones».

—¿Eso lo viste tú? —preguntó Tagubanua, asombrado.

—Los vi y os aseguro que daban miedo —confirmó levantando las manos en forma de cuenco—. «¡Cao Cao, me estoy quedando ciego!», gritaba aterrorizado y esputando flemas ruidosamente.

—Es una historia muy triste… —consideró Pachucho, imaginando la escena.

—Mucho, hasta que, una fatídica tarde, me lo encontré tirado en el suelo con la puerta entreabierta, moribundo y ya completamente privado de la vista a causa de la sífilis. «¡Cao Cao, por favor, ayúdame! Necesito que vengas tres veces al día para darme de comer con una cucharita de café, porque ya no consigo tragar bien. Si haces eso por mí, te recompensaré…», me aseguró. Yo entraba con tiento usando trapos a modo de cubrebocas, pues el portugués olía cada vez peor y padecía también de una gonorrea avanzada provocada por los muchos vicios carnales de los que había disfrutado en los prostíbulos de los puertos. «Ya sabía yo que terminaría mis días podrido por dentro y por fuera», se lamentaba arrepentido y llorando amargamente.

—¡Claro! Son los riesgos a los que uno se enfrenta al intimar con prostitutas —añadió Apanaya muy seria, aprovechando para dar una lección a los chicos.

—Os diré que, a estas alturas de la historia, Palanca se había transformado en un esperpento. Se descomponía poco a poco en su propia cama —prosiguió Cañamón—. Entonces, con un hilillo de voz, me ofreció el tesoro que había amasado durante años con la

condición de que me ocupase de atenderlo hasta el fin de su agonía. «Cao Cao, amigo mío, tienes que prometer que velarás por mí hasta que muera. ¿Me das tu palabra de filipino honrado?», me preguntó retorciéndose de dolor. «Tiene usted mi palabra», le respondí, a lo que él me dijo: «Te creo. Eres buena gente. Busca, pues, dentro de esa vieja vasija de barro y encontrarás un calcetín a rayas con nueve saquitos repletos de monedas de oro macizas. Es mi pequeña fortuna. Tómala, aunque te aconsejo que la guardes bien. ¿Puedo pedirte una última cosa, por favor?». «Claro, dígame», respondí.

Apanaya, Tagu y Pachu atendían casi sin respirar.

—«Cuando se cumpla un año de mi muerte, haz que celebren una misa por el descanso de mi alma desdichada…», me indicó. «Pierda cuidado, capitán, me encargaré de que así sea», le aseguré con absoluta sinceridad.

—¡Pero cualquier otro hubiera cogido el oro y desaparecido! —exclamó Tagu.

—Ya, pero es que yo soy un hombre de honor. Palanca sucumbió al poco entre grandes e insoportables dolores.

—¿Y qué hiciste? —preguntaron los tres al unísono.

—Avisar de su deceso. Toda la tripulación se alegró y abrieron dos barriles del mejor ron para celebrarlo. Después lo tiraron por la borda, envuelto en su sábana como una empanada, y la corriente lo arrastró. El hombre tuvo un sepelio de lo más acelerado, nadie derramó una lágrima ni pronunció ni una palabra en su honor. Se olvidaron de él. Su vida fue un rotundo fracaso. Adiós a Palanca.

—No me extrañan esas malas formas entre piratas —opinó Apanaya, asintiendo—.

—Yo tenía a mi amigo Coconut, que se las sabía todas… Me avisó poniéndose en alerta: «¡Ahora se va a organizar un motín, Cao Cao! Tú y yo mejor si nos encerramos en la cocina y no salimos hasta que

elijan al nuevo capitán. Por la escotilla podremos escuchar lo que trapichean afuera». «Y después ¿qué va a pasar?», le interrogué con cierta preocupación, al tratarse de mi primer motín. «Chisss, presta atención al protocolo… Ahora van a parlamentar entre los oficiales para hacer tratos y componendas. ¡Yo apuesto que ganará Machuca! ¿Y tú?». Tenía razón, el puesto vacante le fue otorgado al peor de los rufianes: Machuca, un antiguo capitán del tres al cuarto. Le faltaban dos dedos de la mano izquierda y la mitad de la dentadura, y era tuerto de un ojo. Se colocó el mugriento sombrero de su predecesor y, con los mismos escrúpulos que un zorro en el gallinero, se fue directo a revolver el camarote del capitán del derecho y del revés, pero solo encontró una vieja vasija ya vacía… Entonces Coconut me aconsejó: «Aprovecha y huye en el próximo puerto de atraque, ¡será un buen momento! Si no te vas pronto, dudo que puedas volver a ver a tu madre y a tu amada. Yo cometí el error de no regresar a tiempo y ya ves cómo me ha ido». A partir de ahí, busqué la posta de Correos en la primera escala y envié el telegrama.

—¡Pues has tardado mucho en regresar! —dijo Apanaya, contrariada.

—Ese telegrama lo leímos todos —añadió Tagu—. ¡Y es verdad que has tardado mucho! —exclamó dándole la razón a su *ate*.

—Comprended que tenía que ir con mucho tiento. En cuanto vi la feliz oportunidad, le dejé una nota a mi amigo dándole las gracias por todo, salí del barco y conseguí un pasaje en el primer vapor que partía en dirección a Manila. Y, bueno, ¡aquí me tenéis, sano y salvo de una pieza!

—Y ¿qué has hecho con el calcetín a rayas? —preguntó Pachucho, apoyado en el hombro de Tagu.

—Esperaba esa pregunta, pero tendréis que guardarme el secreto.

—Puedes confiar en nosotros —le aseguró Apanaya.

—Más os vale, porque, si no respetáis vuestra palabra, os perseguirá el fantasma del capitán Palanca —bromeó alzando las manos de nuevo en forma de cuenco—. Últimamente, lo llevaba guardado a buen recaudo dentro de los calzones. Con la bragadura llena de oro, he logrado regresar sin que nadie se diese cuenta de mi notable caudal. En estos momentos, Mami Tari lo tiene bajo su tutela.

—¡Al final todo ha salido bien, me alegro mucho! —dijo Apanaya esquivándole la mirada.

—Lo sé, y mi madre me ha contado que has acudido todas las tardes a visitarla, pendiente de que nada le faltara. Yo te lo agradezco de corazón. ¿Por qué lo has hecho? ¿Acaso puedo albergar ilusiones?

—No me costaba nada pasar a consolar a una pobre viuda que, para colmo, había perdido a su único hijo —disimuló sonrojada.

—Y ahora que estoy de regreso, ¿estás contenta de volver a verme?

—Estoy contenta de saber que estás bien y de que no has sido devorado por los tiburones o te ha picado una mantarraya. —Rio ella jugando con su trenza.

Entonces, ya sin poder dominarse, se atrevió a tomarla por la cintura y la besó. Tagu y Pachu aplaudieron emocionados.

—¡Quítame esas manos de pirata de encima! ¡Eres un fresco y un descarado! —protestó—. ¡A saber a cuántas mujeres habrás conocido durante tus viajes!

—¿Piensas que hubiera vuelto a buscarte si me hubiera interesado otra mujer que no fueras tú?

—¡Suéltame, Cañamón Aisal! ¿Te parece un bonito ejemplo el que estás dando a los chicos?

—Ahora que vas a ser mi novia, ¿no puedo besarte?

—¡Ni en sueños! Primero tendrás que cortejarme como es debido y demostrarme que tus intenciones son sinceras.

—Así lo haré —le respondió haciendo una reverencia, al tiempo que escuchaba las risas felices de los dos jóvenes amigos.

Cañamón abandonó la jardinería y se propuso comenzar una nueva vida. Durante las visitas que hacía a su novia en el jardín del palacio, hablaban con ilusión de su futuro juntos.

—Cao Cao —dijo cariñosa con un guiño—, opino que deberías utilizar la experiencia que has adquirido en el mar para comprar tu propio barco y contratar una pequeña tripulación. Me has contado docenas de veces que observabas cómo comerciaban. Se me ocurre que tú podrías hacer lo mismo en los puertos de Hong Kong, Tailandia, Vietnam o tantos otros lugares —le aconsejó perspicaz.

—Y ¿a quién venderíamos las mercancías?

—A las tiendas finas de Binondo, ¡lo tengo todo bien pensado! Allí se encuentran las mejores telas, los muebles más refinados y las fruslerías más hermosas. Yo podría introducirte, los comerciantes me conocen y respetan; he llevado hasta sus puertas a todas las hijas y esposas de los gobernadores durante más de diez años…

—¿Cómo puede ser que además de bonita seas tan inteligente? —Y la besó ardientemente, atrayéndola hacia él—. Llevo meses cortejándote y sabes que me tienes loco. ¿Por qué no nos casamos mañana mismo?

—Porque mi vestido de novia no está terminado. Mis madrinas, sor Mariña y sor Miguelina, lo están cosiendo con mucho cariño. Debemos ser pacientes, con la edad andan un poco cortas de vista. Además, durante el tiempo que pasamos juntos, podemos conocernos mejor y comprobar que somos compatibles. ¿No deseas que nuestro compromiso sea para toda la vida? Las nupcias

impulsadas por las prisas y el ímpetu no suelen salir bien.

—Yo estoy seguro de mi amor y sé que te quiero de verdad —dijo abrazándola con fuerza.

—En ese caso, podrás esperar un poco más, mi pirata Cao Cao —respondió sonriendo y zafándose de entre sus brazos con habilidad —. Mientras tanto, pondremos en marcha la empresa comercial, antes incluso de que nos casemos. Mañana iremos al puerto y preguntaremos en la comandancia si saben de algún navío en venta —decidió.

Encontraron el barco perfecto, una goleta ligera de dos palos con blancas velas cangrejeras que pagaron a tocateja con tres saquitos de oro. La llamaron el Pequeño Fortuna, un guiño de agradecimiento hacia el desaparecido Palanca, que lo hizo posible.

La búsqueda de la tripulación quedó al cargo de Matute Aguaviva, un conocido capitán de origen argentino que llevaba una argolla en la oreja y otra en la nariz. Juró eterna fidelidad a Cañamón Aisal, mojando el pulgar en ron y haciendo una señal sobre el pecho mientras ponía por testigo el rostro de su madre tatuado en el bíceps derecho y la brillante estrella polar, en el izquierdo.

Cañamón viajaba por las costas orientales comprando mercancías únicas que vendía fácilmente a su regreso en las tiendas de Binondo, donde obtenía importantes beneficios. Su reputación crecía gracias a su avispada prometida.

Mami Tari quería a Apanaya como a su propia hija y sabía que era una muchacha con recursos. Siempre tomaría posición a favor de lo que ella decidiese. Entre las dos, llevaban la contabilidad a rajatabla, sumando las ganancias de las transacciones y restando los gastos generales y las pagas de los marineros.

—¡Los números cuadran y el negocio funciona! —celebraron la futura nuera y la futura suegra, felices por el éxito de su empresa.

Cañamón necesitaba a alguien de confianza que lo acompañase en sus viajes y pensaron en Pachu. Este no dudo en dejar su trabajo en el palacio y, como de costumbre, Faustino se ocupó de encontrar a alguien que tomase su lugar.

Al mismo tiempo, el apostolino llegó con una buena noticia para la pareja.

—Sé de una familia española, los Ocaña, que tiene previsto regresar para siempre a su Madrid natal. Dejarán libre la casa que han arrendado en Intramuros durante los últimos años. No queda lejos de la de Pepe y es muy similar a la suya; si os gusta, yo me encargo de dar fe y de presentarme garante en vuestro nombre. Os la podré enseñar en cuanto la desalojen.

—¡Conozco la casa y me encanta! La señora Manuela era íntima de la señora Raquel de Ocaña, yo la acompañaba a menudo de visita —se felicitó Apanaya—. Sería un sueño hecho realidad poder vivir allí…

—Si la quieres, vuestra será —prometió Faustino.

Situada en la calle Solana, era una bella edificación tradicional que seguía el modelo de arquitectura colonial, articulada alrededor de un amplio patio interior sobre el mismo terreno ocupado por la antigua casa, derruida por el gran terremoto de 1863. Los nuevos cimientos fueron levantados en piedra con el propósito de resistir de manera más segura el ritmo de los temblores y las sacudidas de los seísmos.

Durante sus viajes, Cañamón fue adquiriendo piezas muy finas para amueblar su nuevo hogar, a instancias de su futura esposa. A la entrada estaba el espacioso recibidor; siguiendo hacia el fondo, inmediatamente a la derecha, nacían las escaleras con el balaustre y el pasamanos de caoba roja, que conducían a la planta superior, construida íntegramente en madera. Allí se distribuían la acogedora salita de estar, los seis dormitorios y el distinguido salón para recibir

a las visitas.

Bajo el voladizo del tejado exterior, se observaba el armonioso reparto de dos balaustradas precedidas por los balcones, con persianas de lamas y ventanas correderas de conchas de capiz que dejaban pasar la luz matizada con reflejos nacarados. Una ingeniosa idea presente en las casas modernas del archipiélago, ya que, de ese modo, se generaban pequeñas corrientes de aire y se evitaba que los rayos del sol alcanzasen el interior del hogar en las horas de más calor.

Las lámparas de aceite de coco colgaban del techo, desprendiendo un agradable y sutil aroma, el suelo recién pulido brillaba como un espejo y los artesonados de las habitaciones aparecían pintados con motivos florales, al igual que las paredes, separando elegantemente los ambientes.

Desde el patio, con un frondoso árbol en el centro, se accedía a la cocina, al lavadero y a las habitaciones del personal. En la parte trasera se encontraba la cuadra para el caballo y su calesa.

Una casa magnífica para construir un nuevo futuro.

El padre Faustino celebró la boda en la pequeña capilla de las Hijas de la Benevolencia. Apanaya portaba el magnífico vestido que sus madrinas cosieron para ella. Bajo el velo bordado de minúsculas flores de sampaguita, los bellos ojos bicolor de la novia brillaban como estrellas.

Pachu y Mami Tari fueron a vivir con ellos a la calle Solana; la casa era grande y tenía habitaciones de sobra. Apanaya contrató a Yu, una doncella de origen chino, y a su primo Chang, de cocinero. Cañamón ofreció empleo a Samu, un indio grande de mirada imperturbable que haría las veces de cochero y protector de la casa cuando él y Pachucho se encontrasen de viaje en alta mar.

Mami Tari mimaba a Pachu, a quien atiborraba de comida y preparaba flanes de leche de guanábana, sus favoritos. El muchacho se integró con naturalidad en la nueva familia y aprendió el oficio de comerciante junto a Cañamón. El aire del mar le sentaba muy bien y se hizo un hombre viajando; hasta le salió un poco de pelo en el pecho.

Y al cumplirse un año desde la partida al otro barrio del capitán Palanca, Cao Cao, que no olvidaría nunca la palabra dada, organizó una misa conmemorativa con rezos y limosnas para la salvación de su alma.

8

Almansa, 1887

Después de extraviarse y reaparecer en una saca de Correos de Albacete, la carta que José María escribió meses antes en Filipinas llegó por fin a Almansa y fue entregada en la calle Torralba. Como de costumbre, Javier visitaría a su hermana y su cuñado, la leerían juntos.

Carmen, Francisco y Javier no tardaron en presentarse en el convento de las Hermanas Nicoletas del Bendito Cumplimiento. Milagros estaba en la cocina, preparando un encargo de pastitas de anís, cuando la más joven de las novicias llegó para avisarla.

«Qué raro —pensó—, hoy no es día de visita». Temiéndose lo peor, se presentó en la sala de visitas con el delantal puesto y harina en las manos.

—¿Ha pasado algo? —preguntó con inquietud antes de besar a su sobrina.

—Es de gran importancia que leas la última carta de papá —dijo Carmen tendiéndole el sobre timbrado.

La monja la leyó rápidamente.

—Después de darle muchas vueltas, hemos decidido marchar a Filipinas para ver a nuestro padre —le explicó Javier—. Yo puedo dejar a los clientes del bufete en manos de mis socios.

—Y yo debo esperar a que encuentren a otro médico para cubrir mi puesto, pero eso no será difícil —dijo Francisco echando hacia

atrás su mechón rebelde.

—¿Qué opinas, tía? —preguntó Carmen, esperanzada—. Sea como fuere, no queremos partir sin ti.

—Esto no me lo esperaba…

—Bueno, en realidad, no sabemos por cuánto tiempo… Ya lo iremos viendo según nos vayan las cosas por allí —aclaró Javier.

Todos asintieron y se quedaron mirándola fijamente, expectantes ante su respuesta.

—¡Ay, Señor! —se exclamó mientras retorcía el delantal con las manos.

Esa misma noche, los únicos santos de los que era devota, san Pascual Bailón, patrón de los cocineros, y san Honorato de Amiens, cabecilla divino de los pasteleros y panaderos, se le aparecieron en sueños con una puesta en escena de lo más sorprendente. Bajaron lentamente desde el techo de su celda, sentados en tronos centelleantes, y se posaron con suavidad a los pies de su cama.

—Buenas noches, sor Milagros, no te asustes. Nos manifestamos en tus sueños porque precisamos hablar contigo urgentemente —dijo san Honorato.

—Después de debatir sobre tu caso en la asamblea de santos y beatos, a la que acudió la ilustre santa Paula de Roma —prosiguió san Pascual Bailón—, pensamos que la decisión está muy clara —afirmó entre pestañeos, moviendo arriba y abajo la cabeza iluminada por su aureola de santidad—. Al alba, ve con la madre superiora, explícale tus dudas y las razones por las que quieres dejar el convento. A la larga, sabemos que no serás una buena influencia para las jóvenes novicias. Te aseguramos que el señor obispo no te pondrá ninguna pega: conoce tu carácter desde niña y sabrá comprenderlo.

—No tienes vocación de monja, tu fe es débil y ideseas irte a

Filipinas con tus sobrinos! —le dijeron al unísono los dos, señalándola con sus largos y brillantes dedos índices.

Y, sin esperar respuesta, tal y como habían bajado atravesando el techo de su celda, ascendieron en sus tronos fantásticos, despidiéndose alegremente con un movimiento de la mano.

Al despertar, Milagros se tomó unos minutos para ordenar sus pensamientos. Acto seguido, se dirigió al despacho de la madre superiora.

«Creo que soy atea». Tras estas palabras, pronunciadas con la debida entonación, sor Milagros fue invitada a marcharse para no volver. El señor obispo estuvo de acuerdo. Lo único que la exmonja se llevó de la celda fueron el estuche con la pipa y la coleta de su melena castaña, dentro de un bolsillo. Esa misma tarde y bien acompañada por sus sobrinos, se fue caminando sin mirar atrás.

Javier escribió un telegrama en respuesta a su padre.

> DECIDIDO -STOP- VAMOS TODOS -STOP- LA TÍA MILI YA NO ES MONJA -STOP- PREPARAMOS EL VIAJE A FILIPINAS -STOP-

Francisco se reunió con el alcalde para explicarle sus intenciones y pedirle las recomendaciones necesarias.

—¿Qué dice, doctor Soldevila? ¿Nos quiere abandonar?

—Siento disgustarle, don Emilio, pero he decidido irme con la familia a Filipinas. Nos marcharemos en cuanto nombren a otro facultativo en mi lugar.

—Le redactaré el reconocimiento de servicios que me pide, pero ¿qué se le ha perdido tan lejos, don Francisco? Y ¿qué vamos a hacer sin usted? ¡Es de los mejores médicos que hemos tenido en esta villa! Sepa que nos dejará muy afligidos con su marcha, y siempre le guardaremos mucho aprecio.

Don Emilio Cortina López, alcalde constitucional de esta villa de Almansa.

Certifico: que don Francisco Soldevila, de treinta años de edad, casado, natural de Peñas de San Pedro, provincia de Albacete, vecino de Almansa, licenciado en Medicina y Cirugía, ha ejercido dicha profesión en esta ciudad desde el año de 1881 con todo aprovechamiento, habiendo observado una conducta digna de todo encomio.

Y para que conste, a petición del interesado, expido la presente en Almansa, a 18 de septiembre de 1887.

EMILIO CORTINA LÓPEZ
Alcalde

Francisco escribió a la Dirección General de la Administración Civil de las Islas Filipinas para informar de su próxima llegada a Manila y ofrecer sus servicios como médico cirujano. Adjuntó la copia de su diploma y las recomendaciones selladas y firmadas. La noticia se filtraría y a las pocas semanas recibiría la carta de un tal doctor Leopoldo Sandemetrio ofreciéndole un puesto en su consultorio privado de Intramuros.

Con los preparativos del viaje en marcha, Carmen empezó a sentir nauseas mañaneras.

—Cariño, se me revuelve el estómago nada más abrir los ojos. ¿Has visto que he engordado? El corsé me aprieta más de la cuenta y tengo sueño a cualquier hora del día. ¡Esto solo puede significar una cosa! No quería decírtelo hasta tener la certeza.

Después de examinarla, Francisco se sonrió de oreja a oreja.

—Lo sabía, ¡estás de nuevo encinta! Calculo que has cumplido los tres meses de gestación. No tengas miedo, mi amor, tengo la sensación de que todo saldrá muy bien.

—¿Cómo no voy a tener miedo? Las otras veces, sangré antes de haber cumplido el tercer mes. ¿Y si también se malogra? ¿No sería

mejor aplazar nuestro viaje?

—Confía en mí. Seguro que en esta ocasión será diferente. Piensa que, cuando subamos a ese vapor, ya habrás superado el segundo trimestre y te encontrarás mejor. Anímate, ¡debemos ser optimistas! —dijo abrazándola con ternura.

Pero Carmen no las tenía todas consigo.

—Es que yo… ahora he cambiado de idea y prefiero quedarme en casa hasta que nazca el bebé —dijo observando con tristeza la última fotografía de su padre, tomada años atrás, en la que aparecía atractivo y orgulloso, justo después de ser nombrado diputado.

Francisco abrió las ventanas de la habitación y respiró el aire puro. El sol ya despuntaba por detrás de los campos almanseños.

—La aprensión que sientes ahora es una emoción natural, pero el viaje en barco no debe parecerte una amenaza. Te he explicado muchas veces que los abortos espontáneos que has sufrido son más comunes de lo que crees, muchas mujeres los padecen. Fue el caso de mi propia madre, que tuvo dos pérdidas antes de que el mayor de mis hermanos naciera. La preñez no es una enfermedad, y soy de los que piensan que, en tu estado, incluso una cierta actividad física puede resultar beneficiosa. —Sonrió mirándola fijamente—. No quería contártelo, porque era una sorpresa…, pero tu hermano y yo hemos organizado el viaje a Filipinas a bordo de un navío magnífico y ¡en primera clase! No te negaré que vamos a tirar un poco la casa por la ventana para que la tía Mili y tú disfrutéis de todo lo mejor durante la travesía. Este embarazo irá muy bien, lo sé, y todos estaremos cerca de ti para mimarte —dijo llevándose la mano al corazón.

—¡Francisco Anastasio! ¡Veo que no lo comprendes! —exclamó sin atender a razones, dándole la espalda—. No soportaré volver a pasar por el dolor de perder otro embarazo, no quiero que se trunque a

causa de un viaje. ¿Por qué no podemos retrasarlo y esperar a que nazca nuestro hijo? —insistió enojada—. Además, tú no puedes saberlo todo, porque la obstetricia no forma parte de tu especialidad…

Él la miró apesadumbrado.

—Es cierto, vida mía, solo soy médico cirujano y ya he perdido la cuenta del número de embarazos y alumbramientos que he atendido felizmente en esta comarca. Me considero muy capaz de cuidar de ti y de nuestro futuro hijo, aunque ahora parece que no quieres confiar en mi… —musitó acercándose a su mujer al comprender su angustia —. En ese caso, si lo prefieres, iremos a que te visite un ginecólogo obstetra, amigo mío, que tiene consultorio en Valencia.

Un poco más tranquila, Carmen se dejó envolver y se apoyó sobre su pecho, consciente de la paciencia de su marido frente a la frustración que ella sentía. Se arrepintió de haberle hablado de ese modo.

—Discúlpame, Francisco, por favor. He perdido los estribos, no era mi intención…

—Te entiendo, vida mía, y no quiero ser yo la razón de tu disgusto.

Llamaron a la campanilla. Francisco debía ausentarse para atender una urgencia a domicilio y se marchó no sin antes darle un beso en los labios.

—Recuerda siempre lo mucho que te quiero, Marisabidilla.

—Y lo que yo te quiero a ti, mi Galeno.

Carmen escuchó como bajaba las escaleras y cerraba la puerta de la calle. De nuevo se sentía culpable, su reacción había sido infantil e injusta. Tenía a su lado al hombre más bueno del mundo, un profesional capaz de cuidarla que sería el padre de su futuro hijo, y lo había herido en el orgullo.

—He sido una tonta caprichosa —pensó al recordar sus amargas palabras—. No se lo merecía.

Milagros y Javier fueron los siguientes en enterarse.

—Qué alegría… Y ¡será niño! —exclamó su tía, convencida, que le puso las manos sobre el vientre.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Javier, escéptico.

—Me lo anunciaron anoche san Pascual Bailón y san Honorato de Amiens en sueños —aseguró guiñándoles un ojo.

—Pero yo temo que algo salga mal otra vez —balbuceó Carmen, sentada junto al alféizar de la ventana. Se tanteaba el lunar, como hacía de niña.

—Tesoro, es comprensible tener dudas. Pero estoy segura de que esta vez será distinto —la tranquilizó su tía acomodándole el chal sobre los hombros.

—Aunque sabéis que ansío volver a ver a papá, también tengo sentimientos encontrados y una fuerte sensación de inseguridad. Ardo en deseos de ser madre y, ahora que sé lo que llevo en mis entrañas, no me parece juicioso subirme a un barco y atravesar esa enorme distancia hasta Filipinas.

—Hermanita, los nervios en tu estado no son buenos. ¿Qué dice Francisco de todo esto?

—Él opina que no tiene por qué pasarme nada malo…, pero yo necesito saber lo que pensáis vosotros. ¿No sería mejor quedarme en casa hasta que nazca el bebé?

—Dadme un minuto y os traeré un quitapenas que acabo de preparar… —dijo Mili. Se dirigió a la cocina y volvió con una bandeja de tocinillos de cielo, los favoritos de sus sobrinos, para retomar la conversación—: Considero que la opinión de Francisco está basada en la experiencia y que nunca asumiría el riesgo de cometer una negligencia que pudiera poneros en peligro ni a ti ni a vuestro futuro

hijo —argumentó sentándose junto a Carmen—. No obstante, haremos lo que tú decidas y te apoyaremos en todo, porque somos una familia unida y velamos por ti —razonó al tiempo que le ofrecía otro dulce.

—Y yo estoy de acuerdo —sostuvo Javier con franqueza—. Confío en el criterio de mi cuñado, pero, si el viaje te provoca inseguridad y hace que tengas los nervios a flor de piel, lo aplazaremos para más adelante. Manila no se moverá de su sitio y papá es un hombre paciente, sabrá comprenderlo. Deja de preocuparte, el lunes escribiré a la Compañía Española de Ultramar para anular la reserva de los pasajes.

—Pero, entonces, en el fondo pensáis que Francisco tiene razón…

—Yo sí —admitió Milagros—. Además, un cambio de aires te sería muy beneficioso —pensó en voz alta. Se recompuso el postizo frente al espejo, peinado en un agraciado moño enrollado con su antigua coleta castaña.

—Yo también lo creo, y no es por darle la razón a nuestra tía —explicó su hermano sonriendo—. Debo añadir que las referencias que tengo sobre el vapor no pueden ser mejores. Imagino que Francisco te habrá desvelado la sorpresa…

—Sí, me lo ha contado forzado por la situación. Viajaremos en la primera clase de un barco muy moderno y con todas las comodidades que podamos desear —dijo recordando el semblante entusiasmado de su marido.

—Eso es, en La Soberana del Pacífico, uno de los vapores más lujosos de Europa, capitaneado por Domingo Piélago Delamer, un reputado marino con más de veinticinco años de experiencia —explicó Javier tendiéndole los folletos.

Carmen los examinó con interés. El vapor que aparecía en la publicidad era imponente. Zarparía el 3 de noviembre, y en esa

fecha, según las cuentas de Francisco, se encontraría entrando en el sexto mes de embarazo. Para entonces, el peligro de aborto sería prácticamente nulo…

—Ese famoso capitán tan veterano, que de seguro es un carcamal, tendrá que levar anclas sin nosotros —repuso Mili con humor, llevándose un tocinillo a la boca.

—¡Ay, no! Lo siento mucho, tenéis que perdonarme… Creo que me he precipitado al obstinarme y no atender a razones —apostilló arrepentida y se puso en pie—. En realidad no sé qué es lo que me pasa, mi cabeza anda dando vueltas como una peonza desde esta mañana.

—Lo entiendo, tienes miedo y eso te paraliza, pero, aunque la vida no está exenta de riesgos, debemos intentar vivirla con ilusión —afirmó su tía, tan comprensiva como siempre.

Carmen pensó de nuevo en su padre.

—¡Es cierto! Y tengo la mejor familia que nadie pueda desear. Sé que estaréis a mi lado cada vez que os necesite y confío en que, cuando pongamos los pies en ese vapor, mi embarazo habrá seguido su curso. Gracias a vosotros me siento más segura. ¡Nos vamos a Filipinas!

De vuelta a casa, Francisco encontró a una Carmen feliz y animosa, que había decidido que no se dejaría examinar por ningún otro médico que no fuera su esposo.

El tiempo pasó volando y, con el vistoso embarazo de Carmen, llegó el día de la despedida. En la estación del ferrocarril, Javier y Milagros se ocupaban de dar las instrucciones a los mozos que cargaban el equipaje. Esperanza abrazaba emocionada a su nuera y a su hijo mientras se le saltaban las lágrimas.

—Sabéis que iría con vosotros si pudiera…

—Lo sabemos, mamá, pero no puedes dejar solo a Fernando, y menos todavía a Juanito, que debe seguir estudiando para las oposiciones. Ellos te necesitan más que nosotros.

—No te preocupes, Esperanza, os mandaremos un telegrama en cuanto el barco atraque en el primer puerto para repostar —le aseguró Carmen.

—Y ¿dónde será eso, hija?

—Por la información que nos ha enviado la naviera, sabemos que, después de nuestra salida de Barcelona, llegaremos a Port Said, en Egipto. Desde allí recibiréis las primeras noticias.

Al despedirse de sus hermanos, Francisco les encomendó cuidar de su madre.

—Descuida, jamás estará sola —asintió Fernando, al tiempo que Juanito se sonaba la nariz con disimulo.

Hortensia también acudió a despedirse de su amiga.

—¡Promete que me escribirás contándome muchas cosas sobre el viaje!

—Claro que sí, Horten, te lo contaré todo.

—Y que, cuando nazca vuestro bebé, nos enviarás un telegrama.

—Eso también, amiga. ¡Te voy a echar mucho de menos! —Carmen sonrió y le dio un beso en la mejilla.

Subieron al tren y el convoy inició lentamente su marcha. Asomados a las ventanillas, todos sacaron sus pañuelos.

Mili, en su afán de proporcionar todas las comodidades a sus tres sobrinos, preparó una enorme cesta repleta de viandas, dulces y limonadas que irían consumiendo a lo largo del viaje. El trayecto desde Almansa hasta Valencia transcurrió rápidamente. Tomaron otro tren en dirección a Tarragona, donde pasarían la noche a la espera de arribar a la capital catalana al día siguiente y embarcar en el vapor La Soberana del Pacífico en la fecha prevista.

A su llegada a Barcelona, se encontraron con una ciudad bulliciosa y mundana. Entre los edificios antiguos, surgían nuevas construcciones que daban la bienvenida al art nouveau, la maravillosa corriente artística que se abría paso imparable y sacudía los cimientos en la cultura y los estilos conocidos hasta el momento. Un modernismo fresco y desbordante de detalles sinuosamente elegantes. La belle époque despertó de su letargo artístico a los mejores artesanos y los impulsó a concebir piezas y apliques de líneas ondulantes que bailaban entre sí, empleando para ello molduras, maderas, metales y vidrios con diseños llenos de color. Finamente esmaltados, robaban las miradas buscando, entre las formas orgánicas y vegetales, los motivos más exóticos y las figuras más femeninas, todas ellas gráciles y livianas. Un regalo para la vista.

Se alojaron en el Hotel Oriente, en el número 45 de la rambla dels Caputxins.

Resultaba imposible no caer rendido a los pies de la Perla del Mediterráneo. Barcelona se erguía delicada y robusta a la vez, rebosante de historias y leyendas que se remontaban a siglos atrás, la morada de distintos pueblos y culturas siempre dispuesta a regenerarse. Abierta al futuro, se mostraba capaz de acoger a los cientos de hombres y mujeres que llegaban cada día soñando con un mejor porvenir.

Después de un opíparo almuerzo, alquilaron una calesa con conductor, que los esperó frente al hotel.

—¡Suban, damas y caballeros, yo les enseñaré la ciudad! —dijo alegremente el cochero.

—¡Vamos! —exclamó Milagros, feliz, tomando del brazo a Carmen.

Sin ocasión de réplica, Francisco y Javier las siguieron.

—¡Arreee, Pegasaaa! —ordenó el cochero a su yegua, que se puso

en marcha.

Iniciaron la visita recorriendo el amplio y populoso paseo de Gracia, lleno de cafés, restaurantes, salas de baile y teatros. A esas horas, transitaban y compartían la vía central orgullosos jinetes sobre su montura, calesas, bicicletas e incontables carretas tiradas por vigorosos caballos guiados por mozos de reparto. Unas iban cargadas con barriles de vino, otras con vasijas de aceite, aunque la mayoría transportaban una gran variedad de mercancías destinadas a las muchas tiendas de ultramarinos y economatos de la ciudad. Animales, carros y un número importante de velocípedos se cruzaban en todas direcciones, poniendo en peligro a los viandantes, que se movían presurosos entre el ajetreado tráfico del boulevar.

—¿De dónde son ustedes? —preguntó el cochero, entablando la conversación.

—Venimos de Almansa —contestó Francisco—. Y por su acento, usted es andaluz. ¿Estoy en lo cierto?

—Lo soy, i*granaíno* de pura cepa y a mucha honra, caballero! —Se besó el dedo pulgar mirando al cielo—. Llegué aquí hace ya unos años siguiendo a mi novia Rocío, que se puso a servir en una casa de postín. Ya estamos *casaos* y tenemos dos churumbeles.

—¡Bonita historia la suya! —aplaudió Milagros.

—¡Pese a que uno siempre extrañe la tierra que lo vio nacer!

—¿Es ese el famoso Monumento a la Paz? —Carmen señaló hacia la explanada situada al final de las Ramblas, donde una armoniosa figura femenina con los brazos abiertos coronaba una base de cuatro niveles de altura—. ¡Ah, y mirad! Alrededor del primer piso se aprecian los escudos de todas las provincias españolas.

—Sí, señora, en catalán lo llaman Monument a la Pau —aclaró el simpático conductor—, pero ha sido creado para ser efímero. Se construyó con materiales modestos, como la madera y el yeso,

porque tienen previsto derribarlo dentro de muy poco tiempo. En su lugar, alzarán una altísima columna que albergará la estatua del navegante Cristóbal Colón —explicó señalando a lo alto, orgulloso de sus conocimientos—. Da la casualidad de que mi Rocío está sirviendo en la casa del señor Cayetano Buigas, el arquitecto que ganó el concurso para construir el futuro monumento del que les hablo.

—¡Sabe usted muchas cosas sobre esta ciudad! —alabó Milagros sin perder detalle.

—Un humilde servidor, que, aunque no ha *estudiao*, se pasa las horas recorriendo las calles y lee los periódicos que algunos pasajeros dejan *olvidaos*. ¡Imagínense la de gente que sube y baja de esta calesa a diario!

—Además, el año que viene se celebrará en la ciudad la próxima Exposición Universal —afirmó Javier—. Me imagino que esa es una de las razones por las que hemos visto tantas obras y edificios en construcción.

—Sí, caballero. ¡Barcelona es orgullo de propios y envidia de extraños! Se está convirtiendo en una ciudad muy cosmopolita, aunque los que aquí vivimos ya estamos *acostumbraos*. Es lo que tiene la modernidad, ¿verdad?

Todos asintieron convencidos: ¡es lo que tiene la modernidad!

Tomaron la dirección del puerto, hacia la oficina del consignatario de la Compañía Española de Ultramar, donde ultimarían los detalles del embarque para el día siguiente.

—¡Sooo, Pegasaaa, que ya hemos *llegao*! —exclamó el cochero tirando fuerte de las riendas. Después de recibir el pago y una generosa propina, se ofreció amablemente a llevar a las damas hasta los famosos grandes almacenes El Siglo.

—¿No los conocen, señoras mías? ¡Sería una lástima marcharse de

esta ciudad sin ir a visitarlos! Son los más modernos del país y los primeros en disfrutar de la novedosa luz eléctrica. Por experiencia, sé que el papeleo en el consignatario puede llevar más de una hora, y las señoras se van a aburrir esperando. ¿Quieren que las conduzca? ¡Este viaje corre de mi cuenta! Allí tendré más clientas que necesiten volver a casa cargadas de paquetes.

—Me parece buena idea. ¿Por qué no vais a verlos? —sugirió Francisco.

—Id —las animó Javier—. ¡Después nos encontraremos allí!

Situado en la rambla dels Estudis, El Siglo era un imponente edificio de cinco alturas con vistosos escaparates y un amplio parque para estacionar los carruajes: ¡el colmo de la distinción! Lo mejorcito de la sociedad catalana entraba y salía por la puerta principal portando paquetes, tal y como había predicho el cochero.

Quedaron deslumbradas. Los grandes almacenes estaban iluminados por cientos de lámparas incandescentes que brillaban como estrellas. Cogidas del brazo, caminaron por ese recinto dotado de altos plafones y decorado con exquisita elegancia. Las mesas de exposición mostraban multitud de objetos bajo los impecables cristales de las vitrinas, mientras un sinfín de empleados atendían amablemente a la clientela.

Tía y sobrina disfrutaban de pasear sin prisa por los pasillos, maravilladas en la sección de telas y estampados con los bordados, las puntillas y las mantelerías. Subieron por las elegantes escalinatas y curiosearon las novedades en confección de moda femenina. Se probaron guantes, sombreros y chales.

—¡Me lo llevaría todo! —afirmó Carmen, encantada.

El tiempo pasó volando. Milagros se hallaba admirando una fuente de porcelana primorosamente pintada a mano, importada de la ciudad francesa de Limoges, cuando Francisco y Javier se unieron a

ellas.

—Tenía razón el cochero andaluz, son los primeros grandes almacenes de España alumbrados con luz eléctrica. ¡Hay más claridad aquí dentro que fuera en pleno día! —admitió Francisco—. ¡Esto sí que es modernidad! Y es probable que algún día la luz eléctrica sea tan esencial para la humanidad como los rayos del sol…

De regreso al hotel, les aguardaba una sorpresa.

—Un colega abogado que me debía algunos favores, al enterarse de que pasaríamos esta última noche en Barcelona, me ha cedido su palco en el Gran Teatro del Liceo, donde asistiremos a la ópera *I pescatori di perle* —anunció Javier, orgulloso.

—¡Una ópera en el Liceo! ¡Y en un palco! —exclamó Carmen echándose a los brazos de su hermano—. Es un sueño hecho realidad… No es que las óperas en el Teatro Principal de Valencia sean menos notables, pero tener la oportunidad de asistir al Liceo…

El Gran Teatro del Liceo se inauguró en abril de 1847 con el máximo interés entre la sociedad catalana y ¡se convertiría en uno de los teatros más distinguidos y vanguardistas de toda Europa! Desgraciadamente, catorce años después, un incendio iniciado en la zona de la sastrería lo reduciría rápidamente a escombros. Al cabo de un año, sin embargo, renacería de sus cenizas más espléndido y mejor equipado. Entre sus magníficos muros, resonaban las óperas más famosas y las voces líricas más aclamadas, se aplaudían las escenografías rebosantes de boato y fastuosidad y se admiraba al deslumbrante cuerpo de ballet, a los maravillosos coros cantando a una sola voz y a los músicos tocando cada instrumento con maestría… Una verdadera fábrica de sueños.

En ese epicentro del arte y la vida social y cultural, se organizaron sorprendentes bailes de máscaras, se apalabraron negocios y compromisos formales, nacieron amistades eternas y matrimonios

pactados, pero también afloraron amores auténticos.

—Nos mimas demasiado… —alcanzó a decir la tía Mili, emocionada.

—Y además… —añadió mostrándoles el libreto de la compañía de ópera italiana—, esta noche cantará el tenor Alfonso Garulli junto a su esposa, la *primadonna* Ernestina Bendazzi.

—¿Te lo puedes creer, tía Mili? Vamos a escuchar a una de las parejas líricas más importantes del momento.

—Tengo que reconocer que Javier tiene muy buenos amigos —observó Francisco, que lo miraba con cálida complicidad.

Javier puso el brazo en el hombro del que era como su hermano.

—¿Noto algo de celos por tu parte? ¡Ja, ja! Porque no creo que puedas mejorar esta maravillosa sorpresa. ¡Solo lo mejor de lo mejor para las dos mujeres que más quiero en el mundo! —añadió Javier, entusiasmado—. Daos prisa e id a poneros guapas, así tendremos tiempo de cenar algo ligero en el restaurante del hotel antes de acudir al teatro.

Las puertas del Liceo se abrieron puntualmente. La familia atravesó el imponente vestíbulo, entre las columnas de mármol, y subió por la escalinata alfombrada y bellamente iluminada. Un acomodador los esperaba para acompañarlos hasta el palco de la primera planta, situado inmediatamente a la derecha del escenario. Sentados cómodamente, pudieron observar con todo lujo de detalles como el teatro se llenaba poco a poco y los espectadores ocupaban sonrientes los asientos, saludándose entre amigos y conocidos. La platea, equipada con seis focos de luz eléctrica, desprendía un brillo especial que colmaba el ambiente de esplendor, en el que resaltaba el tapizado carmesí de las butacas, combinado con el atemporal y lujoso áureo dorado de los balcones.

Tía y sobrina, vestidas para la ocasión y con pequeños tocados de

plumas sobre el cabello recogido, exhibían los rostros enmarcados por la satisfacción y disfrutaban de cada detalle.

—La Orquesta Sinfónica del Liceo es la más antigua de España y está dirigida por el gran maestro Juan Goula —comentaba la tía Mili, que leía el programa mientras los músicos afinaban los instrumentos como pájaros cantores.

—Si os apetece, después de la ópera, estamos invitados a una sesión de adivinación en el salón de descanso, organizada por el Círculo del Liceo.

—Yo no creo en esas patrañas —opinó Francisco, que puso los ojos en blanco levantando una mano al aire—. Son simples ilusionistas e impostores bien vestidos que juegan a sugestionar y manipular a las gentes de mente ingenua.

—Es una simple diversión. A mí me gustaría ir a verlo, solo por curiosidad… —dijo Carmen intercambiando una mirada cómplice con su hermano.

—Por supuesto, amor mío, iremos si te apetece. Pero después de un día tan largo y en tu estado, me parecía más juicioso volver al hotel para descansar —cedió Francisco con una sonrisa—. No olvides que mañana debemos madrugar.

Con el teatro lleno hasta la bandera, las luces se atenuaron y se instaló el silencio, roto de repente por los primeros acordes de la orquesta que daban comienzo a la obra.

I pescatori di perle, ópera en tres actos con un exótico decorado como telón de fondo, narraba la historia de Nadir y Zurga, una antigua amistad menoscabada por el amor que ambos sentían por la misma mujer, Leïla. El drama del complejo triángulo amoroso era fruto de la genialidad del jovencísimo compositor Georges Bizet.

La noche fue un nuevo éxito absoluto de la compañía italiana. Con la última nota, el público se levantó de sus asientos y los aplausos

no cesaban.

—¡Bravo, *bravissimo*!

—¿Carmen? —Francisco le dio dos suaves toquecitos en el hombro escotado.

La aludida se despertó dando un respingo.

—Oh, estas butacas son tan cómodas… Me he quedado dormida sin querer justo antes del final. Creo que prefiero volver al hotel para descansar, en verdad ha sido un día muy largo…

—¿Y la sesión de adivinación? —preguntó su esposo, conociendo la respuesta.

—Para adivino ya te tenemos a ti. Desde el principio sabías muy bien que me iba a quedar dormida —contestó pellizcándole el mentón con cariño.

La compañía italiana al completo regresó dos veces al escenario para agradecer las sentidas ovaciones. Luego encendieron las luces y el Liceo se fue desocupando poco a poco y sin prisa en un rumor de voces alegres.

Los cuatro decidieron regresar paseando al Hotel Oriente, a poca distancia del teatro.

¡Mañana les esperaba un gran día!

El 3 de noviembre de 1887, la Ciudad Condal amaneció con el cielo encapotado y amenazando tormenta. En el muelle n.º 4, los mozos marcaban los equipajes de los pasajeros del flamante vapor La Soberana del Pacífico, perteneciente a la flota de la Compañía Española de Ultramar, que contaba con un servicio regular desde Barcelona cuyo destino final era la ciudad de Manila, capital de la isla de Luzón.

Carmen, Milagros, Javier y Francisco subieron por la pasarela, al final de la cual los aguardaba el sobrecargo, Aniceto Aranda, para

darles la bienvenida y presentarles al capitán, Domingo Piélago Delamer, acompañado de su primer oficial, Federico Bajel. Los dos hombres saludaban de uno en uno a los ciento nueve pasajeros de primera clase. Pellizcaban los mofletes de los niños, estrechaban con la mano enguantada la de los caballeros y levantaban la gorra al mismo tiempo, en señal de consideración, hacia las damas, que los miraban hechizadas. Entre ellas estaba Milagros de Lara, súbitamente hipnotizada por el atractivo del fornido capitán.

—Buenos días, señoras, espero que disfruten de la travesía en nuestro moderno vapor —las recibió Piélago Delamer con un ligero acento francés.

Carmen le obsequió con una de sus encantadoras sonrisas y su tía replicó en el idioma de Molière, que había aprendido de niña:

—*Enchantée de faire votre connaissance, monsieur le capitaine.*

Milagros, plantada frente al capitán, pestañeó con gracia y se abanicó con garbo. «Nunca he visto un hombre más fascinante», pensó examinándolo con detalle mientras se tanteaba el peinado con coquetería. Ya no necesitaba emplear el postizo, su melena había crecido lo suficiente.

Javier, dándose cuenta del atasco que su tía estaba causando, la tomó con elegancia por el hombro y la apartó del paso para acompañarla al interior de la nave.

Era bien cierto que el capitán no carecía de atributos masculinos. Marino aguerrido y cincuentón de pelo en pecho, tenía los ojos del mismo color del carbón que alimentaba las calderas de su nave. Hacía gala de una notable nariz, la barba canosa, una seductora sonrisa y la voz profunda de los marinos acostumbrados a que se cumplan sus órdenes a la primera. Vestía un uniforme impecable que cubría su metro noventa de estatura. De madre francesa y padre español, ese varón tenía el *charme* discreto de los galos del norte y

la alegre simpatía de los hispánicos del sur, una combinación muy atractiva que no hacía más que crecer a medida que iba cumpliendo años.

Domingo se prometió comentarlo con su sobrecargo: mandaría una invitación a esa agradable familia para compartir su mesa en la cena de esa misma noche. Entretanto, seguía cumplimentando con la misma ceremonia a los cuarenta y siete viajeros de segunda clase que embarcaban en ese momento.

La Soberana del Pacífico era una nave imponente y por entonces uno de los vapores más activos de Europa. La capacidad de sus carboneras le permitía una importante independencia de travesía entre dos atraques, antes de abastecer de nuevo la bodega con el imprescindible carbón. Esa imponente y moderna embarcación, sin perder un ápice de distinción, surcaba los mares ligera y segura, provista de las comodidades más recientes.

La tripulación no era menos destacable. Además del avezado capitán Piélago Delamer, asistido por su inseparable primer oficial, Federico Bajel, componían el resto del equipo el doctor de a bordo, Salvador Gredilla, el segundo oficial, un capellán, un telegrafista, el ayudante de este, el contramaestre, el sobrecargo Aniceto Aranda, el asistente de sobrecargo, cuatro mozos, tres carpinteros, cinco maquinistas y un cabo de agua que controlaba el nivel del líquido e inspeccionaba el trabajo de los seis fogoneros y los cuatro paleros que trajinaban entre las enormes máquinas. Completaban la dotación los dieciséis marineros y el numeroso personal de cocina; el chef Fulgencio Manjares encabezaba un pelotón de cocineros, pinches, camareros y camareras, aunque estos últimos participaban igualmente en la limpieza general y asistían a los pasajeros cuando era necesario.

Carmen y Francisco tomaron posesión de su compartimento,

cómodamente emplazado bajo la cubierta principal, entre el de la tía Mili y el de Javier.

Las señoras contuvieron la respiración al entrar por primera vez en sus camarotes, cómodos y refinados, a los que no les faltaba detalle. Poco después, los mozos llegaron con sus equipajes.

Únicamente el bagaje de las dos mujeres estaba compuesto de media docena de baúles para cada una, organizados por series de vestidos según el momento del día, junto con sus corsés, faldas, camisas, camisones y camisillas, batas, abrigos, capas, mantones, medias, zapatos de tacón, botines y chinelas. Llevaban igualmente seis cajas de sombreros, cuatro sombrillas de encaje de seda y las cajitas forradas con los guantes largos y los cortos, los falsos cuellos de encaje y todos los abanicos.

Carmen preparó otro baúl repleto de libros, que compartía con los manuales de medicina de Francisco.

Milagros organizó las telas y el material de costura en un arcón más pequeño. Se había prometido terminar toda la ropita necesaria para el ajuar del bebé antes de llegar a Manila.

—Nuestro angelito será el mejor vestido —aseguró.

—Sigues afirmando que será varón…

—Será varón, ya lo verás.

Javier y Francisco, por su parte, contaban con dos valijas cada uno, donde guardaban las camisas, cuellos postizos, corbatas, corbatines, pantalones, chaquetas, levitas, el calzado y cuatro sombreros, uno de copa, dos para diario y otro para los domingos y fiestas de guardar.

Cuando Aniceto Aranda, el sobrecargo, les mostró la cabina, los rayos del sol entraban brillantes por los dos ojos de buey ubicados en la zona de estribor de la amplia estancia de primera clase.

—¡El mobiliario es finísimo! Tía, ¿has visto la gran cama de caoba

con dosel? Y esas cortinas de color púrpura que la rodean… Fíjate, fíjate, el techo va a juego con el mismo paño y la cenefa ondulada. ¡Es tan elegante!

—Sí, señoras, en este espacio descansarán confortablemente, durante no menos de treinta noches, entre las finas sábanas del mejor algodón egipcio —apuntó Aniceto, conocedor de todos los detalles y pormenores presentes en la cabina.

Mili pasó la yema de los dedos por la colcha de seda adamascada.

—Es tan suave… —murmuró adivinando lo agradable que resultaría echarse encima del esponjoso colchón.

Sobre el suelo de listones de madera, se extendía una alfombra turca a cada lado del lecho; a los pies de este, reposaba un mullido banco de descanso de color café. Había también dos sillas de cuero con incrustaciones de marfil en los apoyabrazos y una mesita con un espejo tipo secreter provisto de papel con el escudo de la naviera, pluma y tintero, a fin de llevar a cabo la correspondencia privada, que servía a las señoras, asimismo, para acicalarse y empolvarse la nariz. Al fondo, les esperaban dos armarios amplios y bien provistos de compartimentos.

Pero los grandes protagonistas eran los tres espejos ovalados con marcos ricamente tallados y cubiertos de pan de oro, repartidos por el espacioso camarote de primera clase, que reflejaban la luz entre ellos y producían el efecto de lujo deseado.

El sobrecargo los invitó a entrar en la pieza contigua a la alcoba.

—Este es su baño privado, señores. Como ven, está dotado de un lavabo de mármol, el retrete de porcelana y la bañera de hierro forjado. Dentro del armario encontrarán las toallas, también de algodón egipcio, por supuesto —remarcó alzando las cejas.

—Y está amueblado con la misma distinción de los mejores hoteles —añadió Javier, satisfecho—. Este camarote cuenta con

todas las comodidades para afrontar la travesía plácidamente —dijo sonriendo a su cuñado, al comprobar que los gastos habían merecido la pena. Los dos se felicitaron con un guiño mientras observaban la alegría con la que Carmen y Milagros admiraban cada detalle.

—Una camarera vendrá en breve para encargarse de los baúles y dejar su equipaje ordenado. Las damas podrán disponer de su ayuda y asistencia siempre que lo necesiten y el servicio de limpieza se realizará diariamente —les informó con una afable sonrisa—. Espero que los señores lo encuentren todo a su gusto.

Era perfecto.

Carmen, echada lánguidamente sobre la cama, observaba a Francisco organizando sus libros.

—¿A que no sabes por qué las ventanas de los barcos son redondas? —preguntó zalamera admirando las espaldas de su marido en mangas de camisa.

—No tengo respuesta para eso, Marisabidilla, pero tú me lo vas a decir, ¿verdad?

—Pues sí. Pero te lo diré, mi Galeno, solamente a cambio de un beso…

Francisco dejó lo que estaba haciendo y se recostó a su lado. La besó con cariño mientras le acariciaba el vientre abultado.

—¿Ya me he ganado la respuesta de por qué las ventanas de los barcos son redondas?

—Sí, y cada vez que quieras que te explique algo, tendrás que volver a besarme —le susurró coqueta al oído—. Se llaman ojos de buey y tienen esta forma para distribuir mejor la presión y el embate de las olas. Al ser circulares, no suelen agrietarse.

—Hum, muy interesante. Ni en dos vidas que viviera podría saber

tantas cosas como tú —concluyó mientras intentaba desabrochar los numerosos botones de su vestido.

Carmen, riendo, intentaba ayudarle.

Más tarde, la sirena sonó anunciando la partida del vapor. Los pasajeros acudieron a la cubierta para observar la ciudad de Barcelona desde el mar mientras la nave se alejaba lentamente hacia su destino.

—¡Por fin vamos a encontrarnos con nuestro padre! —dijo Javier, apoyado en la barandilla. Tomando el brazo de su tía, observaba como la silueta de la ciudad se convertía en una fina línea que pronto desapareció.

—¿Entramos? Nos vendrá bien un chocolate caliente para recomponernos de tantas emociones —propuso Francisco.

—¡A por ese chocolate! —exclamó Carmen, golosa.

—En un rato os alcanzo, voy a quedarme un poco más aquí fuera respirando el saludable aire del mar —se excusó Mili, convincente.

Y en cuanto se marcharon, se dispuso a buscar un lugar tranquilo donde poder disfrutar de su pipa sin ser molestada. Y *voilà!*, dando la vuelta completa por la cubierta, encontró un rinconcito apartado debajo del hueco de una escalera.

—Ya tengo mi sitio secreto. —Suspiró feliz.

Sacó el estuche, montó la pipa y encendió el tabaco para deleitarse a pequeñas bocanadas.

—*Bonjour, madame* —la saludaron desde arriba con un aire de picardía solapada.

—Oh, buenas tardes, capitán, ¿usted por aquí? —Se escondió rápidamente la pipa encendida detrás de la falda.

—¡Qué sorpresa tan agradable! Me disponía a volver al puente de mando y me ha parecido distinguir unas volutas de humo que subían por la escalera. —Se colocó la gorra de capitán—. Este es un buen

atajo para llegar más rápido, ¿sabe? Pero dígame, ¿soy el único al que le parece percibir el dulce aroma de una pipa no lejos de aquí? ¿Puede olerlo usted también? —dijo mirando curioso a la espalda de Milagros, de donde se elevaba una visible y continua espiral de humo.

—¿Yo? —Se sonrojó ella sin poder evitarlo—. Pues no, no huelo nada. Puede que sea a causa de un leve resfrío que padezco desde hace unos días —alegó con el primer embuste que se le vino a la cabeza.

—No se preocupe, madame, su secreto está a salvo conmigo —aseguró sin ambigüedad—. Yo también disfruto fumando cuando necesito un momento de paz, y esto me sucede a menudo. ¿Querría mostrarme la maravilla que esconde detrás de usted?

—Soy mademoiselle —aclaró ya irremediablemente descubierta—. Tenga.

—¡Vaya, es magnífica! ¿Me permite probarla?

—Por supuesto, pero hágalo a bocanadas pequeñas —le aconsejó —. Es delicada y está acostumbrada a unos labios de mujer.

—Me gusta su tabaco, es delicioso —afirmó convencido—. Yo tengo otros distintos, adquiridos en Siria y en Chipre, con un toque ligeramente ahumado. Podría obsequiarle con un saquito de cada uno para que los pruebe.

—¡Acepto! ¿Quién podría resistirse?

—Espero que no se lo tome como una falta de respeto, madeimoselle De Lara —dijo demostrando que recordaba perfectamente su nombre de la lista de pasajeros—. Si está interesada, yo podría indicarle un lugar más seguro, no muy apartado, donde poder fumar sin ser molestada.

—¿De verdad?

—De verdad, y se lo puedo enseñar ahora mismo, si usted quiere.

No queda lejos, teniendo en cuenta que estamos metidos en un cascarón flotante en medio del mar —dijo sonriendo con franqueza.

Milagros lo miró a los ojos y de repente sintió mariposas revoloteando en el estómago.

—¡Vayamos! Muéstreme ese lugar, monsieur.

Domingo le ofreció la mano y ella la aceptó sin pensarlo dos veces. La ayudó a subir por la misma escalera que él había empleado para bajar minutos antes. Sujetaba la pipa humeante de Mili, que le seguía con agilidad y alzando convenientemente la parte delantera de su vestido para evitar un tropiezo con los peldaños metálicos.

Una vez arriba, Piélago la acompañó hasta un ángulo alejado de la vista de todos.

—¡Aquí es! Puede venir cuando usted quiera, nadie alcanzará a verla. —Y agregó sonriente—: Este será nuestro secreto.

—Gracias, es usted muy considerado conmigo —agradeció devolviéndole la sonrisa. Sentía que las mariposas aleteando eran cada vez más numerosas y revoltosas.

—Es lo mínimo que se merece una dama como usted. Y, por favor, llámeme Domingo —replicó besándole la mano.

—Se lo agradezco mucho, Domingo —acertó a decir, vacilante—, pero ahora tengo que regresar junto a mis sobrinos… Seguramente encontrarán mi ausencia demasiado prolongada.

Se despidió tan apurada que olvidó la pipa en las manos del atento capitán, que prefirió quedársela porque así tendría una buena excusa para volver a encontrarse con ella a solas.

9

Ya en alta mar, sonó la campana de llamada para la primera colación a bordo, una de las muchas que se servirían a diario entre desayunos, almuerzos y comidas, tentempiés salados y dulces acompañados de refrescos, tés, chocolates, cafés, horchatas y limonadas. El servicio concluía con la hora de la cena, a la que seguían las veladas con licores variados y champán.

Domingo hizo llegar una invitación a la familia para unirse a su mesa. El sobrecargo se presentó en el camarote de Javier tocando suavemente a la puerta y le entregó el sobre con la imponente y aguzada caligrafía del capitán. En su interior encontró la tarjeta.

> El capitán del vapor La Soberana del Pacífico tiene el honor de invitarlos a su mesa en la cena inaugural que tendrá lugar esta noche a las 21 horas en el salón del comedor principal.
>
> Esperando poder disfrutar de su amable compañía, reciban mis respetuosos saludos,
>
> DOMINGO PIÉLAGO DELAMER

Sabiendo que sería del agrado del resto, Javier respondió enseguida al sobrecargo y aceptó la invitación.

El capitán fue inmediatamente informado.

—Acudirán a las nueve en punto.

—Muchas gracias, Aniceto. Por favor, recuerde a los camareros que *le champagne* debe servirse muy frío.

Entretanto, tía y sobrina pasaban lista a su guardarropa.

—¿Qué vestido será más apropiado? —se preguntaba Milagros, ilusionada.

—¡Me parece que podemos elegir entre los más pomposos! —le aconsejó Carmen—. A ti te queda divinamente el del escote estilo imperio.

—¿El de color burdeos?

—¡Sí, ese! Será perfecto con los guantes largos a juego y el chal de color cobrizo. Yo me pondré el azul celeste de tafetán, es el favorito de Francisco.

Los cuatro se dirigieron a la cena atravesando el patio cubierto iluminado y la lumbrera del salón de música, exquisitamente decorado con magníficas lámparas de araña de cristal de bohemia, que pendían deslumbrantes entre finas columnas torneadas y daban acceso a la puerta principal del comedor de primera clase. Francisco y Javier, vestidos de etiqueta, acompañaban orgullosos del brazo a Carmen y Milagros.

Piélago les esperaba de pie junto a la mesa principal, igualmente vestido de etiqueta. Resultaba imposible no fijarse en su porte y altura, en el pelo ondulado peinado hacía atrás y cuidadosamente engominado, en cómo atendía sonriente a los pasajeros, inclinando cortésmente la cabeza.

Al verlos llegar, el jefe de sala los condujo hasta la mesa. Según las instrucciones, debía acomodar a la señorita De Lara a la derecha del capitán; a la joven sobrina, a su izquierda, y a sus acompañantes, al lado de ellas.

—¡Bienvenidos sean! —saludó Domingo, haciendo una mínima señal con las cejas al camarero para que descorchase la primera botella de champán y llenase las copas—. Espero que todo esté siendo de su agrado.

La familia asintió sonriendo.

—Le agradecemos esta inesperada invitación —afirmó Javier tomando la palabra—. Es señal de que la travesía comienza estupendamente.

—Les aseguro que no hay nada que agradecer, es un placer para mí tenerlos aquí —dijo abriendo amistosamente los brazos—. Solo falta por llegar un invitado, el doctor Salvador Gredilla, gran amigo personal y nuestro médico de a bordo, que no debería tardar. Pero, mientras le esperamos, díganme: ¿qué asuntos los llevan hasta la isla de Luzón?

—Vamos al encuentro de mi padre, que está afincado allí desde hace años —contestó Carmen.

—Se trata de mi cuñado Pepe, hace mucho tiempo que no lo vemos —apostilló Mili con simpatía, preguntándose al mismo tiempo qué tipo de perfume usaba ese varón, tan rotundo e irresistible.

—¡Buenas noches a todos! —interrumpió Salvador Gredilla—. Disculpen el retraso, pero estaba atendiendo a una joven paciente. Me temo que ya han dado comienzo los primeros mareos e indisposiciones entre los pasajeros —explicó encorvando la espalda para besar la mano de las damas.

Gredilla rondaba los sesenta. Era un hombre simpático de talla mediana, un tanto rollizo, con abundante pelo gris y mirada observadora.

—Buenas noches, es un placer conocerle. Yo también soy médico —se presentó Francisco con un apretón de manos.

—Vaya, ¡qué alegría tener a un colega en este viaje! Y, por lo joven que es usted, adivino que es de la nueva escuela. ¿Dónde cursó la carrera?

—Estudié en la Universidad de Valencia.

—¡En Valencia, qué casualidad! Yo estudié allí también, aunque

bastante antes que usted. Puede que tuviera como profesor a un buen amigo mío, el catedrático de Anatomía Cristóbal Mora, por desgracia fallecido hace unos años.

—¡Por supuesto! Fue uno de mis profesores favoritos y el autor de varias obras académicas muy necesarias en nuestros estudios de anatomía. Su muerte significó una gran pérdida para la medicina en general.

—¡Cierto, una verdadera lástima que nos dejase tan pronto! Le propongo que me visite en mi consultorio cuando lo desee, podríamos departir sobre los últimos adelantos en nuestra profesión. ¡A un anciano como yo le vendría bien conversar con un colega tan joven y de ideas renovadas!

—Me parece una excelente idea, doctor —intervino Carmen—. A mi marido le complacerá pasar tiempo con usted; si no, temo que se encierre durante toda la travesía entre las cuatro paredes de nuestro camarote, rodeado de sus manuales, ¿verdad, Francisco?

Él contestó con una sonrisa afirmativa y llena de complicidad antes de besar la mano de su esposa.

Los camareros llegaron con el primer plato: una suculenta crema tibia de espárragos trigueros.

El capellán del barco aprovechó el momento para situarse en el centro de la sala y hacerse oír por los allí presentes.

—Estimados fieles, soy el padre Justo. Les informo de que todos los días, a las nueve de la mañana, sonará la campanilla a fin de invitarlos a acudir a la santa misa en la capilla, y que, a las siete de la tarde, volverá a sonar anunciando el inicio del rezo del santo rosario. Durante el resto de la jornada, seguiré a la disposición de quien me necesite en el confesionario, atendiéndolos por orden de llegada.

Dicho esto, se santiguó ágilmente y se sentó a degustar la crema

que se le estaba enfriando.

De segundo plato, les fue servido un delicioso cordero acompañado de unas patatas a la importancia. Justo antes del postre, el capitán se levantó haciendo tintinear una copa con la cucharilla.

—Les ruego su atención, damas y caballeros. ¡Bienvenidos de nuevo a bordo de La Soberana del Pacífico! —celebró levantando su copa Pompadour—. Los miembros de mi tripulación y este humilde servidor tenemos preparadas diferentes actividades con las que, esperamos, podrán entretenerse niños y mayores durante el trascurso de nuestro viaje hasta Luzón. Comenzaremos hoy mismo, después de la cena, inaugurando la noche musical. Cedo ahora la palabra a nuestro sobrecargo Aniceto Aranda, que les ampliará la información.

El aludido carraspeó brevemente.

—Damas y caballeros, tal y como les ha anunciado nuestro estimado capitán, esta noche desarrollaremos nuestra primera actividad social a bordo. Y, con mucho gusto, seré su maestro de ceremonias. Animo a todos los que posean dotes artísticas de cualquier tipo a lucir sus habilidades y agradeceré que me indiquen en qué consistirá su actuación para presentarlos con el respeto que se merecen. Ponemos a su disposición varios instrumentos musicales, como el elegante piano de cola Bechstein y dos hermosos violines fabricados en la antigua ciudad de Cremona, templados y especialmente acordados antes de cada travesía por un maestro afinador.

Y haciendo una media reverencia, señaló con su mano al capitán, concediéndole de nuevo la palabra.

—La previsión de esta noche nos es favorable. Por suerte, disfrutamos de un mar en calma —remarcó Domingo señalando

hacia las ventanas, donde se podía apreciar un cielo claro cuajado de estrellas—. Les espero a todos en la primera *soirée* musical para disfrutar de su compañía en un ambiente distendido, que nos permitirá conocernos mejor durante las cuatro semanas de singladura antes de llegar a nuestro destino final, en la ciudad de Manila. —En ese punto, hizo una pausa para tomar de nuevo su copa y levantarla frente a los pasajeros—. ¡Brindo de nuevo por ustedes!

Todos le imitaron llenando el ambiente de festivos tintineos.

—¿Por qué no te animas, tía? Podrías tocar el piano —la incitó Javier, entusiasmado.

—Por favor, señorita Milagros, ¿querría usted deleitarnos con sus dotes artísticas? —preguntó Domingo.

—Lo haré encantada —contestó mostrando los bonitos hoyuelos de sus mejillas.

—¡Excelente! —aplaudió el doctor Gredilla—. Estamos deseando escucharla.

Después del postre y los cafés, la mayoría decidió acudir al salón musical, un amplio espacio repleto de sillas forradas en seda carmesí y mesitas chinas de madera lacada. La tarima estaba situada en el centro y, como bien les había descrito el sobrecargo Aranda, la presidian el Bechstein y los dos violines cremoneses en sus elegantes soportes.

El murmullo de las voces expectantes de curiosidad en aquella primera noche cesó en cuanto Mili, tomada de la mano de Javier, se acercó hasta Aniceto y le susurró la pieza que pensaba interpretar. Gran aficionado a la música clásica, el maestro de ceremonias esbozó una sonrisa de admiración asintiendo y ofreciéndole el brazo. La ayudó cortésmente a subir los cuatro escalones de la tarima y le acomodó la banqueta frente al piano.

Carmen, Francisco y Javier, junto con Domingo Piélago y Salvador Gredilla, se encontraban instalados en la primera fila. «Qué belleza de mujer», se dijo para sus adentros el capitán.

Aniceto se colocó a un lado del negro piano de cola, que se hallaba con la tapa abierta en su posición más alta realzando toda la belleza del instrumento, bajo la esplendorosa lámpara de araña con sus cientos de caireles reluciendo como gotas de agua.

—Estimados asistentes, gracias a la gentileza de la señorita Milagros de Lara, esta noche inauguramos con un broche de oro las *soirées* musicales a bordo. —Hizo una pausa para crear más expectación y prosiguió—: Interpretará una pieza del talentoso compositor Frédéric Chopin, el *Nocturno en mi bemol mayor, op. 9, n.º 2* para piano, en atención a todos ustedes.

Mili esperó a que el sobrecargo tomase su lugar entre el público para comenzar a tocar con el don y la destreza que todos sus profesores elogiaron desde que tenía tan solo seis años. Nació con un talento natural para la música y dedicaba con gusto las horas a practicarlo.

Hacía disfrutar a su público improvisado. Los maravillosos acordes de esa pieza compuesta por el gran músico polaco captaron, desde la primera nota, el interés de todos los presentes, fascinados por el vibrante sonido del instrumento y la serenidad que transformaba a su pianista. Se fusionaba con la melodía, se unía a ella con suaves movimientos de cabeza, al compás de los dedos que tocaban ligeros las lustrosas teclas albinegras de marfil.

Al expirar la última nota, un profundo silencio continuó latente unos instantes en la sala, interrumpido por docenas de personas poniéndose en pie con inflamados «¡Bravo, bravo!» y aplaudiendo con entusiasmo. La pianista se levantó para agradecer los elogios. Las ovaciones más sonoras fueron las de Piélago, que, dirigiéndose

al pie del estrado, le ofreció la mano para acompañarla hasta el asiento que le habían reservado entre ellos.

Carmen susurró a su marido y a su hermano:

—¿Os habéis dado cuenta de lo solícito que está el capitán con nuestra tía?

—No es de extrañar, hermanita, es una hermosa mujer que ya no se esconde detrás de los hábitos. Vamos a tener que acostumbrarnos —les susurró Javier a su vez, a lo que Francisco asintió con la cabeza, dándoles la razón.

El siguiente participante fue un anciano caballero. Subió lentamente los pocos peldaños del entarimado, dispuso en el atril las partituras que llevaba bajo el brazo, tomó uno de los violines y dio comienzo a su interpretación del *Concierto para violín en re mayor, op. 35,* de Chaikovski, tal y como había anunciado Aniceto Aranda. Con las primeras notas, la mitad de los asistentes aprovecharon para dar una cabezadita que se alargó durante los cuarenta minutos que ese señor estuvo inclinado hacia un lado, tocando muy afinadamente y creando un apacible y natural ambiente propicio al sueño, como si de una nana se tratase, después de todos los nervios y las emociones vividas en la preparación del viaje.

Cuando el añoso caballero terminó su recital, le dedicaron unos sentidos aplausos que despertaron a los durmientes con un sobresalto. El señor seguía en pie, tomándose muy en serio las ovaciones, y hacía reverencias en señal de agradecimiento en todas las direcciones.

Dieron las once y media y los pasajeros se fueron retirando poco a poco a los camarotes, donde descansaron plácidamente durante el resto de la noche, mecidos por el suave balanceo del mar Mediterráneo.

Al despertar, Mili encontró una nota bajo su puerta.

Estimada señorita Milagros:

Le ruego que se reúna conmigo, después del desayuno, en el rincón de fumar. Así podré devolverle su preciosa pipa.

DOMINGO PIÉLAGO DELAMER

Estaba esperándola cuando ella acudió puntual a la cita.

—Lo que usted nos hizo sentir anoche fue indescriptible, llenó la sala de una atmósfera mágica. Aniceto opina que deberíamos contar con su participación en todas las *soirées* musicales.

—Muchas gracias, capitán. Por supuesto que tocaré el piano las veces que lo deseen.

—Llámeme Domingo, por favor, ahora somos amigos. Tome, mademoiselle, le devuelvo su pipa.

—Gracias, le confieso que tengo muchas ganas de fumar. ¿Ha traído usted la suya, monsieur?

—Aquí la tengo, y dispongo de media hora antes de volver al puente de mando. Mientras tanto, cuénteme cosas de su vida.

—¿Qué le gustaría saber?

—Por ejemplo, me pregunto cómo puede ser que una hermosa mujer como usted siga soltera y sin compromiso.

—Tiene una fácil explicación: nunca me he enamorado. Mi padre —dijo dando la primera bocanada— se enfureció conmigo porque me negué a casarme con alguno de mis acaudalados pretendientes. Me hubiera gustado poder contar con el apoyo de mi madre, pero ella no tenía la capacidad de comprensión que yo necesitaba y temía llevarle la contraria a mi padre. Tampoco quiso escuchar a mi hermana Luzgarda cuando salió en mi defensa, y no me quedó más remedio que tomar los hábitos, la única forma de que me dejaran en paz —justificó formando una O en el aire con el humo recién inhalado.

—Vaya… Y ahora ¿en qué situación se encuentra? ¿Debo llamarla sor Milagros?

—¡Oh, no! Tomé la feliz decisión de colgar los hábitos, ya no soy monja desde hace algunos meses.

—Entiendo. Y nunca se ha enamorado.

—No, nunca, tengo en mis sobrinos el amor que me hace falta. Los quiero con locura y los considero mis propios hijos. ¿Usted tiene hijos, Domingo?

—Lamentablemente, no.

—Si un día llegara a tenerlos, comprendería de lo que estoy hablando. El amor de un buen padre hacia su hijo debe ser incondicional: se le quiere como es, se le apoya y se le protege preparándolo para la vida. El año en que mi hermana falleció, Javier ya era prácticamente un hombre, pero siempre escuchó mis consejos; mi sobrino es una persona excepcional y tiene un gran corazón. Carmen era todavía una niña y estoy orgullosa de la mujer en la que se ha convertido. Nació con un carácter decidido y posee una gran inteligencia. Después llegó Francisco Anastasio, que comparte nuestros valores y adora a Carmen. ¿Qué más se puede pedir? —concluyó—. ¡Menuda perorata! Seguro que le estoy aburriendo soberanamente…

El capitán jamás había conocido a una mujer como ella. Además de bonita, era ingeniosa y perspicaz, segura de sí misma y extraordinaria, igual que encontrar una aguja en un pajar.

—Mademoiselle, ¿le parecería muy descabellado si nos viésemos aquí todos los días y compartiésemos nuestra pasión por la pipa? —se decidió a proponer.

—¡Me encantaría! Y así podríamos continuar con nuestras conversaciones, porque hoy he hablado prácticamente yo sola y todavía no sé gran cosa de usted. ¡Me lleva ventaja! —dijo con una

sonrisa, mostrando de nuevo sus encantadores hoyuelos.

—¡Perfecto! ¿Mañana a la misma hora?

—Aquí estaré mañana a la misma hora, *monsieur le capitaine*.

—Pero recuerde que esta noche están nuevamente invitados a mi mesa. Nos encontraremos a las nueve en punto —convino besando su mano con delicadeza.

Después del primer día de travesía, la rutina se instaló en el vapor. Los pasajeros ocupaban el tiempo paseando por la cubierta, se relajaban en las cómodas *chaises longues* de mimbre con mullidos cojines, participaban en los concursos de dardos o de lanzamiento de anillas, leían, contemplaban el horizonte, charlaban y simpatizaban con los demás viajeros.

Los pequeños jugaban entre ellos, las niñas compartiendo sus muñecas y los niños lanzando sus peonzas, que hacían rodar sobre el pulido suelo de madera de la cubierta superior.

Los encuentros entre Milagros y Domingo se hicieron imprescindibles. Los dos se las arreglaban para desaparecer ese rato cada día y encontrarse a solas en el rincón de fumar.

—¿Ve esas gaviotas, mademoiselle? La gente de mar creemos que cada una porta en su interior el alma de un marinero…

—Es hermoso y triste a la vez… Y usted ¿por qué se hizo marino? —quiso saber ella, acercándose solo un poquito más para aspirar su perfume.

—Estoy enamorado del mar desde niño. Mi madre pertenece a una estirpe de marinos pescadores de origen normando afincados en el monte Saint-Michel, en Francia. Ella fue la primera en darse cuenta de que el agua salada también corría por mis venas y convenció a mi padre de que me inscribiera en la Escuela Náutica de Barcelona. Tan solo tenía dieciséis años. Al terminar mis estudios, las prácticas me

llevaron a destinos muy dispares, navegué por muchas aguas antes de ser nombrado tercer oficial. Más tarde, conseguí el puesto de segundo, hasta llegar al de primer oficial y capitanear naves como esta, una gran población flotante de la que soy el máximo responsable.

Mili se atrevió a preguntarle si era un hombre casado.

—Me casé joven y enviudé al poco tiempo. Mi esposa contrajo el cólera, fue fulminante. Sucedió cuando yo estaba en alta mar. Al regresar a casa, hacía tres semanas que descansaba en el camposanto.

—Oh, ¡cuánto lo siento! Es una verdadera tragedia.

—Lo fue, es una triste historia.

—Y, desde entonces, ¿no ha conocido a otra mujer con la que quisiera fundar una familia?

—Es bastante complicado. Verá, después de lo ocurrido, he preferido no volver a empezar.

—Lo entiendo.

Tras días de tranquila navegación, en los que pasaron frente a la isla italiana de Cerdeña y, más adelante, distinguieron la costa de Sicilia, ya solo quedaban dos singladuras para divisar Port Said. Sin embargo, de madrugada, se levantó una inesperada marejada que balanceó el barco de proa a popa e hizo enfermar a la mitad del pasaje, entre ellos a la tía Mili, que despertó sintiendo vértigos y devolviendo la cena de la noche anterior desde el primer plato hasta el postre.

Javier la acompañaba pacientemente sujetando una palangana.

—Se me ocurre que podríamos probar con el remedio casero que nos daba mi abuela de pequeños —dijo Francisco, que había llamado al sobrecargo.

—Señor Aniceto, ¿podría pedirle a un cocinero que preparase agua de arroz?

—¿Agua de arroz?

—Sí, consiste en hervir varios puñados de este grano, añadiéndoles un poco de azúcar para darle un sabor más agradable. Después hay que filtrar el agua de la cocción, un remedio natural y muy saludable para los estómagos delicados, como es el caso de mi tía Milagros, que se encuentra indispuesta a causa de los mareos.

El chef Manjares, en previsión de más peticiones como esa, mandó preparar abundante agua de arroz para el resto de los enfermos del mismo mal. El doctor Gredilla advirtió que los pasajeros empezaban a encontrarse mejor después de tomarla.

—¡Se me está ocurriendo inscribir la patente del agua de arroz! —bromeó con Francisco.

El capitán, que tenía en la persona de Aniceto Aranda a su más fiel correveidile, fue de inmediato informado del estado de su pasajera favorita y, sin dudarlo, se presentó en su cabina. La encontró exhausta en el lecho, con la piel cetrina. Sus tres sobrinos la atendían alrededor de la cama, pero, en cuanto lo vio llegar, Milagros se olvidó momentáneamente de su indisposición e intentó acomodarse el peinado, pellizcándose las mejillas para obtener un poco de rubor.

—¿Me permite, Francisco?

Sin esperar respuesta, el caballeroso Domingo tomó el cuenco con el preparado y él mismo siguió dándoselo a Mili, que le dedicaba sonrisas entre cucharadita y cucharadita.

—Pórtese bien y abra la boca, mademoiselle.

—Siento que me vea en estas circunstancias.

—No se preocupe, usted siempre luce muy bella.

—Gracias, Domingo, ya me voy encontrando mejor —dijo

pestañeando.

—Y, en un ratito, se comerá un pedazo de ternera asada. ¡Va a ver cómo le curo estos mareos y vomitonas! Una dama como usted no puede seguir en este estado —la animó, zalamero.

Aniceto llevó al camarote la carne cortada en pedazos pequeños y el capitán se los fue ofreciendo uno a uno, soplando por si estaban demasiado calientes. Ella lo miraba complacida con ojos de gacela e iba comiéndose cada trocito sin rechistar. Al poco, la enferma dormía como un bebé, con el estómago lleno y la piel sonrosada.

—*Et voilà!* Y ahora que mademoiselle De Lara descansa en los brazos de Morfeo —dijo bajando la voz—, permitan que me retire, los asuntos en el puente de mando me reclaman.

Salió del cuarto con paso seguro, dejándolos a todos boquiabiertos.

—No me lo explico —se dijo Francisco, echándose hacía atrás el mechón de cabello rebelde—. ¡Nuestra tía se ha comido un filete entero!

—Yo sigo creyendo que este navegante de pelo en pecho quiere ganarse sus favores, y a ella le encanta —afirmó pensativa Carmen, tanteándose el lunar—. ¿Os habéis fijado en la confianza que tienen entre ellos?

—Opino lo mismo, hermanita —ratificó Javier retorciéndose el bigote—, y admito que es realmente simpático y todo un caballero. Desde que embarcamos, hemos cenado cada noche en su mesa, por algo será.

—Bueno, es de un natural cautivador y sabe cómo engatusar a cualquiera. ¡Y huele taaan bien! Lo encuentro fascinante, con su uniforme impecable y esa sonrisa interminable —añadió Carmen, convencida.

Milagros despertó horas después sintiéndose mejor, pero Francisco

le aconsejó guardar cama un tiempo más.

Ella pensó en su cita diaria en el rincón secreto. Aunque tenía el estómago revuelto y ningunas ganas de fumar, le hubiera gustado volver a ver al capitán para darle las gracias.

—Claro, Francisco, haré lo que tú digas —sonrió agradecida.

A la mañana siguiente, navegaban a la altura de la costa de Alejandría, los cuatro apoyados en la pasarela.

—¡Mirad! —exclamó Carmen—. Aquella es la Columna de Pompeyo, ¿no es impresionante? Es el único vestigio que queda en pie del que fue el templo más bello del mundo jamás construido. Fue erigida por los Ptolomeos. Es de granito rojizo y tiene una altura de veintisiete metros. ¿Veis que está en la cima de esa colina? Es donde antiguamente se hallaba el Serapeo…

Durante el trayecto, se cruzaron con otros barcos surcando las aguas, que dejaban a su paso docenas de estelas colmadas de blanca espuma. Con esas novedosas apariciones, todos acudían a cubierta sacando los pañuelos para saludar efusivamente a los viajeros de las otras naves, que, a su vez, respondían con alegría agitando sombreros y más pañuelos.

—¡Adiós, adiós! ¡Buen viajeee!

En esos casos, los capitanes de ambos barcos hacían sonar las sirenas e izaban la bandera a popa en señal de saludo, hasta que se perdían de vista.

Sin embargo, a excepción de estos eventos fugaces, las horas pasaban lentas y tediosas en alta mar, momentos en que los pasajeros aprovechaban para entablar conversación. Cualquier excusa era buena para presentarse y hablar de la vida, los proyectos o simplemente del tiempo.

Los señores comentaban:

—Yo soy de Murcia, ¿y usted?

—¡Qué casualidad! Un tío mío vive allí.

—¿Le parece a usted que hoy va a llover?

—Seguramente, porque mi artrosis me está dando la lata.

Las señoras conversaban mucho entre ellas:

—¡Su sombrero es absolutamente primoroso, querida!

—Muchas gracias, me lo regaló mi esposo. Fuimos a elegirlo a Casa Yustas, una sombrerería muy moderna recién inaugurada. ¿La conoce usted? Está en el centro de Madrid.

—¡Cómo no voy a conocerla! Es esa tienda nueva situada en la misma plaza Mayor, ¿estoy en lo cierto?

Cientos de conversaciones fútiles, el método infalible para no caer en el hastío de las largas horas de navegación, lejos de tierra firme.

En uno de esos paseos, Javier conoció a Narciso Lledó y Cardona, un joven periodista castellonense recién entrado en la treintena que viajaba por primera vez a Filipinas, ávido de aventuras. Habían coincidido en otras ocasiones en cubierta y charlaban brevemente de temas insustanciales, pero, con el paso de los días, la conversación se tornó más personal.

—Voy a Filipinas para escribir varios artículos acerca de la vida de los españoles en esas colonias y conocer las razones que los han alentado a emigrar tan lejos. Quiero medir el pulso que se está manteniendo a nivel social. Habrá oído que, en estos últimos años, se han sofocado varias rebeliones contra el gobierno. Mi periódico quiere que redacte diferentes crónicas que recojan los diversos puntos de vista, incluso la perspectiva de los propios filipinos —le explicó sujetando un ala de su panamá con una mano y cerrando las solapas de su abrigo con la otra, a causa del fuerte viento que empezó a soplar inesperadamente.

Ante el riesgo de que los sombreros salieran volando por la borda, Javier pensó que replegarse al interior de la nave sería la opción más

juiciosa, además de una buena excusa para tomar un piscolabis.

—Señor Lledó, ¿le parece que vayamos al salón y sigamos esta charla frente a un chocolate caliente?

—Me parece una excelente idea. ¡Entremos antes de pescar un resfriado!

Se sentaron alrededor de una mesa bien iluminada, cerca de una ventana.

—¿Qué va a querer tomar, señor Lledó? —se interesó Javier, observando con curiosidad lo que se servía a su alrededor.

—¡Ese buen chocolate caliente del que me ha hablado! Y le ruego que, ahora que nos conocemos un poco mejor, me llame por mi nombre.

—Estoy de acuerdo, llamémonos por nuestros nombres de pila, estimado Narciso.

—¿Qué quieren los señores que les traiga? —preguntó un camarero de modales impecables, ataviado con su inmaculada camisa de cuello ópera, pajarita negra y traje del mismo color.

Pidieron sendos chocolates con pastas. Cómodamente instalados al abrigo del mal tiempo, Javier aprovechó para examinar con detalle al hombre sentado frente a él.

Atractivo, Narciso Lledó y Cardona tenía el encanto de los hombres de su tierra, con la piel tostada por el sol, ojos grandes y oscuros bajo unas espesas cejas y la mandíbula prominente. Llevaba un cuidado bigote al estilo *guidon* con las puntas hacia arriba, que se atusaba de tanto en tanto con movimientos distraídos. Bajo el traje de chaqueta impoluto, su camisa con el cuello postizo destacaba por su blanco inmaculado, se decía Javier, entretenido en hacer conjeturas detectivescas: «Es un hombre meticuloso: el afeitado es de esta misma mañana y luce el cabello perfectamente engominado. Aunque su profesión le delata… Tiene trazas de tinta

entre los dedos pulgar, índice y medio de su mano izquierda, o sea, que es zurdo».

Javier poseía un sexto sentido natural para valorar a las personas y percibió en su nuevo amigo a un hombre entusiasmado por la vida, de los que no deja pasar una oportunidad como la que le habían brindado en su periódico de marchar para ver mundo.

Entretanto, Narciso, ajeno a los pensamientos de su compañero de mesa, liaba un cigarrillo con despreocupación mientras les servían los chocolates humeantes en dos tazas bigoteras, un práctico invento para proteger los mostachos llegado de la capital británica y último grito en todos los restaurantes de nivel como el de La Soberana del Pacífico.

—¿No le parece que esta taza es una verdadera maravilla? La pequeña barrera horizontal que la cruza deja el hueco justo para beber apoyando el mostacho en ella, sin riesgo de que la cera de nuestros bigotes se deshaga por el calor y termine mezclándose con el té, el chocolate o el café —observó el periodista, satisfecho.

—Absolutamente de acuerdo, Narciso. Mire a su alrededor, prácticamente todos los varones portamos bigotes. Estos ingeniosos inventos nos facilitan la vida, pese a que algunos puedan calificarlos de esnobismo.

—¡Seamos esnobs por un rato! —concluyó con una gran sonrisa, levantando la taza a modo de brindis.

—Y ahora, hablando de cosas más serias, reconozco que su trabajo me parece de lo más interesante. Va a documentarse acerca de un tema muy actual —apuntó Javier para retomar la conversación anterior.

—Es un asunto que conozco bien. Tengo familiares y amigos decididos a emigrar a tierras lejanas, aunque deban gastarse buena parte de sus ahorros en los pasajes. El último, un primo de Jorquera

que está ultimando los detalles para el viaje, ha elegido marchar a Argel. Partirá con su joven esposa y su hijita recién nacida. Es una tierra llena de oportunidades.

—Es bien conocido que el emigrante español destaca por el tesón y la perseverancia que muestra en su trabajo —afirmó Javier—. Poco importa que el idioma le sea extraño o que el medio se torne complicado, conseguirá adaptarse y sus hijos nacerán y crecerán sintiéndose como en tierra propia.

—Estamos de acuerdo —admitió Narciso—. ¿Y usted, Javier? ¿Cuál es la razón de haber emprendido este viaje rumbo a la isla de Luzón?

—Mi familia y yo nos dirigimos a Manila con la intención de reunirnos con nuestro padre, del que fuimos separados a la fuerza y al que no vemos desde hace bastantes años.

—A la fuerza… ¿Quizá por motivos políticos?

—Precisamente fue condenado al ostracismo.

La frase suscitó la atención del periodista. Olvidándose del cigarrillo posado en el cenicero, sacó del bolsillo de su chaqueta un estuche con un pequeño cuaderno de notas y una Wirt.

—Bonita estilográfica, ¿me permite observarla más de cerca? Aún no se ven muchas por ahí —se interesó Javier.

La Wirt era estadounidense. En el interior, tenía un cartucho de tinta líquida que alimentaba el plumín fabricado en oro con la punta de iridio, un detalle que lo hacía más resistente al uso.

—Tenga —dijo Narciso ofreciéndosela.

—Es un ejemplar muy elegante, en efecto.

—Pues, si le interesan estas novedades, sepa que también tengo la fortuna de viajar con una Remington. La máquina de escribir es otra invención extraordinaria, facilita muchísimo el trabajo en mi profesión. Consigo escribir tres veces más rápido mecanografiando.

—¡He oído hablar de ella y me encantaría saber cómo funciona!

—Está encima del escritorio de mi camarote. Es una buena pieza. En pocos días me he habituado a sus teclas circulares y a su sencillo mecanismo. Además, es posible hacer una o varias copias de un mismo texto gracias al papel de calco. Cuando usted quiera, se la muestro.

—Le tomo la palabra y le advierto que llevaré público conmigo. Mi hermana, mi tía y mi cuñado no se lo perderían por nada del mundo.

—¡Por supuesto! Cuente con ello… Mire, Javier —dijo tomando un tono de voz más cercano—, ya sé que lo que le voy a decir puede que le parezca extraño, en vista de que solo nos tratamos desde hace pocos días, pero mi curiosidad profesional me empuja a preguntarle: ¿querría contarme su historia? Me gusta conocer la vida de la gente que me voy encontrando, y la suya se me antoja muy interesante.

Javier no se lo pensó dos veces. Bebió un sorbo de agua y comenzó a describirle los hechos pasados con detalle. Narciso escribía en su cuaderno. En las pausas, hacía girar inconscientemente la Wirt, que con ágiles movimientos rodaba entre sus dedos.

—¡Qué curioso! ¿Quién le ha enseñado a hacer eso?

—Bueno, es una pequeña manía que heredé de mi padre.

Carmen y Milagros aparecieron saludando desde el fondo del salón, abriéndose camino entre las mesas.

—¡Sabíamos que te encontraríamos aquí, sobrino! ¿Has visto la tormenta que está cayendo?

—Si no arrecia pronto, temo que el temporal retrase nuestra llegada a Port Said —afirmó Javier yendo a buscar dos sillas más—. ¿Has descansado, tía? ¿Te encuentras mejor?

—Muchísimo mejor, he recuperado mi condición habitual y me

muero por tomar un chocolate caliente. Será como un bálsamo para mi estómago.

—¡Que sean dos! —exclamó Carmen con un guiño.

Ambas observaban al periodista sin ocultar su curiosidad. Este, a su vez, se levantó para saludarlas luciendo la mejor de sus sonrisas.

—Narciso, le presento a mi tía, Milagros de Lara, y a mi hermana, Carmen Pérez de Lara —explicó instalando los asientos para acomodar a las recién llegadas.

—Buenas tardes, señoras mías. Narciso Lledó y Cardona, a sus pies —dijo el periodista haciendo una leve reverencia. Besó las pequeñas manos enguantadas mostrando su cuidada educación.

—Solo falta que conozca a mi cuñado Francisco Soldevila, que, por cierto, no debería tardar en aparecer por aquí —dijo mirando la hora en el reloj con la leontina de oro que le regaló su padre.

—Lo hemos visto hace rato paseando por cubierta con el doctor Gredilla. Se están haciendo muy amigos —explicó Milagros.

—¿Y de dónde es usted, señor Lledó? —se interesó Carmen después de repasar de arriba abajo su aspecto, imitando las pesquisas visuales de su hermano.

—Soy de Castellón de la Plana, ¿lo conoce?

—No he tenido el placer, pero mi esposo ha estado varias veces en la ciudad por cuestiones de trabajo. Recuerdo que alabó su gastronomía.

—Narciso trabaja como periodista en un diario valenciano —aclaró Javier—. Está escribiendo unas crónicas acerca de la emigración de los españoles a Filipinas.

—Oh, qué interesante. ¿Para qué periódico trabaja usted?

—Escribo para el diario *La Voz Valenciana*. Confieso que la historia que me ha contado su hermano es apasionante: la vida política de su padre, su posterior destierro y una familia que no duda en ir a

reunirse con él hasta el fin del mundo, si es necesario. ¡Es como una novela! No, todavía mejor, es un testimonio real. Me pregunto si me permitirían publicar su historia en mi periódico en forma de crónica por capítulos. Naturalmente, si lo prefieren, sus nombres serían anónimos. ¿Qué les parece? Puesto que saben a lo que me dedico, comprenderán mi interés por ustedes. ¡Creo que son extraordinarios!

—Yo no veo ningún inconveniente —dijo Carmen levantando una mano.

—Yo tampoco —secundó la decisión la tía Mili—, aunque tengo una condición.

—Dígame.

—No se lo tome como una falta de confianza, pero acabamos de conocernos y preferiría que nos dejase leer sus escritos antes de enviarlos.

—Apoyo la moción, me parece justo —afirmó su sobrino.

—Por supuesto, señorita De Lara. Podrán leer todos mis artículos, y no los enviaré hasta que me den su visto bueno —declaró muy serio, enroscando las puntas de su bigote.

—En ese caso, estamos de acuerdo. —Sonrió Milagros.

—¡Mira, Carmen! —intervino Javier, que señalaba hacia el fondo de la sala—. Francisco está entrando por la puerta y nos anda buscando.

—¡Estamos aquí! —exclamó Carmen agitando la mano con una servilleta.

Se acercó al grupo y Javier aprovechó para presentarle al periodista.

—Nuestro nuevo amigo Narciso Lledó i Cardona es de Castellón.

—Encantado de conocerle —dijo estrechándole la mano. Tomó una silla vacía y se acomodó al lado de su esposa. ¿Se ha movido mucho nuestro pequeño?

—¡No ha parado quieto ni un momento!

El médico dirigió de nuevo su atención hacia el periodista con simpatía.

—Recuerdo que la última vez que estuve en Castellón pude probar la famosa olleta de la Plana, ¡un plato de cuchara delicioso!

—Me alegro, resulta que mi madre prepara la mejor olleta de toda la provincia —aseguró con patente orgullo.

El jefe de sala hizo sonar la campanilla, señal de que ya podían pasar al comedor.

—Únase al grupo, Narciso —le invitó Javier—, al capitán le agradará su compañía. Pediremos que añadan un cubierto y seguiremos conversando, ¿qué le parece?

—Cuenten conmigo, por supuesto. Acepto su amable invitación.

10

En tierra firme, no había rayado el alba cuando Tagu recibía la visita de Pi, el pigarguillo mensajero de su tatara, con su inconfundible silueta de águila pequeña. Gracias a este astuto pájaro, la comunicación era recíproca y continua entre el pueblo de la cordillera y la ciudad de Manila. Entró volando por la ventana abierta, y esta vez no traía buenas noticias.

Tagu deshizo el cordelito de liana atado a la pata de Pi y leyó la nota con la característica letrita de Lolay.

> Mi querido Tagu:
>
> Siento que muero. Por favor, vuelve a casa, necesito que regreses para colgarme los amuletos alrededor del cuello y me acompañes en el último recorrido hasta el valle.
>
> Esperaré tu llegada.
>
> Eternamente en mi corazón,
>
> Tu tatara

A toda prisa, acudió al convento y avisó a su padrino. José María los acompañó a la estación del ferrocarril. Desde allí, los dos emprenderían el viaje hacia la ciudad de Dagupán, desde donde, tras arrendar unos caballos, cabalgarían sin descanso hasta llegar a la aldea del valle, parando solo para abrevar a los animales.

Cuando arribaron, Lolay yacía casi sin vida, apagadas sus fuerzas,

pequeñita y encogida dentro de la hamaca, envuelta toda ella entre frescas hojas de ratán. Reposaba con el rostro sereno. Mindana le había peinado con esmero el largo pelo níveo en una larga trenza y la había vestido con sus mejores ropas.

—Te estaba esperando desde hace días, mi *batang lalaki* —dijo alzando la cabeza con dificultad. Le tomó la mano.

—Ya estoy aquí, mi tatara, he venido para llevarte al valle —susurraba mientras le pasaba con sumo cuidado, alrededor del delicado cuello, sus talismanes y abalorios favoritos, los que, a partir de ese momento, la acompañarían durante toda la eternidad. Gracias a ellos, sus ancestros podrían reconocerla llegando al más allá. Poco importaban su edad o las arrugas de su piel, sus amuletos hablarían por ella.

El apostolino se acercó y la besó en la frente.

—Por favor, cuida de los míos, Faustino, protégelos. Yo ya tengo que marcharme, mis ancestros me reclaman desde hace días —le pidió ella con un hilillo de voz.

—Puedes irte tranquila, Lolay, todo irá bien —le dijo bajito al oído.

Mindana lloraba desconsolada en los brazos de Tagu.

Pi vino a posarse en el regazo de la anciana. El pájaro recibió una caricia de su dueña justo antes de exhalar su último suspiro.

Acababa de cumplir ciento dos años terrenales, aunque los de su alma, al igual que su bondad, eran infinitos en el tiempo.

Siguiendo con los ritos funerarios de la tribu, esperaron a que de los restos de la anciana fallecida comenzasen a emanar los fluidos corporales. Luego la alzaron delicadamente y la acomodaron en el féretro, el que ella misma talló pacientemente los últimos años de su vida, durante las noches de luna menguante, en el interior de la corteza de un árbol. Solo entonces pudieron emprender el sinuoso camino hacia al valle.

Repitiendo una ceremonia ancestral llevada a cabo desde hacía más de dos mil años, los hombres cargaron la caja por turnos y marcharon lentamente impregnándose de los líquidos que filtraba. De esa forma recibían todas las virtudes y energías positivas de la difunta.

El grupo de mujeres los seguía a cierta distancia tomadas de la mano, muy juntas, caminando en silencio. Aguantaban de a poco la respiración, extasiadas por la presencia inmaterial de los espíritus que reinaban en el valle desde tiempos remotos. Solo ellas percibían a su alrededor los sentidos rumores de las ánimas que, sutilmente y a medida que se acercaban, se fueron convirtiendo en envolventes murmullos que se movían entre sus cabellos y rozaban sus perfiles, acompañándolas, las hembras que daban la vida, escoltando el alma de Lolay en su último viaje.

Después del lento recorrido por el sendero, el grupo llegó a su destino.

La tribu de Tagubanua no enterraba a sus muertos bajo tierra. Su asombrosa necrópolis era vertical. Desafiando las leyes de la gravedad, las cajas mortuorias donde descansaban los miembros difuntos de su etnia estaban prodigiosamente suspendidas en las altísimas y escarpadas paredes del precipicio. Pendían sujetas de robustas lianas, muchas de ellas fuertemente afianzadas en la base por troncos anclados entre los salientes rocosos.

Dentro de sus pequeñas envolturas de madera, en posición fetal y todavía cubiertos por el polvo de las hojas de ratán, descansaban para la eternidad hombres, mujeres y niños, cerca de los lindes del cielo, próximos a la luz eterna.

En el cenit del abrupto muro de piedra caliza, estaban emplazados los cuerpos más antiguos en sus primitivos estuches, dispuestos como balcones de una misma casa, colgando en hileras horizontales.

Habiendo completado de un lado a otro el nivel más elevado, se fueron situando por debajo de este a los siguientes moradores de la pared, hasta ocupar una nueva planta cada vez, respetando así las posiciones genealógicas de la muerte.

Los hombres señalaron el sitio exacto donde colocarían a la recién llegada en su caja de corteza de árbol. Ayudándose de lianas, izaron lentamente el tronco con Lolay en su interior, que quedó colgado justo por debajo del de su propia madre. Sus muertes fueron semejantes, las dos vivieron más de un siglo y las dos perecieron serenamente.

Perfectamente instalada en su último lugar de descanso, recibiría la luz del sol a lo largo del día y disfrutaría del resplandor de la luna y las estrellas durante la noche.

Desde que la comitiva funeraria había salido del pueblo, el joven pigarguillo de color pardusco los venía acompañando a cierta distancia, dibujando círculos en el aire y sin perder de vista al grupo. Cuando llegaron a los pies del valle, la rapaz se posó con un suave aleteo cerca de un canto rocoso y observó con curiosa atención todas las maniobras que los humanos ejecutaban obstinados, hasta concluir admirablemente su misión con los rudimentarios medios de los que disponían.

Siendo un polluelo recién salido del cascarón, Pi cayó del nido y la tatara lo encontró piando desconsolado entre la vegetación. Lo crio y alimentó con paciencia, llenándole poquito a poco el buche con una papilla que ella misma preparaba moliendo muy finas unas semillas que mezclaba con huevo de gallina, leche y miel.

Se acomodó bien en la choza. Lolay moldeó con sus manos un nido de tierra y légamo que rellenó con ramitas, hojas y pelusas. Pronto dejó de ser un pichón y le salieron las primeras plumas.

Aprendió solo a volar, yendo y viniendo a su antojo, y salía a otear libre sobre el valle y a atrapar peces en el río.

Por la noche, dormía alerta con un ojillo abierto dentro de su nido o a los pies de la tatara, protegiendo el territorio que era su hogar, entre las cuatro paredes de la cabaña. Ninguna culebra o roedor se atrevería a entrar en sus dominios.

El pigarguillo siguió a Tagu en su última visita a la capital. De este modo aprendió la ruta de memoria y podían enviarlo a menudo con mensajitos de ida y vuelta entre el poblado y la casa de Intramuros.

Cuando los hombres y las mujeres tomaron el sendero de regreso, el ave voló hasta posarse suavemente sobre la caja de Lolay y, al igual que lo haría el director de una banda de música, abrió sus alas e inició un sonoro y agudo canto que resonó y se multiplicó por todo el valle en un eco mágico. El pájaro solo calló con la llegada del crepúsculo, momento en el que emprendió el vuelo y desapareció en dirección al poblado entre las sombras de la noche.

Las ánimas, que habían enmudecido hasta que Pi cesó su canto, se ampararon en el resplandor de las primeras luciérnagas y, elevándose con ellas alrededor de la pequeña caja de Lolay, iniciaron a su alma centenaria en el camino hacia el más allá.

Tagu y el padre Faustino habían vuelto a menudo a la aldea. En cada viaje instruían a Mindana, a la pequeña Dali y a la tatara Lolay, quien, a pesar de los años y su vista cansada, era capaz de escribir con pluma y papel en el idioma de los españoles. El apostolino los enseñó a sumar y a restar, y ellas conseguían llevar las cuentas de las cosechas con la ayuda de un ábaco que les había regalado. Tiempo después, inauguraron la primera escuela de la región bajo un amplio techado de palma y nipa. Faustino trajo papel, plumas y muchos libros. Mindana, secundada por Dali, enseñaba a niños y

mayores lo que ellas mismas aprendían. La tatara Lolay, hasta pocas semanas antes de su muerte, acudía todas las mañanas a clase; rellenaba los tinteros y repartía los libros en cada mesa, y luego se quedaba a escuchar y a trabajar en la caligrafía como el resto de los alumnos.

Tagubanua miraba con orgullo a su hermana Dalisay, convertida en una preciosa mujercita de catorce años, con la piel dorada y el pelo tan largo y oscuro que parecía de color azul bajo los rayos del sol. Además de bella, era inteligente y, al haber pasado tanto tiempo con su tatara, conversaba con una madurez desconcertante. La anciana le hablaba sobre la vida, sobre la muerte y el más allá.

La noche en que dejaron a Lolay en el valle, el pigarguillo fue volando hasta la choza donde dormía Dali con su madre, y allí lo encontró la niña al despertar, mirándola fijamente. A partir de ese día, Pi pasó a ser su guardián, siguiéndola allá donde fuese. Solo tendría que silbar suavemente para que el pájaro apareciese posándose en su hombro o acurrucado en el hueco de sus brazos.

El día previsto de su partida, Tagu la despertó balanceando su hamaca, tal y como hacía, desde que era pequeña, antes de cada despedida. Le contó una vez más cómo era la ciudad a la que volvía. Le describió sus calles, las casas construidas piedra sobre piedra y las diferentes culturas que convivían en armonía. Dali quiso que le contase de nuevo cómo era el mar, esa enorme superficie de agua salada por donde llegaban los barcos cargados de personas de distintos pueblos y naciones. Le habló una vez más de José María, de Apanaya y de su amigo Pachucho, al que consideraba un hermano. Ella le escuchaba deslumbrada.

Entonces le hizo la pregunta:

—Dali, mi pequeña *kapatid*, ¿te gustaría acompañarme a Manila y vivir allí conmigo? Yo cuidaría de ti, podrías ir al colegio con otras

dalagas de tu edad y tendrías todos los libros que quisieras.

—¿Pero *ina* vendría con nosotros?

—Nuestra madre prefiere quedarse para seguir ocupándose de la escuela.

—¿Y quién estará con ella, ahora que la tatara se ha ido al valle?

—Bueno, ya sabes que hay mucha gente que la quiere. Ellos la ayudarán en lo que necesite y podrá venir a vernos cuando lo desee.

Dali dudaba. ¿Cómo podía abandonar a su madre? Adoraba a su hermano y la gran ciudad le producía curiosidad, le gustaría ir a conocerla, pero entonces volvía a pensar en su *ina*.

—No puedo dejarla sola, Tagu. Cada vez que te marchas, se queda muy triste. ¿Qué va a pasar si nos vamos los dos?

Mindana sabía que algún día su hija seguiría la estela de Tagu. La sencilla vida en ese pueblo de la cordillera no era suficiente para ellos. Tendría que volver a ser fuerte, tan fuerte como cuando dejó marchar a su *batang lalaki* con tan solo cuatro años.

—¿No te vas a sentir sola si me voy? —preguntó la niña dudando.

Mindana repitió los mismos argumentos que su hijo.

—Paso muchas horas en la escuela, no tendré tiempo de echaros de menos. ¡Piensa en todo lo que aprenderás en la ciudad! Sabes que todos queremos lo mejor para ti. Te prometo que vendré pronto a visitaros.

A Dalisay se le partía el corazón al pensar en su separación.

—Mi pequeña —le explicó convincente—, puedes ir tranquila. Además, el espíritu de la tatara Lolay me acompaña, empiezo a sentirla a mi alrededor…

Su hija afirmó con la cabeza.

—Yo también la siento conmigo.

—Pi conoce bien el camino, ¡podremos enviarnos mensajes todas las semanas! Y, si la ciudad no te llegase a gustar, yo misma iría a

buscarte.

—Bien, madre, entre las dos prepararemos entonces mi bolsa para el viaje.

Mindana habló de nuevo con el apostolino.

—Padre, ya sabe que, cuando mi *batang lalaki* se marchó del pueblo con usted, en previsión de lo que el niño pudiera necesitar, la tatara le entregó un atadijo con alhajas. En esta ocasión y en ausencia de Lolay —dijo poniendo en sus manos un paquetito—, soy yo la encargada de confiarle una parte de la herencia de mi *batang babae*. Aquí dentro encontrará tres brazaletes de oro macizo y un medallón. Utilícelos como bien le pueda parecer. No quiero que a mi hija le falte de nada.

El religioso levantó una ceja y afirmó con la cabeza, tal y como hizo años atrás. Metió el pequeño botín en sus alforjas.

—Cuidaremos muy bien de ella y nada le faltará. ¡Esto no es más que otra despedida, pronto volveremos a vernos! —aseguró Faustino con su franca sonrisa—. Guardaré lo que me has entregado junto a las joyas de su hermano, dentro de una vasija de barro enterrada en el jardín del convento. Tagubanua conoce el sitio, todo sigue intacto.

Mindana abrazó a sus hijos y emprendieron el camino hacia la capital.

—¡Todas las semanas tendrás noticias nuestras, *ina*! —gritó Dalisay diciendo adiós con la mano.

—Os quiero —musitó Mindana, que veía como se alejaban por el sendero.

Al cabo de varios días y llegados por fin a la ciudadela de Intramuros, Faustino los acompañó hasta la casa de José María. Este los recibió con los brazos abiertos.

—Aquí te dejo a los jovenzuelos, amigo Pepe. Estoy molido, ellos se encargarán de contarte toda la aventura. Mañana nos vemos —

dijo mientras tomaba la dirección del convento.

—¡Así que tú eres la famosa Dalisay! Por fin te conozco. ¡Bienvenida, espero que te guste tu nueva casa! —dijo abrazándola con ternura.

Tagu le puso al corriente de lo ocurrido y envió a Maya con una nota para la familia Aisal, en la calle Solana.

Apanaya se presentó poco después y José María la recibió besándole la mano.

—La vida de casada te sienta muy bien, cada día estás más guapa.

Su relación era cercana. Después de todo, habían convivido mucho tiempo en el palacio del gobernador, hasta poco antes de que Armando volviese a España. Manuela adoraba a Apanaya, y ella nunca se equivocaba. Antes de marcharse, le aconsejó: «Pepe, tenla siempre cerca. Te dará los consejos más prudentes que puedas recibir y te será de ayuda en lo que necesites. Conoce a todas las familias de españoles, criollos y filipinos, incluso a los chinos».

José María seguía pensando en las palabras de Manuela cuando Tagubanua, llegando al encuentro de Apanaya, le sacó de sus recuerdos.

—¿Has venido sola? ¿Cañamón y Pachu aún están de viaje? ¿Mami Tari sigue sufriendo de su ciática?

—¡Cuántas preguntas, muchacho! Pero si solo te has ido unos días…

—Es que también os he echado mucho de menos. —Rio Tagu, abrazándola.

—Bueno, imagino que Cañamón y Pachu estarán de regreso. Salieron hace dos semanas de Shanghái. Enviaron el último telegrama desde allí, pero algo los habrá retrasado. Ya se sabe lo impredecible que es el mar, aunque, desde que viajan juntos, me

siento más tranquila. Y Mami Tari se va encontrando mejor de sus dolores. Como ella dice, la edad no perdona.

—¿Aviso a Wang para que ponga otro cubierto? ¿Te quedarás a cenar? —propuso José María.

—No, muchas gracias, solo he venido para veros un ratito y conocer a Dalisay.

—En ese caso, os dejo conversando, voy al despacho a revisar unos documentos. Mañana nos vemos. Buenas noches —se despidió.

Apanaya se sentó en uno de los silloncitos de la sala junto a Tagu.

—Cuéntame, ¿cómo está tu madre? Imagino que muy triste y sola, porque acaba de perder a su tatara y, además, te has traído a tu hermana a Manila.

—Está tranquila. Sabe que Lolay vive ahora en el mundo de los antepasados, que simplemente ha cambiado de casa. La misma noche en que murió, la visitó en sueños. Dali me ha contado lo mismo. Mi madre quiere lo mejor para sus hijos y sabe que aquí estamos en buenas manos. Mi hermana recibirá ahora la educación que se merece.

—¡Me muero por conocerla!

—Ven, te acompaño. Maya le está llenando la tina para tomar un baño caliente después del largo viaje. Dali también quiere conocer a la persona de la que tanto le he hablado.

Tagubanua llamó a la puerta de la habitación y pidió permiso para entrar. Apanaya imaginaba que se encontraría con una niña, pero lo que vio ante sus ojos era una explosión de adolescencia y belleza.

—Os dejo para que os conozcáis, yo también necesito asearme antes de la cena. ¡Hermanita, no te olvides de entregarle el regalo sorpresa!

—¡No tardaremos! Muchas gracias, Maya —dijo Apanaya

dirigiéndose a la criada—, puedes seguir con tus quehaceres. Yo misma me encargaré de ayudar a la señorita en su baño.

Dali se acercó y le tomó las manos, confiada.

—¡Tagu nos ha hablado tanto de ti! Te considera su hermana mayor. Mi madre te manda saludos y, de nuevo, te agradece todo lo que has hecho por él. Hemos traído un regalo para ti. Al principio, Tagu no quería. Prefería dejarlo en el pueblo. Decía que te iba a dar trabajo, pero yo le convencí y fue él quien le puso el nombre. Mira, aquí está.

Reposaba sobre la mesita una jaula hecha con cañitas de junco. En el interior, había una cría de búho.

—¿Es para para mí?

—Es tuyo. Puedes dejarlo salir, le gusta estar en libertad. Todavía no vuela, pero sabe dar pasitos para llegar a su cuenco de comida. Lo encontré hace unas semanas en un nido caído. Antes de marcharse al valle, la tatara me enseñó a cuidarlo igual que hizo con Pi, y ahora te pertenece.

—Pero es que yo nunca he tenido ningún pájaro…

—Es un búho gavilán, también está activo durante el día. Cuidará de ti en cuanto crezca un poco más y Pi le enseñará pronto a volar.

—¿Y qué nombre le habéis puesto?

—Se llama Quijote.

Apanaya sintió la mirada del buhito, que la observaba interrogante desde el fondo de su jaula.

—Bien, pequeñín —le habló suavemente acercándose a él—, parece que vas a vivir conmigo en la calle Solana. ¡Menuda sorpresa se llevarán todos cuando te conozcan! ¿Puedo cogerlo?

—Claro, pon tu mano.

La cría de búho se instaló sobre su palma. Era una bolita de plumas blanda y mullida. Los dos se observaron con curiosidad, el

pequeño Quijote con su iris de un amarillo intenso y Apanaya con su mirada bicolor. El animalito ululó levemente.

—Le gustas.

—A mí también me gusta —dijo dándole un beso en el pico. Dejó a Quijote en el suelo y la cría caminó estirando las patitas—. ¿Qué te parece si te metes en el agua, Dali? Te vendrá bien después del largo viaje.

La chiquilla se desnudó sin ningún pudor, tal y como hacía con sus amigas en el río cada tarde. El pigarguillo se posó justo en el borde de la tina.

—¡Qué agradable, el agua está caliente! —exclamó encantada—. ¿Tenéis lodo para que pueda frotarme?

Apanaya rio divertida.

—¿Lodo, dices? No, cariño, aquí usamos esto —explicó sacando una pastilla de jabón del armario—. Es esencia de ilang-ilang.

—¡Qué bien huele! ¿Qué es?

—Jabón de flores.

—Me encanta. ¿Podré llevarle un poco a mi *ina* el día que regrese al pueblo?

—Claro que sí, todo el que quieras —contestó enjuagándole el cabello—. ¿Allí te bañas en el río?

—Sí, las niñas y las mujeres, en la orilla izquierda; y los hombres con los muchachos, más allá, subiendo el cauce a la derecha. Mis amigas y yo comparamos cada día nuestros botones de rosa, pero casi todas los tenemos de igual tamaño.

—¿Botones de rosa?

—Mira. —Y entonces se señaló los pequeños senos, de donde nacían, bajo los pezones sonrosados, dos pequeñas protuberancias —. ¿A que son bonitos? —dijo mostrándoselos otra vez—. Hoy me duelen un poco… Mi tatara solía ponerme antes de irme a dormir

unos emplastos de hierbas con leche de cabra y miel que conseguían aliviarme por las noches.

—Le diré a Maya que te prepare unos paños calientes, te harán mucho bien. Verás que, una vez que crezcan, ya no te dolerán. ¿Tu madre y tu tatara te hablaron de lo que ocurre después?

—Me dijeron que un día la sangre brotaría desde dentro de mi flor de amor, y que no debía asustarme porque era lo natural —explicó inalterable.

Apanaya sonrió ante su inocencia. Pensó que lo mejor sería dejar correr ese asunto por el momento. Más adelante, buscaría el modo de tratarlo con la misma sencillez. Hasta hoy, la chiquilla había vivido en un lugar aislado, con todo su candor e ingenuidad intactos. Ella se encargaría de conservarlos con gran celo, pero sin ocultarle las maliciosas intenciones que una persona tan bonita podía despertar a su alrededor.

Hablaría de ello con Tagubanua.

—Sabes que confío ciegamente en ti —le aseguró Tagu—. ¿Quién mejor que tú para cuidar de Dali en esta ciudad? No le encomendaría a nadie más esta tarea. Estos años, has hecho lo mismo conmigo, y lo que ella necesita es una hermana mayor que sepa guiarla y advertirle de los peligros. Ya has visto lo cándida que es.

—Va a ser como la miel que atrae a las abejas… Tendremos cuidado de que no se acerquen demasiado.

Los vestidos de tela basta que Dalisay se llevó de la aldea, junto con las rudimentarias sandalias de cuerda que calzaba, no eran apropiados para la ciudad. Apanaya llegó temprano con Samu, su cochero, que acarreaba un baúl con la ropa impecablemente conservada de cuando era una joven dalaga y comenzó a trabajar en

la casa del gobernador. Había guardado con mimo las sayas, las faldas con rayas de colores, los tapis, las fajas anchas para ceñir por encima de las sayas, las sobrefaldas y las blusas de piña bordadas. Seguro que serían perfectas para ella, solo habría que hacerles algún que otro arreglo.

Dali estaba despierta hablando con el pigarguillo. Maya acababa de servirle el desayuno y miraba divertida la escena.

—¿Has dormido bien, mi niña? —preguntó dándole un beso en la frente.

—Muy bien, gracias. Además, la tatara Lolay ha hablado conmigo en sueños y está muy contenta de que Tagu me haya traído con él a la ciudad.

Apanaya y Maya se miraron desconcertadas.

—Pero, aunque he intentado afinar el oído, desde aquí no consigo escuchar el cantar de los pájaros ni el murmullo del río.

La criada intervino con simpatía:

—Antes de que usted llegara, le estaba explicando a la señorita que, no muy lejos, tenemos un río y pajaritos que cantan.

—¡Claro que los tenemos! En esta parte de Intramuros, no se escuchan, pero pienso llevarte a dar un paseo para que veas el río Pásig y sus incontables aves. Por cierto, el pequeño Quijote se ha comido todas las galletas untadas en leche y miel que le he preparado, como tú me explicaste. Lo he dejado al cuidado de Pachu. Él y Cañamón llegaron anoche de madrugada. Esta tarde los conocerás. También a Mami Tari, mi suegra, que es más buena que el pan —dijo mientras abría el baúl—. Lo primero, será probarte toda esta ropa que he traído conmigo —afirmó con un guiño, mientras iba disponiendo las prendas en orden sobre la cama.

—¿Son para mí?

—Todo es para ti, pequeña.

—¡Oh! —Dali toco tímidamente las telas con la punta de los dedos —. ¡Son tan suaves!

Toc, toc. Alguien llamó a la puerta.

—¿Puedo pasar? —interrumpió Tagu—. Vengo a darle un besito mañanero a mi pequeña *kapatid* antes de ir a la universidad —dijo metiendo la cabeza—. ¡Vaya! ¿Qué es todo esto? Se parece a una de esas tiendas refinadas de Binondo en las que hacen sus compras las señoras elegantes. ¿De dónde han salido esas sayas de colores, los tapis y las blusas de piña bordadas? ¡Y qué chinelas tan bonitas!

—Y mira estas medias —añadió Apanaya, encantada, recibiendo otro beso de buenos días—. Claro que no hará falta que se las ponga a diario, pero será apropiado llevarlas cuando nos inviten a otras casas a tomar el cha.

—Ay, mi Dali, no sabes lo afortunados que somos de tener una hermana mayor con nosotros, a nuestra *ate* Apanaya —aseguró Tagu, que la abrazaba y levantaba en el aire—. ¿Antes de marcharos pasaréis por el despacho para saludar a José María? —dijo posándola en el suelo—. Esta mañana me ha preguntado si encontrabas a tu gusto esta habitación.

—¡Sí, mucho! Yo también quiero verle y darle las gracias, ha sido muy bueno conmigo.

—Dame otro beso, hermanita, más tarde me contarás todo lo que habéis hecho juntas por Manila —se despidió saliendo de la habitación.

Apanaya hizo una seña y le indicó que esperara, cerrando la puerta tras ella.

—Tagu, necesito que hablemos un momento.

—¿Ocurre algo?

—Dali me ha dicho que vuestra tatara fallecida la visita en sueños y habla con ella.

—Ah, solo es eso… ¡Creía que pasaba algo malo! —dijo quitándole importancia con un gesto de la mano—. Mira, hace tiempo que no le busco explicaciones a estos misterios. La tatara también me visitó anoche. Hay que aceptar que, ahora que es un espíritu, disfruta de más libertad de movimiento. Al fin y al cabo, es de la familia y puede venir a vernos cuando quiera.

—Disculpa, es que estoy un poco perdida… —suspiró Apanaya.

—*Ate*, en nuestro pueblo, los espíritus de los difuntos que nos han querido en vida siguen preocupándose por nosotros y se nos aparecen en sueños después de su muerte.

—¿Y qué te dijo?

—Que está feliz porque he traído a Dali conmigo y que tiene la certeza de que serás una excelente hermana mayor para ella —respondió levantado las manos con una gran sonrisa.

Apanaya afirmó con la cabeza, entrecerrando sus ojos pensativa, y, más sorprendida que antes, regresó a la habitación.

—¡Manos a la obra! Para salir es mejor llevar el cabello recogido —dijo sacando unas horquillas para peinarle todo el cabello hacia atrás en un moño—, pero en casa podrás dejarte la melena suelta para que no retenga la humedad. Ya ves que en esta época del año hace muchísimo calor.

Maya era una hábil costurera. Sacó su cinta métrica y comprobó los contornos de pecho, cintura y cadera, así como los largos y anchos de la encantadora silueta de Dalisay, y ajustó a su figura la falda con la que se vestiría para salir. Las livianas blusas de mangas acampanadas le quedaban un poco grandes, pero nada que no pudiese solucionarse con sus expertas manos manejando el hilo y la aguja. Dali estuvo enseguida arreglada con el conjunto completo. Las chinelas, por suerte, eran de su talla.

—Acércate, ya solo falta esto.

Apanaya le colocó con gracia un pañuelo encima de los hombros, cuyas dos puntas recogió con un sencillo prendedor de plata en forma de espiga.

—¡Ahora sí!

Las dos mujeres se echaron hacía atrás para observarla mejor y quedaron encantadas con lo que vieron.

—Es como si siempre hubiera vivido en Intramuros, señorita. Con su porte y esa ropa está perfecta —dijo Maya, entusiasmada.

—¡Ya estás lista para salir a pasear por Manila! —aplaudió Apanaya.

Antes de marcharse, Dali entreabrió la puerta del despacho.

—¿Puedo pasar?

—¡Adelante! —exclamó una voz desde dentro.

—Quería darte los buenos días, José María —dijo sonriendo con timidez.

—Buenos días, señorita —saludó el aludido levantándose de la silla. Apreció complacido el notable cambio que había experimentado la muchacha—: ¡Vaya, estás muy bonita con esa ropa! Y puedo imaginarme a quién tenemos que agradecérselo.

Apanaya se asomó por el marco de la puerta.

—¡Buenos días! He pensado llevar de paseo a nuestra niña grande.

—¡Es una excelente idea! Así podrá conocer la bella ciudad en la que vivimos —celebró—. Y más tarde, durante la cena, nos contará qué le ha parecido —añadió el abogado.

Él mismo las acompañó hasta la calesa de cuatro plazas que esperaba en la puerta con la capota plegada y las ayudó cortésmente a subir. Se sentaron la una junto a la otra para ver el camino.

—¿A dónde vamos, señora? —quiso saber Samu.

—¿Vamos a visitar al padre Faustino, Dali? —preguntó Apanaya.

—Claro que sí, quiero saber cómo se encuentra. Ayer lo noté bastante cansado después del viaje.

—Entonces llévenos a San Apóstol, por favor.

El cochero dio la señal al animal moviendo las riendas y partieron hacia el centro de la ciudad.

Dali nunca había subido a una calesa, solo a una carreta cuando recogían la cosecha. Y no tiraba de ella un bonito caballo como este, sino que era arrastrada por un carabao.

—¿Cómo se llama el caballito? Es precioso…

—Cañamón lo bautizó como Piel de Coco por la tonalidad de su pelaje. Es joven y marcha a buen trote.

—¿Después podré acariciarlo?

—Claro, y podrás darle unas hojas de lechuga, le gustan mucho.

—Me encanta estar contigo, *ate*.

—¡Y a mí! Verás como nos llevaremos de maravilla. Mira, tengo un regalo para ti —dijo tendiéndole una pequeña sombrilla de encaje azul celeste—. Hoy hace mucho sol y es el día perfecto para estrenarla. Solo tienes que abrirla. —Le mostró cómo se hacía tomándola por el mango de bambú—. Con el dedo pulgar presionas esta pequeña pestaña hacia arriba. Verás que se abren las varillas y la sombrilla con ellas. Súbela hasta el tope y bloquéala en la parte superior. Luego la puedes apoyar en el hombro, reclinándola con gracia. Es muy fácil, ¿ves?

Dali imitó a su mentora y acomodó la sombrilla, coqueta, entre el hombro y la clavícula.

—¡Perfecto! Solo tendrás que cambiarla de lado según la dirección del sol.

—¿Y la ciudad es muy grande, *ate*? Tagu me ha contado muchas cosas y, ahora que estoy aquí, es como un sueño.

—Todo lo que verás a lo largo de la bahía y en la desembocadura del Pásig en el mar pertenece a Manila, aunque nosotras vivimos en Intramuros, que es la zona amurallada y rodeada por esas fortificaciones de defensa con sus numerosos baluartes. Fíjate, tienes uno justo a tu izquierda, ese gran saliente en forma de punta. La fortaleza está defendida por cañones y circundada por un foso que el río alimenta desde el exterior —dijo mientras dibujaba en el aire un círculo completo con el dedo índice—. Aquí es donde los primeros colonizadores españoles fundaron la ciudad original, hace más de trescientos años. Estas murallas se construyeron para defender a sus pobladores de las continuas invasiones que sufrían.

Samu se detuvo frente a la iglesia de San Apóstol.

—Ya hemos llegado. ¡El padre Faustino se sorprenderá al verte vestida así!

Bajando de la calesa, Dali tropezó y perdió una chinela. Las dos rieron divertidas.

—El pavimento es muy antiguo en estas calles. A veces también me ocurre, porque los tacones se quedan trabados en el empedrado.

Tiraron de la campanilla del convento. Faustino en persona abrió la puerta.

—¡No puedo creer lo que ven mis ojos! —exclamó dándoles la bienvenida—. ¿Qué ha pasado con la niña que trajimos ayer del valle? ¡Nos la han cambiado! —exclamó bromeando con las manos hacia el cielo—. Ven, Dali, tienes que conocer mi casa.

—¡Aquí es donde vivía mi hermano!

—Desde que no levantaba dos palmos del suelo… Apenas tenía cuatro años la primera vez que vino conmigo.

Le enseñó la antigua habitación de Tagu, el patio y la histórica iglesia.

—Al fondo tenemos un pequeño huerto de frutas y hortalizas,

muchas traídas desde España.

—¿Y dónde tenéis a la burra Montserrat?

—En su establo. Aunque es un poco mayor, sigue siendo una pícara. Por las noches le encanta salir a mordisquear los tomates y arrasa con esas bayas —comentó señalando un arbusto colmado de diminutos frutos rojos.

Dalisay fue presentada a los hermanos de San Apóstol, que la rodearon cariñosos y sorprendidos del gran parecido que guardaba con su hermano. Se asemejaban tanto en el porte como en los ojos de color esmeralda.

Después se dirigieron al convento de las Hijas de la Benevolencia, donde Apanaya fue criada por sor Miguelina y sor Mariña. Las recibieron alborozadas y las invitaron a una limonada.

—¿Te gustaría venir algunas tardes para aprender a coser y a bordar con otras dalagas de tu edad?

Dali dijo a todo que sí, buscando con la mirada la conformidad de su *ate*.

Al despedirse, decidieron caminar hasta la catedral.

—¡Aquí todo es tan grande!

—Sí, Intramuros tiene siete puertas de acceso, y aquello es el Fuerte de Santiago —indicó Apanaya con la punta de su sombrilla—, la fortaleza de defensa de la que te hablaba antes. Mira, allí, desde ese punto elevado, los militares vigilan la actividad que se desarrolla en la bahía. Desde que la ciudad fue fundada por Miguel López de Legazpi, ha sido atacada en innumerables ocasiones por los portugueses, los holandeses, los ingleses y los peligrosísimos piratas chinos y malayos. Estos últimos son los que más miedo me dan por su salvajismo despiadado. Todavía se escuchan historias acerca del pirata japonés Koxinga, que, al mando de sus grandes embarcaciones de juncos, sembró el terror a lo largo y ancho del

archipiélago. Todos, en algún momento de la historia, han deseado ser dueños de la tierra que pisamos, pero es la bandera rojigualda la que sigue ondeando en el mástil principal.

—¿Y tú te sientes española?

—¡Gran pregunta! Solo puedo decirte que formo parte de este lugar. Me gustan sus gentes, el olor del aire que respiro, las diferentes tradiciones… Aquí me he criado y lo valoro. Estoy agradecida de estar cerca de buenas personas, sean de la nacionalidad que sean, aunque no olvido que fueron precisamente unas monjas españolas las que me cuidaron y educaron con amor cuando, recién nacida, fui abandonada sobre un torno. Más tarde, me proporcionaron un trabajo con el que valerme por mí misma. En otras circunstancias, podríamos estar hablando de lo mismo siendo administrados por ingleses, franceses o qué sé yo. No es que me sienta especialmente española, pero defendería con mi propia vida a los españoles que considero mi familia. ¿Entiendes lo que quiero decir?

Dali la observó con admiración.

—Tienes razón, queremos a la gente por su buen corazón, no importa de dónde sean.

—Eso es. A fin de cuentas, España queda lejos de sus colonias —prosiguió—. El día en que la península decida que somos demasiado caras y complicadas de mantener, nos abandonarán, ¡no sin antes vendernos al mejor postor! Somos como un juguete en las manos de un niño. Poco importarán los siglos de historia que nos unan. Nos olvidarán. Hace años que se escuchan gritos de protesta en Filipinas, y lo mismo ocurre en Cuba y Puerto Rico. Todos piensan que la madre patria acabará perdiendo sus territorios de ultramar.

—¿Y qué crees que pasará entonces?

—Seguiremos con nuestra vida. Somos un pueblo fuerte, de raíces

profundas. Si los cientos de baguios y terremotos que hemos padecido no han logrado doblegarnos, nadie lo conseguirá.

—La tatara Lolay dice que esta tierra siempre nos pertenecerá, porque los ancestros, los antiguos de miles de años, nos preceden.

—Lolay tiene razón. Poco importa quién nos gobierne, este es nuestro hogar.

Samu las recogió y siguieron con el paseo en calesa.

—Ahora iremos a Binondo, el barrio de comerciantes donde puedes encontrar las cosas más bonitas. Aún nos queda tiempo para visitarlo. Le he prometido a Mami Tari que llegaríamos a casa a la hora de comer. La madre de Cañamón es muy buena cocinera y quiere agasajarte en tu primer día con uno de sus platos más exquisitos: el adobo de pescado marinado.

El coche de caballos recorrió la calle del Beaterio hasta la puerta de Isabel II y luego atravesó el puente de España, que daba entrada a Binondo.

—Pare justo aquí, Samu, por favor, en la mitad del paso. Vamos a bajar un momento, quiero enseñarle a la señorita el Pásig. Puede continuar y esperarnos del otro lado para no importunar la circulación de otros carruajes.

Ambas se apoyaron de puntillas contra el borde de la pasarela para observar desde lo alto el tráfico de embarcaciones de todos los tamaños que iban y venían por el río. Había vaporcitos que transportaban pasajeros de una orilla a otra, veleros, praos a remos, piraguas y bancas cargadas de animales enjaulados, como gallos, pollos, gallinas y *palongs bondocs*, unas aves de pata corta que parecían una mezcla entre el ganso, la gallina y el pato de monte. Desde el puente se escuchaba el runrún de los cacareos y los graznidos inquietos; otra barca iba atestada de cerdos salvajes amarrados por las patas, que chillaban asustados presintiendo su

final.

—Mira hacia allí, el Pásig cuenta con innumerables esteros y canales de agua navegables que surgen en varias direcciones, igual que un laberinto. ¡Fíjate en esa gran barcaza que está llegando a nuestra altura!

—¡Es enorme! —se asombró Dali.

—¡Y eso es tan solo lo que se advierte desde fuera! Esa embarcación se llama «casco» y, en su interior, viven familias enteras que se desplazan continuamente por el agua repartiendo mercancías. A muchos les gusta vivir flotando sobre el río o construyen sus casitas de caña y nipa en la orilla.

—¿Y dónde va toda esta gente que atraviesa el puente a pie?

Dos filas ordenadas de hombres, mujeres y niños portaban en equilibrio encima de la cabeza bateas, cajones de frutas, verduras, carnes y pescados, cacharros de cocina, flores, telas e incluso pequeño mobiliario artesanal.

—La mayoría van a vender los productos a las casas particulares. Si quieres, mañana podemos ir a hacer la compra al mercado. Es interesante que lo conozcas, no hay mejor lugar para distinguir a las personas que residen en Manila y sus alrededores. Si el ambiente que estás viendo te gusta tanto, el mercado te encantará.

—Muchas gracias, ¡me hace mucha ilusión ir contigo!

—Pues iremos. Normalmente, los que habitamos en Intramuros no nos desplazamos demasiado para las compras de diario; los vendedores ambulantes como ellos vienen hasta las puertas de nuestra casa y les hacemos los encargos. A la señora Manuela le ponía de buen humor elegir ella misma el género. Después, comentaba con el cocinero los platos que se podrían preparar, era toda una experta seleccionando la carne y el pescado más frescos.

—Mi hermano nos contaba que la señora Manuela era una mujer

muy buena.

—Lo era, a veces la echo de menos. Desde el primer día en que llegó, quiso saberlo todo sobre Filipinas, aceptando las costumbres y adaptándose a ellas de manera natural. Si no esperaba visitas en palacio, le gustaba vestir igual que nosotras, con sayas y blusas de fibra de piña; tenía muchísimas diferentes que su esposo le obsequiaba. Decía que hacía demasiado calor para encorsetarse como las otras damas españolas, y tenía razón.

Conversando, llegaron hasta donde les esperaba la calesa.

—Por favor, llévenos hasta la calle Escolta —pidió Apanaya.

Samu estacionó en la zona más comercial y frecuentada de Binondo, junto a los otros cocheros que charlaban animadamente entre ellos.

A esas horas hacía bastante calor y las damas se abanicaban sin descanso, caminando a la sombra de los toldos de los negocios.

—¿Qué llevan en las manos? Parecen mariposas de colores —se admiró la chiquilla.

—Se llaman abanicos, son el mejor invento contra el calor. Si quieres, vamos a elegir uno para ti. ¡Ese será tu segundo regalo del día!

Compraron un abanico de varillas de madera en una tienda repleta de chinerías.

—Al igual que la sombrilla, también es bueno llevar siempre un abanico. Voy a enseñarte cómo se usa.

Dali lo tomó e imitó con exactitud el movimiento y la oscilación, abriéndolo a la primera. Lo movió lentamente hacia delante y hacia atrás para refrescarse. El palmito se abría y se cerraba entre sus manos, intentándolo una y otra vez. Al poco ya dominaba la técnica.

—Aprendes rápido. ¡Verás lo sorprendidos que vamos a dejar a Tagu y a José María cuando se lo muestres!

En el número 35 de la calle Escolta, Francisco van Camp tenía su estudio fotográfico. Apanaya pensó que sería bonito hacerle un retrato a Dalisay que la inmortalizara en su primer día en la capital.

Entraron haciendo sonar la campanilla.

—Buenos días, señoras mías —las recibió Van Camp en persona, que hablaba en perfecto castellano con un marcado acento holandés.

—Buenos días —le saludó Apanaya, inclinando la cabeza. Dali la imitó mientras observaba los objetos que tenía a su alrededor.

El estudio era una sala espaciosa de grandes dimensiones, bien iluminada gracias a dos ventanales que comunicaban con un patio interior. Contra una pared, habían dispuesto, en perfecto orden, diferente mobiliario grande y pequeño, alfombras, espejos, jarrones con falsas flores que imitaban a la perfección a las reales, un secreter abierto con papel y pluma prestos para ser utilizados, libros, sillas y silloncitos, un bastidor con un bordado a medias, unas cortinas reposando a lo largo en el suelo y unos enormes murales pintados con paisajes.

La chiquilla acertó a ver claramente dos de ellos. El primero representaba un rico salón con cortinajes y columnas dóricas; el segundo, un bosque con frondosos árboles y el Ibong Adarna, el famoso pájaro multicolor mágico y cantarín de la antigua leyenda filipina, posado en una rama.

Van Camp la sacó de su ensimismamiento.

—¿Cómo le gustaría aparecer a la señorita en su retrato? ¿Quiere permanecer de pie o mejor sentada? ¿Leyendo, escribiendo una carta o realizando una labor? ¿Tal vez mirando a la cámara de frente?

El fotógrafo le mostró varios retratos de personas posando. Dalisay quedó asombrada.

—¿Y yo voy a aparecer igual de pequeñita en un pedazo de cartón?

—Estos retratos son de bolsillo. Los tenemos más grandes e incluso más pequeños, para llevar en la cartera —explicó el fotógrafo, acostumbrado a preguntas parecidas.

—Elige el mural de fondo. ¿Cuál te gusta más? —la animó Apanaya.

—El del pájaro de colores.

—Entonces, señorita —intervino Van Camp—, vamos a colocar el mural del Ibong Adarna. Un momentito… ¡Alexandre! ¿Puedes venir, por favor? Es mi aprendiz, situará cada objeto en su lugar y preparará la luz para la fotografía.

Los dos hombres se encargaron de desmontar el anterior decorado y dispusieron el del bosque en su lugar.

—Póngase aquí. Solo un poquito más atrás…, con el dibujo del pájaro a su derecha. No, espere, por favor… Muévase unos centímetros hacia la izquierda. Perfecto, quieta ahí. ¡Alex, trae la balaustrada de madera! No, esa no, la más pequeña. La encontrarás justo detrás del sillón de terciopelo azul.

—¿Es esta? —Le mostró levantándola con un solo brazo.

—Esa es.

—Yo le pondría la alfombra verde en el suelo a modo de hierba, quedará más natural —aconsejó el aprendiz.

—Tienes razón, vamos a añadirla. Levanta el mural y la pasamos por debajo…

Ellas miraban divertidas el movimiento y los cambios de posición para conseguir el retrato deseado.

—¿Qué le parece? Podría sostener un libro entre las manos, apoyada en la balaustrada y admirando el paisaje que se abre ante usted a lo lejos… ¡Es poético y elegante!

—A mí me parece muy acertado —comentó Apanaya—. ¿Quieres eso, Dalisay? Espere, señor Van Camp, deme un momento para ajustarle bien el peinado… —dijo acercándose a ella y arreglándole un mechoncito rebelde—. Ahora sí, está perfecta.

—Yo preferiría cambiar el libro por el abanico colgando de mi muñeca y abrir la sombrilla, apoyándola en mi hombro como me has enseñado antes —sugirió.

Así se dispuso a posar.

—Intente no parpadear, señorita. Sonría levemente. Bien. ¡La fotografía saldrá perfecta!

Dali aparecía en el bosque encantado con la luz natural iluminándola en toda su esplendorosa juventud, con la sombrilla y el abanico bien visibles y el famoso pájaro de la leyenda a su espalda, observándola curioso desde una rama.

Van Camp las emplazó a volver cinco días más tarde. Decidieron que el retrato tendría forma ovalada y se harían cinco copias, dos de tamaño mediano y tres más pequeñas.

—Otro día, me gustaría hacerme una fotografía contigo y con mi hermano. A mi madre le encantaría —afirmó ilusionada.

—¡Claro que sí! Aunque primero tendremos que convencerlo… Varias veces lo he intentado con él y con Pachu, pero no lo he conseguido. —Rio optimista—. Puede que tú lo logres.

Siguieron su paseo y entraron en media docena de tiendas. Dalisay admiró las finas vajillas de porcelana china, las piezas de seda pura, los cubiertos de plata con el mango de marfil y la infinidad de objetos que todavía no había visto en su joven vida y cuya utilidad ignoraba en algunos casos.

Los encargados de los comercios de la calle Escolta conocían bien a la antigua dama de compañía y la trataban con deferencia. Se acercaban a mostrarle las mercancías recién llegadas, algunas

procedentes del último viaje de su marido a bordo del Pequeño Fortuna.

Una voz masculina y melosa la saludó a su espalda.

—Buenos días, señorita Apanaya, ¡qué coincidencia! Me da gusto verla por aquí, hacía bastante tiempo que no nos encontrábamos —se dirigió a ellas un caballero con bigote, perilla y un frondoso pelo rubio ensortijado que empezaba a encanecer por las sienes, bien peinado hacia atrás. Vestido con un elegante traje de lino blanco y los zapatos recién embetunados, se quitó el sombrero mientras observaba a la joven acompañante con descaro.

—Buenos días, doctor Sandemetrio —contestó Apanaya, muy formal—. Sepa que hace algunos meses contraje matrimonio y ahora debe llamarme señora.

—¡Reciba mi más sincera enhorabuena! Es de suponer que han venido ustedes a hacer unas compras.

—Sí, señor, seguramente por la misma razón que todos los que aquí nos encontramos —dijo señalando con gracia hacia el gentío que caminaba por los dos lados de la calle.

—Yo pensaba adquirir un canotier exactamente igual a este —dijo apuntando hacia su sombrero de paja de copa plana y de color marfil—. Necesito reemplazar el que extravié el domingo en el paseo de la Luneta durante el concierto de la banda del regimiento de infantería. Debí de olvidarlo encima de algún banco. Fue una tarde magnífica. ¿Suelen ir a escuchar música?

—No asistimos el pasado domingo, pero seguramente vayamos en otro momento —contestó ella, intentando mantener la distancia con el hombre que le causaba antipatía.

—Y dígame, ¿tiene usted noticias del gobernador Bravo y de su encantadora esposa? ¿Han llegado bien a la península?

—Sí, han tenido buen viaje —respondió con una sonrisa forzada.

—Me alegro. Sin embargo, soy de los que piensan que nos han abandonado en el peor momento —alegó Sandemetrio, arrugando los labios.

—¿Disculpe? No le entiendo.

—Muchos opinamos que debería haber permanecido en Filipinas para neutralizar las crecientes amenazas de los revolucionarios, pero era más fácil volver a España con su bonita esposa, que, por lo que he oído, se aburría soberanamente en el palacio de Malacañán —insistió de mala fe esperando la reacción de su interlocutora.

Pero Apanaya no tenía la más mínima intención de seguir con la conversación, así que mantuvo la mirada serena y se mordió la lengua. Sabía que eran puras infamias y su inteligencia le aconsejó callar.

—Bien, le deseo que encuentre un sombrero parecido, señor —se limitó a decir con intención de despedirse.

—Espere. Disculpe mi atrevimiento si le pregunto quién es esta bella jovencita que la acompaña —insistió procurando alargar la conversación.

—Es la señorita Dalisay Talay. Ha venido a Manila para quedarse a vivir con su hermano mayor.

—Encantado, señorita Talay —dijo acortando las distancias. Palpaba con su ansioso dedo pulgar cada falange de la mano de Dali y la miraba con apetencia—. Recuerdo a su hermano, era el antiguo ayudante personal de Bravo Gabaldón, ¿verdad?

Ella afirmó con la cabeza intentando separarse, pero ese hombre no se lo permitía y la aprisionaba más y más, clavando en ella sus hipnotizantes ojos azules.

—Así es, señor —intervino Apanaya—. Y ahora discúlpenos, la señorita y yo debemos marcharnos, se nos hace muy tarde —dijo en tono cortante para dar por terminada la charla—. Le deseo a usted

que tenga un buen día.

Dali aprovechó el momento para separar la mano, ya pegajosa.

—¡Hasta muy pronto! —se despidió no sin antes mirar de nuevo y con todo detalle los contornos de la bella Dalisay.

Una vez sentadas en la calesa, Apanaya le explicó quién era el caballero.

—Leopoldo Sandemetrio es médico en Intramuros. Su persona me disgusta, no me fio de él ni de sus empalagosos modales. Cuando yo trabajaba en el palacio del gobernador, constantemente insistía en venir a tratar al señor Armando y a la señora Manuela, pero ellos nunca aceptaron, pues sentían preferencia por sus propios médicos militares. Para una persona tan soberbia y vanidosa como él, eso fue una bofetada en su orgullo, por eso le has oído hablar de esa manera tan rencorosa. Espero que, con un poco de suerte, no volvamos a encontrárnoslo en una buena temporada, mi pequeña *kapatid*.

Cuando llegaron a la casa de la calle Solana, encontraron a Mami Tari sentada en un sillón frente a la ventana. Acariciaba a Quijote, que dormía en su regazo.

—¡Ya estáis aquí! —exclamó feliz posando al búho sobre la mesita —. Tú debes de ser Dalisay. —Le dio a continuación un beso en cada mejilla y un gran abrazo—. ¡Bienvenida, querida niña, Tagu nos ha hablado tanto de ti! ¡Cañamón, Pachu! ¡Venid a conocerla! ¿A que es una dalaga preciosa? En toda la mañana no han dejado de preguntar por vosotras, iban a salir a buscaros de lo impacientes que estaban.

Pachucho apareció el primero.

—Hola, soy Pachu, encantado de conocerte —masculló en voz baja, tendiéndole la mano sonrojado.

—¡Yo también! Sé que eres como otro hermano para Tagu.

—¡Por fin conocemos a la famosa Dalisay! —proclamó Cañamón, que hacía su entrada en el salón con los brazos abiertos—. Ojalá te guste vivir en Manila —añadió con la franqueza que le caracterizaba, cogiendo después por la cintura a su mujer y levantándola en el aire.

—¿Cómo han ido los negocios, señor Aisal? —preguntó ella, feliz.

—Estupendamente, ya lo tengo todo prácticamente vendido y con buenos beneficios. Esta tarde, llevaré más muestras a las tiendas y cerraré los últimos tratos.

—Sentaos a la mesa, os serviremos la comida en un momento —se regocijó Mami Tari antes de llamar a Yu.

El adobo de pescado marinado, acompañado por una morisqueta, resultó ser una delicia. Con el café disfrutaron de un *bibingka*, un dulce tradicional a base de arroz y coco, horneado dentro de hojas de banano, que se servía en las celebraciones y festividades. Todos se deshicieron en halagos.

—¡Mi madre es la mejor cocinera del mundo! —exclamó orgulloso Cañamón, dándole un sonoro beso en la mejilla.

Esa noche, en la casa de la calle Palacio, Dali contaba emocionada lo que había hecho durante su primer día, abanicándose y adoptando una postura similar a la de Apanaya, por la que ya sentía gran admiración y estima.

—… y nos hemos encontrado con un médico en una tienda de Binondo —dijo para concluir su relato.

—¿Recuerdas el nombre? —preguntó José María, curioso.

—Santrimio, creo. Era un señor español, a Apanaya no le ha gustado verlo.

—¿Sandemetrio?

—¡Sí! Era alto y con un traje blanco.

—Sé quién es, he coincidido con él en alguna reunión social, pero apenas lo conozco.

Al día siguiente, como había prometido, Apanaya fue a buscar a Dali para visitar el mercado.

La joven observaba curiosa a los chinos, que se recogían el pelo en largas trenzas y se protegían la cabeza del sol con grandes sombreros cónicos. Vestían con sencillas túnicas de algodón y pantalones que les llegaban a la altura de los tobillos.

A Apanaya le gustaba comprar en el puesto de los indígenas, eternamente sonrientes y de buen carácter, ataviados de mil colores y mercadeando a voz en grito en tagalo la fruta fresca.

—Buenos días, señora Apanaya, acérquese y vea. ¡Hoy tengo los mejores mangos! Y prueben el durián, la pitahaya y el panapén…

Cortó unos pedazos y se los ofreció. Todas esas frutas hicieron las delicias de Dalisay.

En otro puesto, atendía una bella mestiza de piel canela que desplumaba las gallinas y las cortaba después en trozos.

—¡La carne más fresca de todo Luzón! ¡Miren qué lindas son mis gallinas!

Diciendo esto, agarraba por el pescuezo una de las pitas y la hacía cacarear y aletear espantada.

En el tenderete de enfrente, un hombre de pelo rizado limpiaba el pescado para las clientas. Su joven aprendiz anunciaba el género con ese timbre tan característico de los chicos que mudan la voz en la pubertad igual que un violín desafinado.

—¡El pescado más sabroso de Manila! ¡Vengan a comprar el *langaray*, el *tanguingui* y el bocadulce! Miren, miren, buenas señoras, ¡están tan frescos que todavía se menean!

Y, tomándolos en sus manos, los hacía moverse cómicamente, provocando risas entre la clientela.

Se acercaron a comprar dos *apahaps*, una especie hermana de la lubina que se pescaba en las lagunas y era muy estimada por su

delicioso sabor.

—Basilio, por favor, póngame también unas huevas de lisa y media docena de cangrejos.

—¡Marchando, señora Apanaya, para usted lo mejor de lo mejor!

El joven les ató las pinzas mirando a la chiquilla y añadió otro más de regalo, guiñándole un ojo con picardía.

Pagaron la compra y con las cestas bajo el brazo se dirigieron hacia donde se encontraba Samu. El chico de la pescadería, queriendo llamar la atención de Dali, desatendió su puesto para seguirla unos metros e intentó tocar la manga de su blusa. Pero antes de que pudiera hacerlo, recibió dos picotazos en la cerviz haciéndole gritar de dolor. Al momento, Pi volvió a su puesto en el regazo de su dueña, sentada en la calesa.

—¿Te ha gustado el mercado?

—Mucho. ¿Podremos volver más veces, *ate*?

—Siempre que quieras, cariño.

Desde el principio, el ave, con tantas novedades, prefirió hacer su nido en el tejado de la casa de la calle Palacio. Durante la noche, dormía al raso del cielo despejado y, por el día, bien temprano, esperaba a su ama posado en la ventana, dispuesto a escoltarla a donde quiera que fuera. Se adaptó rápidamente a la vida en la ciudad: tenía agua y comida en abundancia y no había ningún depredador del que preocuparse.

Cuando Mindana recibió volando un pequeño retrato de Dalisay, atado y bien protegido al lomo de Pi, lloró de alegría. Ahora podría ver el rostro de su hija cada día.

Por las tardes, de vuelta de la universidad, Tagubanua se centraba en las tareas del bufete con José María. Mientras tanto, su hermana tenía organizadas las rutinas y ocupaciones diarias.

Se levantaba con los primeros rayos del sol y ordenaba su habitación. Maya llegaba con un aguamanil de agua caliente y el jabón de ilang-ilang que tanto le gustaba y la ayudaba a peinarse su larga melena. Después de desayunar, esperaba la llegada de Apanaya, que la acompañaba hasta Santa Regina, el colegio en el que estaba inscrita.

Gracias a la instrucción que le dedicaron Tagubanua y el padre Faustino en sus visitas al valle, logró acceder sin esfuerzo al curso escolar correspondiente a su edad. Le hicieron las pruebas necesarias y las superó sin mayores problemas; nadie hubiera pensado que había crecido en un pueblito de la cordillera. Sabía leer y escribir con buena letra, y conocía los principios básicos de la aritmética. Empezó a hacer amigas entre las alumnas conversando durante los recreos y se dio cuenta de que algunas de ellas asistían desganadas a clase.

—Qué más da lo que nos esforcemos, porque, tan pronto como algún pretendiente apropiado se fije en nosotras, nos sacarán del colegio para casarnos —le explicó Cecilia, que acababa de cumplir los dieciséis—. Es el porvenir que nos espera: un buen matrimonio garantiza que sigamos conservando nuestros caprichos y comodidades. Pronto nos exhibirán en actitud devota durante las procesiones de Semana Santa, en la flor de nuestra juventud sobre las carrozas de las fiestas de mayo y sonriendo dulcemente en las romerías. Verás que más de uno pedirá permiso para visitarme, y así podré mostrar mis habilidades, pues sé tocar con el arpa melodías para amenizar las tardes de los domingos y mi madre me enseñó a bordar pecheras.

—Claro —añadió Margarita—, y después nuestros padres averiguarán cuál es el galán que más nos conviene. A las dalagas bonitas y educadas nos desposan muy rápido, no siempre por amor;

si tenemos suerte, tal vez con un criollo apuesto y pudiente o con un mestizo que vaya a heredar de casas y negocios, aunque, según dicen, los mejores de todos son los castilas viudos, porque son los más complacientes.

—Pero nosotras somos muy jóvenes para pensar en el matrimonio… —se extrañó Dalisay.

—Por eso mismo. Cuanto más jóvenes seamos, mejor, así nos moldearán a su antojo y engendraremos muchos hijos para extender sus apellidos. Yo estoy deseando que un galán español venga a dedicarme una emprentada. Ojalá fuera un oficial, me gustan los uniformes —aseguró Margarita, soñando con los ojos abiertos.

—¿Qué es una «emprentada»?

—¿De dónde has salido, Dali? Cualquier chica de nuestra edad lo sabe. Son las serenatas que se entonan bajo los balcones al compás de guitarras y vihuelas —aclaró Cecilia con un guiño burlón—. Las dalagas que reciben el mayor número de emprentadas suelen ser las más hermosas o las de mayor dote, aunque tengan una apariencia poco agraciada.

Preocupada, habló sobre esto con Apanaya y Mami Tari.

—Es que yo no quiero emprentadas… Me gusta estudiar, leer y pasar tiempo con vosotros.

Ellas le explicaron que no tenía por qué inquietarse. Nadie la obligaría a casarse, ni mucho menos.

—¡Y si me entero de que incomodan a nuestra Dali desgañitándose con serenatas y coplas de amor bajo los balcones, iré a echarles baldes de agua fría a esos descarados! —aseguró Mami Tari, desafiante.

Enseguida se dieron cuenta de que Dali era especialmente inteligente y aplicada.

—Tu hermana es un diamante en bruto —comentaba Faustino,

convencido—. Yo mismo completaré su educación añadiendo algunas lecciones extra de aritmética, geografía, historia general y dictado avanzado del castellano.

—Y ella las disfrutará, tiene muchos deseos de aprender —agradeció Tagu.

El resto del tiempo, la adolescente contaba con el permiso de entrar en la biblioteca del convento apostolino y tomar prestados algunos libros: ejemplares de historia de España, un volumen de los sonetos de Garcilaso de la Vega, las obras completas de Jerónimo Seripando, las de fray Luis de León y los escritos referentes a astronomía y cosmografía del sacerdote navegante Andrés de Urdaneta. En otra estantería fuera de su alcance, se encontraban un antiguo misal veneciano, los manuales para bautizar en latín, los breviarios, los cantorales y los misales, todos con una espesa capa de polvo encima.

—Padre.

—Dime, mi niña.

—¿Por qué las lecturas de la biblioteca son tan antiguas y solo están firmadas por hombres? ¿No existen libros escritos por mujeres?

—Es que nuestra biblioteca está muy obsoleta, hija. ¡Claro que hay mujeres escritoras! Habla hoy mismo con Pepe, tiene muchísimos libros y seguramente, entre ellos, las encontrarás. Él sabrá guiarte en tus lecturas.

Antes de la cena, Dali comentó con José María la conversación mantenida con el apostolino.

—Mi amigo no se equivoca, tengo una buena cantidad de libros. Hace tiempo que preparo una biblioteca, pero ocurre que nunca encuentro el tiempo de ponerlos en orden. Están en la habitación del fondo. Vamos, te los mostraré —dijo remangándose las mangas de

la camisa.

Fue abriendo las cajas. Había de todo, incluso tratados de medicina y volúmenes sobre leyes que adquirió pensando en su yerno Francisco y en su hijo Javier.

—Mira, aquí está *Los pazos de Ulloa*, de Emilia Pardo Bazán. ¡Es una novedad! Fue publicado el año pasado. Y también te gustará leer poesía… —resolvió mientras rebuscaba en otra de las cajas—. Este de Rosalía de Castro es maravilloso: *Cantares gallegos*. Te aconsejo que empieces por *La mujer del porvenir*, de Concepción Arenal, una gran defensora de la figura femenina. Creo que está en ese arcón, con otros que leí hace poco. Sé que es uno de los libros favoritos de mi hija Carmen y de mi cuñada Mili, pronto las conocerás. Da la casualidad de que estas tres autoras son gallegas y han firmado sus obras con su nombre real.

—¿Y por qué no hubieran podido hacerlo?

El abogado reflexionó un momento. ¿Qué podía contestar a una chiquilla desconocedora de las restricciones que esta sociedad, controlada por hombres, imponía a la condición femenina?

—Ya te irás dando cuenta de que las mujeres debéis ser cautelosas y adoptar ciertas precauciones por vuestro propio bien. Desgraciadamente, a menudo os encontráis con hombres necios que temen perder los derechos que detentan injustamente por encima de vuestras libertades. Les enoja que las féminas demostréis poseer una inteligencia más fina o superior a la de ellos. Por el momento, el mando lo ostentan manos masculinas. Esa es la razón de que haya mujeres escritoras que prefieran no desvelar su verdadero nombre y firmen con seudónimo por miedo a las represalias.

—¿Y esto no puede cambiar? En mi aldea, no hacemos distinciones entre sexos, incluso somos nosotras, las mujeres, los pilares de la comunidad. Nadie se atrevería a menospreciarnos.

—Es una gran batalla, Dali. Las valientes que intentan allanar el camino para las generaciones venideras se enfrentan a una mentalidad arcaica y cerril. Asimismo, por culpa del profundo adoctrinamiento al que han estado sometidas por los hombres durante siglos, es triste constatar que, en muchas ocasiones, son las mismas mujeres las que colocan palos en la rueda de sus compañeras y les impiden avanzar en lugar de apoyarlas, sin pensar en el detrimento que causan en el futuro de sus propias hijas. Esto pone una vez más de manifiesto la paradoja de la necedad y la ignorancia humanas.

—No es justo.

—No lo es, querida niña, pero tú puedes aportar tu granito de arena demostrando que eres tan capaz como cualquier hombre. Además, ya tienes a tres de ellos apoyándote e incitándote a estudiar para llegar tan lejos como te propongas: tu hermano, Faustino y yo mismo.

—¡Muchas gracias! —dijo ella con alivio—. Si quieres, yo me ocuparé de ordenar tus libros en la biblioteca —agregó señalando las estanterías vacías.

—¡Tu ayuda no me vendría nada mal, la verdad!

—¡Me encantará! Y ¿podría también coger prestado algún tratado de medicina? En los anaqueles del colegio solo tienen antiguos escritos de santa Teresa de la Cruz o de Juana Inés de la Cruz.

—Bueno, ellas fueron grandes mujeres con un mérito inmenso. Escribieron en un tiempo en que la educación estaba vetada a la gran mayoría de las personas de vuestro sexo, pocas sabían leer o escribir. Muchas elegían los hábitos y los muros de los conventos para acceder a la cultura, lejos de la tutela de un padre o un marido déspota que las marginase.

—Pienso leerme a todas las escritoras que encuentre —afirmó ella.

—En el arcón también encontrarás un diccionario de la lengua castellana, te será muy útil.

Durante la cena, José María hablaba de sus hijos, de su cuñada, de la ilusión que tenía de conocer por fin a Francisco y de cómo esperaba su llegada.

—Y ¿por qué tuviste que venir desde tan lejos y separarte de ellos? —preguntó Dalisay.

—Me obligaron. Hice algo que no gustó a ciertas personas con mucho poder y me forzaron a abandonar a mi familia y mi país… Tuve que dejarlo todo atrás —explicó con tristeza—. Esa es la etapa más dolorosa de mi vida.

—Es a causa de la necedad humana, ¿verdad?

—¡Veo que aprendes rápido! —apuntó José María con orgullo.

—¿Me he perdido algo? —preguntó Tagu, extrañado.

—Entre otras cosas, esta tarde, tu hermana y yo hemos hablado sobre la posición de la mujer en los tiempos en que vivimos.

—Uf, es un tema peliagudo, más si cabe en Filipinas. ¡Y no digamos para cursar estudios superiores! En este archipiélago es una utopía.

—Aquí todavía lo es, pero en la península ya hay mujeres universitarias, pese a las enormes trabas administrativas —afirmó el abogado.

—Siendo hombre, yo necesité las recomendaciones y el amparo de mis benefactores, como lo habéis sido tú, el padrino y el gobernador —dijo Tagu, poco convencido.

—Fue un empujoncito. Tus capacidades hablaban por sí mismas, tenías una buena preparación.

—Ya sabes a lo que me refiero: ese «empujoncito» le fue completamente necesario a un indio natural como yo. El acceso a los estudios superiores suele estarnos vetado.

—No nos vamos a engañar, hijo, tienes razón. Es imposible transformar el mundo de la noche a la mañana, pero podemos centrarnos en hacer cambios significativos y mejorar la vida de la gente que nos rodea. Yo tengo fe en que la sociedad cambiará con el tiempo.

—Pero si para un hombre de mi raza hay tantas dificultades que superar, para una mujer este asunto es prácticamente imposible…

—Te aseguro que, entre tu padrino y yo, seguiremos haciendo todo lo que esté en nuestras manos. No podemos estar más orgullosos de vosotros —declaró mirando a los hermanos con evidente satisfacción—. Tú podrás terminar la carrera de Derecho en pocos años y Dalisay tendrá tiempo de sobra para pensar en lo que quiere estudiar.

—Pepe, ¿puedo contarte algo?

—Claro, muchacho, sabes bien que puedes hablarme con entera confianza.

—Resulta que algunos compañeros de la universidad me han invitado a asistir a unas reuniones políticas en las que tratan sobre los temas que tanto nos preocupan. Son encuentros en los que abogan por las reformas que el Estado español nunca lleva a cabo y que el pueblo tanto necesita. ¡Nuestra comunidad sigue oprimida y reclama su autonomía!

—Entiendo.

—Pero ¿qué opinas?

—Estimo que uno debe luchar por sus convicciones y defender sus creencias, pero es importante evaluar las consecuencias. ¡Yo soy un buen ejemplo de ello! Conoces mi historia, sabes que desafiar al gobierno y respaldar la Revolución de los cantones arruinó mi vida. Tú fuiste una de las primeras personas en recibirme cuando llegué aquí, y ya viste el estado en el que me encontraba.

—Pero si el miedo restringe nuestras acciones, entonces nunca avanzaremos…

—Cierto, y nada te impide sacar tus propias conclusiones, pero debes ser cauteloso y tomar la postura de «ver, oír y callar». Eso te permitirá razonar sin involucrarte. La violencia no genera progreso, Tagu, solo sufrimiento y destrucción. Eres demasiado joven e influenciable y tienes un futuro prometedor por delante; un paso en falso podría perjudicar tu porvenir y echarlo todo a perder, ¿lo entiendes? Considero que serías de más ayuda si sigues centrado en los estudios y te conviertes en un buen abogado, en un ejemplo vivo de lo que puede llegar a obtener un ser humano con su intelecto más allá de sus orígenes o del color de su piel.

—Gracias por tus reflexiones, me has ayudado a verlo más claramente. Lo entiendo mejor y prometo tener cuidado.

José María lo abrazó con afecto.

Dali se acostó más temprano de lo habitual y permaneció despierta hasta muy tarde leyendo y observando los grabados del manual de medicina a la luz de la pequeña lámpara de aceite hasta que la mecha se consumió.

Faustino cavilaba sobre la conversación mantenida con Dali esa misma mañana.

En la aburguesada casa catalana de la que provenía, sus hermanas habían sido educadas para dedicarse «a las labores propias de su sexo», guardando por supuesto la castidad intacta, condición *sine qua non* para conseguir un buen matrimonio. Vinieron a su mente recuerdos de susurros y risas candorosas. Educadas en el lujoso barrio de Sarrià, en Barcelona, coser, bordar, cantar sin desafinar y tocar armoniosamente el piano eran las principales virtudes requeridas a las señoritas de su posición. Su padre no

habría admitido ni mucho menos que entrasen en su tranquilo hogar libros escritos por mujeres; era preferible no hacerles propaganda, temía que en su propia casa empezasen a reclamar derechos para los que no estaban mentalmente preparadas. «¿Escribir? ¿Qué tontería es esa?», hubiera dicho el patriarca. «Solo están capacitadas para criar a los hijos» y «Calladas están más bonitas», repetía constantemente. Tal y como sentenciaba su idolatrado Franz Joseph Gall, un médico alemán, «las mujeres, en cuanto a sus facultades intelectuales, son generalmente inferiores a los hombres». Gran paradigma todavía el reinante en esa sociedad anticuada y decimonónica. Triste pero cierto.

Días después, Dalisay se hallaba en el patio de la casa de la calle Solana revisando sus tareas de clase. Apanaya y Tari, muy entretenidas, no perdían de vista a Quijote. El búho ya había mudado sus plumas.

Tagubanua llegó para buscar a su hermana.

—Vamos, pequeña *kapatid*, debemos regresar a casa.

Apanaya decidió proponerles lo que había hablado con Cañamón y desde hacía días le rondaba por la cabeza.

—Sabéis que aquí tenemos habitaciones de sobra. ¿No os gustaría mudaros a vivir con nosotros? Si no lo he malentendido, los que van a llegar a casa de José María son cuatro, ¿verdad?

—Sí, son cuatro. Su hija Carmen con el marido, su hijo Javier y Milagros, su cuñada —aclaró Tagu.

—Pensad que hace muchos años que no se han visto, será importante que disfruten de intimidad y de su espacio. Seguramente tendrán mucho de qué hablar.

—A mí me parece buena idea, *ate*, después de todo ya paso la mayor parte de mi tiempo libre con vosotros —admitió la chiquilla.

—Y yo puedo ir a trabajar todos los días al despacho desde aquí.

Somos prácticamente vecinos —afirmó su hermano— y seguramente mi padrino estará conforme.

—Bien, pues, hablad con José María esta noche y decidle lo que queréis hacer.

—¿No pensará que somos unos desagradecidos? —dudó Dali.

—Si se lo exponéis como es debido, lo comprenderá. Dentro de poco, ya no estará solo y es mejor hacer las cosas antes de que llegue su familia, así Maya dispondrá de tiempo para arreglarlo todo con detalle.

José María lo entendió desde el principio. Los chicos le explicaron que se sentirían más cómodos viviendo con los Aisal, dejando todo el espacio para los suyos.

—Pero vosotros también formáis parte de mi familia —contestó sinceramente.

—Y sabes que te estamos muy agradecidos —argumentó Tagubanua—. Además nos tendrás cerca: viviremos a la vuelta de la esquina y yo seguiré viniendo a trabajar todos los días, como si nada hubiese cambiado.

Antes de marcharse, la chiquilla recordó que debían recuperar el nido que el pigarguillo había construido poco a poco con briznas y ramitas en el tejado. Al día siguiente, los tres estarían instalados en la calle Solana.

Pachu se ofreció a acompañar a Dali al colegio de Santa Regina, a las clases de bordado y, más tarde, a las lecciones con el padre Faustino. Cuando Pachucho se encontrase en alta mar, Apanaya tomaría el relevo.

Quijote había adquirido un tamaño considerable, dejando atrás la etapa en que Apanaya y Mami Tari se comportaban como sus amas de crianza. Además de alimentarlo con sopas de pan con leche y

miel, lo habían vigilado atentas mientras correteaba por todas partes, golpeándose la calva contra las patas de las sillas, y habían tenido que reprenderlo cuando caía rodando por las escaleras como un ovillo de lana. La familia se encariñó de inmediato y adoptó al travieso pichón.

Dalisay observó que, con el transcurso de las semanas, Pi había tomado el relevo instintivamente y se ocupaba del búho huérfano con el mismo celo que lo haría una madre protectora con su nidada. Naturalmente, el pigarguillo jugó un papel fundamental con su ejemplo, y Quijote lo imitaba en cada movimiento. Aprendió a realizar breves vuelos desde las ventanas hasta el frondoso árbol del patio, saltando tras él entre las ramas y aterrizando sin miedo sobre el suelo empedrado.

Era un día festivo y el momento más tranquilo, en el que los humanos se recogían en su hogar y dormían la siesta después del almuerzo, evitando salir en las horas de mayor bochorno. Dali estudiaba aplicada sus lecciones bajo la sombra del árbol del patio cuando advirtió a los dos pájaros moviéndose en las ramas y brilló una idea en su mente. Se resolvió a llamarlos con un leve silbido y los brazos alzados, donde se posaron las dos aves. Subió las escaleras hasta la planta superior y se acercó a la ventana más próxima a la calle, deslizó las lamas de madera y abrió la cristalera de conchas de capiz, dejando que el sol entrara a raudales. ¡Ya era hora de que el búho probara las alas fuera de casa! Convencida del éxito de su plan, hizo el movimiento que empleaba desde su infancia con Pi. Lo lanzó hacia arriba y este echó a volar con ligereza, mientras Quijote seguía aferrado al otro brazo observando al pigarguillo alejarse, sin decidirse a seguirlo. Sin embargo, Dali lo obligó con otro rápido gesto, impulsándolo al vacío, y entonces reaccionó alzando el vuelo. Logró situarse rápida y silenciosamente a

la altura del pigarguillo gracias a su plumaje único. Ella dejó escapar un grito de alegría. ¡Por fin estaba volando de verdad! De pronto y sin previo aviso, la cabeza de Pachu emergió entonces de detrás de un sillón.

—¡Fiuuu! —silbó desconcertado, con la mirada nublada por la abrupta interrupción del sueño—. ¿Qué pasa? ¿Ha vuelto a despertarse el volcán Taal o quizá se aproxima un terrible baguio?

—Oh, perdón, siento haberte molestado en tu descanso. Ignoraba que te encontrases aquí. ¡Estoy emocionada porque Quijote ya es capaz de manejar sus alas a cielo abierto! —exclamó agitando graciosamente las manos como un par de extremidades voladoras.

—¿En serio? ¿Ese búho consentido está volando por ahí afuera? ¡Vamos, quiero verlo con mis propios ojos!

Pachucho se incorporó como un resorte esbozando su cálida sonrisa y le tendió la mano, que ella tomó confiada. Bajaron a toda velocidad por las escaleras hasta el patio. El muchacho sacó a Piel de Coco de su cuadra y ayudó a Dalisay tomándola por la cintura para sentarla sobre el lomo del animal. ¡Era tan liviana como una pluma! Después abrió el portalón trasero, se subió de un salto tras ella y salieron a la calle.

—¡Dime hacia dónde han ido!

—¡En dirección a Tondo, creo!

El chico chasqueó la lengua y gritó: «¡Arre, arre!». El caballo inició su trote pasando por debajo del arco de la puerta del Parián, atravesó el puentecito sobre el estero y tomó el camino rumbo a Tondo.

—¡Mira allá arriba, Pachu! —Señaló Dali—. ¡Vienen hacia nosotros!

Pi los sobrevoló. Aprovechaba las corrientes ascendentes de aire para planear sin batir las alas, manteniendo el vuelo con el mínimo esfuerzo. Quijote lo seguía con soltura sobre el frondoso follaje de

los árboles entre los esteros, por encima de las barquitas que surcaban las aguas claras y los brillos plateados que el Pásig reflejaba hacia las alturas. La brisa acariciaba sus plumas y, por primera vez, aguzó la vista y afinó el oído para escuchar el río, que discurría en calma con abundantes peces en su caudal. Liberado en él su instinto salvaje y sin hacer el menor ruido, se dejó caer en picado hacia el agua y emergió en pocos segundos con las plumas mojadas y la anguila que había capturado entre sus garras. Se posó en la ribera y la desolló viva con su pico corto y curvo, a poca distancia de donde se encontraban sus jóvenes testigos, que lo observaban satisfechos.

¡El pobre y aturdido polluelo que Dali encontró dentro de un nido caído en el pueblecito de la cordillera ya era un ave rapaz en toda regla!

—Los dos tienen un gran valor para mí —explicó en voz baja. Contemplaba a los pájaros en libertad apoyada sobre el hombro del muchacho—. Representan una parte del espíritu de mi tatara, ¿lo entiendes, Pachu?

—Lo entiendo y creo que eres muy afortunada por tenerlos —respondió con afecto—. Y ahora mejor volvamos a la calle Solana, antes de que Samu descubra que hemos sacado de paseo a Piel de Coco sin permiso.

Era la primera vez que asistiría. Solo Pachu sabía dónde se dirigía y prometió guardarle el secreto. Después salió de casa sin dar más explicaciones.

—¡Llegas justo a tiempo, Tagu, somos los últimos!

Su amigo lo esperaba impaciente. La reunión clandestina tenía lugar en el almacén de una renombrada pancitería. El local era conocido por los deliciosos fideos que preparaban; siempre lleno, a

cualquier hora entraban y salían los clientes satisfechos.

Los dos jóvenes accedieron al fondo por la puerta disimulada tras una alacena y bajaron las escaleras hasta el sótano. Congregados en aquel espacio, Tagubanua contó a no menos de treinta hombres de edades y generaciones dispares, algunos de los cuales compartían apellidos. Reconoció entre la bruma aterciopelada del humo del tabaco a una parte de sus compañeros, universitarios como él.

Sin entrar en preámbulos, dos figuras subieron a la tarima improvisada con cajas de madera. Todos parecían conocerlos y les dedicaron una ovación cerrada. El primer hombre, más mayor, un mestizo delgado y bien vestido, demandó atención con un ligero carraspeo antes de comenzar a hablar. Lo miraron expectantes y se hizo el silencio.

Su voz grave y temperamental arrancó con un rugido de protesta.

—¡¿Durante cuánto tiempo permitiremos que las autoridades coloniales desestimen nuestras reclamaciones y sigan discriminándonos y obligándonos a bailar al son de la música que ellos mismos orquestan?! ¿Cuándo obtendremos la igualdad ante la ley? ¡Vivimos bajo el yugo de un gobierno lleno de corruptelas y tejemanejes que nos impide progresar y nos priva de nuestros derechos más fundamentales! —Hizo una pausa para observar a la audiencia, inflamada por sus palabras, y continuó—: La administración española sigue controlada únicamente por funcionarios castilas. España deja que los clérigos corruptos elijan a los gobernadorcillos de forma arbitraria, y estos en ocasiones se convierten en los titiriteros que dirigen los gremios de naturales, mestizos y sangleyes que nos mantendrán conformes, cuando en realidad son solo migajas y la manera de hacernos creer que el pueblo participa en las decisiones. ¡Nos niegan la representación política en las Cortes, nos menosprecian intelectualmente, nos

consideran seres inferiores! ¡Eso es lo que somos para ellos y esta esclavitud encubierta debe cesar!

—¡A cuchillo con los castilas! ¡Prendamos fuego a sus casas! ¡Venguemos la sangre derramada de nuestros hermanos mártires! —gritaron desde el fondo.

Algunos repitieron el eco de esas palabras entre murmullos.

—¡No, ese no es el camino hacía nuestra libertad ni el ideal para lograr una sociedad civilizada! —El segundo hombre de la tarima, otro mestizo más joven, levantó las manos en señal de calma—. En la lejana península nos consideran unos bárbaros, unos salvajes primitivos vestidos con taparrabos y armados con flechas de punta envenenada. ¿Acaso queréis seguir alimentando esa idea? —preguntó mirando a los asistentes con las cejas enarcadas—. Pedimos reformas por las vías pacíficas, orientadas a lograr la igualdad, porque solo unos pocos hemos logrado llegar a tener educación, conocimientos y formación. Estudiar una carrera es un privilegio que deberían disfrutar otros hermanos en igualdad de condicio…

El dueño del local entró de pronto interrumpiendo el discurso y dio la voz de alarma, visiblemente alterado. Había recibido el mensaje de que alguien los había traicionado y los militares venían de camino. Las reuniones políticas eran ilegales y estaban expresamente prohibidas, ¡debían abandonar el lugar y disolverse de inmediato o acabarían arrestados!

Tagu y su compañero salieron a toda prisa con los demás.

—Señora, el doctor Sandemetrio está abajo esperando —advirtió Yu, la doncella.

—¿Cómo? Es extraño, nunca ha venido a esta casa. ¿Qué querrá?

—No me ha dicho nada más. Aguarda en el recibidor.

Sabía que Dalisay vivía allí. La vio de lejos la tarde anterior, cuando volvía del colegio acompañada por Apanaya. No conseguía olvidarla ni apartarla de su mente desde que la conoció en Binondo. Se había convertido en una fijación, una obsesión que no dejaba de rondar en su mente.

El perfume a pachuli se percibía desde arriba. Llevaba puesto su mejor traje y traía un gran ramo de flores, el bigote y la perilla acicalados y los zapatos recién encerados.

—Buenas tardes, ¿a qué debemos esta inesperada visita? —preguntó Apanaya intentando ser agradable.

—Buenas tardes. Me he enterado de que se han mudado y he pensado en venir a darles la bienvenida a la ciudadela, puesto que ahora somos vecinos. Mi casa está en la calle Real. Es la más grande de todas, ¿sabe cuál es?

—Es difícil no verla, doctor. Es usted muy amable y le agradezco la visita, pero lamento no poder atenderle ahora. Ha llegado en mal momento, precisamente me disponía a salir.

—¡Lástima! Antes, tal vez, ¿podría ofrecerme un vaso de agua? Hoy hace bastante calor —pidió mientras vigilaba las escaleras que llevaban a la primera planta. Suponía que Dali se hallaba arriba.

—Por supuesto, pediré que se lo traigan. Pero ahora le ruego que me disculpe, debo prepararme.

Le dio la espalda y subió las escaleras, dejándolo solo. Yu regresó con el agua, pero Leopoldo ya había desaparecido, y las flores con él.

«¿Qué se habrá creído esta mestiza de sangley? —se dijo enfadado—. ¿Solo por el hecho de haber trabajado en el palacio del gobernador pretende ser una dama? No recibirme como es debido y marcharse sin atenderme… ¿Acaso no sabe quién soy? Y esa casa… ¿Cómo habrá conseguido que se la arrienden? Los tiempos están

cambiando, ahora dejan entrar a cualquiera en Intramuros. Antes solo estaba habitada por respetables peninsulares». Con estos pensamientos, caminó a toda prisa hasta llegar a la calle Real.

—¿A qué ha venido ese hombre? —quiso saber Cañamón.

—No tengo la menor idea, pero ya se ha ido.

—Es muy extraño que Sandemetrio se haya dignado a traspasar el dintel de la puerta donde viven dos mestizos, tres indios naturales y una *mestisong* sangley. Tiene fama de ser soberbio y de codearse únicamente con peninsulares y criollos de buena familia.

—Yo tampoco lo entiendo, Cao Cao, pero no pensemos más en él, no vale la pena —dijo cariñosa entre bromas—. ¿Te apetece tomar un cha de los que has traído en tu último viaje?

11

La Soberana del Pacífico fondeaba por fin en Port Said, ciudad que le daría el paso directo al famoso canal de Suez.

El día amaneció soleado. La llegada a la exótica tierra egipcia puso de buen humor a los pasajeros. ¡Hoy podrían poner los pies en tierra firme!

Fueron ocupando ordenadamente su lugar en las barcazas que esperaban para llevarlos hasta la costa a cambio de una peseta, no sin antes escuchar los consejos del doctor Salvador Gredilla.

—Les ruego encarecidamente que tengan cuidado con las consumiciones fuera de nuestro comedor. Les garantizo que, en mis muchos años de profesión, hemos padecido a bordo incontables intoxicaciones a causa de ciertos alimentos ingeridos durante las visitas en estas tierras extranjeras, a las que nuestro estómago no está acostumbrado. Es mejor que vayan a los restaurantes, son más seguros que los puestos callejeros. A las damas, les aconsejo que no olviden protegerse del sol con las sombrillas de mano, y será menester ponerles sombreritos a sus hijos para evitar insolaciones.

—Y aunque es una zona bastante segura —agregó el primer oficial, Federico Bajel, allí presente—, por favor, quédense por el centro, no porten joyas ostentosas y vigilen sus carteras. Si alguna pieza de una tienda les interesa, les recomiendo que no duden en regatear para conseguir, al menos, rebajar el precio a la mitad. El comerciante egipcio es listo y muy pícaro. Si tienen algún problema

de seguridad, acudan inmediatamente a la policía árabe, muy presente en las calles principales.

Carmen, la tía Mili, Javier, Francisco y su reciente amigo de Castellón, Narciso Lledó, desembarcaron juntos en uno de los botes. La prioridad sería localizar la oficina de telégrafos. La encontraron enseguida.

Francisco envió un breve mensaje a su madre y sus hermanos.

LLEGADOS A PORT SAID -STOP- VIAJE SIN CONTRATIEMPOS -STOP- TODOS BIEN -STOP- OS QUEREMOS -STOP-

Javier hizo lo mismo y mandó otro a la atención de su padre.

TRAVESÍA PERFECTA -STOP- HOY EN PORT SAID -STOP- ESCRIBIRÉ DESDE EL PRÓXIMO PUERTO EN COLOMBO -STOP- GANAS DE ABRAZARTE -STOP-

Narciso escribió igualmente un telegrama a sus padres y remitió una abultada carta con la primera crónica a su periódico, *La Voz Valenciana*, después de recibir el visto bueno de Milagros y Carmen, que alabaron su estilo de escritura.

A la salida de la oficina, observaron que llegaban poco a poco a La Soberana los botes transportando a los pasajeros de escala, seguidos por las barcas de carga con sus bagajes y objetos personales, después de efectuar los trámites de inspección y aduana, el control de pasaportes y los visados. El mismo protocolo se cumpliría con los pasajeros que tenían previsto finalizar su travesía desembarcando en Port Said o enlazar hacia otros destinos por tierra o por mar.

Aniceto Aranda se encargaría de actualizar el listado enviado por los agentes de la compañía naviera y presentarlo en persona al capitán para su consentimiento y aprobación. Como de costumbre,

Domingo Piélago y su primer oficial ofrecerían esa noche una calurosa bienvenida a los nuevos viajeros, a las puertas del comedor.

La cosmopolita y floreciente ciudad hizo las delicias de los visitantes. Ante ellos aparecieron tiendas repletas de objetos preciosos, piezas de nácar y marfil, relucientes lámparas colgantes, instrumentos musicales de todos los tamaños, telas nunca vistas y perfumes cautivadores.

Sus estrechas callejuelas, el bullicioso mercado de olorosas especias y las largas hileras de palmeras datileras, que ofrecían, desde lo alto, su sombra al privilegiado visitante, representaban la fertilidad de esas tierras, la mejor muestra del exotismo que se palpaba en el ambiente de Port Said, único en el mundo.

—¡Mirad, ese hombre lleva un mono sentado en el hombro, vamos a verlo! —exclamó Mili, que tomó a su sobrina del brazo.

—Es mejor evitar tocarlos, los primates pueden ser portadores de muchas enfermedades, entre ellas, la rabia —advirtió Francisco—. Si bien ya se ha inventado la vacuna, me temo que aún no dispongo de ella en mi maletín, porque su inventor, el señor Pasteur, no se encuentra en la lista de mis amigos personales —añadió con humor.

—Solo vamos a verlo más de cerca —aseguró Carmen.

Las mujeres nativas llevaban trajes largos. Al caminar, podía apreciarse parte de las babuchas que calzaban, terminadas en punta. Tapaban los cabellos con los hiyabs, y los bellos rostros se adivinaban en su mayoría ocultos por un velo que dejaba únicamente al descubierto los ojos azabaches y la frente morena y satinada.

Los varones egipcios, sentados en las terrazas, bebían té de menta y chupaban durante horas de las desmesuradas pipas turcas, charlando animadamente. Los pordioseros, presentes en la ciudad por centenas, pedían limosna sentados en las esquinas y ofrecían

sus cuencos de peltre haciendo sonar las pocas monedas que contenían.

No lejos de allí, se encontraba un grupo de hombres y niños tocando melodías árabes, ataviados con túnicas, pantalones bombachos y chalecos de colores. Portaban en la cabeza el típico gorro carmesí llamado fez, del cual colgaba una borla negra que se movía al ritmo de la música. Hacían sonar hábilmente laúdes, *sagats*, *darbukas* y *mizmars*.

Se escuchaba a la gente que transitaba por las calles hablar en muchos idiomas distintos, como el francés, el italiano, el inglés, el alemán, el español y, por supuesto, el árabe. Multitud de hombres y mujeres europeos convivían perfectamente en ese mundo islámico, respetándose con sus diferencias y semejanzas, sin importar los credos de cada uno.

Domingo Piélago tomó una de las barcazas, descendió en Port Said vestido de paisano y, haciéndose el encontradizo, se ofreció amablemente a guiarlos y enseñarles la ciudad.

—Nos encantaría —respondió Milagros, feliz por el encuentro inesperado.

—¿Podría tentarles invitándolos a degustar la mejor gastronomía egipcia?

—¡Sí! —dijeron al unísono.

—Pues los voy a llevar a comer al restaurante más típico de toda la ciudad.

—¡Vamos, pues! —dijo Javier, frotándose las manos.

—No les defraudará, se lo aseguro.

Súbitamente, Narciso notó un tirón en su chaleco y vio a un niño de corta edad que corriendo se alejaba entre la gente con su reloj de bolsillo.

—¡Al ladrón! —gritó mientras intentaba alcanzarlo.

El chiquillo era rápido y ligero igual que una lagartija. A los pocos segundos desapareció de su vista entre los puestos de comida ambulantes y el gentío que circulaba de aquí para allá. Narciso había perdido la esperanza de alcanzarlo tras la breve persecución cuando, al detenerse para aflojarse el falso cuello de la camisa y recobrar el resuello, el ladronzuelo reapareció frente a él.

Domingo Piélago lo tenía firmemente agarrado por el brazo, con una sonrisa victoriosa dibujada en el rostro.

—Y ahora le vas a devolver al señor lo que se le ha «caído» del bolsillo, ¿verdad, pequeño faraón?

El niño afirmó con la cabeza, sin despegar la vista del suelo, y le tendió a Narciso su reloj. Este se fijó en que no llevaba zapatos y tenía el rostro pálido por el miedo. Admiró la parsimonia del capitán, a quien le caían unas cuantas gotas de sudor por el rostro a causa de la inesperada carrera, pero mantenía la calma sujetando al malandrín con una mano y rebuscando con la otra en el bolsillo.

—Ten —le dijo sacando unas monedas—, y ahora vete a casa con tu madre.

Los demás llegaron justo cuando el niño salía apresurado y feliz con unas cuantas pesetas tintineando entre los dedos.

—¡Muchas gracias, capitán! ¿Cómo ha conseguido atraparlo?

—Ha sido fácil. Conozco bien Port Said y he adivinado por qué callejuela intentaría zafarse. Espero que este incidente no les deje un mal recuerdo de esta hermosa tierra, son cosas que pueden suceder en cualquier lugar con tanta pobreza. Y ahora, ¿qué les parece si vamos a comer? —dijo dirigiéndose al grupo y ofreciendo el brazo a una Milagros completamente deslumbrada.

El dueño, viejo amigo del capitán, los saludó con vehemencia al verlos llegar y les ofreció la mejor ubicación, una mesa justo debajo del ventilador y al lado del gran ventanal con vistas a la avenida.

Domingo habló brevemente con el cocinero y los camareros fueron llegando poco después con los platos humeantes.

Sirvieron las *koftas*, albóndigas de carne de ternera y cordero muy especiada ensartadas en una brocheta, acompañadas de verduras frescas y una gran fuente de *ful medames*, un delicioso guiso de habas tiernas con arroz, cebolla picada y salsa de tomate. Llevaron también una gran bandeja de *kushari*, una rica combinación de verduras, legumbres, pasta y arroz. Otro camarero se presentó con dos jarras de refrescante té helado de flor de hibisco y, de postre, como gentileza de la casa, el dueño los invitó a probar unas bolitas de masa frita bañadas en almíbar, llamadas *lokmas*, junto con tres docenas de dátiles y un aromático té chai para todos.

—¿Les agradaría probar la pipa turca, señores? —ofreció el dueño con una amplia sonrisa—. A los españoles que pasan por aquí les encanta…

—Tráigala, por favor —contestó Mili en tono festivo. Al darse cuenta de que todas las miradas se posaban sobre ella, añadió—: Bueno, ya que estamos en confianza, me gustaría probarla. No tiene nada de malo, ¿verdad?

—Mi abuela siempre decía: «Donde fueres haz lo que vieres» —apostilló Piélago, respaldando la decisión de su admirada mademoiselle.

Para el asombro de todos, la antigua monja inhaló el tabaco de la pipa como si lo hubiera hecho toda la vida y la pasó después a Javier, sentado inmediatamente a su derecha.

—Me encanta Egipto —aseguró jubilosa.

—Pero, tía, ¡si tan solo has visto un poco de Port Said! —Rio Javier.

—Es cierto, y lo que he visto me gusta mucho. El ambiente que se respira es diferente y mundano, solo tenéis que observar hacia fuera

para daros cuenta —constató señalando al gran ventanal, donde se adivinaba el trasiego de la avenida.

—Esta es una tierra deslumbrante —dijo el capitán—. El resto del país lo he ido descubriendo al volver durante mis permisos. Por suerte, los empleados de la compañía disponemos de boletos para viajar en todos sus vapores, embarcando o desembarcando en cualquier escala.

—¡Qué maravilla poder disfrutar de su tiempo libre de esa forma! —se sorprendió Carmen.

—Yo les voy a dar un dato singular que no todo el mundo conoce acerca de esta ciudad —terció Narciso en la animada sobremesa—, y es que la famosa Estatua de la Libertad, alzada el año pasado en Nueva York, fue concebida para llamarse *Egipto lleva la luz a Asia* y debía colocarse aquí, en Port Said, en la parte sur del canal. —Hizo una pausa para fumar de la pipa que le entregó Francisco y continuó —: Es obra del escultor Bartholdi, compatriota y buen amigo del realizador de las obras del canal de Suez, Ferdinand de Lesseps. En un principio, Bartholdi la planeó inspirándose en diferentes joyas de la escultura monumental, entre otras en el desaparecido coloso de la isla de Rodas, en Grecia, y las grandes figuras de Abu Simbel, ante las que, dicen, quedó subyugado en uno de sus viajes por este país.

—¿Y por qué se la llevaron a Nueva York? Aquí hubiese lucido magnífica —observó Francisco antes de meterse un dátil en la boca.

—Cierto, pero el gobierno egipcio resolvió que el proyecto era demasiado dispendioso y se olvidaron de él.

—Entonces ¿cómo acabó en Estados Unidos? —preguntó Carmen.

—Resulta que el gobierno estadounidense quería celebrar a lo grande el primer centenario de la declaración de independencia de su país. Y a un influyente político francés se le ocurrió que sería un bonito signo de amistad entre ambas naciones hacerles ese

obsequio grandioso, cosa que los norteamericanos aceptaron sin pestañear. El famoso general Sherman —continuó Narciso emulando un saludo militar— fue el encargado de autorizarlo. Hasta ahí, todo bien… El problema llegó después, a causa de la falta de ayudas para sufragar la construcción de un formidable pedestal en la isla de Bedloe, justo en la base de un antiguo fuerte en forma de estrella, cerca del puerto de Nueva York. Ese era el lugar señalado por Bartholdi para que la estatua se exhibiese en todo su esplendor…

—¿Y cómo se resolvió? —preguntó Carmen, interesada.

—Aquí es donde entra en juego mi admirado Joseph Pulitzer, el periodista de origen húngaro propietario del *New York World*. Se le ocurrió lanzar a través de su diario una petición de donaciones para la edificación de la base, prometiendo publicar después la lista con los nombres de los generosos benefactores en la primerísima plana de su periódico —explicó Narciso.

—¡Qué idea más ingeniosa! —asintió Javier—. El tal Pulitzer dio con la solución alimentando el ego de las personas que querían verse en la portada y que sus conciudadanos las admiraran por su gran altruismo. ¡Eso nunca falla!

—Claro, si las donaciones se hubieran mantenido anónimas, el asunto no hubiera funcionado tan bien —agregó Domingo.

—¿Y cómo termina esta historia? —quiso saber Milagros tomando el ultimo *lokma*.

—Felizmente —confirmó Lledó—. El gobierno francés cargó en uno de sus buques de guerra la estatua desarmada en trescientas cincuenta piezas, sellando así la amistad entre ambos países, *et voilà!* —exclamó Narciso haciendo el gesto con la mano de una varita mágica—. Desde su inauguración hace un año, la estatua ha recibido a más de ochenta mil visitantes.

—Tengo que reconocer que las tertulias con ustedes son muy

interesantes y se me pasan las horas volando. Pero, antes de volver a La Soberana, ¡déjenme seducirlos con otra proposición! —sugirió el capitán.

—¡Adelante! Estamos dispuestos a dejarnos tentar por los encantos de esta ciudad —dijo Mili, que se mostraba de lo más animada saboreando la pipa turca.

—Pienso que sería una verdadera lástima abandonar Port Said sin ir a tomar una copa al elegante club El Cetro de Oro —expuso Domingo—. Sé que esta noche actuará Dalilah, una famosa bailarina de la danza del vientre. ¡Estoy seguro de que les dejará grabado un recuerdo inolvidable!

—¿Vamos? —secundó Carmen con decisión—. Nunca he estado en un club.

—¿No te sientes cansada? ¿No prefieres volver al barco y recostarte un poco?

—¿Bromeas, Francisco? ¡Me siento con más energía que nunca y quiero ver bailar a Dalilah!

Al llegar frente a la puerta del club, se encontraron con una considerable fila de extranjeros deseosos de acceder al interior. Domingo hizo señas al portero agitando su sombrero y este le reconoció de inmediato. Les abrió camino entre la afluencia.

—¡Preparen la mesa grande frente al escenario para don Domingo y sus acompañantes! —ordenó el encargado, que recibió un billete en señal de agradecimiento por parte del capitán.

—No se extrañen —aseguró socarrón ante la cara de sorpresa de sus invitados al comprobar los privilegios de los que disfrutaba—, es que vengo a veces por aquí. —Llevaba del brazo a Milagros y los apremiaba a acomodarse alrededor de la mesa—. ¡*Champagne*, por favor! —pidió al camarero.

—¡Enseguida, capitán! —contestó solícito. Llevó al momento dos

botellas dentro de sus hieleras y una bandeja con un surtido variado de *baklava*, *umm ali* y *kunafa*, unos sabrosísimos dulces que fueron pasando de mano en mano en forma de delicados bocaditos con sabor a miel, almendra y canela.

—¡Oh, qué delicia! —exclamó Carmen.

Domingo ofreció la primera copa a Mili, que le dedicó una mirada de lo más coqueta acompañada de una bella sonrisa, esa que le marcaba especialmente los hoyuelos, lo que por supuesto no pasó desapercibido a los ojos de su perspicaz sobrina.

—Seguro que el capitán tiene un amor en cada puerto… —susurró Carmen a Francisco, parapetada detrás de su abanico—. Y ¿te has fijado que aquí todos lo conocen?

Entretanto, en el escenario, tocaba una pequeña banda árabe amenizando el ambiente.

—¡Acabo de caer en la cuenta de que son los mismos músicos que hemos visto esta tarde en el centro! —reparó Javier siguiendo el ritmo con los pies.

El local, muy amplio y con la luz matizada por docenas de lámparas de vidrio de intensos colores, se hallaba a rebosar con todas las mesas ocupadas. Hombres y mujeres charlaban animadamente, apurando las copas y brindando con cualquier excusa. Los recién llegados se abrían paso con dificultad hasta la barra, donde los bármanes preparaban los cócteles. Los camareros se movían presurosos y se afanaban en servir más copas a los clientes, recorriendo la sala con las bandejas llenas en equilibrio por encima de la cabeza. El ambiente intensamente festivo se acentuaba con el humo de los cigarrillos, los perfumes almizclados de los caballeros y los dulces aromas de agua de rosas, violeta y jazmín de las damas.

Súbitamente, se oyó un único tintineo y la música se detuvo. Los

habituales conocían la señal, sabían que esa pequeña pausa presagiaba la llegada de la estrella de la noche.

El *mizmar*, un fino instrumento que hipnotiza las serpientes, comenzó a sonar al tiempo que entraban por el fondo del local dos corpulentos jóvenes que vestían pantalones bombachos hasta los tobillos y ricas túnicas plateadas. Pero lo que más llamaba la atención era lo que acarreaban sobre los hombros: una alfombra de seda persa de color púrpura. Subieron al escenario acompañados por el sonido de la flauta, que seguía tocando su cautivadora y lenta melodía.

Los dos fornidos depositaron con cuidado el tapiz en el suelo entarimado y lo hicieron rodar delicadamente, hasta que del interior apareció la hermosa Dalilah, tumbada boca arriba con los brazos cruzados en el pecho, como si de una reina egipcia se tratase.

El *mizmar* calló y otro músico comenzó a rozar su *derbake* con la yema de los dedos, palpando lentamente el parche de cuero curtido. El tambor en forma de copa sonaba solemne, alentando el despertar de Dalilah. El público guardaba un profundo silencio y la observaba hechizado.

La joven bailarina *ghawazi*, de finos rasgos gitanos y melena larguísima, simuló surgir de un sueño y se desperezó con movimientos lánguidos y sensuales. Fue levantándose delicadamente. Se puso en pie, contoneándose al ritmo del tambor, y se quedó quieta. Desde lo alto del escenario, miraba con una sonrisa seductora pintada de carmín al público que tenía ante ella, poderosa.

El instrumento enmudeció con un gesto sutil de la bella mujer.

Carmen, estupefacta, no daba crédito a la visión que tenía ante sus ojos. ¡Una muchacha tan solo unos años más joven que ella prácticamente desnuda!

—¿Te lo puedes creer, tía Mili? —le susurró al oído tapándose la boca con el abanico. Intercambiaban miradas de asombro sin dejar de examinar a la artista.

Lucía en la frente una ristra de rutilantes lentejuelas carmesí, unidas a un velo del mismo color que le cubría el cabello, negro como el ébano. Un sujetador repleto de abalorios le ocultaba el generoso busto y dejaba a la vista su vientre terso con un ombligo perfectamente redondeado. Debajo de él, un pañuelo le coronaba las caderas, de donde pendían docenas de monedas doradas y la larga falda medio transparente, que permitía adivinar el espléndido contorno de sus piernas.

La bailarina descalza dio unos elegantes pasitos sobre la punta de los pies, haciendo sonar los cascabeles de las tobilleras y elevando los brazos con cada lenta oscilación de la pelvis. Se unió a ella el resto del grupo de música con sus exóticos instrumentos de viento y cuerda. Dalilah se acompañaba de dos crótalos, que brillaban intensamente entre sus dedos índice y pulgar, y los hacía sonar con graciosos tintineos, junto con voluptuosos movimientos de la cintura que zarandeaban las monedas de las caderas y los abalorios del pecho. Agitaba los hombros de atrás hacia delante mientras sus brazos flexibles serpenteaban en el aire.

La sala seguía hipnotizada los contoneos de la morena, que, con un dominio absoluto de cada parte de su cuerpo, bailaba sin descanso.

Después de tres danzas, Dalilah se echó suavemente al suelo y la introdujeron en la alfombra enrollada, que fue transportada por sus dos hercúleos acompañantes detrás del escenario.

El silencio que había imperado durante la actuación se convirtió otra vez en un rumor de risas y entrechocar de copas, con los músicos tocando de nuevo melodías tradicionales.

—¡Adoro Port Said! —insistió Milagros tomando otro sorbo de champán—. Es una ciudad impresionante, su comida es deliciosa y esa bailarina nos ha embelesado a todos.

—Y menos mal que, como aquí hace tanto calor, la chica no habrá pasado frío —añadió Carmen.

Al poco de terminar su frase, Dalilah se presentó ante ellos vestida con un largo caftán rosado, adornado con bordados y lentejuelas, y besó con ternura al capitán en la mejilla.

—¡Aisha, mi pequeña! Esta noche has bailado mejor que nunca.

—¿«Aisha, mi pequeña»? —repitió Mili inconscientemente en voz alta, sin entender qué sucedía.

—Os presento a la bella Aisha, la hija de un gran amigo mío —dijo Domingo.

—En realidad, Dalilah es mi nombre artístico —apuntó ella, sonriente, en perfecto español con un adorable acento egipcio. Se sentó a la mesa y rehusó la copa que Narciso y Javier le ofrecían—. Les agradezco la amable cortesía, caballeros, pero no bebo alcohol —contestó con un gesto de desdén.

—¿Cómo está tu madre, pequeña? Pensaba verla esta noche.

—Mamá no tardará en llegar, tenía una reunión con un nuevo proveedor. Me contó que recibió tu telegrama desde Barcelona y sabía que La Soberana atracaría hoy o mañana en el puerto.

Todos observaban con atención a la criatura que, pocos minutos antes, los había cautivado con su danza y sus ojos almendrados perfilados de kohl. Sentada junto a ellos, con el cabello peinado en una larguísima coleta y la cara recién lavada, no parecía la misma persona.

—¿Te ha gustado mi nueva puesta en escena, tío Domi?

—Nos ha gustado mucho a todos. Pero ¿de dónde has sacado a esos dos forzudos? —preguntó mirando en dirección a los jóvenes,

que no les quitaban la vista de encima desde la barra.

—Son Akiiki y Akil, mis protectores y también los hijos del portero. Algunos clientes se ponían pesados después de las actuaciones y a mamá se le ocurrió la idea de contratarlos. ¡Mira! Hablando de la reina de El Cairo, por ahí llega —dijo señalando hacia la puerta. Domingo se puso en pie para recibirla.

Caminaba orgullosa hacia ellos una mujer de atractivos rasgos egipcios, vestida a la moda europea, con el cabello recogido mostrando la frente despejada, la nariz afilada y unos labios con el arco de cupido perfectamente dibujado. El parecido con Aisha era evidente. La llamaron por su nombre varias veces desde distintos puntos de la sala y se acercó a saludar a los clientes habituales hablando en varios idiomas antes de llegar a su mesa.

—*Masa' el-kheir!* —saludó con un leve movimiento de su torso erguido—. ¡Domi, qué alegría volver a verte! —Ofreció la mano al capitán—. ¿Cuántos meses han pasado?

—Más o menos tres, querida Zaya.

—Siento haberme perdido la actuación de esta noche, mi bella *habibti* —se lamentó dando un beso a su hija.

—Mamá, estas personas que nos acompañan son amigos del tío Domi.

—Damas y caballeros, estoy encantada de conocerlos. Los amigos de Domi son mis amigos —dijo inclinando ligeramente la cabeza. Los observó con una expresión tan enigmática, majestuosa y secreta como la milenaria esfinge de Guiza.

—*Masa' el-kheir*, Zaya —repitió Milagros, haciendo gala de su gran memoria—. Estamos pasando una velada extraordinaria. Su hija baila maravillosamente y estos dulces son deliciosos. ¿Me ha parecido entender que este local es suyo?

—Sí, El Cetro de Oro es de mi propiedad y Domi es mi socio —

respondió sin mirarla, pues su atención se centraba en el capitán.

—Definitivamente, en Port Said nos aguardaban muchas sorpresas —comentó por lo bajo Carmen a su hermano, entrecerrando los ojos y adivinando, por la expresión de la cara, que su tía se hacía muchas preguntas.

—Soy solamente el socio minoritario —explicó Domingo, que negaba con la mano—. En su momento hice una aportación simbólica, sin importancia —afirmó al tiempo que ofrecía la bandeja de dulces a Aisha, que cogió un *baklava* y se lo llevó a la boca sonriendo afectuosa a su tío adoptivo—. Abdel, el esposo de Zaya, era un buen amigo mío, casi un hermano —aclaró—, además del mejor barman de Port Said detrás de la barra de este local, del que era propietario. Por casualidad, un día vine a tomar unas copas y simpatizamos de inmediato. Era un tipo genial. Yo todavía era un joven primer oficial y regresaba en cada escala. Por entonces, Aisha ni siquiera había dado sus primeros pasos y ¡miren la mujercita en la que se ha convertido!

«¿Mujercita?», pensó Milagros. Levantó una ceja cómplice a Carmen mientras recordaba la imagen de Dalilah con los crótalos sonando al compás de sus sensuales contoneos.

—Y cuando mi padre falleció de forma inesperada hace cinco años, mi tío Domi nos salvó de la ruina y de perder el local —explicó Aisha mirando al pequeño grupo que observaba la escena del rencuentro con atención.

Javier, Francisco y Narciso escuchaban en silencio y ocupados en degustar por tercera vez cada una de las variedades de los dulces de la bandeja.

—Hacía años que mi marido había comprado El Cetro de Oro —prosiguió Zaya, evocando viejos recuerdos con una chispa sombría en la mirada—. El negocio marchaba bien, pero entonces ocurrió la

tragedia. Abdel murió repentinamente. En este país, a una mujer sola no se le permite ser la dueña de un local nocturno. Yo necesitaba una figura masculina para hacerme valer, y a Domi se le ocurrió esta idea. Salvamos el negocio gracias a él.

—Bueno —intervino el capitán—, solo es un nombre escrito en un papel. El mérito es todo vuestro.

Zaya y Aisha reflejaban en el rostro la admiración que sentían por Domingo, mirándolo sin reparos con sus ojos oscuros como la obsidiana, pendientes de cada uno de sus gestos, como el esposo y el padre que les gustaría tener. Todos lo advirtieron, todos menos el capitán, que no parecía percatarse.

Llegado el momento de la despedida, Zaya llevó aparte a Domingo para hablarle tomada del brazo y caminando con una elegancia sinuosa y envolvente, como una cobra cautivada por su dueño. Los varones occidentales miraron subyugados sus movimientos, desatendiendo por unos instantes a sus bellas acompañantes.

—Para que no se olviden de nosotras… —dijo Aisha, agasajando a los amigos españoles del tío Domi: los hombres fueron obsequiados con una botella de *bouza*, una típica bebida egipcia de fabricación casera; las damas recibieron sendos paquetes con no menos de dos docenas de los dulces que tanto habían alabado esa noche. La escultural joven se despidió desde la puerta del club con sus jóvenes custodios, Akiiki y Akil, apostados a pocos metros.

Tomaron la barcaza que los llevó de vuelta a La Soberana del Pacífico. Una vez a bordo, el capitán se despidió de las damas, deseosas de ir a descansar, dedicándoles el besamanos habitual.

—Caballeros —dijo sonriente mientras apuntaba con el dedo índice hacia arriba—, ¿quieren reunirse conmigo en el puente de mando dentro de una hora? Partiremos pasadas las once, este es un momento destacado del viaje. Si aceptan mi invitación, podrán

observar cómo se realizan las maniobras de entrada en el canal y conocerán a Mohamed, el práctico egipcio que nos asesora durante la travesía hasta llegar a la ciudad de Suez.

—¿Qué es un práctico? —preguntó Javier, interesado.

—Los prácticos son navegantes expertos que conocen cada cambio natural que haya podido producirse en el canal, y que lógicamente nosotros ignoramos, puesto que ellos lo recorren varias veces por semana. Saben exactamente dónde se encuentra cada boya o cada farito flotante.

—¡Guau, no me lo perdería por nada del mundo! —exclamó Narciso.

—¡Yo tampoco! —resolvió Javier—. Nos vemos en una hora.

—Carmen, no te importa que vaya con los demás, ¿verdad?

—En absoluto. Ve tranquilo, Francisco, y no te preocupes por mí. Esta noche puedo dormir en el camarote de la tía Mili. Tenemos muchas cosas que contarnos sobre la fabulosa jornada en Port Said.

Dos camareros llegaron con las cafeteras que mantendrían despiertos al capitán y a sus invitados en la larga noche de guardia. Domingo, de nuevo vestido de impecable uniforme, les indicó los mejores lugares donde situarse para apreciar todas las maniobras del buque y la tripulación.

El entusiasta periodista escribiría una segunda crónica relatando a los lectores de *La Voz Valenciana* los detalles de la nueva e interesante experiencia vivida a bordo del vapor a su paso por el Canal de Suez. Con la ayuda de un potente proyector eléctrico y la moderna sonda que medía la profundidad en todo momento, ¡estaban atravesando la ruta marítima más corta entre Europa y Oriente!

A la salida del sol, Carmen y Milagros se despertaron y retomaron

la charla de la noche anterior.

—¿Viste como madre e hija miraban al capitán? Te confieso que, por un momento, pensé que Zaya era su amante. ¡Dicen que los marinos tienen un amor en cada puerto!

—No, tía, sencillamente es la esposa de un buen amigo fallecido —opinó Carmen desperezándose—. Domingo tuvo con ella un comportamiento afectuoso y natural, como si fuera de la familia, aunque es obvio que esa mujer tiene un no sé qué fascinante, ¡al estilo de Cleopatra! ¿Crees que también se bañará en leche de burra?

Las dos rieron pensando en una bañera repleta del líquido blanco y cremoso con Zaya en su interior.

—¿Y qué me dices de Aisha, alias Dalilah? Su transformación fue increíble.

—¡Menuda sorpresa, eso no me lo esperaba! ¿Te fijaste en cómo la observaban los hombres? Creo que a Francisco le gustó… —Carmen se imaginó por un momento vestida con exóticos velos transparentes y bailando frente a él.

—Es verdad, fue de lo más desconcertante. Y resulta que «Domi» es el socio minoritario de El Cetro de Oro y la tal Zaya lo idolatra. No me gustó demasiado esa mujer, ¡le clavaba los ojos sin ningún pudor!

—¿Tienes celos, tía? ¿Me está pareciendo que te gusta el capitán? Es tan apuesto…

—Ah, no, no… —Negó con la mano, entrando en el baño para que Carmen no advirtiese su rubor.

—Bueno, comentan en los paseos por cubierta que es viudo y sin compromiso. Creo que muchas solteras querrían echarle el guante. Es un hombre atractivo y carismático —dijo Carmen alzando la voz desde la cama para que su tía la escuchase en el baño—. ¡No

tendría nada de malo que te gustase!

—Pero, tesoro, ¡si apenas nos conocemos! Y dudo que quiera comprometerse con una sola mujer. Tiene un aire de ser un poco vividor, ¿no crees? Además ¿quién puede competir con todas esas bellas mujeres que bailan danzas exóticas y agitan el cuerpo al ritmo de flautas y tambores, prácticamente desnudas?

—Me muero por escribir a Horten y contárselo todo. ¡Se quedará pasmada!

—Seguro que le encantará. ¿Nos arreglamos y vamos a desayunar? Ya huelo el aroma del café recién molido que llega desde el comedor.

Después, el sobrecargo les indicó que los señores seguían en el puente de mando. Allí se dirigieron, no sin antes pasar por el camarote y recoger las bandejas de dulces árabes.

—No hemos dormido en toda la noche —confesó Francisco, ojeroso y feliz, besando a su mujer—. ¿Has descansado bien, vida mía?

—Estupendamente, el bebé no me ha dado ni una patada. —Sonrió.

—Nos han contado cosas interesantísimas acerca de las travesías —terció Javier—. Si existe una segunda vida, puede que me haga marino —bromeó cogiendo un par de *kunafas* de la bandeja.

Durante el resto del recorrido, disfrutaron del buen tiempo. Tomaron el aire y observaron las numerosas caravanas de camellos, cargados de personas y mercancías, que transitaban entre las interminables dunas de fina arena dorada.

A su llegada a Suez, los pasajeros podrían desembarcar y conocer esta antigua ciudad llena de espléndidos jardines, altos minaretes, mezquitas y palacios de gran riqueza. El capitán se ofreció de nuevo a acompañarlos, llevando del brazo a su admirada Milagros, con la

que tenía más y más complicidad. Incluso se llamaban por el nombre de pila en público.

—¡Ven, ven acá! ¡Yo barato, mi señores! —los invitó un comerciante apostado frente a su tienda del bazar, que acompañaba con grandes gestos un castellano calamitoso.

—¿Cómo adivinan que somos españoles? —se extrañó Javier.

—Estos mercaderes son muy listos. Además de recibir información de cada barco que atraca en el puerto, están más que acostumbrados a ver pasar a ciudadanos de todos los países. Nos diferencian a kilómetros de distancia.

Las mujeres, atraídas por el desparpajo del egipcio, pasaron bajo el toldo del vendedor y entraron a curiosear.

—Yo ser el más barato, casi regalar a señoras guapas. Elijan lo que querer ustedes.

—¡Qué bonitas son las babuchas, tía!

—Escojan las que más les gusten, yo se las obsequio. No las encontrarán mejores en todo Suez, palabra de capitán.

—Oh, ¡qué amable es usted! —agradeció Carmen, tomando en sus manos unas de piel rosadas para ella y otras de color turquesa para su tía.

—Domingo, ¡enséñenos a regatear! —pidió Mili, interesada—. Por lo que hemos percibido hasta ahora, el regateo es todo un arte y los comerciantes esperan que lo hagamos.

—Cierto, es como un juego de estrategia. Les encanta y podrían pasarse horas. Se basa en un sencillo tira y afloja: ellos partirán de un precio elevado y nosotros nos negaremos con firmeza, ofreciendo menos de la mitad del precio de salida.

—Bien, entonces entraremos en la auténtica discusión, ¿no es así? El comerciante tratará de averiguar cuán grande es nuestro interés hacia el objeto en cuestión… Por lo tanto, ¿cómo conseguiremos

acertar a la hora de proponer un nuevo importe? —preguntó Carmen mostrando las babuchas.

—En ese caso, mi límite personal estará justo en la mitad —explicó el capitán, esbozando con la mano un gesto vertical—. Si me piden cien, les propondré cincuenta, salvo si el vendedor es duro de pelar; en ese caso le ofrecería sesenta. El trato en sesenta se cerrará después de un proceso que puede durar más de media hora. Pero no hay mejor técnica, cuando no se tiene mucho tiempo, que la de tomar la dirección de la puerta; suelen seguirnos con más opciones interesantes…

—Muchas gracias por su exposición, capitán. ¡Mi tía y yo la pondremos a prueba próximamente!

Se movían por las calles entre los numerosos vendedores ambulantes que gritaban afanados mostrando sus variadas mercancías de baratijas y oropeles. Por la vía principal, paseaban los turistas en calesas sujetas a caballitos árabes de crin reluciente y cola trenzada. El ambiente de esa portentosa ciudad los dejó boquiabiertos.

De sopetón, escucharon unos bramidos no lejos de allí y todos miraron sorprendidos en la misma dirección.

—Son camellos. Vengan, ¡vayamos a verlos de cerca! —los animó Domingo—. Deben de estar a dos o tres calles de aquí. Son los reyes del desierto por excelencia. Los beduinos, el pueblo nómada más antiguo de las arenas, los cuidan y consienten como si fueran miembros de su propia familia. Los llaman cariñosamente «Ata Allah», que quiere decir «regalo de dios».

—¡Oh, qué fascinante!

—Así es, mademoiselle Milagros. En estos países, quien posee un camello posee un tesoro. Es el mejor compañero de viaje y el único que puede resistir los largos trayectos por este yermo e inhóspito

paisaje, azotado con frecuencia por el viento y castigado con las temperaturas más extremas.

—Entonces los camellos tienen dos gibas, ¿verdad? A diferencia del dromedario, que tiene solo una… —preguntó Carmen, orgullosa, tanteándose el lunar con su pose de marisabidilla.

—Correcto. —Sonrió alzando su sombrero—. Y uno de ellos me salvó la vida hace años y no lo he olvidado.

—¿Un camello le salvó la vida? —preguntó el periodista.

—En realidad, era una joven camella —continuó—. Estaba en uno de mis permisos cuando un buen amigo inglés, arqueólogo de profesión, me invitó a formar parte de su expedición. Debía desplazarse con su equipo a un punto de Arabia para reconocer una zona de fortalezas y palacios de muchos siglos de antigüedad. Sin pensarlo, me uní a su caravana partiendo desde El Cairo.

—¡Qué intrépido! Además de capitán, es usted todo un aventurero —se admiró Milagros, que abrió su sombrilla con coquetería.

—Es cierto que me atrae lo desconocido. En aquella ocasión, debíamos atravesar el desierto hasta al-Yauf, una antiquísima ciudad situada en el noroeste de Arabia. A mí me asignaron a Mouna, una camella imponente de ojos saltones de color café y una doble hilera de largas pestañas. Le gustaba caminar a la cabeza de la expedición, exhibiendo sus dotes de mando frente a los machos. Era de buen carácter, inteligente y, ante todo, muy disciplinada. Pasé buenos momentos en el desierto, aprendí lo que es el verdadero silencio y contemplé los cielos más bellos plagados de estrellas. Pero nos sobrevino una tormenta de arena y la caravana se dispersó. Ella se las arregló para llevarme sano y salvo con una tribu beduina que me acogió con gran hospitalidad, hasta que pudimos reemprender el camino y localizar a nuestro grupo. ¡Miren, ahí los tienen! —Señaló al grupo de camellos en la calle—. Estos gozan de buena planta, se

nota que están bien cuidados y alimentados.

—¡Vayamos! —los animó Milagros, seguida de cerca por su sobrina.

Todos comentaron el formidable aspecto de los animales.

—¡Son impresionantes! ¡Qué grandes! ¡Y qué patas más largas! Tengo que contárselo a Hortensia.

—Y ahora deberíamos volver a La Soberana. Se nos hace tarde y creo que esta noche degustaremos pato laqueado en la cena —añadió con simpatía.

Durante sus paseos por la cubierta, Carmen y Milagros trabaron amistad con dos religiosos apostolinos. El más joven de ellos, el hermano lego Pedro Peñascal, de origen sevillano y rozando la cuarentena, había entrado en el convento pocos meses atrás para cumplir con un serio juramento de penitencia.

Les relató su vida pasada. Había sido oficial de la milicia española y llevó una vida azarosa y turbulenta, comportándose como el peor de los cristianos; a menudo metido en peleas, gastó sus estipendios en mujeres de mala fama, vino tinto y juegos de azar. Mataba a disgustos a su pobre madre viuda, que se la pasaba rogando a san Antonio de Padua para que su único hijo encontrara una buena mujer que le mostrase el camino hacia una vida recta y noble. De nada sirvieron los esfuerzos de varias celestinas profesionales, porque, aunque hicieron bien su trabajo escogiendo a candidatas adecuadas, las jóvenes casaderas huían de Peñascal en cuanto se les acercaba con sus toscos modales de soldado y su aliento de taberna.

Derrotada y enferma, la madre le llamó a su lecho de muerte y le rogó entre suspiros que enderezase su vida para, por lo menos, poder morirse tranquila: «Hijo mío, por favor, dedica los años que te

quedan a purificar tu alma pecadora». La enterró arrepentido y llorando a mares, y no encontró mejor manera de honrar la memoria de la difunta que renunciando a la vida militar con el propósito de ingresar en un convento.

Pero no era tan fácil. Ninguna congregación religiosa aceptó acogerle entre sus muros. Después de algunos días de convivencia, todos lo tacharon de *persona non grata* y desastrosa. Los pacientes y compasivos apostolinos fueron los únicos que decidieron darle una oportunidad: «Será nuestro hermano lego y ya decidiremos si con el tiempo es capaz de prometer los votos. Por el momento, si su propósito es vivir en comunidad y hacer el bien, aquí tendrá su casa». Entre rezos y misterios, plantaba alcachofas, pimientos y tomates, limpiaba lechugas y se ocupaba de las gallinas.

El aguerrido oficial que había comandado tropas enteras llevaba entonces una basta cogulla y vivía en medio del campo, recluido y taciturno, aunque se arrepentía de la seria promesa hecha en el lecho de muerte a su querida madre. Estaba agotado de rezar laudes, primas, tercias, sextas y ángelus, sin olvidar los misterios gloriosos de los domingos y miércoles, los misterios gozosos de los lunes y sábados, los misterios dolorosos de los martes y los viernes, y los misterios luminosos todos los jueves del año.

«Ya está bien… ¡No sé yo para qué sirven tantos rezos y misterios!», se quejaba hastiado. Al poco, el hermano Santiago Mendoza, recién llegado desde Filipinas, se fijó en esa fuerza de la naturaleza que era Pedro Peñascal y le propuso que lo acompañara en su viaje de vuelta a las colonias. «¡Al final me han sido útiles las oraciones!», pensó aliviado. Necesitaba un cambio de aires y mucha aventura. La ocasión le vino como anillo al dedo y, en adelante, el hermano Mendoza sería su mentor.

Aprovechaban el viaje en La Soberana del Pacífico para llevar

consigo la larga lista de objetos religiosos que en la isla de Luzón habían encomendado al hermano Mendoza: una talla de Cristo crucificado, un cuadro de Nuestra Señora de Guía y otro de la Virgen del Pilar, así como grabados y estampitas, cinco cálices de plata con sus patenas, seis pares de vinajeras, dos de plata y cuatro de cristal, ciriales, campanillas de metal, incensarios, una docena de candelabros y nueve acetres de azófar necesarios para el agua bendita, un hostiario de palo y varios hierros de elaborar hostias para las eucaristías.

Santiago era un misionero vallisoletano sesentón, experimentado y bonachón con una paciencia sin fin. Clamaba al cielo cada vez que su aprendiz hablaba de sus hazañas belicosas y se arremangaba mostrando sus fuertes brazos llenos de cicatrices, fruto de las muchas contiendas y peleas, a todo el que quisiera admirarlas.

Carmen y Milagros, poco acostumbradas a frecuentar ese tipo de personajes, encontraban las historias del hermano Peñascal fascinantes y aplaudían todos sus relatos.

—He matado a tantos enemigos de la patria que he perdido la cuenta. A todos les hice estirar la pata de un sablazo. ¡En defensa propia, por supuesto! —añadió al notar la mirada inquisidora de su mentor, que llegaba para sentarse junto a ellos.

—Bueno… —Suspiró Mendoza—. Eso forma parte de su antigua vida. Hoy es un hombre de Dios que únicamente piensa en hacer el bien, ¿verdad, hermano Pedro?

—Sin duda —contestaba cabeceando, medianamente convencido.

Tía y sobrina salían a la cubierta por la mañana y, por la tarde, paseaban o leían relajadas en las *chaises longues*. Carmen disfrutaba de un embarazo sin molestias, consentida por los suyos y rodeada de afecto. La distancia hasta Manila se iba acortando cada día, el viaje marchaba según lo previsto.

Con una limonada en la mano, el hermano Mendoza les explicaba la vida y las costumbres de los españoles residentes en la capital filipina.

—Les gustará vivir allí. Su padre habrá preparado su llegada con mucha ilusión. Recuerden que su casa siempre estará donde se encuentre su familia, lo demás carece de importancia. Las admiro por su valentía. Pocas personas se atreven a dejarlo todo atrás para embarcarse en una aventura como esta.

Cuando Carmen le habló de las cartas de su padre y de la gente con la que trataba en la ciudad de Manila, el apostolino se sorprendió.

—¡Qué gran casualidad! ¡Claro que conozco a Tagubanua! —exclamó dando una palmada—. Nos lo trajo el hermano Faustino siendo muy pequeño y se crio con nosotros en el convento. Un niño buenísimo. Al crecer, se ha convertido en un joven muy listo. El propio Faustino Barceló se encargó personalmente de su educación. Su señor padre no ha podido elegir mejor ayudante, es un muchacho fuera de lo común.

—¡El mundo es un pañuelo! Y, por casualidad, ¿usted no conocería igualmente a un tal doctor Sandemetrio? Tiene su consultorio en Intramuros y le ha ofrecido trabajo a mi esposo —preguntó Carmen, interesada.

—Por supuesto —dijo poniendo los ojos en blanco—. Todos conocemos a Leopoldo Sandemetrio…

—¿Qué quiere decir?

—Soy un hombre de Dios y no debería hablar mal del prójimo, pero con esta persona prefiero ponerlas sobre aviso. Es un tanto especial. Acude a la misa de San Apóstol todos los domingos y se sienta en el primer banco con su pose piadosa, pero yo creo que es todo fachada. Tan pronto sale por la puerta de nuestra iglesia, estoy

seguro de que emplea prácticas poco cristianas —asintió frunciendo el entrecejo.

—Le ruego que nos cuente más cosas, padre. Me interesa sobremanera la personalidad de este hombre.

—Bueno, lo conozco desde hace mucho tiempo. Precisamente llegamos en el mismo barco a Luzón hace unos veinte años. Un momento… —Empezó a contar con los dedos—. ¡Veinticinco, para ser más exactos! Me explicó que estaba recién diplomado y que iba a Manila para ejercer su profesión. Yo era un lozano y joven apostolino… ¡Aunque esa es otra historia! —Rio tocándose la prominente barriga—. Durante la travesía coincidíamos en el comedor y en la cubierta principal. Ya por entonces, digamos que era un poco peculiar.

—¿En qué sentido? —indagó Milagros.

—Demasiado petulante para mi gusto. Procedía de una casa burguesa y se jactaba mucho de ello. Hoy en día, sigue presumiendo de lo mismo. La humildad no es una de sus virtudes, ¡ni que fuera de la nobleza borgoñona! Bien es cierto que es el médico de la gente pudiente, pero no practica la caridad con los más desposeídos y eso me entristece. Comprenderán que no es santo de mi devoción. Hay algo en él que me provoca desconfianza. Además corren feas habladurías que cuentan que se aprovecha de las hijas jóvenes de los criollos venidos a menos.

—¿De qué modo? —preguntó Carmen, extrañada.

—Las contrata como secretarias y, según se murmura, les hace albergar ilusiones de matrimonio, pero en cuanto consigue lo que desea, ustedes ya me entienden, ¿verdad?, prescinde de ellas.

—¿Y la sociedad manilense no lo sanciona?

—¿Sancionarlo? ¡Qué va! Mientras nadie ataque con escándalos su cómodo mundo de color de rosa, preferirán hacer la vista gorda y

seguirán manteniéndolo como médico de cabecera. Son rumores y tiene amistades influyentes. Solo se dignaba a atender a los españoles y a los hijos de estos; sin embargo, con el tiempo ha tenido que aceptar tratar a algunos filipinos y mestizos de cierto nivel social, pero únicamente a los que pueden pagar sus servicios. El dinero siempre ha sido lo más importante para él. A lo que quiero llegar es que apostaría los cinco dedos de mi mano derecha a que el estetoscopio de ese caballero no ha rozado jamás la piel de un chino y, mucho menos, la de un indio natural. Pensará que para ellos ya están los curanderos de las orillas del río Pásig.

—No entiendo —intervino Milagros—. ¿Es que no le dieron a leer el juramento de Hipócrates al terminar la carrera?

—¡Seguramente se le habrá olvidado! Llegó en una época en que las gentes acomodadas de la ciudadela de Intramuros, en su mayoría españoles y extranjeros de alto nivel, estaban habituadas a tener un médico exclusivo para ellos, y Leopoldo se montó en ese carro.

—Quiere decir que en Filipinas hay un gran segregacionismo. Mi cuñado Pepe nos lo ha referido en sus cartas más de una vez —afirmó Mili.

—Eso mismo. Y, a estas alturas, Leopoldo debe de ser el soltero más rico de todo el archipiélago. Pero ¿por qué tienen tanto interés en él?

—Es muy sencillo, mi esposo se informó hace unos meses para obtener un puesto de médico en Intramuros, porque allí es donde vive mi padre. No sabemos cómo llegó a oídos del doctor Sandemetrio, pero este le escribió ofreciéndole trabajo al llegar a la isla. Desde entonces, han estado intercambiando correspondencia, aunque no tengo la impresión de que Francisco haya percibido el mínimo atisbo del carácter especial que usted nos refiere. Si le

conociera un poco, se daría cuenta del enorme respeto que siente por todos los seres humanos. Él jamás se negaría a atender a un enfermo a causa de su raza o de su baja posición social.

—¿Su padre no sabe que su yerno podría trabajar con él? —preguntó el apostolino.

—No, no sabe nada. Francisco quería encontrar trabajo por sus propios medios. Seguramente conozca a ese médico, pero no estoy del todo segura, porque nunca nos ha hablado de él.

—Bueno, imagino que usted le contará a su esposo nuestra conversación. Si es, como dice, un humanista convencido, promoverá la salud de las personas sin importarle el origen o el color de su piel, porque reconoce la dignidad del ser humano. Mire, Carmen —se sinceró mientras se levantaba de espaldas al sol y una extraña aureola coronaba su calva incipiente—, yo no creo en las casualidades. Esta conversación, viajar en el mismo barco, coincidir y simpatizar con ustedes tiene una razón de ser. Estamos unidos por un mismo ideal. Aunque aún no la conocen, nuestra amada Filipinas necesita ayuda, una ayuda que debe venir de jóvenes como ustedes, con una mentalidad abierta y moderna. Como mínimo, todas las comunidades deberían disfrutar del derecho a beneficiarse de un servicio de sanidad decente, esa es una de mis grandes preocupaciones. La madre patria, tan orgullosa de anunciar a los cuatro vientos el gran número de colonias que posee, podría preocuparse un poco más de la salud de todos sus súbditos por igual, no solo de los más acomodados.

—No se preocupe, padre, hoy mismo hablaré con Francisco.

Después de la cena, Carmen aprovechó la intimidad de su camarote para comentar el tema con su esposo.

—Ven, pon tu mano aquí, ¡se mueve muchísimo!

—¡Cuánta energía! —dijo posando el estetoscopio en el hermoso

vientre de Carmen. Buscaba el pequeño corazón del bebé—. Has entrado en el sexto mes de embarazo y todo marcha a la perfección, mi amor.

—¡Soy muy feliz y me siento tan bien!

—¿Ves, vida mía? Estaba seguro de que esta vez las cosas serían diferentes.

—Cariño, ¿qué opinas sobre lo que me ha contado el hermano Santiago Mendoza?

—No te negaré que me ha dejado un poco extrañado. Tal vez tenías razón y debí escribir a tu padre, pero ya sabes que prefería buscar trabajo por mí mismo. Iré a conocer a Sandemetrio y sacaré mis propias conclusiones…

A esa misma hora y a pocos metros de allí, Domingo Piélago, muy decidido, llamaba suavemente a la puerta de la señorita Milagros de Lara, no sin antes asegurarse de que nadie le veía traspasar el umbral de esta mujer de impecable reputación.

—Buenas noches, mademoiselle, solo he venido a comprobar que está todo correcto. Da la casualidad de que precisamente este camarote se encuentra en medio de la línea de crujía del navío —dijo azorado. Sentía que le latían las sienes con brío, sabiendo que era una excusa poco ocurrente.

—Oh, sí, está perfecto, puede quedarse tranquilo. No sabía que el trabajo del capitán incluyese también hacer la ronda por las cabinas entre babor y estribor.

Él no respondió. Sencillamente se quitó la gorra, la miró sonriendo y la besó.

Lo más cerca que Mili había estado de un varón semidesnudo fue delante del Cristo de la capilla del convento, que vestía paños menores. Nunca se enamoró y tampoco nunca deseó a ningún hombre.

Sabía que el hecho de estar a solas con él en su habitación solo podía llevar a una cosa. Recordó todas las explicaciones en casa de Horten y se entregó confiada. Más tarde, en mitad de la noche, Domingo saldría de puntillas y dejaría en el lecho a una mujer satisfecha y sorprendida por los juegos del amor, completamente exhausta. Esta escena se repitió a la noche siguiente y a la otra también. Milagros percibía su perfume a muchos metros de distancia y permanecía al acecho conociendo de memoria los pasos de su amante; entonces abría la puerta, antes de que llamase, lo tomaba por el corbatín y lo introducía rápidamente en el interior.

Carmen se percató enseguida de los cambios en su apariencia. Su tía tenía ese brillo especial de felicidad en los ojos, sonreía diferente y se peinaba distinto. Se retiraba a descansar durante el día y alargaba las siestas más que las suyas propias estando encinta…

Notaba cada uno de los gestos entre ellos, señales que los demás ni siquiera advertían. Los naturales y educados saludos que el capitán dedicaba a las damas podían parecer los mismos que los destinados a Milagros, pero no, no eran iguales. Durante breves segundos, ella podía percibir el delirio y la emoción que intercambiaban en sus miradas. A él le temblaba el labio inferior cuando apreciaba a su amada paseando por la cubierta, tomando en brazos a un niño o amenizando las noches musicales al piano.

Viudo desde hacía más de veinte años, jamás pensó en comprometerse de nuevo, pero, a partir de aquella primera mañana en el puerto de Barcelona, no conseguía sacársela de la cabeza.

—¡Estoy enamorado hasta las trancas! —le confesó a su primer oficial, Federico Bajel.

—Vaya, ya decía yo que esas ojeras me resultaban sospechosas… Solo puedo aconsejarte prudencia, compañero. Sabes que en un instante podría saltar el escándalo. La reputación de la dama y tu

puesto como capitán podrían verse seriamente dañados.

—Lo sé, amigo mío, las relaciones sentimentales con pasajeras durante las travesías están terminantemente prohibidas. Pero es que no puedo evitarlo, ¡esta mujer me tiene loco!

12

A bordo de La Soberana del Pacífico, Francisco estudiaba las enfermedades más comunes del Sudeste asiático. Las comentaba en sus visitas diarias a su colega, el doctor Gredilla, gran conocedor de todas ellas.

—El dengue, la fiebre amarilla, la fiebre tifoidea, la hepatitis A —enumeraba el médico contando con los dedos—, sin olvidarnos de las afecciones venéreas, muy habituales por la alta promiscuidad propia de aquellos lares, como la sífilis, sin cura todavía y para la que se utilizan tratamientos con cianuro de mercurio, altamente tóxico y de dudosa eficacia, que en muchos casos no evitan la parálisis progresiva del paciente. Durante nuestras travesías hemos tenido un poco de todo, pero el protagonista indiscutible ha sido el cólera, más común y expandido que el paludismo —decía mientras giraba la llave para abrir la puerta del consultorio—. Tome asiento, estimado colega —le invitó señalando la silla más cercana—. En esta última década, hemos sufrido por lo menos una veintena de casos de *Vibrio cholerae*, la mayor parte contraídos por pasajeros antes de su regreso a la península —afirmó hojeando las páginas de sus registros.

—Salvador, ¿oyó usted hablar del último brote de cólera que se expandió en el ochenta y cinco por toda la provincia de Valencia? De eso hace apenas dos años.

—Sí, sí, por entonces me encontraba en altamar, en este mismo

vapor, y no se comentaba otra cosa.

—Yo participé cuando pidieron voluntarios, toda ayuda era poca. Los contagios se contaban por miles. Tendría que haber visto el caos… —declaró Francisco con una mueca de tristeza—. Los sepultureros no daban abasto, los pocos carretilleros que seguían trabajando en los cementerios temblaban acobardados y se tapaban la nariz y la boca con trapos empapados en alcohol, cargando día y noche los cuerpos sin vida.

—Se dijo que los cadáveres llegaban sin ataúd, y que las funerarias no conseguían fabricar los féretros necesarios para cubrir la demanda, ya que muchos de sus empleados habían caído enfermos o muerto por las mismas causas…

—Fui testigo. Velar a los difuntos estaba prohibido para evitar más contagios. Hombres, mujeres y niños llegaban envueltos en las mismas sábanas en las que habían perecido y los recién nacidos, arropados en sus mantitas dentro de las canastillas. ¡Nadie en su sano juicio se habría atrevido a amortajarlos! A los pobres sin recursos los depositaban en las fosas comunes, descolgándolos sobre unas tablas amarradas a unas cuerdas, y luego les arrojaban encima cubos de cal viva y arena para acelerar el proceso de descomposición y disimular el hedor, aunque los sahumerios con hierbas aromáticas y azufre estuvieran repartidos por doquier, encendidos de día y de noche.

—¡Qué dantesco!

—Espantoso. En pocos días, varias generaciones de una misma familia se esfumaron. Algunos compañeros de profesión, víctimas de su deber, sucumbieron a la enfermedad. Yo por suerte la evité —reconoció Francisco— y, más tarde, junto con otros colegas, tuve la gran suerte de ser vacunado por el doctor Ferrán, cuando se trasladó a Valencia para suministrar la fórmula que resultó ser

nuestra salvación. Afortunadamente, a finales de ese verano, la epidemia remitía y la pesadilla terminaba después de meses de lucha.

—Gran hombre, Jaime Ferrán y Clúa. ¡Y pensar que muchos lo censuraron por no dar credibilidad a su vacuna contra el cólera! —deploró Salvador.

—Los mismos ignorantes que después aplaudieron sus éxitos en el campo de la investigación…

La conversación continuó en el salón principal junto a una taza de café. Así pasaron la tarde hasta la hora de la cena.

Aunque los dos amantes eran conscientes del escándalo que podrían causar si llegase a hacerse pública su relación clandestina, seguían con su pasión desenfrenada. El marino enseñó a la antigua monja lo que era la libertad cuando la despojaba de su ropa, dejando caer sobre el liso suelo del camarote su vestido, el corsé y las enaguas, y la hacía caminar frente a él para apreciarla en toda su hermosura. Ella accedía sin complejos y le pidió lo mismo; quería verlo enteramente desnudo y conocer cómo era el cuerpo masculino.

Domingo fue su maestro y Milagros, una alumna aventajada que aceptaba y disfrutaba todos los placeres prohibidos. Atrás quedaban sus años de virtud y castidad.

Entre las sábanas, apoyada en el hombro del capitán, le acariciaba el vello del pecho mientras compartían la pipa. Quiso saber más acerca de la vida del hombre que la tenía fascinada. Él le habló de su juventud, de su familia, de su breve matrimonio, de todos y cada uno de los barcos que había capitaneado. Le contó sobre su pasión por el mar. Le explicó cómo era la auténtica camaradería que reinaba en las naves y el continuo propósito de llevar a cabo su trabajo a la perfección de principio a fin.

Milagros, a su vez, le habló de su niñez, de su hermana Luzgarda, de cómo sufrió su perdida, del convento, del gran amor que sentía hacia sus sobrinos y de ese viaje que decidió emprender.

Una mañana, encontrándose a solas con su sobrina, se lo confesó todo.

—Tesoro, tengo un secreto que contarte.

—Ya lo sabía —dijo abrazándola—. Ciegos están los que no ven la felicidad que desbordáis…

—Me ha dicho que está enamorado, pero yo no deseo comprometerme, solo disfrutar de los momentos que pasamos juntos.

—Pero pronto llegaremos a Filipinas, ¿qué vais a hacer entonces?

—No lo sé, para eso faltan más de dos semanas. Por ahora solo quiero vivir en el presente.

Atrás quedaba la ciudad de Suez. El paso por el Mar Rojo comenzó tranquilo y sereno. Geográficamente, ese fecundo mar repleto de vida, con una flora y fauna espectaculares, era también el espacio que separaba África de Asia.

Carmen tomó pluma y papel para escribir una vez más a su amiga.

Mi queridísima Hortensia:

La Soberana del Pacífico ha seguido rauda su travesía por el estrecho de Bab el-Mandeb, una vía náutica de más de cien kilómetros de largo cuyo nombre árabe significa «puerta de las lamentaciones». Lo llaman así a causa de los numerosos naufragios registrados en sus aguas con fama de turbulentas, que, sin embargo, nuestro vapor ha surcado ligero como la seda rumbo a la ciudad de Adén.

Hemos arribado de noche, demasiado tarde para permitir el desembarco de pasajeros. El barco se ha limitado a fondear en el puerto durante unas pocas horas, las suficientes para llenar las carboneras, completar las provisiones de alimentos y abastecer los aljibes del líquido más preciado de todos: el agua dulce.

De nuevo, la llegada de las barcazas colmadas de carbón y remolcadas desde el puerto por el vaporcito de la compañía ha garantizado una de las distracciones favoritas de todos los pasajeros. Las damas solemos disfrutar sin disimulo y observamos curiosas las tareas de aprovisionamiento.

Esta vez, han llevado a cabo las faenas media docena de esbeltos y alegres yemeníes descamisados que subían y bajaban cargados con el valioso mineral, exhibiendo sus corpulentas constituciones y gran altura. Especialmente simpáticos, mostraban sonrientes unas hileras perfectas de dientes de color marfil que iluminaban la noche igual que los faritos flotantes. El sobrecargo les ha permitido quedarse un rato a bordo para mostrarnos sus complicadas danzas tribales y saltos acrobáticos a cambio de unas monedas. ¡Ojalá los hubieras visto!

Después unos vendedores ambulantes que rondaban el barco con sus botes nos han mostrado sus cestos repletos de fruslerías y bagatelas. Una distracción que el capitán autoriza de buena gana cuando los pasajeros no pueden poner pie a tierra. Como te podrás imaginar, querida Horten, la voz ha corrido como la pólvora y ha dado origen a una pequeña avalancha de señoras y señoritas atraídas por los abanicos de plumas, las figuritas de alabastro, los collares y los abalorios. ¡Te hubiera encantado!

De madrugada, zarparemos con destino a Colombo, la ciudad jardín de Oriente, a siete días de singladura. Esta será la distancia más prolongada entre escalas desde que iniciamos la travesía en el puerto de Barcelona. La vida a bordo continúa su cadencia a la espera de divisar las costas de Ceilán.

Mi embarazo va viento en popa, la cocina del barco es excelente y el aire del mar me abre el apetito. Me encantaría que estuvieses conmigo para disfrutar con tus propios ojos de todo lo que te cuento.

La tía Mili te manda recuerdos. Volveré a escribirte muy pronto.

Tu amiga que nunca te olvida,

CARMEN

«¿Amor mío, nos encontramos después del almuerzo en el rincón de fumar?», propuso el enamorado capitán en una nota que metió por debajo la puerta del camarote de Milagros.

Al llegar, la estrechó entre sus brazos.

—Quería hablar contigo… He pasado mala noche pensando en que pronto llegaremos a Manila. ¿Podremos separarnos tan fácilmente? Quizá nunca volvamos a vernos…

—Domingo, mi Domingo —susurró mimosa acariciándole la barba —, conoces mis circunstancias. Emprendí este viaje para seguir a mi familia. Enamorarnos no estaba previsto ni en tus planes ni en los míos. Yo tampoco sé lo que va a ocurrir, solo quiero disfrutar de cada momento que estamos viviendo.

—El momento pasará, mi amor. Debemos hablar. Si vamos a separarnos para siempre, prefiero dejar esta relación hoy mismo y prepararnos para lo inevitable, así el final será menos doloroso.

—¡Ay, no, por favor! Yo te sigo esperando todas las noches. ¿Cómo puedes decir eso? —dijo ella besándolo apasionadamente.

Él cedió de nuevo. Esa noche volverían a encontrarse en la intimidad.

En la cubierta, Javier charlaba con Narciso Lledó, ambos apoyados en la barandilla. Miraban al horizonte con el mar en bonanza y disfrutaban del cálido atardecer.

—Sin querer ser tachado de pesimista, opino que el dominio colonial se debilita cada día que pasa y sospecho que la situación no tardará en cambiar. Muchos habitantes de ese archipiélago están agotados de reclamar unos derechos que no les son concedidos y el descontento general aumenta. Desde que estalló el motín de Cavite en el setenta y dos —contaba Lledó terminando de liar un cigarrillo que encendió y ofreció a su amigo—, unos doscientos soldados y trabajadores nativos se alzaron para condenar públicamente el racismo y la desigualdad que sufrían por parte de la administración española. La sublevación fracasó. El gobierno peninsular quiso dar un severo ejemplo y sentenció a muerte por garrote vil a varios

líderes filipinos, entre ellos a tres conocidos sacerdotes autóctonos a los que acusaron de sedición. Otros insurrectos murieron fusilados. No es de extrañar que los ánimos del pueblo se inflamaran y dieran origen a más movimientos de protesta.

—¡Y España hace oídos sordos! Mi padre nos ha escrito contándonos sobre este grave problema. Él tampoco cree que las aguas puedan regresar a su cauce tan fácilmente. —Hizo una pausa para tomar una calada del cigarrillo y se lo volvió a ofrecer a Narciso —. Hoy en día, muchos filipinos han dejado más que demostradas sus capacidades intelectuales consiguiendo títulos en estudios superiores. Según él, hay una comunidad joven y extremadamente culta que sabe lo que quiere. Piden la igualdad y, sin lugar a dudas, tienen razón —afirmó Javier, convencido—. El colonialismo es una forma anticuada de política de dominación que somete a otros pueblos apropiándose de sus recursos y riquezas y privándolos de sus derechos. ¡Un sistema que tiene los años contados! Y gracias a esto —agregó pensativo—, me acaban de venir a la cabeza las famosas palabras de Ulpiano.

Narciso negó con la cabeza.

—Vaya nombre. ¿Quién es Ulpiano?

—El señor Domicio Ulpiano, del que soy un gran admirador, dicho sea de paso, fue un gran jurista del derecho romano que murió en el siglo tercero después de Cristo. Para él, la justicia consistía en estos tres preceptos: *honeste vivere*, «vivir honestamente»; *alterum non laedere*, «no dañar a los demás»; *suum cuique tribuere*, «dar a cada uno lo suyo». Se supone que esto describe una sociedad perfecta —explicó dando otra calada— en la que todos respetamos los derechos de los demás y vivimos sin importunar al prójimo. Mira, un buen ejemplo serían esos dos niños que corretean por la cubierta compartiendo sus juguetes; se divierten con la misma peonza y se

entretienen juntos, ¿verdad? El mayor le muestra al pequeño cómo debe poner la cuerda para que el trompo gire correctamente.

—Los veo, pero ¿a dónde quieres llegar?

—Es sencillo, amigo. El país colonizador hace exactamente lo contrario. Finge ayudar a los pueblos que conquista mostrándose ante sus ojos como el salvador de buena fe, pero es una fábula engañosa. Dificulta y entorpece su desarrollo, y prefiere mantenerlos en la ignorancia robándoles su autonomía. Ojo, una autonomía —añadió levantando el dedo índice— que es propia y legítima de cada ser humano. Una gran paradoja, porque, en realidad, las libertades de esas gentes, en el fondo, son prácticamente inexistentes. A esos pueblos se los trata como al niño tonto que debe ser llevado de la mano y controlado en cada momento —terminó Javier, acomodándose los bigotes.

—Tienes razón, tu explicación no puede ser más clara. Y ahora permite que sea yo el que te haga una pregunta: ¿sabes quién es José Rizal?

—No creo conocerle —respondió el abogado, sabiéndose en idéntica posición en la que su amigo había estado poco antes—. Pero déjame adivinar… Puesto que tiene un nombre actual, no pertenece a la época del viejo Ulpiano.

—¡Bien pensado! Rizal es un joven filipino contemporáneo nuestro. Tuve la suerte de conocerlo el pasado verano a mi paso por Madrid. Fue por entonces cuando mi periódico me envió a cubrir la exposición de Filipinas en el parque del Retiro. Había oído hablar de su persona y leído todos sus artículos de opinión. Conseguí ponerme en contacto con él y accedió amablemente a que nos encontrásemos en un conocido café de la capital. Estuvimos charlando largo rato sobre lo que ocurre en su tierra.

—¿Y qué te pareció la exposición?

—Digamos que fue algo fuera de lo común. Me quedé admirado por el elegante Palacio de Cristal, levantado en tan solo cinco meses con vidrio, hierro y acero laminado. Es de lo más moderno, inspirado en el Crystal Palace de Londres, una maravilla.

—¡Aquí estáis! ¡Os estábamos buscando! —exclamaron Carmen y Milagros—. Hace una tarde fabulosa para tomar un refresco en la cubierta, ¿qué os apetece? ¿Una horchata o una limonada, tal vez? —preguntó Mili haciendo un gesto al camarero para que se acercase.

—¡Sentaos aquí! —ofreció Javier, atento, mientras acercaba dos *chaises longues*—. Narciso me estaba contando que su periódico le envió a cubrir la noticia sobre la exposición de Filipinas que se celebró en Madrid.

—Entonces ¿fue a verla? ¡Le dieron mucho bombo y platillo! Desde luego, en los periódicos no se hablaba de otra cosa —afirmó Carmen—, pero algunos la criticaron por tomar como excusa el hecho de promocionar el conocimiento de las diversas culturas filipinas y su forma de vida para exponer a los seres humanos de una forma no del todo respetuosa… —dijo antes de dar un primer sorbo a su limonada.

—Tiene razón. Trasladaron desde el archipiélago árboles y flores exóticas para regalarnos la vista, así como una gran variedad de animales vivos y disecados de especies singulares, pero lo que verdaderamente llamó la atención… Muchas gracias —se interrumpió al recibir su horchata—. Lo llamativo fueron los nativos de diferentes etnias que habitan el archipiélago.

—Seguramente solapado en forma de un estudio antropológico… —apostilló Milagros.

—Sí, cuarenta y dos personas, entre hombres y mujeres, que revelaban anatomías desconocidas de párpados caídos, pómulos prominentes y miradas oblicuas. Fue esa colección de personas de

apariencias y rasgos nunca vistos la que alimentó la curiosidad de los visitantes. Y causó un cierto alboroto, la verdad.

—¿Alboroto? ¿Por qué? —se extrañó Javier.

—Por sus vestimentas. Algunas, sobre todo en los hombres, eran bastante escasas.

—¡Qué crueldad! Exhibidos como atracciones de feria en un zoológico humano —deploró Mili, que negaba con la cabeza.

—Los mostraron igual que en un libro abierto en el que los personajes cobran vida. Los hombres se hallaban expuestos por los diferentes pabellones vestidos con sus trajes típicos, a veces solo con taparrabos y coronas de plumas, asiendo lanzas afiladas; otros, con sencillos pantalones de algodón y complicados turbantes de colores o sombreros de palma —decía Lledó sentándose junto a ellas —. Allí estaban los igorrotes, los carolinos y los moros del Joló, y también había mestizos y obreros de origen indio. Hasta un negrito trajeron. Provocaron risitas nerviosas entre el público y muchas miradas malintencionadas, que señalaban impertinentes donde no debían cuando algunos presumían trepando ágilmente a los árboles más elevados del parque, mostrando su robustez y corpulencia.

—¿Y las mujeres? —preguntó Carmen—. Espero que no fuesen exhibidas de esa forma…

—Para nada —aseguró Narciso sin vacilar—. Las mujeres indígenas fueron dignas en su compostura y suscitaron admiración vistiendo sus atavíos típicos y luciendo sobre los hombros los afamados mantones de Manila llenos de color. Trabajaron en los talleres repartidos por los anexos del parque, provistos de telares, y expusieron sus excelentes habilidades con la seda, el algodón y las fibras del abacá. Asimismo, aprendimos con ellas sobre el oreo, la fermentación y la elaboración de la hoja de la *Nicotiana tabacum*, hasta convertirla en el tabaco que conocemos, los cigarrillos o la

picadura… No negaré que la exposición, en general, me pareció muy interesante.

—Según el diario *El Globo*, hubo casi seiscientas mil visitas —precisó Javier.

—Sí, sí, la organización aseguró que fue un éxito —subrayó Lledó.

—Y retomando la conversación anterior… Estabas hablando del tal Rizal antes de que llegaran mi tía y mi hermana —le recordó Javier acomodando el chal a Milagros.

—Es verdad. Espera… —Narciso revisó en su cuaderno las notas que tomó en la entrevista—. Su nombre completo es José Protasio Rizal-Mercado y Alonso-Realonda. Ese brillante muchacho es filipino, ha cursado estudios superiores en Madrid y redacta con buena pluma artículos encendidos denunciando la situación de sus paisanos en periódicos afines a su causa.

—¡Qué valiente! Por menos que eso, muchos terminan encarcelados o desterrados —argumentó Carmen pensando en su padre.

—En efecto, muy valiente y, además, muy joven. Apenas tiene veinticinco años y ya está dando a conocer públicamente las trabas que el gobierno colonial sigue imponiendo en su tierra. Salidos de familias mestizas de cierto nivel patrimonial, Rizal y sus compañeros han tenido acceso a estudios universitarios. ¡Ellos podrían escribir un nuevo futuro político para su pueblo!

—Me alegra escucharlo, pero ¿cuánto tiempo cree que les dejarán alzar la voz en defensa de los suyos? Desgraciadamente, tenemos una historia semejante en la familia… —previno Mili recordando a su cuñado.

—Esa misma pregunta le hice yo.

—¿Y qué le contestó? —quiso saber Carmen.

—Me aseguró que no le importaría sacrificar su vida llegado el

momento. ¡Ah!, y me aclaró algo que yo ignoraba y dejé anotado… Aquí está —dijo señalando una de las páginas—. Me explicó que las posiciones y los derechos de la sociedad filipina estaban definidos desde hacía siglos al antojo de nuestro país y que esa injusticia tenía que terminar. En la cima de la pirámide, se sitúan los españoles nacidos en España, también llamados peninsulares, entre los que, por ejemplo, se encuentra su padre, el señor Pérez. En segundo lugar, les siguen los hijos de matrimonios peninsulares, nacidos en las colonias, a los que denominan criollos; este sería el caso de su futuro hijo. Tras los criollos, la equidad y los derechos disminuyen notablemente a partir de los mestizos españoles, que, como su nombre indica, han sido concebidos con chinas o indias nativas. Y ya en la base de esta pirámide, aparece la población rural, fuera de las ciudades, que está compuesta generalmente por naturales, que son los indios nativos, los mestizos procedentes de indios y filipinos o de indios y chinos, llamados *mestisong* sangley, y los sangleyes, que son los chinos puros.

—Resumiendo, entonces… La cosa está que arde y el gobierno español haría bien en recordar las palabras de Ulpiano: «La justicia está en dar a cada uno lo suyo» —evocó Javier.

13

—Ahí tienen las costas de Ceilán —indicó Gredilla uniéndose a Carmen y Francisco en su paseo por la cubierta después del desayuno—. Es una isla paradisiaca. Llegaremos temprano y los pasajeros tendrán todo el día para visitar Colombo. El vapor amarrará dentro de poco en el puerto.

—Pensábamos desembarcar para estirar un poco las piernas y comprar algunas de sus famosas especias. ¿Por qué no nos acompaña? —le invitó Carmen con simpatía.

—Conozco bien la ciudad y con mucho gusto iré con ustedes. Colombo es un interesante crisol de culturas, les gustará.

Con vestidos ligeros y sombrillas de encaje en la mano, Mili y Carmen subieron a una de las barcazas con Francisco, Javier, Narciso y Salvador Gredilla, este último muy concentrado en su rol de guía particular.

—¿Por qué el capitán no ha querido acompañarnos? —susurró Carmen al oído de su tía.

—Creo que está enfadado conmigo.

—¿Qué ha pasado? ¿Habéis reñido?

—Bueno, él espera que hablemos seriamente de lo nuestro y yo no le doy la oportunidad. Tengo la impresión de que quiere que nos comprometamos en una relación un poco más formal.

—¿Y qué piensas responderle?

—No te preocupes por eso, tesoro, soy consciente de que estamos

viviendo una fantasía, un romance intenso de novelita rosa. Después de atracar en Manila, él partirá de nuevo y seguirá con su trabajo. Nuestra familia continuará unida. Lo principal es que vamos a encontrarnos con tu padre, que ya bastante tiempo lleva solo lejos de su hogar. Sin olvidarnos de que pronto darás a luz y necesitarás mi ayuda con el pequeñín.

Carmen sabía que su tía sufriría con la separación, pero tampoco estaba dispuesta a cambiar sus planes.

—Damas y caballeros —anunció el doctor llamando su atención—. Podrán enviar sus cartas y telegramas desde la posta de telégrafos situada en este puerto, a poca distancia de donde nos encontramos.

Narciso Lledó y Cardona sonrió mostrando el sobre con una nueva crónica destinada a su periódico.

Javier envió un telegrama a su padre y Francisco otro para tranquilizar a su madre y a sus hermanos.

—Estamos pisando Colombo, la capital política y administrativa de Ceilán —retomó Gredilla—. Sepan que, desde 1815, el país está bajo dominio inglés. Aquí llegan a diario docenas de barcos para intercambiar o vender sus mercancías. Por estas tierras y a lo largo de los siglos, se han plantado estandartes de diferentes países, aunque últimamente, como les decía, ondea la bandera azul, roja y blanca perteneciente al Imperio británico.

—¿Y cuál es la religión que se practica? —preguntó Javier.

—Aunque el número de budistas es mayoritario, se permite la práctica del hinduismo, el islam y el cristianismo —confirmó Salvador —. Domingo y yo, cuando desembarcamos en este puerto, solemos encontrarnos con un buen amigo angloespañol en la capitanía. Siempre nos invita a tomar uno de los famosos tés de Ceilán. Ahora, si les parece, iremos a visitar el templo más antiguo que se conserva en Colombo. Es hinduista, se llama Sri Kailawasanathan Swami

Devasthanam y está dedicado al poderoso Shiva. También están representados el dios de la guerra, Skanda, y Ganesha, el dios con rostro de elefante, que a su vez es hijo de Shiva —explicó Gredilla.

—¿Y tienen un dios médico? —preguntó Francisco Anastasio con ironía.

—¡Por supuesto que sí! Nuestro colega divino es el galeno de los dioses. Tiene cuatro brazos y se llama Dhanwantari.

—Sería muy práctico tener cuatro brazos… —afirmó Carmen, convencida. Miraba a su marido con picardía.

—El templo del que les hablo es mi favorito. La primera vez que lo vi, quedé ojiplático con su estructura en forma de torre y sus coloridos personajes en cascada. ¡Es increíble! —prosiguió Salvador —. Y para nuestra máxima comodidad, nos moveremos sobre ruedas en los típicos *rickshaws*. Son esas carretillas con asientos que ven ahí aparcadas, unas junto a otras, tiradas por mozos. Voy a acercarme a hablar con ellos y negociar un precio para todo el día.

—No pensarán marcharse sin mí, ¿verdad? —dijo el capitán, que apareció a su espalda y ofreció el brazo a su mademoiselle.

Todos celebraron su llegada. Subieron a los *rickshaws*, que se movían con una velocidad y habilidad increíbles entre el alboroto de las calles.

Exactamente como lo había descrito Gredilla, quedaron asombrados al pie del templo, que se elevaba ante ellos a varios metros de altura en una explosión de vivos colores y con cientos de estatuas de complicadas deidades grandes y pequeñas que adornaban el exterior.

—*Gopuram*, así se llaman las torres ornamentales de los templos hinduistas. Suelen tener una forma piramidal igual a esta —señaló Domingo—. Fíjense que a cada lado hay dos torrecillas, igualmente decoradas con profusión de personajes, que la custodian.

Javier intentó contar las figuras.

—Imposible…, he perdido la cuenta. ¡Hay tantas que no acabaríamos nunca! Pero estoy seguro de que son más de quinientas.

—Algunas parecen estar vivas e intercambiarse entre ellas para confundirnos —comentó Narciso Lledó, fascinado.

—¡Vayamos! El interior es aún más sorprendente —dijo el médico de a bordo, liderando una vez más el grupo con el bastón levantado.

Entraron descalzos para respetar la tradición del lugar sagrado. El pasillo central destacaba por unas majestuosas columnas de madera tallada en las que, adosadas, se apreciaban unas estatuas de tamaño natural ricamente vestidas. El penetrante olor a incienso infundía misticismo en el ambiente. Flores de loto gigantes presidían el plafón de madera, cada pétalo perfilado por brillantes pigmentos. Su guía fue describiendo metódicamente de uno en uno a los dioses sobre su altar hasta llegar a Shiva.

—Como pueden observar, está sentado en la posición del loto, iluminado por una aureola de luz detrás de la cabeza y portando en la mano un fino tridente. Shiva significa «próspero» y «benigno», pero al mismo tiempo encarna la destrucción, que, pese a que pueda parecernos contradictorio, es la que precede a la regeneración. O sea que Shiva extermina para volver a crear.

—Y ¿por qué tiene tres ojos? —preguntó Carmen señalando la frente de la figura.

—El tercero, el que tiene entre las cejas en posición vertical, es el ojo de la sabiduría. Con él puede destruir todo lo que se le ponga por delante.

—¡Menudo es Shiva! —exclamó Carmen, que añadió un silbido de admiración.

—Sí, mejor que no abra el tercer ojo —la secundó su tía

bromeando—. Pero, si me disculpan, voy a salir un rato afuera, creo que empiezo a marearme a causa de tanto incienso —dijo con la nariz arrugada mientras se abanicaba.

—Vayamos todos, así tendremos tiempo de visitar el barrio de Pettah. Verán que la gente de esta ciudad es tranquila y muy amable —prosiguió el médico—. Los ceilandeses poseen entre sus virtudes el estoicismo y la paciencia. Continuamente invadidos a diestro y siniestro, han terminado por tomarse con gran filosofía todo lo que se les ha venido encima, tal y como escribió el antiguo general chino Sun Tzu: «Si no puedes con el enemigo, únete a él».

—¡Sabias palabras! —comentó Narciso, que las anotó en su pequeño cuaderno.

—Existen edificios y templos de todos los estilos, prueba de las huellas que han ido dejando el paso del tiempo y sus múltiples culturas. El entramado laberíntico de sus calles repletas de tiendas es único —añadió Piélago.

Llegando a Pettah, bajaron de los carritos. Se disponían a pasear por el mercado cuando escucharon el barrito de unos elefantes.

—¡Elefantes sueltos por la ciudad! —exclamó Narciso, entusiasmado.

Por una de las callejuelas del mercado apareció una manada de esos paquidermos dando grandes y lentas zancadas. Iban montados por adultos y niños, los populares *mahouts*.

—El *mahout* cuidará de su elefante toda la vida. Se le asigna uno desde pequeño y entre ellos se establece un vínculo muy especial. Como el animal es tan longevo, puede llegar a tener varios *mahouts* durante su existencia y seguirá sin vacilar las instrucciones que le ordene. Son animales sociables por naturaleza y extremadamente inteligentes —explicó Gredilla con admiración.

—¡Miren! En aquella esquina —les indicó el capitán— hay un

encantador de serpientes. Está sentado con las piernas cruzadas frente a una cesta y toca el *pungi*, esa especie de flauta que sujeta entre las manos. Si tienen paciencia, no tardarán en ver aparecer del fondo de la canasta una serpiente.

—¡Guau, la cobra está saliendo y bailando al ritmo de la música! —se sorprendió Javier—. ¿Y el músico no teme ser picado por ella?

—El flautista con el turbante es un *aissaua* y sabe perfectamente lo que debe hacer con el reptil —continuó con su explicación—. También aprenden el oficio siendo niños. Muchos *aissauas* extraen cotidianamente el veneno de las serpientes o incluso les arrancan los colmillos para evitar ser mordidos. En realidad, no está bailando al ritmo de la melodía. Sencillamente, se mueve hipnotizada con el movimiento del *pungi*.

—¿Y aquel hombre que parece ir vestido en pañales y está sentado encima de un jergón de clavos? —exclamó Mili, asombrada.

—Es un faquir, un asceta que renuncia a los placeres mundanos y busca a través de su cuerpo perfeccionar el espíritu. Por eso se inflige sacrificios carnales, como acostarse en camas de clavos, caminar sobre brasas ardientes o ayunar durante días enteros —aclaró Gredilla.

—Increíble…

—Pues a mí se me ha abierto el apetito —aseguró Carmen—. ¿Alguien más tiene hambre?

Entraron en un restaurante y comieron con avidez un plato de pollo, acompañado de arroz con curri.

—¿Qué tipo de especia es esta, doctor Gredilla? —preguntó Javier —. ¡Es un tanto picante!

Narciso bebía un vaso de agua tras otro sin dejar de comer.

—¿Le gusta? Es una mezcla de diversas especias molidas que incluye guindilla, hojas de laurel, pimienta negra, cilantro,

coriandro… y unas cuantas más —explicó Salvador, evidenciando una vez más su variada cultura general.

—En España, el picante que consumimos no es tan fuerte, pero me gusta —insistió Narciso—. Uf, de repente siento más calor —dijo poniéndose rojo y tomó el abanico que Mili le tendía.

—Acaba de comprobar la típica reacción a los sabores especiados. Coma un poco de *paratha* —explicó el capitán mientras le alargaba la cestita frente a él—. Verá qué sabrosa es esta variedad de pan que se consume mucho por aquí. Ya se habrá dado cuenta de que el agua no ayuda demasiado en estos casos.

—¿Qué tal quedaría la paella con un poco de curri? —bromeó Francisco tomando un nuevo bocado.

—¡Ah, eso sí que no! —saltó Narciso, que negaba con la cabeza—. Entonces dejaría de llamarse paella… Sepan que los valencianos nos tomamos ese tema muy en serio.

Todos rieron con la observación.

—En la cocina manchega utilizamos el pimentón. Es esencial en muchos platos típicos, incluso para la curación de los embutidos. Pero no es tan intenso —agregó Milagros tomando la bandeja del pollo—. ¿Alguien quiere un poco más?

—Yo, por favor, es que hay un sinfín de cosas que no conocíamos… —expresó Carmen tendiéndole el plato—. ¡Este viaje está abriendo ante nosotros tantas experiencias nuevas!

Después de comer, las mujeres insistieron en volver al mercado de Pettah para comprar unos saquitos de esa especia amarilla.

—Por cierto, Narciso, no me has dicho dónde piensas alojarte una vez que lleguemos a Manila —preguntó Javier caminando de nuevo por el mercado.

—Me han recomendado una fonda cerca de Tondo, creo que no está lejos de Intramuros.

—¿Una fonda? Cuando mi padre se entere, no lo permitirá. Te quedarás en casa con nosotros —argumentó su amigo—. No vamos a perderte de vista tan fácilmente. —Rio.

—Por supuesto, faltaría más. La casa de mi cuñado es grande —añadió su tía, convincente—. ¿Tantos días en una fonda y malcomiendo? Eso no estaría bien. Se quedará con nosotros, ¿verdad, Narciso?

—No querría ser una molestia…

—¿Cómo podría ser una molestia? —dijo Carmen poniendo los ojos en blanco—. Y, además, tengo una proposición. Tuteémonos todos entre nosotros, hace muchos días que nos conocemos y ya somos amigos.

—¡Apoyo la moción! —afirmó Francisco, conforme con la ocurrencia de su esposa.

—Pero antes de embarcar de nuevo, la tía Mili y yo entraremos en una de esas tiendas de especias para comprar curri y curiosear un poco. ¡No hace falta que vengáis! Domingo nos ha enseñado a regatear —dijo guiñándoles un ojo.

—Bien, os esperaremos justo enfrente tomando un café. ¿A qué hora debe partir La Soberana, capitán? —preguntó Salvador mirando su reloj.

—No zarparemos hasta entrada la noche, aún tenemos mucho tiempo. Dejemos que las damas disfruten haciendo sus compras.

—Empezaremos por aquí. —Olisqueando en el aire el aroma que desprendían las especias, Carmen señaló un local a poca distancia.

El pequeño comercio no era tan exiguo como aparentaba desde el exterior. El vendedor las instó a ir hasta el final del local, donde parecía que tenía algo especial que mostrarles. Ellas le siguieron confiadas, rozando a su paso la yema de los dedos en los sacos rebosantes de más especias, hierbas aromáticas, semillas y otros

condimentos de colores llamativos.

Pero al fondo no había ninguna mercancía.

En su lugar, aguardaban tres hombres semejantes a los muchos que habían visto por las calles de Pettah, vestidos con el típico *dhoti* bombacho anudado a la cintura y el turbante en la cabeza. Uno las señaló alternativamente y otro indicó el vientre de Carmen, mostrando su desacuerdo. El tercero se frotaba las manos y se acercaba a ellas para observarlas mejor. Era bajito y atufaba a pescado podrido; parecía ser el cabecilla y quiso tocar la piel de Carmen. Esta, sorprendida, le propinó un bofetón y su tía, un sombrillazo en la cabeza.

Poco acostumbrado a las mujeres de carácter, los dos hombres se mofaron de la reacción de su compañero, que dio un salto hacia atrás, desconcertado.

Intentaron huir, pero les cerraron el paso.

—¿Qué quieren estos hombres, tía Mili?

—No te asustes, mi tesoro, pero me parece que no tienen buenas intenciones…

Carmen les ofreció su monedero, un gesto que Milagros imitó. Aunque fueron bien recibidos, querían más. Desesperadas, pidieron ayuda a gritos, sin ningún éxito. Con el barullo de Pettah, nadie podía oírlas. Estaban solas e indefensas.

Al advertir que tardaban en salir, Francisco y Javier fueron al pequeño comercio, que ahora se encontraba cerrado. Dentro no se percibía ni un alma.

—¿¡Dónde están!? —gritó Francisco forcejeando con la puerta enrejada.

—¡No puede ser, han entrado aquí! —Alarmado, Javier pasó el puño entre los barrotes y golpeó la puerta interior, ayudado por Narciso.

—Calma, por favor, tiene que haber una explicación lógica —intentó tranquilizarlos Gredilla—. Voy a ver por el otro lado, quizá se encuentren en la trastienda.

—¡Te acompaño! —dijo Domingo, preocupado.

Pasaron por la callejuela anexa, sorprendidos por el complicado entramado de tiendas, barracones y chozas aglutinados y conectados entre sí.

—No sigamos, Salvador, o no sabremos volver, esto es peor que un laberinto. Será más prudente regresar con los demás… Veamos si entretanto han aparecido.

A patadas, desencajaron la reja y echaron la puerta abajo. Accedieron al local casi a oscuras y Narciso encendió unos fósforos. Estaba desierto y no había ni rastro de las mujeres.

—Pero sabemos que han estado aquí, ¡mirad! —observó Javier, que recogió del suelo la sombrilla rosada de su tía—. Está partida, como si hubiese querido defenderse con ella…

—Yo creo que debemos ponernos en la peor de las situaciones y actuar rápidamente —declaró Piélago con seguridad—. ¡Vayamos!

—Pero ¿adónde? —protestó Francisco, alarmado—. ¿Por qué no seguimos buscando por la zona?

—¡Se las han llevado de Pettah, estoy seguro! Confiad en mí, iremos a la capitanía y avisaremos a las autoridades. ¡El capitán general es un viejo amigo y nos ayudará!

—Se refiere a James Fish Altozano —apuntó Gredilla—. Es el mejor capitán militar que conozco.

—¿Cómo puede ayudarnos? —quiso saber Francisco, desesperado.

—Es el único que puede hacerlo, diría yo. James es un buen amigo. Ostenta un gran poder en esta isla y me debe algún favor.

—¡Pero dos mujeres como ellas no pueden pasar desapercibidas! —arguyó Javier, que intentaba poner en claro sus ideas mientras

negaba con la cabeza, fuera de sí. Subieron de nuevo a los *rickshaws*, en dirección al puerto.

—¡Pondremos patas arriba toda la costa, si hace falta! —gritó Domingo—. ¡Las encontraremos!

—*Go faster, please, we will pay you double!* —prometió Gredilla a los conductores que arrastraban los carritos.

A causa de los trapos anudados sobre la boca, Carmen y Milagros no podían despegar los labios para gritar. Se encontraban maniatadas en una habitación con el suelo de tierra batida y más oscura que una mazmorra. Tras la puerta, escuchaban a sus raptores discutir en un idioma ininteligible. Nerviosas y confusas, forcejeaban intentando liberarse en vano. Uno de los hombres, el que llevaba en la frente el *tilaka* rojo (el puntito rojo típico hindú), entró, las levantó del suelo y les quitó las ataduras y la mordaza. El más bajito le seguía y abrió un saco de arpillera, mostrándoles lo que había en su interior: dos saris mugrientos.

—¿Qué quieren que hagamos, tía?

—Seguramente que nos vistamos con esos trapos sucios.

—Chisss… —les dijo el del *tilaka* poniéndose un dedo sobre los labios. Señaló los saris.

Milagros se negó categóricamente a desvestirse frente a ese bruto que la miraba con deseo. Impaciente, la amenazó blandiendo un cuchillo en el cuello de su sobrina y no tuvo más remedio que ceder. Se quedó tan solo con el corsé y las enaguas.

Carmen y la tía Mili, trasformadas e irreconocibles, fueron arrastradas por una callejuela en dirección al mar hasta una pequeña cala recogida entre las rocas, donde esperaba un barco pesquero que vivió tiempos mejores cuarenta años atrás. Las obligaron a descender por la escotilla hasta la bodega. El bajito

llevaba un saco con sus vestidos. Los registró y las despojó de los pendientes y de las cadenas con las medallitas de oro. Cuando Carmen se negó a entregarle la alianza, el rufián la amenazó de nuevo señalándole el vientre, y ella obedeció tirándosela a la cara.

Milagros se interpuso entre ellos y recibió la bofetada destinada a su sobrina.

Antes de traspasar los controles de la capitanía, Domingo Piélago y Salvador Gredilla se presentaron sacando sus credenciales y preguntando por mister James Fish Altozano.

—Lo siento mucho, pero se encuentra reunido en estos momentos —se limitó a decir uno de los jóvenes administrativos con desgana, ofreciéndoles unas sillas.

—Necesito hablar con él ahora mismo, es un asunto urgente que no puede esperar. —Advirtiendo que sus palabras no surtían el menor efecto, dio un golpe sobre la mesa y alzó la voz, mirándole directamente a los ojos—: Esta vez no le pido, ¡le or-de-no que diga de inmediato al capitán general James Fish Altozano que el capitán don Domingo Piélago y el doctor Salvador Gredilla están aquí y quieren verlo con urgencia!

—¡Eso mismo! —secundó Gredilla con otro golpetazo en la mesa.

El joven se levantó como si hubiera recibido una descarga eléctrica en el trasero y salió disparado hacia el despacho de su superior.

Mientras tanto, esperando en la calle, Francisco se llevaba las manos a la cabeza y deambulaba arriba y abajo.

«Es el peor momento de toda mi existencia —pensaba angustiado —. Si pierdo a Carmen, ya no me quedará nada. ¿Por qué he dejado que entraran solas en esa tienda? ¿Por qué no me habré dado cuenta de lo que podía ocurrir? ¡Todo es culpa mía!».

Javier seguía los pasos de su cuñado, acompañado por Narciso,

que fumaba y liaba un cigarrillo tras otro.

—¡Carmen y la tía Mili, desaparecidas! ¿Quién sabe lo que estarán padeciendo? Tengo mucho miedo, Narciso, ellas son toda mi vida. Si les pasa algo malo, te prometo que no me lo perdonaré nunca, prefiero morir.

Su amigo le puso la mano sobre el hombro.

—Te juro que las vamos a encontrar y que esos hijos de mala perra van a catar estos puños —sentenció remangándose las mangas de la camisa.

Cuando Fish Altozano supo de la presencia de sus amigos, dio por concluida la reunión y salió de inmediato del despacho seguido de siete oficiales. Además de británico, el capitán general era español por parte de madre.

—¡Vosotros aquí! ¿Qué os ocurre?

—¡Algo muy grave, James, y necesitamos tu ayuda urgente! —alegó Domingo con impaciencia, secundado por Salvador con cara de circunstancias.

Les llevó exactamente un minuto explicarle la situación.

—¡Por todos los diablos de los océanos! ¡Ahora mismo salimos en su busca! Pero lo primero será enviar un telegrama al otro lado de la costa: *Two Spanish ladies have been kidnapped, alert all ships across the coast!* —ordenó a su secretario—. Nuestro puesto británico hará que se corra la voz para que todos los barcos, grandes y pequeños, estén sobre aviso.

—¡Y nosotros te acompañaremos! —anunció Domingo frunciendo los labios—. Esos malditos no se saldrán con la suya.

—Los demás esperan afuera impacientes y querrán venir —advirtió Gredilla sin dar pie a una negativa.

—¡Con la condición de que sigan mis ordenes! —James marchaba a grandes pasos en dirección a la nave que aguardaba amarrada a

poca distancia—. ¡La tripulación de mi clíper está siempre lista! Sus captores querrán llevarlas lo antes posible hacia el estrecho, que es la distancia marítima más corta entre Ceilán y la India. Si yo fuera ellos, las trasladaría a la península en una nave pequeña y de poco calado para evitar llamar la atención. En cuanto reciban el telegrama, nuestro acuartelamiento militar de la zona registrará el interior de cada barco que intente aproximarse a esa franja. Tranquilos, no les tocarán un pelo mientras sigan con ellos, de eso podéis estar seguros. Las conservarán en perfecto estado hasta el momento de su entrega. Han sido muy atrevidos. ¡No tenía constancia de ningún secuestro de *ladies* extranjeras hasta el día de hoy!

—¿¡Se-cues-tra-das, por qué!? —gritó Francisco, desconcertado.

Fish se detuvo unos instantes frente a él.

—No hay mucho misterio, caballero. Por lo que me han dicho, se encontraban solas, son bonitas y blancas de piel; alguien ha podido verlas y encapricharse. Sepa usted que en esta parte del mundo cualquier cosa es posible.

—¡Pero mi esposa espera un hijo! ¿Qué interés pueden tener en una mujer en ese delicado estado?

—Eso no es un problema. Incluso podrían verlo como una ventaja, un futuro bebé es otra forma de obtener ganancias en el comercio ilegal de adopción de niños… —afirmó Fish Altozano, que subió a bordo de su barco mientras apremiaba a la tripulación a levar anclas de inmediato.

Mili sufría por Carmen y por el bebé.

Le apretó la mano para darle ánimos. Carmen hizo lo mismo, alentada por la idea de que vendrían a salvarlas.

—Chisss… —le susurró su tía al oído—. Tranquila, mi tesoro, no

llores más. Respira hondo y piensa en el chiquitín.

—No para de moverse…

—Señal de que está bien y eso es lo que importa.

—Vendrán pronto a liberarnos, ¿verdad?

—Eso es seguro, mi niña. A estas horas ya habrán puesto a todo Ceilán tras nuestra pista.

—Tengo miedo. Esos hombres son unos brutos, ¿has notado cómo nos miran?

El clíper Thunder of the Seas, estrecho y alargado, era de los más rápidos en esa parte del océano Indico. Tal y como ordenó su capitán, salió raudo del puerto en dirección al estrecho de Palk con sus veintiséis velas resplandecientes, repartidas entre sus cuatro mástiles. James, pensativo y preocupado, asía firmemente el timón. Vestía el uniforme de diario de color índigo, con el cuello elevado y la solapa con doble hilera de botones dorados, y en su rostro brillaba entre ceja y ceja una cicatriz en forma de relámpago, fruto de una antigua disputa de espadas con el famoso y sanguinario pirata chino Mao Zeng, de la que salió victorioso cuando todavía era un joven oficial.

El viento les azotaba la cara. Francisco y Javier se mantenían de pie en la proa con la mirada grave, sin perder detalle de la extensa perspectiva que tenían ante ellos, un mar plagado de botes, barquitos de vela y docenas de canoas.

—No podremos pasar al otro lado con el clíper —anunció Domingo —. Las aguas del estrecho de Palk son poco profundas y están plagadas de arrecifes. James echará el ancla a un par de millas de la costa y nos trasladaremos en embarcaciones más pequeñas para continuar a remo.

Carmen lloraba en silencio y se sentía culpable; por su culpa habían golpeado a su tía. Tenía calor, la tela del sari se le pegaba al cuerpo, le abrasaba la sed, olía a orín y estaban rodeadas de humedad y de raspas de pescado. ¿Dónde estarían Francisco y Javier? ¿Cómo podrían encontrarlas?

El pesquero desplegó las velas y emprendió el viaje impulsado por el viento. El clíper ya había pasado raudo frente a ellos, bien alineado y paralelo a la costa.

Carmen no pudo evitar sentir náuseas con el zarandeo y vomitó el pollo con curri del almuerzo.

—Tranquila, son los nervios. ¿Ahora ya te sientes un poco mejor?

—Eso parec… —alcanzó a decir, pero perdió la consciencia. Se dejó caer en el regazo de Milagros.

Si Fish Altozano no las hallaba antes de que tomasen tierra en la costa india, nadie lo haría. Debía impedir que las desembarcaran o corría el riesgo de perderles la pista para siempre. Tenía la fortuna de gobernar uno de los barcos más veloces y modernos de su época y esperaba que la suerte, como el viento, estuviesen a su favor.

Domingo, aunque no era un hombre creyente, rezó y rezó con toda su alma pensando en ellas.

El telegrama que enviaron al puesto británico del litoral fue tratado con la atención que merecía. Una decena de embarcaciones, grandes y pequeñas, aparecieron en su ayuda, desplegándose a lo largo del estrecho.

James ordenó anclar justo delante de los arrecifes. Abandonaron la nave en los botes. Mientras los marineros tomaban los remos, ellos se distribuyeron en los bancos.

Escucharon un tiroteo.

—¡Remen en dirección oeste, las detonaciones vienen de allí! —les

conminó James, que indicó con su espada la dirección.

—¿¡Qué ocurre, capitán!? ¿No es peligroso disparar? ¡Podrían herir a las mujeres…! —le recriminó Francisco gritando a todo pulmón. Estaba apoyado en el costado del bote vecino, con el torso medio fuera, y Javier y Narciso coreaban quejas idénticas.

Al momento se escucharon tres disparos más.

—¡Señores, hagan el favor de callar o les mando ahora mismo de vuelta al clíper! ¡Domingo, estos civiles están bajo tu responsabilidad, haz que obedezcan! —Su cicatriz se convirtió en una nervadura escarlata—. ¡Remen, remen, remen! —repetía James Fish desde la proa del bote, en tanto se acortaban las distancias al mismo ritmo que los musculosos brazos de sus hombres hacían oscilar las palas de madera sobre el agua.

Una decena de embarcaciones acudieron al lugar de las deflagraciones. Dos hombres yacían malheridos sobre la cubierta de una barcaza, tiñendo el suelo de sangre. Dos insensatos que habían hecho caso omiso a las advertencias.

—Eran contrabandistas indios —lamentó el oficial de la marina inglesa que dio la orden de disparar—. Al no respetar el alto, nos parecieron sospechosos. Después echaron el cargamento al mar y pretendieron seguir como si nada. Pero ya ven que de poco les ha servido, todo por el maldito opio.

—Lástima, pero ¡allá ellos si no les importa pagarlo con sus vidas! —gritó el capitán general—. Sigan con el protocolo habitual: remólquenlos hasta la costa y llévenlos al hospital. Si sobreviven, la policía local se encargará de interrogarlos.

Aprovechando la confusión, un pequeño pesquero, desvencijado pero muy veloz, pudo pasar entre ellos sin llamar la atención.

Menos por un par de ojos.

Francisco Soldevila reconoció el vestido de su esposa en las manos

de dos hombres que se peleaban en la borda por ver quién se lo quedaba. Carmen y Milagros iban allí dentro, ¡no tenía dudas! Gritó y lo señaló de inmediato.

Atardecía cuando les cortaron el paso dando un tremendo topetazo contra el costado de estribor.

—¡Que los civiles no se muevan de los botes! ¡Esto es una acción militar, confíen en nosotros y todo saldrá bien! —advirtió James Fish antes de saltar como un experimentado equilibrista sobre la cubierta del maltrecho pesquero, seguido de cuatro de sus hombres armados hasta los dientes.

Domingo previno de nuevo a sus amigos.

—¡Todos queremos agarrar a esos diablos con nuestras propias manos, pero debemos obedecer las órdenes!

Los tres raptores se echaron al suelo con las manos en la cabeza, detrás del turbante. Atemorizado por la espada del capitán general apuntándole al corazón, el hombre del *tilaka* se orinó encima y, temblando, señaló la escotilla camuflada debajo de unas redes. Fish Altozano la abrió con fuerza y bajó el primero.

Mili no entendía lo que ocurría, solo escuchaba los movimientos por encima de su cabeza y las voces que gritaban. Carmen continuaba inconsciente sobre su regazo. Al hacerse la luz, esperaba distinguir los sucios pies descalzos de alguno de sus captores, pero el que descendía rotundo y con paso seguro llevaba las botas de cuero bien enceradas y portaba un uniforme impecable. Entonces supo que iban a liberarlas. ¡Estaban salvadas!

—Disculpen la tardanza, *miladies*, hemos llegado en cuanto hemos podido…

El capitán general envainó el arma, besó la mano de Milagros y salió a cubierta con Carmen en brazos. Cuando esta abrió los ojos, se encontraba echada en el bote con la chaqueta de Fish Altozano

debajo de la cabeza, mientras que Francisco le tomaba el pulso y los demás la rodeaban mirándola preocupados.

—He pasado mucho miedo, pero ya me encuentro mejor. Por favor, ayudadme a levantarme.

A punto de trasladar a los tres malhechores para ser recluidos, se escuchó la voz de Mili.

—¡Registren sus bolsillos! —gritó señalando al bajito—. ¡Nos ha robado todas nuestras alhajas!

Narciso reaccionó más rápido que una liebre y saltó al pesquero imitando el ágil gesto de Fish Altozano. Aprovechó para hundir el puño en las narices de los tres acobardados, ahora cargados de grilletes. Después metió la mano en el bolsillo del pantalón bombacho del bajito y sacó victorioso los pendientes, las cadenas y, por último, la alianza de Carmen.

—¿Has visto, Javier? Te dije que catarían mis puños… —exclamó con el ademán de sacudirse el polvo de las manos. Recibió una merecida ovación desde el resto de las embarcaciones, que vitoreaban al audaz español mientras él se atusaba los bigotes hacia arriba.

—Deben ustedes saber que no seremos indulgentes con ellos y que pasarán su corta vida entre rejas —aseguró Fish Altozano—. Tienen pinta de ser bastante flojos. De seguro hablarán con el primer latigazo y nos dirán quiénes son sus cómplices. ¡Debemos atajar esta red de trata de personas lo antes posible!

—Gracias por tu ayuda, no sé qué hubiéramos hecho sin ti. ¡Estoy en deuda contigo! —sonrió Piélago abrazando a su amigo.

—Me conformo con que me traigas un jamón de pata negra la próxima vez que pases por Colombo. No sabes lo mucho que echo de menos España… ¡Estos ingleses no saben lo que es la comida de verdad!

De vuelta al clíper, las mujeres pudieron asearse, vestirse con su ropa y recuperar un poco las fuerzas. El agotamiento y el miedo habían hecho mella en ellas; en pocas horas habían pasado de encontrarse libres y felices a ser cautivas de unos desalmados y sufrir la peor experiencia de su vida.

James se había convertido en un verdadero héroe aclamado por todos.

Era de noche cuando el capitán general insistió en acompañarlas hasta el vapor. Carmen y Milagros caminaron orgullosas de su brazo hasta la escalerilla de La Soberana.

—¡No volveré a poner un pie fuera de este barco hasta que lleguemos a Manila, junto a mi padre! —decidió Carmen después de tomar un baño caliente, mientras Francisco le abrochaba el ultimo botón del camisón y luego le pasaba cariñoso el dorso de la mano por la mejilla—. ¡Hemos pasado tanto miedo!

—Ahora estás a salvo. Ven, apoya tu cabeza sobre mi pecho y duerme tranquila. Mañana volveremos a hablar sobre todo lo ocurrido. ¡Me siento tan culpable!

—¡Oh, no! Nosotras somos las que hemos insistido en entrar solas en esa tienda…

—Poco importa eso ahora, vida mía. Solo sé que no quiero que vivas con temor. Intentaremos recuperar una vida normal y nos ocuparemos de que la tía Mili haga lo mismo —susurró ladeando la cabeza para besarla.

Como de costumbre, La Soberana del Pacífico había colmado las carboneras hasta el próximo puerto, Singapur, a cinco días de singladura.

Carmen se despertó al mediodía. Por consejo de Francisco, guardaría cama hasta el día siguiente. El sobrecargo Aniceto Aranda

hizo servir todas las comidas en su camarote.

Más tranquila, Milagros comentaba lo ocurrido abrazada a su sobrina.

—Si os hubiera pasado algo malo a ti o al bebé, nunca hubiera podido perdonármelo —reconoció.

—Fue culpa nuestra —dijo Javier, contrito, sentado junto a su cuñado—. ¡No supimos ver el peligro!

—Es cierto, ni siquiera lo pensamos. No podíamos imaginar que una cosa así pudiera suceder —admitió Francisco, arrepentido—. Hemos rozado el desastre…

—Lo importante es que estamos todos bien —aseguro Carmen, que terminaba su desayuno. Su tía le retiró la bandeja.

—Y ahora me quedaré mucho más tranquilo si mi bella esposa me hace caso y descansa un ratito más, pero antes deja que te tome el pulso de nuevo…

—Yo no me moveré de su lado —se ofreció Milagros corriendo las cortinillas de las ventanas—. Y no os preocupéis, os prometo que no iremos a ningún sitio…

—Estar en el medio del mar tiene sus ventajas —bromeó Javier antes de salir de la habitación.

Carmen guardó reposo todo el día y toda la noche, y a la mañana siguiente se desperezó cubriendo un bostezo mientras su marido le untaba unas tostadas con miel.

—Mira, mi Galeno —dijo sacando su abultado vientre de entre las sábanas—. ¿Ves lo mucho que se mueve? —Mostró orgullosa—. ¡Tengo tantas ganas de que nazca!

—Estoy seguro de que heredará tu cara bonita y tu fina inteligencia, mi amor.

—Y yo que será igualito a ti: pelirrojo y patilargo. ¿No crees que ya es hora de ir pensando en un nombre?

—Confieso que tengo en mente uno desde hace tiempo, pero quería consultarlo contigo. Si es niño, como vaticina nuestra tía, ¿qué te parecería llamarle Miguel? Siempre me ha gustado…

—Miguel Soldevila Pérez… ¡Me encanta! —confirmó Carmen abrazando a su esposo. No podía ser más feliz.

A su llegada a Singapur, nadie quiso desembarcar. Narciso Lledó fue el encargado de enviar los consabidos telegramas.

En la posta de correos, y con el mismo cometido, se encontró a Pedro Peñascal. El periodista le propuso que le acompañase a la ciudad, tenía la intención de visitarla para escribir su próximo artículo. El hermano lego aceptó.

—¡No me vendrá mal dar una vuelta! Seguro que el padre Mendoza no me lo tendrá en cuenta.

Los dos hombres, tan diferentes el uno del otro, trabaron amistad y pasaron la mañana recorriendo las calles. Antes de regresar, Pedro, siempre alerta, demostró sus dotes de adalid echando al suelo con un placaje a un ladrón que intentó meter mano a la cartera de su acompañante.

—¡Qué fácil es robarle cosas! —observó Peñascal soltando una carcajada—. Opino que necesitaría un escolta personal.

—¡Y yo no entiendo qué hace usted vistiendo el hábito! ¿No sería más útil volviendo a su anterior vida de soldado?

—Precisamente ahora busco una nueva, y espero poder encontrarla en Filipinas —aseguró Peñascal mientras traspasaba el control de entrada al puerto.

CRÓNICAS DE UN PASAJERO HACIA FILIPINAS A BORDO DEL VAPOR LA SOBERANA DEL PACÍFICO

Singapur. Esta mañana, a las diez en punto, fondeábamos frente a la llamada Ciudad de los Leones. A continuación, hemos

subido a la barcaza que nos llevaría hasta el muelle.

El lector ha de saber que, hasta 1818, Singapur era un sencillo y pequeño pueblo pesquero sin pretensiones en una isla bella y prolífica, hasta que los obstinados e incansables británicos la colonizaron, interesados por su atractiva ubicación en el mapamundi, pues nos encontramos en el centro del estrecho de Malaca.

A partir del momento en que los ingleses izaron su bandera por primera vez, Singapur fue modernizándose a pasos agigantados y se ha convertido en una escala indispensable en la ruta entre los océanos Índico y Pacífico.

En este puerto atracan y levan anclas infinidad de barcos cargados de mercancías, amén de ser una parada obligatoria de los vapores con transporte de pasajeros. Aquí recargan el carbón y siguen hacia otros destinos, como es nuestro caso.

Sus gentes son pacíficas y el turista es recibido con amabilidad y simpatía.

El progreso se ha abierto camino en estas tierras lejanas. Ha llegado para unirse a civilizaciones antiguas y exóticas, creando parejas singulares aunque diametralmente opuestas. Los flamantes edificios se alzan sobre antiguos arrozales; las modernas comunicaciones se establecen gracias al telégrafo donde, hasta hace pocos años, las noticias volaban gracias al boca a boca; el comercio a escala internacional se acelera cuando antes solo existía el trueque entre pueblos cercanos.

Aunque un cierto antagonismo se mantiene, la convivencia entre Oriente y Occidente funciona a las mil maravillas. La ciudad de Singapur es desconcertante. He contemplado a señoritas inglesas vestidas de tul, como si fueran esponjosos

pastelitos de nata, que conversaban entre ellas elevando con afectación el dedo meñique al tomar el té en modernas terrazas a la europea mientras, al otro lado de la calle, frente a los puestos de comida ambulante, las muchachas nativas malayas, hindúes o chinas disfrutaban de un bol de arroz con carne sazonada de salsa picante o paseaban descalzas con las faldas remangadas mojadas por la lluvia, compartiendo risas y bromas inocentes sin preocuparse por sus cabellos empapados.

Vuelvo a desplazarme hasta el puerto en un *rickshaw*, el carrito de dos ruedas portado por un joven malayo. Estoy ansioso de retomar la travesía que nos llevará hasta Manila, en la isla de Luzón, nuestro destino final.

Y, como siempre, ¡sigan deseándome buen viaje!

NARCISO LLEDÓ Y CARDONA

El capitán se encontraba en el rincón de fumar con su amada mirando al horizonte.

—¿Qué haremos?

—Ya te lo he dicho, debo quedarme en Filipinas con mi familia. Estas semanas contigo han sido muy felices, pero, te lo ruego, ponte en mi lugar. Carmen está encinta; después tendrá el bebé y va a necesitar mi ayuda.

—Entonces solo me queda proponerte una relación a distancia: volver a encontrarnos cada dos meses y pasar todos mis permisos en Manila. ¿Qué te parece?

—Creo que por el momento es la única manera, amor mío.

—He traído algo que quiero darte.

—¿Qué es?

—Compré esto en una tienda de Colombo, antes de que os

secuestraran —dijo sacando de su bolsillo dos anillos hechos en filigrana de oro—. Y ahora te preguntaré si quieres ser mi novia. Esperaré a que aceptes y te lo pondré en el dedo anular de la mano que elijas.

—Aguarda un momento… ¿Eso quiere decir que tú y yo tendremos un compromiso y que nos prometeremos fidelidad?

—Claro, este será el primer paso en serio de nuestra relación.

—Hazme la pregunta…

Domingo se arrodilló quitándose la gorra.

—Mademoiselle Milagros de Lara, ¿quieres ser mi novia?

Ella dijo que sí muy emocionada y tendiendo su mano izquierda.

—Ahora dame tu anillo, quiero ponértelo yo misma.

—Ya estamos comprometidos —dijo él, feliz.

—¡Soy tu novia! El destino ha conspirado para que estemos juntos, pero por el momento debemos guardar el secreto.

—¿Vamos al camarote para celebrar nuestro compromiso? Tengo una botella de champán preparada…

La pareja apuraba sus últimas noches de amor antes de la despedida. Faltaban solo dos días para llegar a Manila.

SEGUNDA PARTE

14

Manila, 1887

José María había dejado una buena propina a un muchacho empleado en el puerto. Acudiría en persona a anunciarle la llegada del navío tan pronto fuese divisado desde la Capitanía General.

Confirmado. La Soberana del Pacífico fondearía dentro de pocas horas.

Era la mañana del domingo 4 de diciembre de 1887 y estaban listos para recibirlos.

Apanaya insistió en revisar hasta el último detalle. Desde bien temprano ayudó a Maya a disponer las macetas de las flores de sampaguita para perfumar las alcobas, abrió de par en par las ventanas y degustó el almuerzo que Wang, el cocinero chino, tenía preparado para la ocasión.

—Hum, es perfecto —le felicitó satisfecha.

Tagu alquiló dos coches de caballos y una carreta; los primeros transportarían a la familia española al completo y la última cargaría con el equipaje. Tratándose de damas españolas, seguro que sus bagajes serían numerosos —calculó—, al igual que lo fueron, en su día, los de la señora Manuela, la esposa del gobernador Bravo Gabaldón.

Dalisay esperaba sentada en la calesa frente a Tagubanua y José María. Sujetaba con una mano su abanico y tenía, a su lado, dos coloridos ramos de flores frescas que Apanaya le había entregado

junto con un consejo: «Cuando lleguen, obséquiaselos a las damas; han hecho un largo viaje y hay que recibirlas como es debido».

La chiquilla observaba el navío que se acercaba a lo lejos, abriéndose paso entre las estelas de agua salada que chocaban suavemente contra las aletas de babor y estribor. Llevaba puesta su mejor falda y una blusa de piña bordada, e iba peinada con esmero y perfumada con el agua de rosas que Cañamón le trajo de uno de sus viajes. Atraía las miradas por su belleza poco común; en su cuerpo ya se adivinaban las curvas femeninas.

—Qué hermosura… —susurraban a su alrededor—. ¿Has visto el color de sus ojos?

El chillido aflautado de Pi volando sobre sus cabezas se escuchaba a varios kilómetros a la redonda. Su dueña hizo un leve gesto y el ave, obediente, vino a posarse sobre su regazo para gran asombro de todos.

A poca distancia, media docena de apostolinos aguardaban junto a una carreta, listos para recibir al hermano Santiago y al hermano Pedro, así como todos los objetos sagrados que traían con ellos. Faustino los reconoció y se acercó a saludarlos.

—¡Hola a todos! Ha amanecido un bonito día, ¿verdad?

—El más bonito desde que llegué a Manila, diría yo —afirmó Pepe dando un abrazo a su amigo.

Tagu ofreció la mano a su hermana para ayudarla a bajar del coche.

Los vendedores pasaban entre el alborotado gentío presentando sus dulces mercancías a voz en grito: «¡Chucherías! ¡Agua de limón! ¡Café! ¡Pastelitos de arroz y tortitas de coco rallado!».

El puerto bullía con la expectación.

Las sirenas anunciaron la llegada de La Soberana del Pacífico. Desde las cubiertas, los pasajeros admiraban la parsimoniosa

entrada a la bahía de Manila, ofreciendo una espléndida perspectiva de la ciudad.

En el puente de mando, Domingo Piélago supervisaba las operaciones junto a su primer oficial, Federico Bajel.

—¡Preparen las anclas! —ordenó.

Pronto darían comienzo las maniobras. Concentrado en su tarea, el capitán esperó a llegar al punto elegido para el fondeo, a unas dos millas del puerto.

—¡Echen las anclas!

Los marineros liberaron lentamente las cadenas en las aguas cristalinas hasta que tocaron fondo, asegurándose de que quedaban firmemente asentadas.

Desde los muelles, en dirección a la nave, partieron vacías las lanchas de transporte, las mismas que regresarían repletas de baúles, cajas y valijas con los enseres personales. Poco después, el capitán daba su autorización y los pasajeros abandonaban la nave ordenadamente. Subieron por grupos a los vaporcitos de la compañía, que los trasladarían hasta el embarcadero donde aguardaban sus familiares y amigos.

Los primeros viajeros pusieron pie a tierra y todos se acercaron impacientes. Las señoras abrieron sus sombrillas bajo el creciente sol. Los recién llegados fueron inmediatamente rodeados por abrazos y gritos de alegría: «¡Por fin estáis aquí! ¡Cuánto tiempo sin veros!».

José María aguardaba sin saber que los suyos serían los últimos en desembarcar. Lo decidieron siguiendo la recomendación de Domingo, para evitar así que Carmen tuviese un tropiezo entre el inquieto gentío.

Tras una espera que se hizo eterna, Carmen pisó tierra firme de la mano de Francisco, con Javier y Mili tras ellos. Narciso prefirió

guardar un poco de distancia para respetar el emotivo rencuentro familiar.

—¡Carmen! ¿Eres tú? ¡No puedo creerlo! ¡Oh! Y… ¿voy a ser abuelo? —exclamó admirando el cambio que su hija había experimentado. La estrechó entre sus brazos.

La última vez que la vio, era todavía una chiquilla con trenzas y lazos; ahora frente a él tenía a una mujer que pronto sería madre. Francisco, muy sonriente, le tendió la mano y José María lo atrajo hacia él.

—¡Por fin conozco a mi yerno! —dijo sin poder contener las lágrimas.

—¡Teníamos muchas ganas de llegar, papá! ¡Te hemos echado tanto de menos! —Carmen lloraba emocionada: su padre apenas había cambiado, tal vez aparentaba un poco más de edad a causa de sus cabellos canos.

Llegó el turno de Javier y Milagros, con los rostros iluminados por la inmensa felicidad.

—Mili, por ti no pasan los años y tu belleza no hace más que aumentar. ¡No sé cómo agradecerte todo lo que has hecho por nosotros! Sin ti, esta familia hubiera estado perdida… ¡Javier, hijo mío! ¡Me siento tan dichoso de teneros aquí por fin que creo que el corazón me va a estallar de felicidad!

—Mira, papá, te he traído esto. Quería devolvértelo. —Javier sacó de su bolsillo el reloj con la leontina de oro que José María le entregó justo antes de separarse.

—¡Es el reloj de mi padre! —exclamó conmovido.

—Prefiero que lo tengas tú. ¡Ya tendré tiempo de heredarlo dentro de muchos años!

Los dos se fundieron en un emotivo abrazo.

—¡Y deja que te presente a Narciso Lledó y Cardona! Es un buen

amigo que hemos hecho durante la travesía —explicó Javier haciendo una señal al periodista para que se acercase.

—Buenos días, señor Pérez, ¡estoy muy contento de conocerle al fin! He oído hablar mucho de usted… Permítame decirle que tiene una familia extraordinaria.

—¡Llámame Pepe, muchacho, y tutéame! ¡Yo también me alegro de conocerte! Mi casa es grande, espero que nos hagas el honor de alojarte en ella.

Narciso le dio las gracias. «Decididamente, en esta familia todos son excepcionales», pensó.

—Yo también tengo que presentaros a alguien. Ellos son Tagubanua y Dalisay.

—¡Bienvenidas a Manila! —dijo Dali alegremente mientras ofrecía los ramos de flores a las señoras.

Ellas se quedaron desconcertadas por el pájaro, parecido a un águila pequeña, que la bonita joven llevaba posado en el hombro y que mostraba cierta curiosidad al ver las plumas que adornaban los sombreritos de las damas, como recordando el copete de alguno de los parientes de su alífera especie.

Entretanto, Tagu saludó a Francisco, Javier y Narciso, y se acercó después a besar las manos enguantadas de las damas con una pequeña inclinación.

—Esperamos que hayan tenido buen viaje y que les guste mucho nuestra tierra. Haremos todo lo posible para que así sea… Las calesas están preparadas. —Hizo un gesto a los cocheros que esperaban un poco más allá. Después se dirigió a Pepe—: Los mozos ya han cargado los equipajes en la carreta. Cuando te parezca bien, podemos volver a Intramuros.

Mili y Carmen sonrieron dándoles las gracias. Los dos hermanos se dirigieron a la salida del puerto, donde les esperaba Samu, el

cochero de Apanaya, para llevarlos a la calle Solana.

—Me gustaría volver a verlos para saludarlos como es debido y agradecerles este bonito recibimiento —comentó Mili a su cuñado—. Apenas hemos podido cruzar unas palabras y ya me han parecido dos jóvenes extraordinarios.

—Lo son, y Dali, bajo esa carita de chiquilla, oculta la sabiduría de su tatara Lolay, un alma anciana de más de cien años. Pero eso ya os lo explicaré otro día…

Las calesas y los carros fueron abandonando poco a poco la explanada hasta quedar desierta. Domingo y Salvador observaron a lo lejos la escena, apoyados en la barandilla del puente de mando.

—Ahí van nuestros queridos amigos…

En cuanto terminasen su trabajo, la tripulación tendría tiempo para hacer compras y pasear por la ciudad. La mayoría tenía encargos de su madre, de su esposa o de su novia. Una misma prenda muy deseada se había repetido en todas las bocas femeninas: «No vuelvas sin traerme uno de esos famosos mantones de Manila. ¡Cuánto me gustaría lucirlo en la próxima feria!».

Maya y Wang esperaban en la calle. Al llegar, Francisco bajó de la calesa y sorprendió a su esposa tomándola en brazos.

—No quiero que des un paso más, mi amor, ya has tenido bastantes emociones en estos días y ahora necesitas descansar.

Francisco siguió a su suegro por el patio interior y las escaleras hasta la habitación de matrimonio, situada en la planta superior. Una pieza luminosa y bien ventilada con grandes ventanas correderas donde se percibía un suave perfume de flores parecidas al jazmín. Acomodó a su esposa delicadamente encima de la cama.

Abajo ya descargaban los baúles. Wang sirvió un vaso de limonada a los porteadores que subieron los equipajes hasta las alcobas.

Era la casa ideal, lo suficientemente espaciosa para vivir juntos en armonía e idónea para mantener la independencia que cada uno necesitaba.

José María se sentó en la cama junto a su hija. Era el vivo retrato de Luzgarda, su esposa adorada, de la que apenas pudo despedirse. Seguía desconsolado por su muerte. Aparecieron en su mente los recuerdos de un antaño lejano, cuando volvía a su hogar y todos le recibían con amor. Carmen, aún niña, llegaba saltando para echarse en sus brazos y Javier iba a su encuentro con dudas sobre algún tema de sus estudios. Después cenaban los cuatro al calor del hogar, reían y charlaban despreocupados. ¡Qué bonita era la vida! Sin embargo, sus ideas políticas dañaron lo que más quería: su familia. El camino había sido muy largo y doloroso.

Volvió al presente. Debía dejar el pasado atrás y vivir plenamente, pensar en recuperar los años perdidos. Por fin podría celebrar la Navidad con sus hijos.

—Disculpadme, no he podido evitar sentir nostalgia —se excusó mirando a su alrededor—. Decidme, ¿cuándo nacerá mi nieto?

—Está previsto para finales de febrero —contestó Francisco con un brillo en los ojos.

—¡Voy a ser abuelo! Y me cuesta creer que estéis aquí… Además, ¡me habéis traído a un periodista de regalo! —dijo bromeando mientras señalaba a Narciso.

Este dio un paso al frente.

—He tenido la gran suerte de encontrarme a su familia. He compartido muy buenos momentos con ellos, que han hecho que este viaje sea único.

—Insisto en que me tutees, hijo. Aquí tendrás tu casa el tiempo que necesites. ¡Cuántos más seamos, mejor!

—Pepe, si te parece bien, más tarde vendrán a saludar el doctor

Salvador Gredilla y el capitán de La Soberana, Domingo Piélago —explicó Milagros—. También se han convertido en grandes amigos y quieren conocerte.

—¡Por supuesto, será un placer! Le pediré a Wang que se acerque al puerto y les entregue una invitación para la cena. Pero antes tenemos mucho de qué hablar. ¿Estás cansada, Carmen? ¿Prefieres que te dejemos dormir un ratito?

—No te preocupes, papá, me encuentro bien. Siento demasiadas emociones para poder dormir y necesito disfrutar de este momento contigo. Además, tenemos que contarte sobre nuestro viaje.

José María no pudo dominar su disgusto al conocer lo sucedido en Ceilán.

—Pero ya ha pasado y estamos juntos —dijo tomando la mano de su padre.

No lejos de la residencia de José María Pérez, frente a San Apóstol, descargaban el carro con los baúles traídos de España. Faustino abrazó una vez más a su amigo y compañero de misiones, el padre Santiago Mendoza, sin quitar el ojo a su acompañante.

—¡Así que este grandullón es el nuevo! ¡Vaya pieza nos has traído, Santi! Tiene los brazos de Sansón y las piernas de un titán. Nos serás de gran ayuda, muchacho, ¿cómo dices que te llamas?

—Pedro —contestó mirando a su alrededor.

—Seas bienvenido, hermano Pedro. Andamos escasos de hombres jóvenes y fuertes, la congregación se está haciendo mayor. Ya no necesitamos a más piadosos ni rezadores que se pasen las horas pegados al reclinatorio, sino hermanos frescos y lozanos como tú.

—A sus órdenes. Además ¡sé manejar las armas!

—Nunca se sabe, nos podría venir bien si fuéramos atacados por caníbales. ¡Ja, ja! —exclamó Faustino, tomándoselo a broma—.

Serás la gran novedad del convento, eso seguro.

Santiago le relató su encuentro en el barco con los hijos de Pepe y el estado de buena esperanza de Carmen.

—Mañana sin falta me acercaré a visitarlos.

Esa misma tarde, José María escribió una nota a los Aisal.

> Ya tengo a toda mi familia en casa. Además ¡pronto voy a ser abuelo!
>
> ¿Vendréis mañana a la hora del almuerzo? Estoy deseando que os conozcáis.
>
> Afectuosamente,
>
> PEPE

—Maya, puedes decirle al señor Pérez que aceptamos su invitación —agradeció Apanaya.

El capitán Domingo Piélago y el doctor Salvador Gredilla llegaron a las siete en punto al número 6 de la calle Palacio, tal y como rezaba la invitación que Wang les entregó. Traían con ellos media docena de botellas de champán y una tarta de limón especialmente preparada por el chef Manjares.

—Buenas noches. Pasad, por favor —los recibió el abogado tendiéndoles la mano—. Sed bienvenidos. Soy José María Pérez, pero os ruego que me llaméis Pepe.

—¡Por fin nos conocemos! Sepa que su familia lo adora y que no han dejado de hablar de usted durante toda la travesía. El rencuentro ha debido de ser emocionante, ¿verdad? —dijo Domingo sonriendo. Vestido de paisano con un traje de lino claro y frescamente acicalado, esparcía su perfume masculino por toda la estancia, ansioso por volver a ver a su novia.

—¡La verdad es que todavía lo estoy asimilando! Hace unas horas, yo era un hombre triste y desconsolado, pero eso se acabó; los míos han llegado para llenar esta casa de alegría. Sentaos, dejemos las formalidades y ¡tuteémonos! Estamos entre compatriotas. ¿Qué os apetece tomar? ¿Un refresco, tal vez? ¿Un coñac o una copita de basi? —ofreció señalando la licorera de cristal tallado.

Ambos eligieron el basi.

—¿Carmen ha descansado? —quiso saber Gredilla—. Tantas emociones han debido de dejarla exhausta.

—Francisco está con ella y no puedo encontrarme más tranquilo teniéndolo como yerno —explicó sirviéndoles el licor.

—Puedes estarlo, Pepe, el chico es un gran profesional. Pertenece a la clase de médicos modernos que no se cansan de buscar la excelencia. Da la casualidad de que los dos estudiamos en la misma universidad, aunque con muchos años de diferencia. Incluso ha tenido como profesores a varios compañeros de mi promoción. ¡El mundo es un pañuelo!

—¡Bienvenidos! —saludó Milagros entrando en el salón. Estaba resplandeciente—. ¡Ya empezaba a echaros de menos después de este viaje tan intenso!

Llevaba el mismo vestido de color burdeos que la noche en la que salió a tocar el piano por primera vez en el salón de música de La Soberana del Pacífico.

Los tres se levantaron para recibirla. Domingo y Salvador besaron su mano.

—¡Intenso es lo mínimo que se puede decir! —concedió Javier, que entró a su vez acompañado de Narciso—. Parece que estemos viviendo un sueño —añadió mientras pasaba el brazo por encima del hombro de su padre, que le miraba orgulloso.

Francisco se aseguró de que su esposa descansaba

profundamente antes de salir a reunirse con los demás.

—¡Qué alegría volver a veros! —dijo dando un apretón de manos a los recién llegados—. Tendréis que disculpar a Carmen, ya se ha dormido. La he convencido de que debía cenar pronto y descansar, pero antes me ha hecho prometerle que no os permitiría zarpar sin despediros. ¿Cuándo será eso? —preguntó mientras peinaba su mechón rebelde hacia atrás y José María le tendía una copita de basi.

—Pasado mañana levaremos anclas y tomaremos de nuevo rumbo a Barcelona —dijo el capitán mirando de reojo a su amada—. Si el buen tiempo nos acompaña, estaremos de vuelta en Luzón en un par de meses.

—Entonces no nos perderemos de vista —comentó Javier, encendiendo un cigarrillo y ofreciendo otro a Narciso.

—Por supuesto, ¡cada vez que atraquemos en el puerto! Además, queremos conocer al pequeño Soldevila —añadió Gredilla.

—¿Cómo sabes que será un pequeño y no una pequeña? —preguntó el futuro abuelo—. Todavía no se ha inventado el artilugio para conocer el sexo de la criatura dentro del vientre de su madre…

—No dudes de que acabará por inventarse, estimado suegro. La modernidad camina dando grandes pasos —argumentó Francisco—. Además, ¡tu nieto nacerá a las puertas de un nuevo siglo!

—No nos hace falta ningún artilugio para saber que será varón, Pepe, para eso tienes a tu persuasiva cuñada. ¡Nos ha convencido a todos! —terció Salvador.

—Yo también lo creo —le apoyó Narciso, brindando por Milagros mientras esta sonreía divertida.

La cena pasó ligera y el ambiente se llenó de la complicidad que habían creado con su amistad durante la travesía. Continuaron en esa atmósfera alegre y distendida hasta apurar cuatro botellas de

champán y rematar el ultimo pedazo de pastel. Entonces, el anfitrión se levantó lanzando una nueva invitación para el día siguiente.

—Amigos, nos queda muy poco para seguir disfrutando de vuestra compañía y de este excelente champán, ¡propongo que regreséis mañana!

—¡Acepto sin vacilar! —afirmó Domingo dando las gracias.

—¡Magnífica idea! —aprobó Salvador, que alzó su copa.

Los dos hombres prefirieron volver al puerto paseando. Las calles de Manila estaban hermosas con la nueva iluminación de faroles de petróleo que alumbraba sus pasos, irradiando una luz agradable y matizada. La noche era fresca y el ambiente propicio. Domingo inició la charla y le confesó a Salvador su relación con Milagros.

—¿Me tomas por tonto, donjuán? Lo sé desde hace semanas.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Nadie me ha dicho nada. Se os nota a la legua por los ojitos brillantes que ponéis al veros, y a ti, en particular, por tu cara de embobado si ella aparece.

—Pues ya ves en qué problema me encuentro: mi corazón está a punto de zozobrar. Me siento como un grumete de quince años.

—¡Quién lo habría imaginado! Tienes suerte, marinero, ella es una entre un millón. ¡Solamente estaréis separados dos meses! Durante ese tiempo podréis escribiros y tener la oportunidad de comprobar si vuestro amor es profundo y verdadero.

—¿Dos meses te parece poco tiempo cuando estás enamorado? Yo sé que este amor es verdadero. Pero no hay más opciones.

Carmen despertó feliz y descansada. Francisco le contó por segunda vez las conversaciones de la noche anterior.

—Doctor Francisco Anastasio Soldevila, ¡no pienso quedarme más en la cama! —advirtió fingiendo unos adorables pucheros.

—Marisabidilla, sabes que era por tu bien y por el del bebé. Una noche de sueño y descanso completo era necesaria.

—Tenías razón, y eres mi Galeno favorito, ¿lo sabías?

Esa mañana, la visita de Faustino Barceló no se hizo esperar.

—Buenos días, Maya, ¿dónde están todos esos peninsulares que llegaron en el barco de ayer? —exclamó guasón con su voz atronadora cuando la criada le abrió la puerta.

La criada señaló hacia arriba con una tímida sonrisa.

—¡Bienvenido, Faustino! —respondió José María asomándose por las escaleras.

El apostolino las subió de dos en dos, arremangándose el hábito para no trastabillar. Llegó con una bolsa llena de patatas y cebollas recién cogidas en el huerto y una docena de huevos de sus gallinas ponedoras.

—Os presento al padre Faustino Barceló, al que considero un amigo de verdad, aunque sea religioso. —Rio dándole unas palmadas en la espalda—. ¡Nadie es perfecto!

—¡Será por eso que nunca te veo el pelo en misa! —dijo con ironía—, me he acercado para presentarme a los tuyos e interesarme por la salud de tu hija.

—¡Buenos días, padre Faustino! —contestó Carmen alegremente mientras terminaba la última tostada del desayuno—. No hay de qué preocuparse… —dijo rodeándose el vientre con las dos manos—. Los dos nos encontramos perfectamente.

—¡Todo lo que haga falta para proteger al futuro *hereu!* Vuestro bebé traerá muchas alegrías a este hogar.

José María los fue presentando.

—Y ella es mi cuñada Milagros; Francisco, mi yerno; mi hijo Javier y Narciso, el gran periodista que conocieron en el barco. —Todos se acercaron a saludar al apostolino—. Pero siéntate, hombre. ¿Qué

podemos ofrecerte? Justo hemos acabado de desayunar. ¿Cómo van las obras en la capilla? Parece que se están prolongando.

—Gracias, amigo, un café será perfecto. Y sí, tienes razón, esa reforma no tiene fin, ¡ni que fuera la catedral de NotreDame! Todavía tardaremos unos cuantos meses en terminarla, y aunque los apostolinos cultivamos virtudes como la paciencia y la templanza, te confieso que estoy un poco hasta el crucifijo…, ja, ja, ja. Y, bueno, volviendo a los recién llegados, ¿qué tal habéis descansado esta noche? Os daréis cuenta de que, en esta parte del mundo, el tiempo es bastante húmedo y caluroso, aunque con suerte refresca un poco por la noche. Ya os iréis acostumbrando.

Faustino se fijó en que Narciso sacaba un pequeño cuaderno y la Wirt.

—Bonita estilográfica. ¿Sobre qué has venido a escribir, Narciso?

—Fundamentalmente, sobre la vida de los españoles en estas tierras, los últimos conflictos entre la población filipina y el gobierno… Temas que interesan a nuestros periódicos.

—Y entre todo eso ¿no te gustaría dedicar una crónica a las misiones? Yo podría contarte muchas anécdotas acerca de nuestro trabajo. La sociedad española no suele estar al corriente de lo que los religiosos hacemos aquí, tan lejos de la madre patria.

—Podría ser, ¿por qué no? Es un tema desconocido para mí —admitió Narciso.

—Pues tienes ante ti al más indicado —agregó José María—. Mi amigo es un misionero experto en recorrer los caminos más dificultosos para llegar a las aldeas más remotas.

—Precisamente, cuando terminemos las obras de la capilla tengo previsto emprender otro viaje a la cordillera, esta vez con Santiago Mendoza y Pedro Peñascal. Nuestro nuevo hermano tiene que conocer el trabajo en el terreno.

—¿Y yo podría acompañaros, Faustino? —preguntó Narciso, interesado—. De este modo, tendría la oportunidad de descubrir la labor de los misioneros españoles de primera mano.

El sacerdote se quedó perplejo ante semejante petición. ¡Eso no se lo esperaba!

—Joven, es complicado. —Negó con la cabeza—. Son muchas horas de viaje, las lluvias repentinas nos calan hasta los huesos, nos abrasamos con el ardiente sol, comemos de lo que llevamos en las alforjas, bebemos el agua de los ríos y dormimos donde buenamente podemos, sin hablar de los enormes mosquitos que nos acribillan el cuerpo entero y lo dejan como un colador. ¡Ah! Y los peligrosos animales rampantes que se meten en los calzones aprovechando que uno duerme como un tronco. Estas tierras, aunque muy bellas, son a menudo hostiles y las cosas pueden torcerse en segundos. Nosotros estamos curtidos, pero no creo que tú consiguieses soportar esos apuros.

—¡Siempre hay una primera vez para todo! —replicó el periodista —. Te aseguro que puedo adaptarme, tengo una gran capacidad de sacrificio y soy más fuerte de lo que parezco —afirmó decidido.

Faustino lo observó con atención. ¿Ese hombrecito de ciudad, con su traje elegante, su cigarrillo en la mano, el pelo engominado y el bigotito con las dos puntas erectas, encaramado a un borrico para recorrer los abruptos y escarpados caminos de la cordillera?

—¿Sabes montar en burro, hijo?

—Sí, mi abuelo tenía uno y yo paseaba con él por las calles de Castellón.

—Yo hablo de pasarse doce horas seguidas a lomos de un zopenco, cabalgando a horcajadas. Los misioneros tenemos la piel de ciertas áreas del cuerpo bien acerada y aguantamos sin dificultad, no sé si me explico…

—¿Aceradas?

—El padre Faustino quiere decir que tus partes nobles se pueden ver afectadas con el roce continuo de una silla de montar, si no tienes costumbre —aclaró Francisco con un guiño.

—¡Ah! —comprendió Narciso—. Pero para esas zonas ¿no hay pomadas o tal vez unas almohadillas para evitar males mayores?

—Eso sería lo de menos, muchacho. Existen grandes peligros en los senderos —continuó—. Nos hemos cruzado a menudo con bandas de saqueadores y algún que otro pirata del Joló. Y créeme, son individuos en extremo violentos. No suelen molestarnos, porque ya nos conocen y nos ven como seres inofensivos; no obstante, con un civil no sé cómo podrían reaccionar.

—¿Y si fuera vestido como un fraile? —discurrió Carmen—. ¡No se darían ni cuenta! Lo tomarían por uno de los vuestros…

—Eso no cuela. ¿Has visto sus bigotes bien cuidados, su brillante pelo engominado y esas manos que no han asido una herramienta de labrar en su vida? Además, nosotros los misioneros al pelamen de la cara le damos libre albedrío, y el de la cabeza lo cortamos siguiendo la forma de un cuenco de sopa.

—Estoy dispuesto a afeitarme los bigotes y dejar de engominarme el pelo. Puedo cortármelo en forma de tazón, si quieres. Vestiría el hábito y unas sandalias como las que llevas tú. Verás que inmediatamente me convertiré en otra persona. ¡Incluso puedo dejar de lavarme, si es preciso!

—¡No, hombre, eso no! —Rio poniendo los ojos en blanco—. En mi congregación, somos humildes, pero nos aseamos de seguido. Faltaría más.

—Yo opino que de los bandidos y piratas —agregó Milagros seriamente— no deberías preocuparte demasiado, puesto que vais acompañados del hermano Pedro Peñascal. Mi sobrina y yo

conocemos sus hazañas al dedillo, él mismo nos las ha relatado mil veces durante la travesía. Es un verdadero líder en el campo de batalla. ¿Has visto su tamaño y su altura, y la anchura de sus hombros? No creo que a nadie se le ocurra molestaros yendo con él. Sabe manejar cualquier arma. Es un bravo entre los bravos y os defendería con su propia vida llegado el momento. Sabemos que ha llevado una existencia muy díscola, pero tiene madera de héroe.

—Vaya, veo que conocéis su historia casi mejor que yo.

—Y nos enseñó todas sus cicatrices —añadió Carmen señalándose los brazos.

—Entonces ¿puedo ir a misiones? Todo lo que te hemos expuesto debería convencerte, padre. ¡Te ruego una oportunidad! —suplicó el periodista con su mejor sonrisa—. Sé que justo acabamos de conocernos y que esto puede parecerte un tanto prematuro, pero necesito vivir la experiencia por mí mismo, de eso se trata el verdadero periodismo. Tú mismo has dicho que aún falta bastante para que vayáis a misiones, mientras tanto me puedes enseñar. ¡Aprendo rápido!

—¿Y qué hacemos con tus bigotes, jovenzuelo?

— Si me aceptas en vuestro viaje, me los afeito después del postre.

—Pues ¡estás aceptado! *Qui no arrisca no pisca!* Puedes agradecer a estas dos damas su firme apoyo: no había visto jamás un trío mejor aliado ni más convincente. Me habéis dejado sin opciones de réplica. Me doy por vencido —capituló bajando los brazos.

—Gracias, soy consciente de mi buena suerte.

—Yo no estoy muy de acuerdo con estas aventuras, amigo —intervino Javier—. Como te pase algo… No sé qué vamos a contar a tu familia.

—¡Tranquilos! Si hace lo que yo le diga en todo momento, puedo

garantizar su integridad y que vuelva de una sola pieza.

—¡Te doy mi palabra, padre Faustino! Nunca conocerás a un hombre más obediente que Narciso Lledó y Cardona —aseguró mientras se cuadraba haciendo un saludo militar.

—Ya estoy empezando a arrepentirme…

—Faustino, ¿por qué no te quedas a comer? —propuso el dueño de la casa—. Queremos disfrutar un poco más de tu empírea compañía. Están a punto de llegar Tagubanua, Apanaya, Mami Tari y Dalisay.

—¿Cañamón y Pachucho siguen de viaje?

—Eso creo.

—Gracias, Pepe, me quedo. No todos los días me invitan a una reunión tan animada —contestó sentándose junto a Francisco—. Y, entonces, tú eres el yerno médico, ¿verdad?

—Médico cirujano y, si precisas de mis servicios en el convento, puedes llamarme en cualquier momento. Acudiré a ayudaros muy gustosamente.

Sonó la campanilla de la puerta principal. Apanaya y Dali fueron las primeras en entrar, seguidas por Mami Tari, un poco sofocada después de subir las escaleras del brazo de Tagu. Las tres mujeres ofrecían una bella y colorida estampa vestidas con sus atuendos típicos filipinos. Después de las presentaciones, mutuos cumplidos y amables palabras, Apanaya hizo una señal a Dali y la chiquilla entregó un nuevo presente a Carmen y otro a Milagros.

—¡Oh, no hacía falta que nos regalasen nada! —se sorprendió Mili mientras abría su paquete.

—Esperamos que les gusten, son unas blusas como las que llevamos nosotras. Se fabrican aquí en Luzón, están hechas con la mejor fibra de piña —explicó Apanaya.

—Son finísimas. ¿Te has fijado en el bordado, Carmen?

—Una verdadera maravilla, tía. ¡Qué delicadeza!

—Así es —intervino Faustino—, con la fibra de esa fruta se pueden confeccionar blusas y camisas magníficas que tienen una textura al tacto similar a la seda.

—¡Y qué mangas bombachas más bonitas tienen! —seguían admirando la tía y la sobrina—. Nunca habíamos visto un tejido así, pienso que quedarán preciosas combinadas con cualquiera de nuestras faldas…

—Así las llevan algunas señoras españolas, con una falda y un chal por encima de los hombros —afirmó Mami Tari, orgullosa de que el regalo fuera del gusto de esas damas peninsulares recién llegadas a su tierra.

—¡Pruébatela, tía! —la conminó Carmen.

—¡Ahora mismo voy!

Salió en dirección a su alcoba y regresó conjuntada con una falda de vuelo. Caminó coqueta unos pasos con las manos posadas en las caderas, girando sobre sí misma frente a las mujeres, que la miraban y asentían satisfechas.

—Justamente como la llevaba la señora Manuela… —susurró Apanaya a Mami Tari.

Mientras, José María introducía orgulloso a Tagubanua.

—Tagu es mi fiel ayudante, ¡no sé qué haría sin él!

—Me alegro de que estuvieras aquí cuando mi padre te necesitaba. En sus cartas, nos decía lo valioso que eres para él, créeme que todos te estamos muy agradecidos.

—Soy yo el que tiene que estar agradecido por la confianza que tu padre depositó en mí desde el primer día. No puedo ser más afortunado, ¡soy consciente de ello! Al fin y al cabo, soy un indio natural, pertenezco a una rara minoría que tiene acceso a la educación superior.

Narciso anotó todo lo que escuchó con interés. Sus palabras le recordaron al joven José Rizal con el que se entrevistó en Madrid; este sería un buen tema para una futura crónica.

Las mujeres seguían charlando.

—¿Y para cuándo está previsto el nacimiento del bebé? —preguntó Mami Tari.

—Hemos calculado que para finales de febrero —contestó Carmen tanteándose el lunar.

—Nacerá sano y será varón —intervino Dali, convencida.

—Esperamos que así sea. —Sonrió Carmen—. ¿Has escuchado, tía? Dalisay también piensa que será varón.

La chiquilla afirmó con la cabeza. ¡Era evidente! Su tatara Lolay se lo había contado la noche anterior.

—Incluso conozco su nombre —aseguró asombrando a Carmen con esta nueva declaración.

—¡Eso no puede ser, todavía es un secreto! Es un secreto que solo sabemos mi esposo y yo —dijo negando con el dedo—. Lo decidimos pocos días antes de llegar. Entre todos los nombres del mundo, sería asombroso que lo adivinases, jovencita —replicó incrédula al tiempo que llamaba a Francisco con un gesto.

—Díselo, Dali —la animó Mami Tari cuando Francisco se unió al grupo.

—El bebé será varón, se llamará Miguel y tendrá el cabello de color bermejo como su padre. Y también el lunar de su madre —afirmó señalando el que tenía Carmen justo en la comisura de los labios.

—¿Eres adivina? —se sorprendió Francisco al escuchar el nombre de su futuro hijo.

Justo después del postre, Narciso se levantó dispuesto a cumplir su promesa. Pensó que el sacrificio merecía la pena; total, era

solamente un bigote y, en medio de la cordillera, no le haría ninguna falta. Volvió al salón con un afeitado reluciente. Todos se quedaron callados. Solo Javier se atrevió a romper el silencio con una carcajada.

—¡Habrase visto! Pareces un chiquillo… —Reía—. A estas horas, debes de ser el hombre con el afeitado más apurado de este archipiélago.

Era cierto que el periodista parecía haber rejuvenecido muchos años sin sus bigotes elevados.

—Confieso que me siento un poco desnudo, la verdad, como si me faltase algo…

—Ja, ja. —Seguía Javier sin poder contener la risa.

—Pronto te acostumbrarás —le consoló el apostolino—. No permitas que se burlen, porque yo te encuentro favorecido y, al fin y al cabo, todos los pelos del cuerpo vuelven a crecer. Eres decidido y tienes palabra. Dos grandes virtudes. Se me ocurre que tal vez podrías alojarte en el convento durante el tiempo que queda antes del viaje; de este modo te adentrarías en nuestra forma de vida. Te acostumbrarías a moverte ligero con el hábito y a agarrar una azada para curtir un poco esas manos refinadas plantando rábanos. Así darías el pego desde el primer día. ¿Qué te parece? Tenemos tiempo por delante.

—¿Puedo empezar mañana?

—Por supuesto.

—Pues mañana mismo me presento en la puerta del convento.

—Tendremos tu celda preparada.

Pi y Quijote observaban perspicaces los movimientos de los nuevos humanos, apostados en la ventana.

Francisco preguntó por ellos. Dali contestó sincera y sin rodeos.

—Son nuestros protectores alados, velan por nuestra seguridad y

escuchan lo que les susurran los ancestros. No hay que fiarse de su aspecto inocente —explicó llamando a Pi, que se posó, obediente, sobre su falda—. Si alguien quisiera hacernos daño, nos defenderían.

—Si alguien os hiciese daño —contestó Faustino frunciendo el entrecejo—, tendría que vérselas conmigo. Se lo prometí a Lolay.

—¿Quién es Lolay? —quiso saber Francisco.

—Una extraordinaria persona, ya fallecida, que nos visita en sueños, un alma pura y bondadosa que sigue preocupándose por los suyos desde el más allá —aclaró el padre—. La muerte solo se ha llevado su envoltorio terrenal, dejando su espíritu en completa libertad.

—Bromeas, ¿verdad? Eso no es lógico, los difuntos son solo eso, difuntos. La medicina no respalda ese tipo de fábulas. No hay pruebas tangibles de ello…

—Saldrás de dudas cuando nazca vuestro hijo —asintió Faustino—. Me han dicho que conocen su nombre y que será igualito a ti, menos por el lunar —declaró el apostolino, satisfecho, sonriendo como el gato que se comió al canario—. *Credo ut intelligam, intelligo ut credam.*

—«Creo para entender, entiendo para creer». Conozco bien esas palabras, mi madre es devota de san Agustín y las repetía a menudo… —proclamó Francisco recordando a Esperanza.

El grupo, aunque dispar, hizo buenas migas. Al final de la tarde, incluso Pi y Quijote iban pasando de hombro en hombro para que los recién llegados los acariciaran y admiraran.

Pepe no cabía en sí de felicidad. Reunir a toda la gente que estimaba en una misma habitación, viéndolos simpatizar entre ellos, era un sueño hecho realidad.

—Sigo cautivada por esa chiquilla —comentó Mili una vez se marcharon las visitas.

—Todos lo estamos. Ha adivinado hechos que nadie conoce, hablando como una persona adulta. Además, tiene un pájaro que la obedece y al que han puesto el nombre de un número con una cantidad infinita de decimales —terció Carmen.

—Pi también puede ser la decimosexta letra del alfabeto griego, según cómo lo mires, hermanita —añadió Javier, orgulloso.

—Pues siento desilusionaros. El ave lleva ese nombre sencillamente porque es la primera sílaba de su especie: «Pi» de «pigarguillo» —afirmó José María a sabiendas, dejando a sus hijos boquiabiertos.

Narciso rio de buena gana.

—¿Y qué me decís del búho gavilán de Apanaya? Parece custodiarla como un tesoro y, aunque parezca que va a la suya, me he fijado en que no le quita ojo.

—No te falta razón, tía Mili, aquí todo es asombroso —concluyó Carmen tanteándose el lunar.

Esa noche, aguardaban de nuevo la visita de Domingo y Salvador. Puntuales, tocaron la campanilla cargados con más champán y una gran tarta especialmente preparada por Fulgencio Manjares para Carmen, sabedores de lo mucho que le gustaba el chocolate.

—Nuestro chef, un fanático de historia, nos ha explicado que los astutos romanos fueron los inventores de tomar el postre. Parece ser que lo comían alternándolo con las viandas saladas —declaró Domingo mientras llenaba las copas.

—O sea que, después de un primer plato salado, ¿comían dulce, después salado y otra vez dulce? —preguntó José María.

—Eso parece. La costumbre de tomar el postre en último lugar apareció siglos más tarde —explicó el capitán—. Y los franceses se comen el queso al final de la comida, justo antes del postre, para,

según dicen, realzar todos sus aromas.

—Los franceses tienen fama de ser grandes sibaritas. Tú eres de origen galo, ¿no es cierto?

—Sí, normando por parte de madre, para ser más exactos. Y da la casualidad de que, entre otras cosas, la región de Normandía es famosa por sus quesos —aseguró el capitán, orgulloso.

—¿Me permites que te haga una pregunta personal, Domingo? —dijo José María, llevándolo aparte—. Es que me puede la curiosidad…

—Claro, hombre, dispara. ¿Qué quieres saber?

—Pensarás que es una tontería, pero ¿podrías decirme cuál es el nombre de tu perfume? En esta casa todos coincidimos en que es el aroma más embaucador que jamás haya llegado a nuestro olfato. ¡Hasta Wang, nuestro cocinero chino, lo ha mencionado!

—¡Ja, ja! Tranquilo, no eres el primero que me lo pregunta. Te explico: no es un perfume, es *eau de Cologne*, un obsequio que recibí de un buen camarada de paso por Alemania hace unos años. Fue precisamente en la ciudad de Colonia donde lo compró, en la elegante tienda del inventor de esta fragancia, el emigrante italiano Johann M. Farina, quien jamás hubiera podido imaginar que el gran Napoleón, en su época de conquistador, encargara el afamado líquido oloroso por docenas de botellas, todo un lujo. ¡Una sola gota te acompaña todo el día! Te traeré una botella cuando regrese.

—¡Acabáramos! Es la fragancia de un conquistador…

—Podríamos llamarla así. Y no pasa de moda, porque ¡tiene casi doscientos años!

Los dos hombres soltaron una risa cómplice.

Narciso entró en el salón acompañado de Javier, que seguía bromeando y haciendo chascarrillos con el tema de sus desaparecidos bigotes.

—Hoy hemos disfrutado de una reunión social muy animada —dijo Pepe levantando su copa—. Durante la comida y la merienda, se han gestado viajes y afeitado bigotes, y nos han anunciado el nombre de mi futuro nieto. ¡Brindemos por las buenas sorpresas que nos trae la vida!

Todos se levantaron y le imitaron.

—¡Es cierto lo que nos han contado! —exclamó Gredilla, remarcando la completa ausencia de vellosidad en el rostro del periodista.

—Cierto y doloroso, estimado Salvador —admitió con humildad—. Me siento desamparado sin mis bigotes, pero el sacrificio vale la pena. Voy a escribir una crónica que hablará de los misioneros y su obra en estas tierras.

—Nosotras te encontramos muy apuesto —afirmó Carmen entrando en el salón.

Tía y sobrina hicieron su festiva aparición luciendo las blusas de piña bordadas.

—¡Qué bonitas! En España, estas prendas se venden a precios exorbitantes —afirmó Gredilla.

—Hay tantas cosas que nos tienen maravilladas desde que hemos llegado… Fijaos en las conchas de las ventanas en lugar de vidrios, ¿no os parecen divinas? Y los hermosos muebles lacados, y los grandes jarrones chinos pintados a mano… ¡Aquí todo es tan exótico!

Francisco llegó con una revista médica debajo del brazo a fin de comentar uno de los artículos con su amigo Salvador.

Domingo le hizo un gesto a su mademoiselle para que se acercase. Los demás seguían conversando.

—Zarpamos mañana a mediodía. Quiero que sepas que pensaré en ti de noche y de día. Dejo mi corazón en tus manos, te escribiré

desde cada puerto. Deberíamos estar de vuelta en Manila a mediados de febrero.

—Verás que las semanas pasarán más rápido de lo que pensamos. Entretanto, los dos estaremos muy ocupados. No te preocupes, aquí me encontrarás a tu regreso. Nos hemos hecho una promesa, ¿recuerdas?

—Mili, ¿querrías interpretar algo para nosotros? —solicitó Pepe señalando el piano vertical al fondo del salón—. Así la noche será perfecta…

La Soberana partió llevándose a toda su tripulación con los ansiados mantones de Manila y los ciento treinta y siete nuevos pasajeros rumbo a Barcelona.

15

Francisco Anastasio conversaba con su suegro sobre un médico de Intramuros llamado Leopoldo Sandemetrio. Le resumía la correspondencia que habían mantenido durante varias semanas.

—Me ofreció trabajo en su consultorio.

—Sé quién es. He coincidido con él en varias ocasiones, pero no hemos hablado. Es bien conocido por ser el médico de cabecera de muchas de las familias españolas más influyentes de Manila. Siempre luce elegante y se da un cierto aire de nobleza. Suele tener un grupo de admiradoras que lo rodean y lo adulan, por eso imagino que sigue soltero. Podemos preguntarle a Apanaya esta tarde. Ella conoce a mucha gente dentro y fuera de Intramuros, sabrá decirnos más acerca de él.

—¿Sandemetrio? —rezongó Apanaya, sorprendida—. ¡Antes prefiero ir a visitar a un viejo *babaylán* en su cabaña del borde del río Pásig! Es el hombre más altivo que conozco. Me irrita muchísimo. Tiene su consultorio en la planta baja de su casa, que, por cierto, es la más grande de la calle Real. Es falso y prepotente, un fastidio de hombre —bufó.

—Tendré que ir a conocerlo personalmente, es la segunda opinión negativa que escucho sobre él.

—Yo te acompañaré, hijo, tengo curiosidad —propuso José María.

En la fachada del número 18 de la calle Real, brillaba la placa del médico. Llamaron a la campanilla y esperaron. Encarnita, una bonita

joven morena, abrió la puerta y les explicó que el doctor dedicaba algunas mañanas a visitar a los pacientes más delicados en sus domicilios.

—Vuelvan a las cinco y los recibirá —los conminó con una sonrisa.

Regresaron al consultorio por la tarde, que esta vez estaba repleto de pacientes. Francisco prefirió dejarle una nota.

Estimado doctor Sandemetrio:

Llegué hace dos días a Manila. Estoy alojado en casa de mi suegro, el señor José María Pérez, en el número 6 de la calle Palacio.

Le ruego que me escriba para concertar una entrevista.

Se despide de usted atentamente,

Doctor Francisco Anastasio Soldevila

La respuesta no se hizo esperar.

Apreciado doctor Soldevila:

Bienvenido a Intramuros.

Le ruego que se reúna conmigo mañana a las cuatro en mi casa. Llame a la campanilla de al lado del consultorio.

Reciba un cordial saludo,

Doctor Leopoldo Sandemetrio

Entretanto, Narciso preparaba su marcha al convento de San Apóstol.

—A partir de esta noche, pernoctaré allí —se despedía emocionado—. El padre Faustino me ha indicado que vaya con lo puesto, ellos me vestirán con sus hábitos. Os confío la Remington, es demasiado ruidosa para un convento, mejor escribiré las crónicas con la Wirt.

—Prométenos que vendrás a visitarnos de vez en cuando —le

pidió Carmen con una sonrisa.

—Claro que vendrá, San Apóstol está cerca de aquí —añadió Mili convencida.

—Por supuesto, ¡me escaparé si hace falta! —bromeó el periodista.

José María le recordó que allí tenía su casa. Javier lo acompañó caminando.

El sereno los saludó alzando su gorra, era la hora de encender los faroles de las calles de la antigua ciudad amurallada. En las casas también prendían sus lámparas poco a poco, mostrando a las familias reunidas en los bellos salones a través de las ventanas abiertas. Llegaron a la puerta de San Apóstol, tocaron la campanilla y el padre Mendoza salió a abrir.

—¡Cuánto me alegro de volver a veros! Narciso, hombre, te estábamos esperando. Es increíble lo que estás dispuesto a hacer para conseguir crónicas nuevas. ¡Hasta te has afeitado!, ahora pareces un jovenzuelo… —dijo observándolo con atención.

—Lo que sea necesario para acompañaros a misiones… —asintió el periodista imitando el gesto de enroscar hacia arriba los desaparecidos bigotes—. ¡Yo auguro que llegará el día en el que serán habituales los informadores, hombres y mujeres, que sacrifiquen lo que haga falta para cubrir los hechos acaecidos en otras partes del mundo! Esta profesión es muy necesaria en nuestra sociedad —vaticinó Narciso orgulloso, entrando en el convento con la Wirt en alto diciendo adiós.

—Hasta pronto…, «hermano Lledó», ¡el pionero de los periodistas en acción! —se despidió a su vez Javier, levantando su sombrero.

Aunque Faustino y Santiago prepararían con Pedro y Narciso el viaje durante las semanas siguientes, los hermanos veteranos quisieron informar a los novatos sobre algunos detalles de la

expedición.

—Recapitulemos, hermanos —dijo Faustino—. A las seis de la mañana, tomaremos el barco; he conseguido cuatro pasajes a bajo precio. Tras dos jornadas de navegación, llegaremos a la ciudad de San Fernando, en la costa noroeste, donde nos proveeremos de los burros y daremos comienzo a nuestro periplo por varios pueblos de la cordillera. Cada uno llevará un petate grande con tres mudas y una manta, las alforjas con los alimentos y agua en las cantimploras. Racionaremos al máximo nuestros haberes y es posible que debamos guardar ayuno forzoso algún día o que comamos de lo que nos ofrezca la tierra, seguramente fruta silvestre.

—¿Y si llevo mi fusil? ¡Podría cazar animales! —anunció Pedro Peñascal, seguro e imperturbable.

—¿De qué fusil hablas? —Mendoza se echó las manos a la cabeza.

—Del que tengo en mi celda. Pero puedo llevarme la pistola, si preferís que…

—¡Peñascal! ¿Has metido armas en este santo convento? ¡No me lo puedo creer! En el barco, dormíamos en el mismo camarote y no las vi. ¿Dónde las guardabas?

—El fusil iba envuelto con la talla del Cristo crucificado.

—¿Y la pistola?

—Entre las imágenes de santa Mónica y san Pancracio. Tengo mucha munición. Estaba repartida dentro de los cálices, ¡más vale que sobre que no que falte!

—Pues yo también creo que es buena idea —justificó Narciso en su defensa, echando más leña en el fuego.

—¡Esto no es un safari! Empezaré por requisar el fusil y la pistola, tráelos ahora mismo, Pedro —le conminó Faustino.

—¿Y la munición?

—¡También! Ya hablaremos de todo esto mañana por la mañana,

que ahora empieza a dolerme la cabeza. Resulta que tenemos entre nosotros a un hermano guerrero… Y es que ya lo decía mi abuelo: ¡«De casta le viene al galgo ser rabilargo»!

Sandemetrio recibió a Francisco y José María a las cuatro en punto. Encarnita, la misma secretaria que los había atendido el día anterior, les sirvió café y unos dulces de mandioca. Leopoldo se lo agradeció dedicándole un guiño lascivo, un pormenor que no pasó desapercibido a sus invitados.

—Es mi nueva asistente. Nació aquí, es hija de españoles. Sus padres, venidos a menos, se han visto obligados a ponerla a trabajar. Evidentemente, yo intento ayudar a mis compatriotas siempre que puedo.

Hablaron de temas superficiales antes de que Sandemetrio hiciera a Francisco preguntas sobre la universidad en la que había cursado los estudios y su posterior vida profesional.

—Doctor Soldevila, para poder ejercer su profesión en este archipiélago, debemos presentar sus credenciales y cartas de recomendación en el Negociado de Sanidad, en la Dirección General de Administración Civil. Un mero trámite ante las autoridades.

—Por supuesto, tengo todos los certificados y documentos acreditativos necesarios. La razón de esta visita es porque quería conocerle y charlar con usted respecto a su trabajo.

—Bueno, le diré que tengo más de veinticinco años de experiencia —afirmó orgulloso—. Atiendo principalmente a españoles de buena condición, también a criollos y, en ocasiones, a algunos mestizos que pueden pagar, siempre intentando mantener un nivel, controlando quién frecuenta la sala de espera del consultorio.

—¿Y cómo realiza ese control? —preguntó José María, sorprendido.

—Mis secretarias lo hacen por mí. —Señaló a la bonita morena criolla que, a esas horas de la tarde, llevaba un vestido de escote generoso—. Ellas los reconocen: si las personas no aparentan un cierto rango, las despachan diciéndoles que no estoy; si vuelven, les dan a entender claramente que no serán atendidas. Acaban comprendiéndolo y se van por donde han venido. Si lo que busca es trabajar en un consultorio de categoría, este es el mejor lugar para usted.

Francisco respiró hondo. Buscaba las palabras más adecuadas para responder.

—Yo estoy acostumbrado a tratar con todo tipo de enfermos e, incluso, a hacer horas extras para visitar gratuitamente en los barrios más pobres, si es necesario. Limitarme a un tipo de paciente solo porque tiene dinero y nivel social no entra en mi ética profesional ni casa con mis principios morales como ser humano.

La admiración de José María por su yerno creció al escuchar estas palabras.

—Disculpe, creo que no le he entendido bien —carraspeó Sandemetrio, incómodo.

—Mi yerno —intervino José María— quiere decir que no atiende a los pacientes según el peso de su billetera, ¿verdad, Francisco?

—Eso mismo.

—¿Y cómo creen que he conseguido tener una casa como esta y una asistente de día y también de noche? —comentó en voz baja—. Ustedes ya me entienden, señores… —dijo buscando una sonrisa cómplice que no le fue devuelta, mientras señalaba con disimulo a su secretaria—. Escogí practicar la medicina en las colonias porque sabía que me reportaría las ganancias necesarias para llevar una buena vida, y así ha sido. Mírenme —dijo abriendo los brazos—: a mi edad, he optado por seguir soltero hasta que elija a la mujer que se

me antoje y decida fundar una familia. De hecho, creo que ya va siendo hora. Gracias al dinero que he ganado, puedo obtener todo lo que desee.

—Cada uno tiene sus prioridades en la vida… ¿Sería usted capaz de dejar desatendido a un enfermo por mantener el nivel del que habla? —preguntó Francisco.

—Mi tiempo es oro, señores.

—Ya veo.

A los dos hombres les bastó con una ligera mirada para levantarse a la vez.

—Le agradecemos la atención, pero ahora debemos marcharnos —anunció Francisco.

El médico los acompañó hasta la puerta, extrañado.

—Podría empezar a trabajar esta misma semana. Tengo un consultorio completamente nuevo esperándole. Usted es peninsular, joven y atractivo, la novedad atraerá a más pacientes. Pongámonos de acuerdo con el sueldo, lo que pida no será un problema para mí.

—Mire, doctor, con franqueza… Le agradezco su proposición, pero me temo que no podremos trabajar juntos. Tengo la impresión de que soy yo el que no está a su nivel, puesto que atenderé a cualquier persona solo por el hecho de estar enferma y a pesar de que no me pueda pagar. Elegí la carrera de medicina para ponerme al servicio de los demás; lo mío es vocacional, no sabría hacer otra cosa en la vida. —Y añadió orgulloso—: Yo también soy rico, porque tengo el amor de los míos, practico una conducta irreprochable dentro y fuera de mi hogar y disfruto ejerciendo esta profesión maravillosa con la conciencia bien tranquila. Con eso me doy por satisfecho.

Leopoldo Sandemetrio se quedó mirándolo como si su interlocutor hablase en un idioma desconocido. La asistente les dio los

sombreros y salieron de la casa.

Caminaron por la calle Real intercambiando impresiones.

—No sé qué piensas tú, Francisco, pero me parece que este hombre se hace pasar por un caballero de flamante armadura ante los que llama sus paisanos «venidos a menos» cuando, en realidad, se aprovecha de sus hijas a cambio de un sueldo de secretaria. Es un desaprensivo y un libertino —concluyó José María—. A saber de cuántas muchachas habrá abusado con palabras melosas, falsas promesas y esos modales de dandi.

—Opino lo mismo. Al final resulta que los rumores sobre él eran ciertos —subrayó con un movimiento de la mano—. Me sería imposible trabajar con alguien tan mezquino y salaz. No tenemos nada en común y no lograríamos congeniar por importante que resultase el sueldo. ¿Dice que solo atiende a los enfermos que pueden pagar? ¿Dónde queda su humanidad?

—Tal vez nunca la haya tenido. Me alegro mucho de haberte acompañado en esta visita, hijo, ha sido muy instructiva.

Por consejo de su suegro, Francisco se presentó de inmediato en la Dirección General de Administración Civil y entregó la instancia junto con todos los documentos necesarios con el fin de obtener el permiso para ejercer la medicina en Filipinas.

—Bienvenido, doctor Soldevila. En estas colonias, los médicos escasean, ya verá que le responderemos muy pronto —dijo el escribiente del Negociado de Beneficencia y Sanidad estampando el sello en el documento oficial.

Al volver a casa, entró en el despacho. Javier y Tagubanua charlaban animadamente sobre jurisprudencia. Francisco les informó sobre los trámites realizados.

—La persona que te ha atendido en la administración civil no se equivocaba, te darán una respuesta en pocos días —le aclaró Tagu

—. Tu solicitud será admitida y firmada con prontitud por el gobernador general de su puño y letra. Conozco el protocolo. Cuando trabajaba en el palacio, vi pasar por su mesa documentos parecidos, sobre todo instancias de abogados, médicos y farmacéuticos. Todas suelen ser aprobadas con celeridad, máxime las de los sanitarios. A vosotros os consideran perlas raras, nunca sois suficientes. En este archipiélago vuestros servicios son de primera necesidad, y debes saber que, aunque los médicos militares serán los primeros en acudir en caso de guerra, los demás quedaréis en la reserva si estallan conflictos graves entre el ejército y los rebeldes o si brotan las temidas pandemias.

Días después, Francisco recibía un sobre timbrado con el permiso para ejercer libremente su profesión en las islas.

José María le propuso montar su consultorio en la estancia contigua al despacho, suficientemente amplia y ventilada para recibir a los pacientes.

—Y me he tomado la libertad de encargarte una placa, hijo. Además, he escrito a todos mis amigos, clientes y conocidos para hacerles saber que mi yerno es el nuevo médico de Intramuros. El boca a boca hará el resto, ya verás.

La tía Mili le ayudó a colocar su diploma en el lugar más visible, junto con el biombo, una camilla, el armarito con los artículos de farmacia, la bandeja con el material y un escritorio donde redactar sus informes y prescripciones. La sala de espera estaba situada en el espacio que quedaba libre cerca del patio, una zona fresca y sombreada junto a una pequeña fuente cantarina de estilo andaluz.

—He visto una botica muy moderna pasando por la calle Real. Tendré que ir a hacerles una visita y presentarme como es debido. Necesito comprar fármacos y remedios nuevos.

—La conozco, es la botica de los Zobel —le dijo su suegro—. Tiene

mucha historia, el padre también era farmacéutico. Es una familia originaria de Hamburgo y todos sus miembros son personas influentes y fuertemente arraigadas en la alta sociedad filipina desde hace tres generaciones. Coincidí con Jacobo Zobel en alguna cena en el palacio de mi amigo el gobernador —apuntó.

—Esta misma tarde iré a buscar todo lo que me hace falta.

Quien pasara por delante del número 6 de la calle Palacio podía apreciar dos nuevas placas doradas, una a cada lado de la entrada.

JOSÉ MARÍA PÉREZ Y JAVIER PÉREZ DE LARA
ABOGADOS
DESPACHO DE 9 A 14 h

FRANCISCO ANASTASIO SOLDEVILA
MÉDICO CIRUJANO
CONSULTAS DE 8 A 18 h

Al principio fueron llegando dos o tres enfermos cada día. La semana siguiente, ya eran seis o siete por jornada; al mes, contaba con una docena de pacientes diarios y la cifra iba en aumento. José María tenía razón: el boca a boca era infalible. Acudían de dentro y también de fuera de Intramuros, desde poblaciones como Sampaloc, Binondo, Santa Cruz o Santa Ana. Su procedencia poco importaba y el color de su piel, todavía menos. Francisco era el médico recién llegado de la península, un joven experimentado y moderno. Esa era su mejor carta de presentación.

Maya se encargaba de abrir la puerta a los clientes del despacho y a los pacientes del consultorio. Wang repartía limonadas a las señoras peninsulares acaloradas, las únicas que llegaban encorsetadas.

—No lo entiendo. ¿Por qué se ponen ese armatoste alrededor de

la cintura? No me extrañaría que a alguna le diese un vahído con este calor —predecía el cocinero chino.

—¡Qué quieres! Es su forma de vestir, yo no las envidio —observaba Maya—. ¿Y sabías que debajo de los vestidos también llevan medias?

El cocinero negaba con las manos.

—No me cuentes nada más, ¡qué imprudentes!

Milagros observaba el patio desde arriba y los veía trajinar.

—Creo que se merecen un aumento de sueldo. Hablaré con Pepe y Francisco.

—Ya lo tienen pensado, esta misma semana recibirán una gratificación —aseguró Carmen—. Papá es consciente de que su trabajo se ha multiplicado por tres.

Los días se sucedían. Mili recibía las cartas de amor que Domingo le escribía desde cada puerto.

—¡Qué romántico es tu capitán! Léeme otra vez la que te llegó ayer desde Barcelona —le pidió su sobrina sentándose junto a ella.

> Mi querida y adorada Mili:
>
> Por fin, hoy hemos arribado a Barcelona, el puerto en el que te conocí. Miles de recuerdos me abordan, llenándome de melancolía. En solo tres jornadas, partiremos de nuevo. Nunca un viaje habrá sido más emocionante, puesto que iré al encuentro de mi preciosa novia, a la que echo tanto de menos.
>
> Te escribiré de nuevo desde Port Said.
>
> Te quiere con locura,
>
> Tu Domingo

Algunos días después recibiría otra carta. Domingo no regresaría el 14 de febrero, como estaba previsto.

Mili, mi querido y único amor:

A punto de partir de Barcelona, he recibido un telegrama advirtiéndome de que mi madre se encuentra muy enferma. Te conté que, desde que mi padre murió y se quedó sola, ella prefirió regresar a su tierra natal, en el monte Saint-Michel, donde vive con mis tías.

No conozco todavía la gravedad de su mal, pero debo partir hacia Francia hoy mismo. Esta contrariedad hace que debamos esperar un poco más para volver a encontrarnos.

Lo siento muchísimo, ya ves la difícil situación en la que me encuentro.

Se ha decidido que Federico Bajel me reemplace en este viaje. Tan pronto llegue a Manila, Salvador irá a visitaros y os entregará unos obsequios de mi parte.

Te mandaré noticias en cuanto me sea posible.

No olvides lo mucho que te quiero, mademoiselle.

Tu admirador perpetuo,

DOMINGO

—No estés triste —la consoló Carmen con un beso en la mejilla—, pronto volverá a escribirte para contarte lo que ocurre.

Sin mediar palabra, Milagros salió disparada hacia la biblioteca y regresó con un atlas del mundo.

—A ver… —dijo pasando las gruesas páginas con los dedos humedecidos en los labios hasta llegar a Francia—. Carmen, tesoro, acércame esa lupa, por favor. ¡Aquí lo tenemos, el famoso monte Saint-Michel! Mira, es tan pequeño como un grano de sal.

—Pues ahí está tu novio, tía.

—¿Piensas que es sincero? —dudó cerrando el libro de golpe.

—Recuerda que te hizo una promesa. Sois almas gemelas, te lo dijo.

—Tal vez lo dijo, pero probablemente haya cambiado de idea y a estas alturas no se acuerde ni de mi nombre. Quizá fui engañada,

una mera distracción en la travesía.

—¿Y por qué habría de mentirte?

—No sé, Carmen, en cada puerto le gustará tener una colección de mujeres a las que llama «mademoiselle», igual que a mí… Desde Barcelona hasta Manila, en cada escala le esperará una ilusa enamorada. Ese hombre tan bien plantado posee un ego mucho más grande que su nariz.

—Pero si era una de las cosas que te agradaban de él. ¡Tiene un perfil fascinante!

—Ya no, porque ahora mismo estará junto a la exótica de Zaya riéndose de mi ingenuidad mientras ella le baila danzas orientales medio desnuda. ¡Soy la inocente que se entregó sin reservas mientras él jugaba a conquistar mi corazón! —dijo airada. Sacó dramáticamente del pecho el pañuelo que Domingo le regaló con su *eau de toilette* y lo tiró al suelo para demostrar sus ardientes sentimientos—. Pero ¿sabes qué?

—¿Qué?

Milagros suspiró profundamente. Buscó el pañuelo con la mirada y lo recogió. Aspiró el olor, el que le recordaba a su Domingo.

—Pues que no me arrepiento de nada, porque he amado libremente y con todas mis fuerzas, y ahora conozco el significado de esa palabra… ¡Ah, el amooor! Muchas desearían vivir lo que yo sentí. ¡He sido tan feliz! Pero me arriesgué y perdí…, qué se le va a hacer. —Suspiró de nuevo e hizo volar el pañuelo sobre su cabeza—. Y debes perdonarme, Carmen, confieso que antes te he mentido: a pesar de todo, ¡me sigue gustando mucho su nariz!

Su sobrina puso los ojos en blanco. Se agachó entre resoplidos, sujetándose el pesado vientre, y recogió el pañuelo. Lo agitó por si había cogido polvo y lo devolvió a su lugar original, el escote de su tía.

—Siento seguir llevándote la contraria —dijo con sincera convicción, sentándose a su lado—. Yo creo que sus sentimientos son verdaderos y que además te adora. Nos contó que su madre estaba mayor. ¿No ha podido enfermar? Tales cosas ocurren, ¿por qué perder el tiempo escribiendo para darte explicaciones? ¿No sería más fácil ignorarte y olvidarse de ti?

—¿Tú crees?

—¡A pies juntillas! Tus suposiciones carecen de fundamento, verás que el tiempo terminará por darme la razón. Por favor, deja de preocuparte, pronto volverá a escribirte. ¡Arriba ese ánimo, tía Mili! Además, Narciso ha mandado recado diciendo que hoy vendrá a almorzar para contarnos cómo le va por San Apóstol. ¿Y qué te parece si esta tarde, después de la siesta, salimos de paseo tú y yo a distraernos?

—Cualquier cosa con tal de sacarme un rato a Domingo de la cabeza…

Intramuros era una ciudad llena de encanto. Las dos mujeres caminaban tomadas del brazo por las antiguas calles coloniales, tapizadas de la alfombra roja carmesí que formaban las flores desprendidas del árbol del fuego. Charlando y admirando los escaparates de los comercios, llegaron frente a la pastelería Isla de Mallorca.

—Maya dice que hacen unas ensaimadas riquísimas, y ya sabes que a Javier le encantan. ¡Entremos y compremos unas cuantas! Le daremos una sorpresa.

Las despachó la hija de los dueños. La chiquilla criolla escogió las mejores piezas y las dispuso con maña sobre una bandeja. Las envolvió en fino papel de estraza y rodeó después el paquete con un lazo. A continuación, recibió el pago y con una amable sonrisa les

devolvió el cambio, que retiró de la moderna caja registradora.

—¿Hace poco que han llegado a Manila, señoras?

—¿Tanto se nos nota? —preguntó Carmen con expresión curiosa, alzando las cejas.

—¡Claro que sí! Es que al hablar tienen ese acento peninsular inconfundible, porque a mí, algún día, me gustaría viajar a España… Debe de ser muy bonita, ¿verdad? —indagó pestañeando con los ojillos brillantes.

En ese momento, su madre apareció por detrás del mostrador cargada con una fuente de estaño repleta de más ensaimadas, galletas y bizcochos recién horneados. Se unió a la conversación.

—¡Catalina, hija, no importunes con tus preguntas curiosonas! Disculpen… —La pastelera carraspeó en un tono cómplice mientras iba colocando los dulces dentro de la vitrina—. ¡Ya se sabe cómo es esta juventud! A nuestras dalagas les intriga la vida en la península, aunque yo también la desconozco, porque aquí es donde me trajeron al mundo —añadió señalando el vientre redondeado de Carmen—. Para serles sincera, les diré que, según mis padres, en Filipinas fue donde consiguieron progresar, mientras que en España, doblando la espalda de sol a sol, los pobres no tenían donde caerse muertos. Siempre cuentan que, con mucho sacrificio y a base de trabajo, aquí se les dio la oportunidad de montar este negocio. Y miren lo que hemos conseguido entre todos —dijo con humildad, mirando a su alrededor—. En todo caso, sean bienvenidas a las colonias y sepan que esperamos verlas a menudo por nuestro modesto establecimiento. Catalina, niña, obsequia a las señoras con dos panquemaos. ¡Tienen que probar nuestras muchas especialidades!

Carmen y Milagros agradecieron la gentil atención y salieron de la pastelería prometiendo volver muy pronto.

—¿Antes de llegar te imaginabas la cantidad de negocios españoles que podíamos hallar en Manila? —comentó Milagros, maravillada—. Imagina mi sorpresa ayer cuando leí en el *Diario de Manila* que en el teatro de Tondo se representan óperas…

—Sí, y papá dice que las compañías teatrales y de zarzuela también llenan los teatros, y que en pocas horas se venden todas las localidades y cuelgan el cartel de completo. Me gustaría mucho ir, pero prefiero hacerlo después de que nazca el bebé, porque ahora seguro que me quedaría dormida otra vez, igual que una marmota.

Milagros rio recordando la noche en el Gran Teatro del Liceo. Carmen le dio un cariñoso pellizco en la mejilla.

—Menos mal que te tengo conmigo, tía Mili, ¡me siento tan afortunada!

—No te preocupes por nada, tesoro, yo estaré para ayudarte en todo lo que necesites.

Siguieron caminando hasta el bazar La Puerta del Sol, donde compraron tinta y papel. De regreso a casa entraron en el almacén de música Santa Cecilia, que les había recomendado el padre Faustino porque cada mes recibían partituras nuevas para piano.

De madrugada, Mili se sentó en el marco de la ventana de su habitación y encendió su pipa pensando en Domingo. ¿Por cuánto tiempo más deberían estar separados?

16

Sandemetrio seguía obsesionado con la visión de Dalisay, cuya imagen se le había quedado grabada en la retina. En varias ocasiones había vuelto a cruzarse con ella fugazmente, siempre acompañada. En toda su vida, no había contemplado una belleza igual. Esa piel satinada, esos ojos verdes de color esmeralda, ese cabello tan liso y brillante… Conocía bien el cuerpo femenino, ¿cuántas veces había pedido a sus jóvenes pacientes que se desnudasen sin necesidad con la excusa de auscultarlas? Ellas obedecían sumisas y se dejaban palpar; era su médico y confiaban en él. Pero esa chiquilla era diferente y, aunque Dali no tenía la tez blanca ni era criolla, y mucho menos peninsular, cada vez eran más comunes ese tipo de matrimonios. Sabía que ella se convertiría en algo poderoso, en un rostro y un cuerpo perfectos que quería hacer suyos. Sería la envidia de otros hombres.

¿Quién iba a decirlo? Después de tantos años, se había enamorado… Tenía la edad de ser su hija, pero ¡tanto mejor! Con esa gran diferencia de edad, tardaría muchos años en marchitarse.

Deseaba hacerla su esposa, educarla para pisar con altanería los suelos de las mejores casas. Le enseñaría a ser distinguida, le ofrecería todo lo que una mujer podía desear: joyas, vestidos elegantes y viajes a Europa. Hasta el día en que la vio por primera vez, se consideraba satisfecho con sus amantes. La mayoría habían llegado a él inocentes, prácticamente regaladas, con la esperanza de

que mordiese el anzuelo para llevarlo al altar. ¡Qué ingenuas! Pronto se cansaba y necesitaba cambiarlas por otras nuevas. La última lo divertía, pero ¿por cuánto tiempo? No tardaría en quitársela de encima: la misma historia tantas veces repetida.

El mayor problema era que los Aisal y su hermano velaban por Dalisay y no la dejaban sola ni un momento. Era muy complicado el acceso para hablarle o llevarla hasta su consultorio con algún pretexto. «¡Lo intentaré por las buenas!», pensó. Se tragaría el orgullo y volvería a esa casa donde la última vez no tuvo éxito. En esa ocasión, escribiría para anunciar su visita. Allí mandaba esa *mestisong* sangley, la antigua dama de compañía de Manuela, la esposa del anterior gobernador, que también era muy bella. Manuela tenía esa típica gracia andaluza, todavía fresca aun estando desposada con un hombre demasiado mayor; ni siquiera se fijó en él, lástima, porque también le hubiera gustado hacerla su amante. Apartó ese antiguo recuerdo de su mente y se centró de nuevo en Dalisay. ¡Necesitaba volver a verla!

> Estimada señora Aisal:
>
> Le ruego que me reciban mañana a la hora que disponga, quisiera presentarle nuevamente mis respetos.
>
> Esperando su respuesta, se despide atentamente su humilde servidor,
>
> LEOPOLDO SANDEMETRIO

—¿Otra vez este hombre tan molesto? ¿Qué querrá, Mami Tari? No lo entiendo… —decía Apanaya.

—Yo tampoco, hija. Si queremos averiguarlo, no tendremos más remedio que atenderle.

—Preferiría no hacerlo, su sola presencia me disgusta. Pero tienes razón, salgamos de dudas.

Señor Sandemetrio:

Puede visitarnos mañana a las cinco.

Atentamente,

APANAYA AISAL

Leopoldo tomó una de las cajas de dulces de almendra que se hacía traer desde España. Las compraba por docenas y las regalaba solo en ocasiones muy especiales. «Seguro que las impresionaré», pensaba. «No creo que hayan degustado jamás algo tan fino», se felicitó seguro de su triunfo. «No hay más que ver a esa mujer que acompaña a menudo a Apanaya, una vieja india sin clase, madre de ese antiguo jardinero».

Se tomó la molestia de informarse. Era extraño que, de repente, gozasen de un cierto estatus, de esa casa tan bonita, de un barco e incluso de varios empleados. Un auténtico misterio… Antes eran humildes. «Quizá hayan recibido una herencia importante», especulaba para sí.

Se acicaló con esmero el bigote y la perilla. En verdad, era un hombre bien parecido; sus intensos ojos azules y el cabello que empezaba a encanecer le daban un aire de nobleza, él siempre había presumido de ello. Se vistió con un traje de lino claro, sin olvidar el valioso anillo de oro heredado de su padre con el escudo de los Sandemetrio. Salió por la puerta trasera. Tenía pacientes esperando y no quería que nadie le viese partir. Su secretaria sabía dónde encontrarle en caso de urgencia; mientras tanto, les haría esperar pretextando cualquier excusa.

Llegó frente a la casa en la calle Solana. Se disponía a tirar de la campanilla, pero, justo en ese momento, abrió la puerta un muchacho que no había visto antes, alto, agraciado y muy bronceado por el sol. Dali iba detrás con una canastilla.

—Buenas tardes, ¿a dónde vais? —preguntó el médico apoyando el brazo en el marco de la entrada. Impedía que la chiquilla saliera y se le acercaba lentamente, como un depredador olfateando a su presa. Ansiaba sentir más de cerca su fragancia de rosas.

Pachu le miró desconfiado. Ella lo reconoció.

—Buenas tardes, doctor, vamos a hacer unos recados. Creo que lo están esperando arriba.

—Y tú ¿no puedes quedarte? —replicó sintiendo unas ansias irresistibles de tocarla.

Pachucho intervino.

—Disculpe, señor, debemos marcharnos. ¿Puede dejar salir a la señorita?

El médico apartó el brazo, visiblemente enojado. Ese chico había interrumpido su conversación. Absorto, se había quedado admirando el bonito contoneo de Dalisay cuando sintió un líquido espeso y blanquecino que le resbalaba por el cabello. Comprendió de inmediato que era excremento de pájaro. Levantó la cabeza y notó que le caía más por el rostro. Quijote, unos metros más arriba, posado en el balcón, apuntaba con su cloaca distendida hacia el médico y lo alcanzaba por tercera vez en el hombro con una puntería excelente.

Leopoldo entró a la casa. Yu lo recibió.

—¡Tú, muchacha! —gritó enojado—. Necesito un aguamanil con jabón. ¡Un pajarraco ha defecado sobre mí y no puedo presentarme así ante tu señora!

—Ni yo puedo permitir que nadie trate de esta manera a mis empleados, caballero —le habló una voz masculina extrañamente pacífica, al tiempo que se acercaba bajando la escalera—. ¿Es usted el doctor Sandemetrio?

—El mismo. Y le ruego que me disculpe, estoy de malhumor a

causa de lo que le estaba explicando a su doncella. Solo quería asearme antes de verlos.

Llegaron la palangana y el jabón. Leopoldo se lavó la cara y el cabello. Yu se ofreció a limpiarle la chaqueta manchada. En cuanto terminó de secarse y recomponerse, subió al salón en mangas de camisa y con su mejor chaleco de seda. Allí le esperaban Apanaya, Mami Tari y Cañamón, con el que había mantenido la incómoda conversación unos minutos antes. Quijote seguía apostado en la ventana y lo miraba fijamente.

—¡Ese pajarraco es el que me ha dejado hecho un desastre! —acusó señalando al búho.

Su dueña lo llamó y Quijote fue a posarse obediente en su regazo. El animal seguía sin quitarle la vista de encima a ese humano, calculando su peso, su estatura y la distancia que los separaba para atacarle en caso de necesidad.

—Sentimos lo que le ha ocurrido. Mire, solo es un animalito, no entiende de buenas maneras. Pero siéntese, por favor —propuso Apanaya, señalando los elegantes sillones chinos fabricados con madera de palisandro que Cañamón había traído de uno de sus viajes.

—Claro… —contestó a regañadientes, pensando que era una lástima no poder atrapar al bicho y retorcerle el cuello como a una vulgar gallina.

Quijote pareció leerle la mente y aleteó desafiante.

—¿Tal vez podemos ofrecerle un cha? Tenemos uno excelente, adquirido en la India —ofreció Cañamón en un intento de rebajar la tensión reinante.

—Será perfecto, gracias. Usted se dedica al comercio y tiene un navío, ¿verdad?

—Veo que está bien informado. Lo tengo, el Pequeño Fortuna, y

sí, soy comerciante.

—Miren —dijo levantándose para ofrecer a Mami Tari la caja con los dulces—. Les quería obsequiar con estos confites, que me hago traer desde la península. Aquí son muy difíciles de encontrar.

—¡Oh, muchas gracias! Pero no debería haberse molestado —respondió al tiempo que se levantaba, abría un mueble y dejaba a la vista el interior repleto de cajas con los mismos dulces—. La señora Manuela sabe lo mucho que le gustan a mi nuera y se las envía por docenas.

El engreído médico centró su atención en Cañamón, que estaba de pie, apoyado en el respaldo de la silla de su madre, y vestía el *barong tagalog*, la camisa formal que portaban los varones filipinos elegantes, con unos pantalones de puro algodón y un cinturón del mejor cuero curtido. Era corpulento y lucía el mismo bronceado que el joven que había visto salir de la casa. Apanaya y Mami Tari estaban sentadas, impecablemente peinadas con un moño y ataviadas con bonitas sayas de rayas y blusas delicadamente bordadas. Representaban la típica estampa de la clase acomodada filipina, pero para Leopoldo seguían siendo de una raza muy inferior, aunque parecían estar acostumbrados a manejar dinero.

Yu sirvió el cha para todos y le devolvió la chaqueta impecable, sin restos de heces de pájaro.

—Qué oportuna es su visita —dijo Cañamón—. Uno de mis marineros se queja de un mal que no quiere aclararnos, dice que se siente avergonzado. ¿Usted me haría el favor de examinarlo? Tiene muchos dolores.

El petulante médico de Intramuros quiso negarse, pero pensó que eso no le ayudaría a avanzar en sus planes con Dalisay.

—Dígale que se acerque más tarde al consultorio, cuando anochezca. Avisaré a mi asistente para que lo deje pasar.

—¿No podría reconocerlo ahora? Está abajo. Ha venido a traerme unos documentos que necesitaba entregar firmados en la capitanía del puerto.

Cañamón fue a buscarlo sin esperar respuesta. El hombre caminaba visiblemente escocido y prefirió quedarse en el umbral de la puerta estrujando su gorra entre las manos, mientras saludaba educadamente a las señoras con la cabeza.

—Abacán… —dijo Cañamón al marino de origen malayo, grande como un oso pero de finos modales—. El doctor averiguará lo que te ocurre y seguramente pueda curarte ese mal del que tanto te lamentas de día y sobre todo de noche.

Abacán lo miró implorante.

—No, por favor, patrón, ya sabe que me da vergüenza.

—¿Y prefieres seguir sufriendo por timidez? ¿No comprendes que nos tienes noches enteras en vela durante las travesías, a causa de lo mucho que te quejas? Venga, hombre, sé valiente, haz el favor de entrar en esa habitación y deja que el doctor te lo vea.

Arrastrando los talones, entró en la alcoba constreñido. Lo siguió Sandemetrio, muy poco entusiasmado.

—Bien, ¿puede mostrarme dónde le duele?

El marinero se quitó los tirantes, se bajó los pantalones, seguidos de los calzones, y, cerrando los ojos, se dio la vuelta y separó sus espléndidas y peludas posaderas.

—¡Uf, está usted fatal!

—¿Ve por qué no quería enseñárselo a nadie, doctor?

—¡Nunca había visto unas hemorroides tan desmesuradas!

—Pero ¿tienen arreglo? —le preguntó alarmado el hombre de mar.

—Lo vamos a intentar. Aplicando una pomada que le voy a prescribir, mejorarán considerablemente, pero debe cambiar su dieta. Come usted mucho picante, ¿verdad?

—Sí, todos los días.

—Pues le aconsejo que lo abandone, le perjudica seriamente a causa de su efecto inflamatorio —dijo con premura. Deseaba volver al salón para conversar con la familia Aisal sobre Dalisay.

Cañamón se acercó al verle salir de la alcoba con Abacán rojo como un tomate.

—Su trabajador tiene un mal bastante común. No hay de qué preocuparse, pronto mejorará si hace lo que le he recomendado —explicó mientras se volvía a sentar, dispuesto a tomarse su cha.

—¿Y a qué debemos su visita, doctor? —indagó Apanaya.

—Sencillamente quería presentarles mis respetos y hablarles sobre…

La campanilla de la entrada sonó, seguida del crujido de la madera bajo los pasos de Dali y Pachu, que subían las escaleras. Dali empezaba a quitarse el sombrerito cuando vio que el doctor continuaba en la casa.

—Buenas tardes, doctor Sandemetrio.

—Buenas tardes, señorita Dalisay Talay.

Pachucho se limitó a sentarse al lado de Cañamón con cara de pocos amigos.

Leopoldo Sandemetrio la tenía frente a él. Admiró en silencio su fresca juventud, su piel de terciopelo, las finas hebras de cabello que se escapaban de su peinado, el rubor de sus mejillas y el intenso color rosado de sus labios. Examinó meticulosamente cada miembro visible de ese cuerpo esbelto sin defecto alguno. Todo lo que poseía estaba exquisitamente diseñado: el rostro perfectamente ovalado, la forma de los brazos, la estrecha cintura y la largura de las piernas. El corazón del médico batía ansioso; hubiera deseado soltar su ímpetu animal, huir con ella en sus brazos escaleras abajo y llevarla hasta su cama.

Todo esto ocurrió en segundos. Pachucho se percató una vez más de que algo fallaba en la mirada de ese hombre. Notó la llama de deseo en sus ojos azules y el gesto lascivo de sus labios bajo el cuidado bigote.

Sonó la campanilla. Yu anunció que Encarnita había dejado recado de que el doctor tenía una urgencia y debía volver inmediatamente.

Leopoldo se levantó disgustado. Una vez más, interrumpían el deleite que experimentaba al encontrarse con ella. Prefería quedarse allí, ¿qué le importaba una urgencia? Seguro que se trataba de una señora exagerada necesitada de unas sales. Todos los ojos estaban puestos en él, esperando verle partir apresurado, pero no parecía tener ninguna prisa.

Yu le trajo el sombrero. Leopoldo apuró su cha.

—Les agradezco su amabilidad, lástima que deba marcharme tan pronto… Me han dicho que este domingo la banda militar tocará un nuevo repertorio bajo la pérgola central del paseo de la Luneta y que se cantará una selección de zarzuelas. Tal vez pueda verlos allí… —preguntó ansioso mirando a Dalisay—. Acostumbro a merendar en el quiosco de Pierre Antoine, el pastelero francés. ¡Prepara unos hojaldres deliciosos! Me gustaría invitar…

—Quizá vayamos algún domingo, no lo sé —le interrumpió Apanaya—. Pero ¿no debería marcharse ya, doctor? Le están esperando.

Cañamón le acompañó hasta la calle.

—Por favor, dígame cuánto le debo por tratar a mi marinero.

—Absolutamente nada, ha sido un placer ayudarle.

Al llegar al consultorio, la urgencia se había marchado.

—Los padres del niño no han querido esperar y se lo han llevado al médico nuevo, el de la calle Palacio —le explicó la secretaria.

—Pero ¿qué urgencia era esa?

—El pequeño Jaime de la Cruz se había tragado una sortija de su madre. Parece ser que la alhaja era grande. Estaban muy alarmados y, al verme regresar sin ti, han preferido marcharse.

—Te he dicho mil veces que no me tutees fuera de casa.

—Perdón, Leopoldo.

—¿La familia De la Cruz? Ya sabes que son de mis mejores pacientes, ¡no has debido dejarlos ir! Y no me llames por mi nombre, fuera de casa soy el doctor Sandemetrio.

—Lo siento mucho, no sabía qué hacer… Pero yo querría hablarte de otra cosa que me tiene muy preocupada. Quiero decir, hablarle.

—¿De qué se trata, Encarnita?

—Tengo dos faltas y temo estar encinta.

—¿Y quién es el padre de esa criatura? —preguntó con su cinismo natural.

Ya conocía la historia. En el pasado, dos de sus secretarias le fueron con el mismo «inconveniente», pero él se las había arreglado para quitarse de encima a esos futuros hijos naturales tan inoportunos.

—¿Que de quién va a ser? ¡Tuyo! Digo… ¡suyo! Sabe que nunca he yacido con otro, usted fue el primero en tocarme.

—Yo no sé nada. Y baje esa voz escandalosa, los pacientes de la sala podrían oírnos. Las mujeres de su ralea se entregan a los hombres con facilidad y ¡bien merecen lo que les ocurre! Además, yo no estoy seguro de que ese niño sea mío, porque lo que ha hecho conmigo ha podido repetirlo con otros. Pero soy generoso y la puedo ayudar.

—¿Se refiere a deshacernos de mi embarazo?

—Por supuesto. Esa gestación no debe seguir su curso y yo no pienso hacerme cargo, ¡desde luego que no!

—¡Este hijo que llevo es tuyo, Leopoldo! —gritó incapaz de

reprimir el llanto.

Los pacientes de la sala de espera pudieron escucharlo claramente.

Encarnita recogió todas sus cosas y dejó el trabajo. El médico no se percató hasta que terminó de atender los catarros, las toses, las flemas y a las dos hermanas gemelas con jaqueca.

—En la botica, les darán este remedio a base de mandrágora —dijo tendiéndoles la receta—. Tómenlo todas las mañanas al levantarse y cada noche antes de acostarse.

Al final de la tarde, la secretaria volvió bien escoltada por su padre y sus dos hermanos.

—Mi hija dice que la ha deshonrado y que ahora está esperando un hijo suyo. ¡Debe casarse con ella! —gritó indignado con el puño en alto, coreado por sus hijos varones.

—No se ponga nervioso. Somos gente de bien y entre españoles seguro que podemos llegar a un acuerdo…

—¿Qué tipo de acuerdo? —preguntó enfadado el mayor de los hermanos.

—Lo primero es que me dejen en paz. Soy un miembro importante y respetable de esta comunidad, sabrán que tengo títulos nobiliarios… —dijo mostrando su anillo—. Yo mismo puedo hacer lo necesario, ya saben a lo que me refiero… ¡Y asunto solucionado! Como soy un caballero, la compensaré generosamente. Tendrá los reales necesarios para una buena dote, y eso la hará más atractiva a los ojos de cualquier joven en busca de esposa.

—¿Se atreve a poner precio a la honra de mi familia, doctor? Yo confiaba en usted cuando permití que mi hija viniera a trabajar a su consultorio.

—Pero también sabía que ella pasaba las noches en mi casa y no puso ninguna objeción al respecto…

El segundo hermano, que hasta ese momento había permanecido callado, le propinó un inesperado puñetazo en plena nariz. Leopoldo cayó al suelo inconsciente.

—¡Ahí tienes tus títulos de nobleza, viejo vicioso! —Encarnita le escupió a la cara y guio a los hombres por toda la casa señalándoles la caja fuerte, pues estaba al tanto de los números de la combinación.

Cuando despertó, Sandemetrio estaba solo. Le habían robado la cartera y despojado del anillo de oro con el escudo familiar. Encontró su casa en completo desorden y la caja fuerte, abierta de par en par.

Le estaba bien empleado por relacionarse con ese tipo de mujeres que solo intentaban seducirle y aprovecharse de él, pensó observándose la cara magullada en el reflejo del espejo del salón.

La bella Encarnita, despechada y entristecida, se confió a la que creía que era su fiel amiga. Le confesó su secreto y ella no tardó en pregonarlo por el vecindario. La noticia del embarazo corrió como la pólvora y pronto empezaron a señalarla por la calle.

A este respecto, el mismo Ludwig van Beethoven tenía una frase que representaba a la perfección la inmemorial costumbre de revelar las confidencias ajenas: «No confíes tu secreto ni al más íntimo amigo; no podrías pedirle discreción si tú mismo no la has tenido».

Al poco, el rumor malicioso traspasó las murallas de Intramuros. Las señoras no cejaban de cuchichear.

—Se dice que la última secretaria del doctor Sandemetrio está esperando un hijo suyo…

—Pero ¡eso es inmoral! No puedo entender que un hombre de su categoría haya caído tan bajo —se susurraba en las reuniones sociales.

El médico colgó un cartel en la puerta del consultorio: CERRADO POR MOTIVOS PERSONALES. Se tomaría unas vacaciones hasta que todos

olvidasen el asunto.

Lo que más preocupaba a Leopoldo Sandemetrio era la desaparición del anillo. Cuatro generaciones de varones con su apellido lo habían portado en el dedo anular de la mano izquierda. ¿Cómo recuperarlo?

Por suerte, una mañana, de regreso a casa, le esperaba uno de los hermanos de Encarnita.

—¿Quiere recuperar su anillo, doctor?

—Por supuesto.

—Póngale precio.

—¿Y cómo sé que esto no es un engaño? ¿Lo trae consigo?

—¿Quiere recuperarlo o no? —dijo sacándolo de su bolsillo.

—Espere aquí.

Sandemetrio volvió con un fajo de billetes.

—En realidad, es más de lo que vale. Solo se trata de una reliquia familiar…

—¿No va a preguntarme por Encarnita?

—¿Cómo está?

—Ha perdido a su hijo. Este dinero servirá para pagarle el pasaje a España. Solo quiere alejarse de aquí y olvidarse de todo —afirmó escupiéndole en los zapatos—. Es usted un hombre malvado e indeseable, ojalá le pique una víbora.

Leopoldo se alegró. Qué más le daba Encarnita, ¡ese problema se había esfumado y había recuperado su anillo!

Las visitas de Apanaya y Dalisay a la calle Palacio eran diarias. Milagros y Carmen las disfrutaban agradecidas; tenían mucha complicidad, se lo contaban todo. Dali traía sus libros y recitaba las lecciones a Pi, interesado en cada una de las palabras que le dedicaba su ama.

Apanaya acariciaba a Quijote en su regazo mientras les detallaba la última y extraña visita del doctor Sandemetrio.

—No comprendemos qué tipo de interés pueda tener ese hombre en nosotros. Es bien conocida su altivez con la gente que no considera de su alcurnia y se supone que somos muy inferiores a sus ojos. Pachu alberga serias dudas respecto a sus buenas intenciones. Nos dijo que notó un comportamiento muy extraño hacia Dalisay cuando coincidieron con él saliendo de casa. Pero, por otro lado, se mostró muy cortés y se negó a cobrar por las atenciones médicas que dedicó a uno de nuestros marineros. Es una persona extraña y contradictoria.

—Francisco no ha querido trabajar con él y mi padre dice que no es trigo limpio —señaló Carmen.

—El hermano Santiago Mendoza ya nos advirtió seriamente durante la travesía en La Soberana —recordó Mili, evocando sin proponérselo a Domingo. ¡Habían pasado semanas desde su última carta! Sintió una punzada en el pecho, descartó ese pensamiento y volvió a centrarse en la conversación—. Yo opino que en estos casos es mejor ser cuidadosos y sopesar con prudencia si una persona con esa conducta merece atravesar el dintel de vuestra casa…

—Hablaré con Cañamón en cuanto regrese. Hay algo muy raro en todo esto.

—¿Por qué no os quedáis a comer? —las invitó Carmen—. Wang está cocinando un pollo delicioso y una morisqueta. Mi tía tiene preparado nuestro postre favorito: tocinillos de cielo. Tagu, Javier, Francisco y mi padre subirán enseguida, ya sabéis lo mucho que les gustan vuestras visitas.

Francisco fue el primero en reunirse con ellas. Colgó su impecable bata blanca en el perchero y se sentó a conversar. Hablaron del esperado momento del nacimiento de su hijo. Apanaya le recomendó

a una experimentada comadrona de Sampaloc, que podría asistirle en todo lo necesario.

—¡Lo tendré en cuenta! No pienso llevaros la contraria… —Reía bromeando.

Dalisay se sentó a su lado.

—¿Te gusta ser médico, Francisco?

—Por supuesto. Adoro mi trabajo, no sabría hacer otra cosa. ¿Y a ti te gusta estudiar?

—¡Me encanta estudiar!

—¿Y ya sabes a qué querrás dedicarte más adelante, cuando seas mayor?

—No he hablado de esto con nadie todavía, pero…

Las tres mujeres de la sala interrumpieron su conversación para aguzar el oído.

—Algunas de mis compañeras desean ser maestras, otras se aburren en clase, aunque el resto solo quiere encontrar un buen marido y casarse. Yo quisiera ser médico, como tú —contestó sin un atisbo de duda.

—¡Vaya, qué sorpresa! Te gusta la medicina.

—Me parece la mejor profesión del mundo.

—¿Querrías venir a visitar mi nuevo consultorio?

—¿Podría?

—Por supuesto, podemos bajar esta misma tarde, después de comer, antes de que lleguen los primeros pacientes.

—¡Estupenda idea! —apoyó Carmen—. Nosotras teníamos pensando ir a Binondo para elegir unas telas. Apanaya nos ha hablado de una modista excelente cerca de allí. La tía Mili y yo vamos a necesitar ropa más ligera, si no queremos sucumbir al tórrido calor de este clima tropical.

—¿A ti te parece bien que me quede con Francisco, *ate*? —

preguntó a Apanaya.

—Por supuesto, mi niña —afirmó—. ¿Cómo rechazar una propuesta así? Volveré a buscarte al final de la tarde.

Lo primero que Dali notó al entrar en el consultorio fue el olor del ácido carbólico con el que Francisco limpiaba su instrumental, bien ordenado dentro de una bandeja metálica. Se fijó en el mueble acristalado donde guardaba las gasas y los vendajes, los frascos de láudano para reducir el dolor, la corteza de quina para disminuir la fiebre, la belladona para la artritis, el bismuto para las úlceras de estómago y las diarreas, junto con la nuez vómica para el dolor de cabeza y las náuseas, además de los purgantes para tratar el estreñimiento. Sobre la mesa, había un tarro de cristal con abatelenguas y media docena de termómetros. Al fondo, un biombo y un perchero.

Francisco recordó con nostalgia sus últimos años en la universidad. Era un alumno aplicado y llevaba al día sus estudios. Aunque terminaba sus jornadas agotado, se fijaba a diario en el cartel de anuncios del hospital y se postulaba, siempre que podía, a los trabajos ocasionales que iban apareciendo. Esos empleos por horas eran imprescindibles para la supervivencia de los estudiantes que no pertenecían a familias acomodadas, ya que, de esta manera, ganaban un dinero extra con el que pagar la cama en la pensión, la compra de libros, el papel para tomar los apuntes, la reposición de los plumines y el relleno de los tinteros.

La lista expuesta en el tablón de anuncios era a menudo larga y variopinta:

> Se necesitan urgentemente dos estudiantes de medicina, enérgicos y de buen temple, con objeto de inmovilizar a un paciente de fuerte complexión mientras se le extrae el segundo

molar primario izquierdo. Se gratificará con cinco pesetas.

Urgen tres alumnos de medicina para contar, limpiar y ordenar las osamentas de una antigua cripta abierta por reforma. Se les reconvocará dos días después para firmar el legítimo testimonio ante notario de que todo ha sido recolocado en su santo lugar. Gratificado a cuatro pesetas la hora.

Se precisa joven estudiante, serio y con aptitudes organizativas, para ayudar al primer bedel de esta facultad, el señor Agapito Bienvenido, en el aula de naturaleza, etiquetando y clasificando los nuevos minerales llegados en la remesa del mes pasado. Asimismo, será indispensable quitar el polvo a los cincuenta y dos animales disecados de las vitrinas. Se recompensará con un total de siete pesetas.

En otras ocasiones, acompañó como auxiliar en prácticas a los doctores que pasaban consulta en los hogares acomodados. Tomaba la tensión, controlaba la temperatura y ponía inyecciones en el trasero de sus privilegiados dueños, que le abrían las puertas de su casa confiados.

Enseguida supo que Dali era igual que él a su edad. Poseía su misma curiosidad y unas inquietudes idénticas. Con gran madurez, la chiquilla le planteaba una pregunta tras otra. Francisco las respondía todas complacido.

—Pienso que lo principal es establecer una buena comunicación con el paciente e interesarnos a fondo por sus dolencias previas —le explicaba satisfecho por la atención que mostraba—. La confianza es primordial: hay que alejarse de la pose que a algunos médicos les gusta adoptar de omnipotencia y superioridad. El enfermo merece toda nuestra empatía. Debemos mantener un contacto cercano y

tomarnos el tiempo de escuchar lo que nos quiera contar. Solo con eso, ya tenemos en la mano la mitad del diagnóstico. Fíjate, aquí tengo escrito el resumen de las observaciones y los síntomas de este paciente—. Le mostró el cuaderno con una caligrafía de trazo rápido y apretado salpicada de abreviaturas y con la última consulta de esa misma mañana, fechada el 9 de febrero de 1888 en el margen superior.

Dalisay bebía sus palabras. Hubiera deseado quedarse allí de pie escuchándole hablar durante horas, pero un repentino estremecimiento interrumpió ese momento con una violencia desmesurada.

Todo a su alrededor comenzó a temblar. La puerta se abrió sola, la mesita con el instrumental saltó por los aires. El mueble acristalado tomó vida propia, comenzó a moverse en todas direcciones, haciendo vibrar lo que tenía en su interior, y terminó por estrellarse contra el suelo. Francisco Anastasio sintió el peligro y la acompañó trastabillando hasta la calle.

—Quédate afuera, por favor. Aléjate del techado, mantente justo en un espacio donde nada pueda desprenderse sobre ti, ¡a cielo abierto!

Dali obedeció. Francisco entró de nuevo y llamó a los demás, que ya salían poniendo pies en polvorosa. Wang y Maya fueron los primeros, seguidos por José María, Tagubanua y Javier, cargado con un montón de papeles bajo el brazo.

—¿Qué haces, hijo?

—¡Salvo los documentos importantes!

—¡No hay nada más importante que nuestra vida! ¡Suelta eso y corre rápido hacia la calle!

—¿Estáis todos bien? —preguntó Francisco—. ¿Alguien sabe dónde han ido Carmen, la tía Mili y Apanaya?

—¡Estarán todavía en Binondo! —afirmó Dalisay—. Después pensaban visitar a la modista, pero no creo que les haya dado tiempo. El temblor las habrá sorprendido cerca de la tienda de telas.

En Binondo, al otro lado del puente, Carmen paseaba despreocupada y distraída, buscando la sombra bajo los toldos de los comercios, cuando notó las primeras contracciones casi al mismo ritmo que los movimientos del seísmo.

Desde su más temprana edad, Apanaya conocía bien las señales de peligro. Sintió el zumbido agudo en los oídos y un sentimiento de angustia cada vez más perturbador en su propio centro de gravedad. ¡Debía proteger a sus amigas! Las aceras se resquebrajaban, frágiles como el papel de fumar.

Tomándolas del brazo, las dirigió al lado más seguro de la avenida, buscando a Samu con la mirada entre la confusión y el desconcierto de la gente que huía en todas direcciones.

—¡Es un terremoto, no os mováis de aquí! Voy a buscar a mi cochero.

Carmen se encogió de dolor.

—Tía, cógeme la mano. No quiero asustarte, pero creo que me he puesto de parto…

—¿Ahoraaa? ¡Ay, madre! ¡Nooo! ¡Apanayaaa, vuelve! —gritó Milagros al darse cuenta de que se marchaba presurosa hacia la zona del aparcamiento de carruajes.

Vieron claramente como Samu y sus compañeros iban tras los caballos aterrorizados, que galopaban en dirección contraria.

—¡Sooo! ¡Sooo! —Intentaban serenarlos sujetando las bridas.

—¡Vayamos hacia la orilla del Pásig, allí no hay peligro de que nos aplaste una pared o nos atropellen! —gritó Apanaya, ajena a lo que sentía la embarazada. Carmen intentaba mantener el equilibrio y

caminaba aferrada a su tía entre el ruido de los edificios abriéndose por la mitad, las personas gritando, los caballos asustados y los carabaos sueltos que se movían por las aceras sin control, tirando de carretas llenas de mercancías.

Llegando a la orilla del río, el movimiento del suelo se detuvo repentinamente.

—¡¿Qué ha sido eso?! —gritó Mili sin atreverse a soltar a su sobrina.

—Un terremoto —contestó Apanaya frunciendo los labios—. ¿Estáis bien?

—Yo… —alcanzó a decir Carmen, que sintió el vestido empapado. Había roto aguas.

—¿Qué te pasa? ¡Ayy, te has puesto de parto! Pero si todavía falta… —exclamó Apanaya llevándose las manos a la cabeza. Observaba incrédula lo que ocurría—. ¡Tranquilaaas! ¡Guardeeemos la calma! Ahora es imposible volver a casa, así que te llevaremos hasta ese claro y después iré a pedir ayuda.

Carmen se plantó y se sentó allí mismo.

—Lo siento, no puedo dar otro paso. El dolor aparece cada vez más seguido y no consigo caminar. Apanaya, no te vayas, por favor, entre mi tía y tú debéis ayudarme a dar a luz.

—Pero es que yo no sé lo que debemos hacer… —contestó alarmada—. Si Mami Tari estuviera aquí…, podría decirnos cómo actuar. Ella ha visto nacer a muchos niños en su pueblo.

—¡Pues nos las arreglaremos solas!

Milagros se quitó la falda y la puso sobre el suelo pedregoso.

—¿Pero qué haces, tía Mili?

—Tranquila, todavía me quedan las enaguas. Apanaya, dame tu falda, debemos preparar un lecho mullido.

Apanaya se la entregó sin titubear.

—Bien, lo primero será acomodar a Carmen —decidió Milagros, tomando un tono de voz lo más sereno posible—. Túmbate, mi tesoro, y respira hondo. Todo saldrá bien. Vamos a quitarte la ropa mojada. Te encontrarás más cómoda con la camisilla y las enaguas.

La tierra volvió a temblar. Los pájaros posados en los árboles alzaron frenéticos el vuelo y el dolor de Carmen se hizo más intenso; su vientre se contrajo en un calambre persistente. Era el momento, tenía que empujar.

Apanaya colocó la cabeza de la parturienta sobre su regazo, ayudándola a erguir la espalda en el punto álgido del dolor rítmico y constante que se repetía cada pocos minutos. Carmen se encontraba exhausta y temía desmayarse; el mundo dentro y fuera de ella se agitaba con las vibraciones del seísmo.

—Tía, por favor, si llegara a pasarme algo, deseo que tú y Javier seáis los padrinos del niño. Conozco a Francisco y, si se quedase viudo, se volcaría todavía más en su trabajo. Si eso ocurre, quiero que te encargues personalmente de la educación de Miguel, igual que hiciste conmigo.

—Tú misma lo educarás y lo verás crecer…

—Prométemelo, tía… —suplicó sollozando.

—¡Te lo prometo!

Las autoridades ordenaron que los vecinos abandonaran las casas hasta que cesasen las sacudidas. Las mujeres aguardaban sentadas en el adoquinado de la calle con sus hijos en brazos y los hombres junto a ellas. Quedaba estrictamente prohibido circular por la ciudad durante el estado de alarma.

Los militares de la comandancia de Intramuros no tardaron en emprender la observación de los efectos del seísmo, casa por casa, preguntando a sus moradores. Era el turno en el número 6 de la

calle Palacio.

—¿Se encuentran bien? Les pedimos que se queden un poco más en el exterior. Examinaremos si se han producido desperfectos y si las paredes no muestran grietas importantes o amenazas de derrumbe. Alguno de ustedes debe acompañarnos y mostrarnos cada pieza, iremos más rápido.

—¡Yo los acompaño! —se ofreció José María—. ¿Ha habido heridos? Estamos muy preocupados, tres mujeres de nuestra familia han salido en calesa hace un rato hacia Binondo y todavía no han regresado.

—Por el momento, no sabría decirle, caballero. A nuestro paso, vamos constatando los daños que puedan haber sufrido las personas y las viviendas.

—Soy el doctor Soldevila —le informó Francisco—. Pondré todo en orden lo antes posible para asistir a quien pueda necesitarme, pero antes debo ir en busca de mi esposa. Temo por ella, está encinta de nuestro primer hijo y pronto saldrá de cuentas.

—Pierda cuidado, nosotros nos encargaremos. Seguramente habrán seguido las directivas generales —repitió en bucle—. Debe usted saber que en estos casos, en su calidad de facultativo, tiene la obligación de priorizar la atención ciudadana y permanecer de guardia, así como atender gratuitamente a las víctimas.

—¿También va a explicarme cómo debo hacer mi trabajo? —replicó Francisco, muy serio y mostrando su estetoscopio.

El sargento primero ignoró su enfado y dio órdenes a sus jóvenes subalternos.

—Avisad a dos de los cabos mayores y que vengan a ponerse a la entera disposición del doctor Soldevila. Irán a la botica si necesita remedios y mantendrán la disciplina entre sus pacientes. En ocasiones como esta, suelen producirse alteraciones del orden —

justificó señalando la confusión que reinaba en la calle.

Dali, Maya y Wang seguían afuera cuando les dieron permiso para entrar en la casa.

—Francisco, ¿cómo puedo ayudarte? —preguntó Dalisay con seguridad.

—Me serás muy útil curando los pequeños cortes y las heridas. Pero, por favor, primero pídele a Wang que prepare una buena cantidad de tila. Algunos pacientes la necesitarán después del susto.

Los demás se reunieron para comentar la situación.

—Será mejor que te quedes, hijo —aconsejó José María—, o corres el riesgo de ser detenido. En casos así, tal y como te ha explicado el militar, tienes la obligación de tratar a los heridos. Nosotros iremos a buscarlas.

Los pacientes fueron llegando con cuentagotas, la mayoría por caídas y contusiones, el resto por ataques de pánico.

Javier y José María se zafaron apenas el sargento primero prosiguió con su inspección calle abajo. Fueron a pie hasta Binondo. Tagubanua se quedó cubriéndoles las espaldas, por si alguien preguntaba por ellos.

Al llegar, las buscaron gritando su nombre por las calles. Entraron en las tiendas, pero ¡allí tampoco aparecían! En cambio, encontraron a Samu con otros cocheros junto a los carros, calesas y caballos.

—Las he visto ir en dirección al Pásig. Seguramente estarán esperando a que todo pase, lejos de los edificios y el tránsito. Yo pensaba bajar a buscarlas en cuanto el caballo se apaciguase, pero ya ven que aún sigue alterado y es un peligro llevar a las señoras de vuelta en la calesa. Podría encabritarse en cualquier momento.

Entonces se produjo una nueva sacudida. Esta vez Samu se mantuvo de pie al lado de Piel de Coco para susurrarle al oído mientras lo acariciaba.

Javier y José María fueron hacia el río y ¡allí estaban!

—¡Empuja fuerte! —la animaba la tía Mili—. Ya veo la cabecita…

—¡Tu hermana está dando a luz! —exclamó José María, corriendo hacia ellas.

—Yo regreso a casa para avisar a Francisco. —Javier salió disparado como un rayo.

—Papá, estás aquí… —murmuró Carmen.

José María, bajo la dirección de su cuñada, tomó el lugar de Apanaya y apoyó la cabeza de su hija en el regazo.

—¡Ánimo, ya falta poco! La cabecita está asomando —exclamaba Apanaya, que mantenía separadas las piernas de Carmen mientras Mili se las arreglaba para sacar poco a poco al bebé con las manos.

Los temblores parecían haber terminado cuando un cocotero crujió a su espalda y se vino abajo quebrándose desde la raíz. El tronco rozó el hombro de José María y se desplomó sobre las aguas del río.

Carmen se asustó y empujó con todas sus fuerzas. Soltó todo el aire de los pulmones en un solo grito:

—¡Ayyyyy!

Y el recién nacido emitió su primer llanto.

—¡Oh, ya lo tenemos aquí! ¡Miguel ha nacido! —dijo Milagros, emocionada. Lo tomó en sus brazos—. Lo has hecho de maravilla y tienes un hijo precioso… —Lo envolvió en su propio chal y se lo entregó a la madre—. Pero todavía no hemos terminado, hay que cortar el cordón umbilical y…

—¡Yo me encargo! —gritó Francisco corriendo hacia ellas con su maletín. Se arrodilló junto a su esposa y la besó. Ella sonreía llorando con el pequeño entre sus brazos. Era un niño precioso y con el pelo bermejo, muy parecido a su padre en todo excepto en un lunar justo encima de la comisura de los labios.

Llegada la noche, no se habían producido más temblores. Carmen y el bebé descansaban plácidamente, Francisco vigilaba su sueño. Los demás, incapaces de dormir, conversaban sobre lo sucedido. Por primera vez en su vida, habían sentido la rotunda ley de la naturaleza y la fuerza caprichosa de la tierra.

—¿Esto ocurre a menudo, papá? —preguntó Javier, inquieto—. ¿Podría volver a repetirse?

—Acontecimientos como este son impredecibles, hijo —dijo esbozando un gesto interrogante—. Por lo que me han contado, el terremoto del sesenta y tres fue el más violento de todos; el daño humano resultó numeroso. Incontables inmuebles sufrieron destrozos estructurales. El antiguo palacio del gobernador quedó en ruinas, junto con la catedral, la aduana, la capitanía general y otros edificios principales. Poco después, se reconstruyeron o fueron definitivamente demolidos para levantar otras edificaciones mejor preparadas para resistir las embestidas de la tierra.

—¿Y nuestra casa, Pepe?

—Tranquila, Mili, nuestra casa es de las más modernas. Se edificó siguiendo un código de construcción diferente: tiene una estructura capaz de ceder y de desplazarse sin fracturarse. Me lo explicaron cuando la visité, por eso me decidí a arrendarla. Quería evitar al máximo los riesgos… Como habéis podido observar, las construcciones nuevas tienen la planta baja batida en piedra y la primera de madera, igual que la nuestra. Esa disposición en los materiales ha demostrado ser certera y muy segura. ¡No tenemos ni una grieta después de lo ocurrido!

El Pequeño Fortuna regresó de madrugada. En el puerto, se encontraron con algunos navíos dañados que los militares desplazaban a los astilleros para su reparación. Ellos les informaron de lo sucedido. Cañamón y Pachu se apresuraron hacia la calle

Solana. Por el camino, un marinero los tranquilizó: su patrón vivía en la misma zona, no había heridos y ninguna casa había sufrido desperfectos.

Lo primero que hizo Leopoldo Sandemetrio después del terremoto fue acercarse hasta la casa de los Aisal. Le preocupaba que Dalisay hubiera sufrido algún daño. Al llegar, solo encontró a Yu, que le miró con antipatía, y a Mami Tari, que ni siquiera se percató de su presencia. La vivienda estaba intacta, no debía preocuparse. Seguro que la joven estaba bien. Decidió volver y encerrarse en su casa, pero la gente lo detenía a cada paso para pedirle consejo, principalmente mujeres sobresaltadas, algunas con una crisis nerviosa. El médico olvidó sus finos modales al verse rodeado de féminas acongojadas.

—Por favor, no se pongan histéricas. Todas tienen láudano en casa, se lo he prescrito cientos de veces. Tomen un poco y cálmense. Ya ven que no ha pasado nada. ¡Y no se les ocurra venir a molestarme por tonterías como esta! Controlen sus ridículos miedos, ¡que ya son mayorcitas! —chilló perdiendo los estribos.

Un marido indignado le exigió disculpas.

—¿Cómo se atreve a hablar así a las señoras? ¡Este comportamiento no es digno de un médico y, todavía menos, de un caballero! Tal vez sea usted el que debiera tomarse el láudano —espetó—. Y no se preocupe, porque no volveremos a pisar su consultorio. El nuevo doctor de la calle Palacio es mucho más competente y eficiente que usted.

Prefirió desoír los insultos y seguir su camino, lo único que conseguiría quedándose allí es que le estorbasen con más monsergas. Aunque sabía que, en momentos como este, su deber era permanecer de guardia y tratar a los pacientes sin cobrar,

intentaría zafarse.

No lo consiguió. Uno de los suboficiales del destacamento de Intramuros se cruzó con él justo antes de que metiera la llave en la cerradura.

—Buenas tardes, doctor, hace rato que le andamos buscando. Usted conoce las reglas y sabe perfectamente que los facultativos deben mantener su consultorio abierto durante el estado de alarma en que nos encontramos.

—Por supuesto, iba a disponerlo todo ahora mismo —le respondió sonriendo falsamente.

—Mis hombres vigilarán para que cumpla con su trabajo atendiendo a los civiles que puedan necesitar de su asistencia en este sector —le informó el militar al observar el esquivo y extraño comportamiento del médico.

«Maldito imbécil», pensó, pero no respetar las ordenes de las autoridades podía costarle muy caro.

Al día siguiente su reputación había caído en picado de forma irremediable. Al verlo, las personas de bien cambiaban de acera y los que antaño consideraba sus amigos le negaban el saludo.

El consultorio estaba vacío. Leopoldo Sandemetrio se sentía como un paria. No obstante, su orgullo le aconsejaba caminar con la cabeza alta e ignorar los susurros a sus espaldas. Pensaba que el escándalo pasaría pronto y que la gente se olvidaría de su comportamiento e ignoraría sus deslices. Esa tarde visitó el fumadero de opio. Fumar le hacía olvidar los problemas y le ayudaba a sentirse bien. Allí, sin embargo, conoció a una persona más nociva que la propia pipa alucinógena: Maldo Seisdedos. Ese chico descarriado, por un poco de oro, podía ofrecerle la venganza que estaba buscando y proporcionar una buena lección a los hermanos de Encarnita o a cualquiera que tuviera la audacia de molestarlo.

Volvía a casa cuando apareció ante él otra de sus antiguas secretarias, interponiéndose en su camino en plena avenida con un niño de corta edad sobre la cadera.

—Saluda a tu papá con la manita, Leopoldito. —El chiquillo era su vivo retrato: el mismo rostro y los ojos azules idénticos.

—¿Qué quieres, Elvira? ¿Y quién es este mocoso? Hace tiempo que te di el dinero suficiente para que te deshicieses de tu embarazo y me olvidases. Vete y no vuelvas a buscarme. No me interesa nada que provenga de ti…

—¡Aquí tienes la prueba de que no fui capaz! No pensaba anunciarte que tenías un hijo después de lo que me hiciste: quebrantaste tu palabra de casarte conmigo y después me echaste a patadas.

—Hay que ser muy tonta para creer que me uniría de por vida a una mujer como tú. Mírate, tienes aspecto de fregatriz, nunca serás una dama y no sabes guardar la compostura. Y habla más bajo, necia, que podrían oírte…

—Ya sé que no soy una dama, pero por entonces te gustaba mucho, ¿no es cierto, Leopoldo?

—Bueno, es lo que decimos los hombres para engañar a las insensatas como tú. —Rio con desprecio.

—¡Y qué más me da ahora! Yo solo he venido para que reconozcas a tu hijo legalmente —dijo esperanzada y con la voz quebrada—. Él es inocente y no tiene culpa de nada, sería muy injusto no darle la educación que se merece. Es un verdadero Sandemetrio: lleva tu sangre y le he puesto tu nombre.

—¿Pero tú qué te has creído, Elvira García? No entregaré mi ilustre apellido a ningún hijo ilegítimo —contestó con arrogancia. Escupía las palabras dándole la espalda—. Incluso pienso casarme dentro de poco y tener otros hijos, esos sí que podrán llevarlo con orgullo.

—Entonces me obligarás a ir de casa en casa por todo Intramuros, llorando con mi niño en brazos, para que todos se enteren de lo que nos has hecho…

—¡No te atreverás!

—¡Nadie puede prohibirme que defienda los derechos de Leopoldito! Mañana te espero frente al portal del notario de la calle Venecia, en Pandacán. Actuará como fedatario y firmarás el consentimiento para que tu hijo reciba una renta mensual y lleve tu apellido.

—No puedes obligarme, Elvira. Déjame en paz.

—Claro que puedo. Si no lo haces, todo Manila se enterará de quién eres. Te convertirás en un escándalo que dará que hablar a tus importantes amigos ricos… Porque a mí, total, ¡ya no me queda nada que perder! —dijo dispuesta a todo, con el corazón latiéndole a mil por hora.

—No te enfades, mujer. —Se acercó lentamente y continuó en un tono más humilde y conciliador—: Podemos hablar de esto con tranquilidad, pero no aquí, en medio de la avenida, y lo haremos con alguien que sea de mi entera confianza… Te propongo que quedemos en casa del notario de la calle de la Muralla, siempre se ha encargado de mis asuntos legales. Te veré allí mañana al anochecer. Iremos por separado, prefiero que no nos vean juntos. Espérame en la acera de enfrente.

Al día siguiente, antes de acudir a la cita, Elvira amamantó y bañó al niño, dejándolo después a cargo de su vecina Constancia. No tardaría más de dos horas, le dijo. Al pasar frente a la iglesia de San Apóstol, pensó que hacía demasiado tiempo que no se confesaba. Tal vez era hora de volver a hacerlo y rezar por Leopoldito, su tesoro más preciado. Deseaba que todo saliese bien: pediría para que el padre de la criatura recapacitase y que, con el tiempo, quisiera

tenerlo a su lado y verlo crecer. ¡Era tan adorable! Ella recuperaría su bonita figura, perdida durante el embarazo, y, quién sabe, tal vez conseguiría volver a gustarle… Sentada en el último banco, meditaba sobre cómo podría haber sido su vida si no se hubiera entregado tan fácil y alegremente a Leopoldo. ¡Por eso se cansó tan pronto de ella! Se sentía un poco tonta, porque, pese a todo, seguía enamorada.

Vio como un religioso entraba en el confesionario del fondo. Aprovecharía para arrepentirse y abrirle su corazón. Sabía que había pecado, sí, pero lo hizo por amor.

—Ave María purísima.

—Mejor vuelva mañana, por favor, no es la hora y yo no…

—Atiéndame, padre, por caridad, hace mucho que no me confieso y necesito hacerlo —dijo arrodillándose en el reclinatorio, al otro lado de la rejilla—. Tengo que contarle mi historia. ¡Estoy tan arrepentida! Yo era muy inocente e inexperta, hubiera debido negarme, pero nadie me explicó las cosas. Soy huérfana de padre y madre, y él juró que me quería. «Elvirita, ven, amor mío», me decía al oído entre susurros. Me llevó a su lecho muchas veces con vanas promesas y me engañó… Hoy soy madre soltera y tengo un hijo suyo. Me abandonó sin miramientos cuando supo lo de mi embarazo y me convertí en el hazmerreír de la calle Lepanto, donde vivo. Pero por fin he reunido el valor necesario para enfrentarme a él y decirle que…

Le explicó lo sucedido sin omitir los detalles y lloró amargamente. Se desahogó como jamás pudo hacerlo.

—Y ¿cómo se llama ese hombre desalmado?

Elvira dudó un momento, pero ¿qué más daría? Estaba bajo secreto de confesión. Esa información quedaría entre ellos, no saldría del pequeño habitáculo en el que se encontraba arrodillada.

—Su nombre es Leopoldo Sandemetrio, él es el padre de mi niño.

—Ve tranquila, hija, tu única falta ha sido la de depositar tu confianza en alguien que no la merecía —le dijo una voz ronca detrás de la rejilla.

—¿Y mi penitencia, padre?

—¿No la estás pagando ya? Ese maldito se aprovechó de tu juventud e inocencia y después te dejó sola y desamparada. El malnacido merece que lo cuelguen por las pelotas y que después lo…

—Pero ¡padre!

—Discúlpame, hija mía, rezarás un padrenuestro y dos avemarías. Con eso será suficiente.

Extrañada, se santiguó con fervor recibiendo la absolución y salió entre rezos de la iglesia, con el corazón más ligero.

Pedro Peñascal se cercioró de que la joven se había marchado y a su vez abandonó el confesionario, llevando todavía en la mano el trapo y el plumero con los que había entrado para hacer la limpieza semanal; el terremoto del día anterior lo había dejado todo cubierto de una espesa capa de polvo. Ahora se sentía culpable por haber permitido que esa pobre muchacha le contase sus secretos, pero, cuando empezó a hablarle sollozando, pensó que no hacía nada malo escuchándola. No obstante, su conciencia le dictó ir a hablar enseguida con el padre Faustino.

—¿Me estás diciendo que has escuchado a una feligresa en confesión? ¡Ya solo me faltaba eso! Dentro de poco te atreverás a dar la misa… —Faustino Barceló llevó las manos hacia el techo—. Pedro, no sé qué voy a hacer contigo, hijo…

—Perdóneme, padre, pero es que la pobre chica estaba muy triste, y esto solo se lo he contado a usted. ¿Me da su absolución?

—Los dos sabemos que te importa un pimiento la absolución —dijo el apostolino, que le dio un par de cachetes en la mejilla—.

¿Estás seguro de que el responsable del embarazo es Sandemetrio?

—Me lo ha confirmado llorando la tal Elvira. ¡Ese tipo no es digno de ser padre! ¿No opina lo mismo?

—Coincido contigo, hijo.

Faustino iría a casa de Sandemetrio el próximo domingo, después de la misa. Últimamente corrían rumores sobre él; a saber cuántos hijos naturales del médico correteaban por Manila sin ser reconocidos…

Elvira acudió a la cita y esperó, pero Leopoldo no se presentó. Un hombre se le acercó de su parte, diciendo que tenía un mensaje para ella. Era Maldo Seisdedos.

—Mejor si vamos a un lugar más apartado para hablar —le susurró señalando un parque cercano.

Y ella, ingenua, le siguió.

—Me manda con el recado de que no piensa darte ni un real para tu niño y todavía menos su apellido —afirmó sin escrúpulos mirándola con descaro—. Y dice que a saber con cuántos hombres más habrás estado mientras lo hacías con él. Estas cosas solo les pasan a las busconas como tú, pero a mí eso no me importa. ¿Te gustaría que nos divirtiéramos un poquito juntos tú y yo? No soy tan fino como el señor doctor, pero seguro que puedo satisfacerte igual o mejor —susurró mientras trataba de levantarle la falda con una sonrisa torva dibujada en los labios.

Elvira intentó huir, gritar socorro, pero él le tapó la boca con su manaza. La asió del pelo y se la llevó en volandas, sin hacer ruido. A esas horas no había nadie que pudiera auxiliarla.

Constancia la aguardó desvelada toda la noche. No era propio de Elvira abandonar a su hijo tantas horas y denunció su desaparición por la mañana. La desgraciada apareció días después flotando boca abajo en el río Pásig, estrangulada y desnuda. La reconocieron por

una marca de nacimiento que tenía en la frente.

Leopoldito fue entregado a las monjas de la orden de las Angelinas de la Bondad.

Sandemetrio no volvió a ser visto por la iglesia.

17

14 de febrero

Su ausencia le oprimía el corazón. Extrañaba a sus hijos y no podía dejar de pensar en ellos. En el mensaje que envió con Pi, Mindana anunciaba su decisión de ir a visitarlos a Manila.

Tagubanua y Dalisay recibieron la noticia con gran alegría. Faustino insistió en organizar el viaje.

—No te preocupes, padrino, ¡iré a buscarla! —afirmó Tagu, entusiasmado.

—No hará falta, yo mismo me encargaré de traerla a vuestro lado. Aprovecharé el viaje para supervisar la recolección de las primeras cosechas en los poblados vecinos y regresaremos juntos. Será rápido, antes de quince días estaremos de vuelta. Enviad a uno de los pájaros con el recado de que espere a mi llegada.

Apanaya y Mami Tari indagaron sobre los gustos de Mindana para que su estancia en la casa fuera lo más grata posible.

—¿Dices que le gusta el celeste? ¡Entonces renovaremos la alcoba de invitados y la pintaremos de ese color! —aseguró Apanaya, pensando también en adquirir dos nuevas mesillas de noche—. Samu avisará al pintor y esta tarde iremos a Binondo para hacer algunas compras.

—No te preocupes tanto, *ate,* mamá es una persona sencilla… —dijo Dali.

—Yo, para darle la bienvenida, prepararé mi adobo de pescado

marinado. Porque le gusta el pescado, ¿verdad? —se inquietó Mami Tari—. Pero, por si acaso, ¡también cocinaré una tinola!

Tagu le dio un beso en la mejilla antes de partir a la universidad.

—¡Le agradará todo y se sentirá feliz de conoceros!

Al enterarse del viaje inesperado Narciso Lledó y Pedro Peñascal insistieron en acompañar a Faustino.

—Sed pacientes hermanos, este solo es un viaje relámpago, si todo va bien, en los primeros días de abril partiremos todos juntos a misiones, cuando las obras de la capilla estén terminadas, ya falta menos.

A primera hora, La Soberana del Pacífico entraba en el puerto.

Tras atender al último paciente de la mañana, Francisco hizo una pausa y subió a almorzar. Antes de llegar a la alcoba donde se encontraban Carmen y el pequeño Miguel bajo los cuidados de la tía Mili, supo a quién pertenecía esa voz tan peculiar. Salvador Gredilla admiraba a su hijito durmiendo como un angelito dentro de su cuna.

—¡Amigo, qué alegría!

Los dos colegas de profesión se dieron un abrazo lleno de cálida complicidad.

—Al llegar he sido recibido por Maya, en ese momento estabas atendiendo a un enfermo y ha avisado enseguida a Milagros, que me ha invitado a subir. ¡He felicitado a tu esposa por este hermoso bebé! Imagino que te habrán mencionado lo mucho que se parece a ti, hasta tiene el cabello pelirrojo. Pero hay una cosa que ha heredado de su madre, tiene el mismo pequeño lunar en…

—Ajá, ¿en la comisura de los labios? Sí, ¡lo escucho cada día, amigo Gredilla! —dijo orgulloso.

Carmen todavía guardaba reposo en la cama bajo el consejo de su esposo, pero estaba guapísima y radiante con su camisón blanco de muselina, la bata a juego y la melena sujeta por una cinta en la

cabeza, que le caía libremente sobre los hombros.

—Es un placer tenerte de nuevo entre nosotros. Te recordamos a menudo —aseguró con una sonrisa mientras se esforzaba por incorporarse un poco en el lecho y Francisco, muy atento, le mullía las almohadas para acomodarlas a su espalda.

—El placer es mutuo, ¡vuestra amistad es muy valiosa para mí! —respondió el médico de abordo con un gesto de evidente satisfacción —. He venido a visitaros y me encuentro con la sorpresa de que ya está aquí el nuevo miembro de la familia…

—¡Se ha adelantado!, nació hace cinco días. —Milagros le guiñó un ojo a su sobrina.

Miguel se despertó y comenzó a llorar exigiendo alimento, Francisco tomó al pequeño y se lo entregó delicadamente a Carmen, que lo envolvió entre sus brazos dispuesta a amamantarlo.

—¿Tienes hambre, chiquitín?

Salvador optó por salir respetuosamente de la habitación, Milagros y Francisco le siguieron invitándole a sentarse en el salón para seguir charlando.

—¿Cuánto tiempo estarás por aquí antes de zarpar? —preguntó Mili sirviéndole un cha.

—Bueno, la Soberana partirá dentro de dos días. Como de costumbre, deben realizar la limpieza general, cargar las carboneras y llenar la despensa. Hasta entonces, mi obligación es quedarme de guardia por si algún miembro de la tripulación me necesita. Después podré disfrutar de unas merecidas vacaciones. Ha viajado conmigo un joven médico auxiliar, que se hará cargo del servicio durante mi ausencia. En mi condición de soltero, nadie me espera en ningún lugar. Había pensado permanecer por la zona unas cuantas semanas, ocho por lo menos, son las que tardará La Soberana en ir y volver, y como cuento con algunos amigos en Manila…

—Estupendo. Y ¿por qué no te quedas con nosotros? Sería la mejor manera de comentar con calma todas las novedades acaecidas desde que te marchaste —propuso Francisco—. A todos nos gustaría disfrutar más tiempo de tu compañía, y ya conoces el aprecio que mi suegro y mi cuñado sienten por ti.

—¡Nos encantaría tenerte en casa! —confirmó Milagros—. Yo misma te prepararé la habitación de invitados en un abrir y cerrar de ojos.

Gredilla no se hizo de rogar y aceptó con gusto.

—No quiero ser una molestia, pero por supuesto que me quedaré encantado.

—Y ¿tienes noticias de Domingo? —preguntó Milagros sin disimular su interés.

—Ninguna desde que estábamos a punto de zarpar del puerto de Barcelona y recibió el aviso de la enfermedad de su madre —afirmó con una mueca de incertidumbre.

Milagros se quedó unos instantes en silencio, perdida en sus pensamientos, solo interrumpidos por la entusiasta voz de Francisco.

—Ven, Salvador, ¡quiero mostrarte mi consultorio!

Desde bien temprano, la casa de los Aisal bullía con la expectación. Los dos hermanos se saltaron las clases, no querían perderse el momento de la llegada de su madre.

El carillón chino con finas incrustaciones en plata daba las doce del mediodía. Al mismo tiempo, todas las campanas de Intramuros anunciaban la hora del ángelus y el padre Faustino tiraba de la campanilla de la puerta principal.

—¡Son ellos! ¡Ya están aquí!

Ansiosos, Tagubanua y Dalisay olvidaron las buenas maneras y bajaron las escaleras de dos en dos. Yu abrió la puerta y aparecieron

frente a ellos.

Mindana aguardaba expectante y Faustino se sonreía de oreja a oreja, observando la cara de felicidad de los hermanos, que abrazaban y besaban a su *ina*.

—¡Misión cumplida! —El religioso desató la canasta con las pertenencias de Mindana, firmemente sujeta al costado de la burra Montserrat, y se la entregó a su ahijado—. Cuidadla bien, ¡yo regreso al convento! —exclamó no sin prometer volver al día siguiente de visita.

—Gracias por acompañarme, padre. ¡He tenido el mejor compañero de viaje que pudiera desear!

Este se despidió con un gesto de la mano y tiró levemente de las riendas de la veterana Montserrat. Caminaron calle abajo en dirección a San Apóstol.

—Ya tienes muchos años y creo que este ha sido tu último viaje, amiga mía. A partir de ahora te mereces descansar.

El animal le dirigió una mirada nostálgica y rebuznó mostrando su conformidad.

En la casa de los Aisal, Mindana reconoció los cambios que habían experimentado sus hijos en esos meses de separación. Llegó la hora de las presentaciones.

—Mira, *ina,* ella es nuestra *ate* Apanaya —dijo Tagu, orgulloso.

—¡Bienvenida a Manila, Mindana! Estábamos ansiosos por conocerte. —La acogió con alegría, tomando su mano y besándola en la mejilla.

—¡Yo soy Mami Tari! —exclamó la anciana, que se acercó para abrazarla con afecto.

—Y yo soy Pachu. ¡Tagu y Dali son como hermanos para mí!

Mindana se encontraba por primera vez lejos de la cordillera, de su hogar y de sus costumbres, pero estaba con sus hijos, lo más

valioso que tenía en la vida, y envuelta entre voces amables que le daban la bienvenida con cariño.

—¡Yo soy Cañamón! Es un placer conocerte y esperamos que te sientas a gusto en esta casa que ahora también es la tuya —afirmó con su sonrisa encantadora.

—Ellos también son nuestra familia, *ina* —expresó Dalisay con vehemencia—. Pero ¡no estaba completa sin ti!

Su madre no pudo contener las lágrimas.

En la mesa, la atmósfera se tornó festiva. Mindana era tal y como se la habían imaginado. Mientras disfrutaban de la conversación tras el almuerzo, las mujeres de la casa elogiaron su aspecto.

—Pareces la hermana mayor de tus hijos —observó Mami Tari—. ¡Y tienes una piel tan perfecta! —añadió, admirada por el brillo de su tez.

—No hago nada en especial. En mi pueblo, las mujeres preparamos emplastos de flores silvestres que hacemos secar al sol, y los humedecemos con leche de cabra joven sobre nuestro rostro.

—Y nosotras malgastando el dinero con las botellitas de leche de la marca Candès para mantener un cutis resplandeciente cuando tú consigues lo mismo con agua del río y emplastos… —admitió Apanaya—. ¡Hay que ver! Puedes quedarte el tiempo que desees y espero que seamos buenas amigas —aseguró mostrándole la alcoba que ocuparía justo al lado de Dalisay—. Ojalá te encuentres bien entre nosotros.

Mindana se acostumbró pronto a ese escenario desconocido. Observaba con atención el trasiego en el hogar de los Aisal, todo lo que veía despertaba su interés. Ella, nacida en una choza de palma y nipa, nunca antes estuvo en una casa tan bonita, y mucho menos en el interior de una ciudad amurallada. Hablaba durante horas con sus hijos.

—Me gusta mucho Apanaya. La tatara me ha dicho lo mucho que os quiere; es una persona sincera y de buen corazón.

—Tú también la querrás tanto como nosotros, *ina*, somos afortunados de tenerla. Y pronto conocerás a José María y a su familia.

—Estoy impaciente, mi pequeña *batang babae*.

Los días pasaron como un suspiro.

Mindana descubrió Manila y sus modernidades. Pronto se adaptó al ambiente de Intramuros. Apanaya le enseñó a peinarse como una señora y a vestirse a la moda de la capital con las blusas de piña, el pañuelo sobre los hombros y las bonitas sayas de tejidos ligeros. La primera vez que asistió a los conciertos en el paseo de la Luneta y escuchó la música de los instrumentos de la banda tocando bajo el quiosco, regresó conmovida. Mili le propuso ir a la calle Palacio un día por semana para enseñarle las primeras nociones de solfeo al piano, a lo que ella respondió con un sí rotundo y un gran abrazo. Gracias a las influencias de su amigo y benefactor, el padre Faustino, fue contratada como ayudante en el primer curso de educación infantil del Santa Regina, donde aspiraría a formarse como maestra. El pensamiento de regresar a la aldea desaparecía poco a poco.

Una mañana, Dali sangró de su flor de amor. Su cuerpo experimentó delicadamente la transformación: sus botones de rosa florecieron y dejó atrás la niñez para convertirse en mujer.

Cuando este acontecimiento de transición hacia la adultez tenía lugar en la aldea, las madres agradecidas cumplían con los rituales y acudían a ofrecer tributos a los dioses y los espíritus de sus ancestros. Estos, a cambio, otorgaban abundantes bendiciones en la vida de sus hijas. Después se celebraba un encuentro festivo en su honor con las mujeres más cercanas a la familia.

El valle quedaba lejos, consideró Mindana para sí, de modo que se confió a Apanaya y Mami Tari. ¡Es de sobra conocido lo rápido que actúa la mente femenina cuando tiene un objetivo! Y concluyeron que sería estupendo organizar una reunión íntima para charlar sobre ello; mientras tanto, los espíritus y los dioses podían esperar.

—Invitaremos a Carmen y Milagros.

En un ambiente lleno de afecto y rodeada por cinco almas de mujer conectadas en total armonía, compartieron sus experiencias. Dalisay se hallaba en el centro de un círculo de apoyo solidario, íntimo y acogedor.

Durante el postre, Mami Tari sacó una botella que contenía un pálido líquido dorado.

—¿Qué es? —preguntó Mili, curiosa.

—Se llama sake, Cañamón lo trajo de Osaka —explicó sirviéndolo en vasitos—. Y dice que los japoneses, al tomarlo, gritan: «¡*Kanpai*!», que significa «salud».

—¡*Kanpai*! —exclamó la tía Mili con un guiño tras dar el primer sorbo—. Es algo fuerte, pero me gusta… Pues, como os venía diciendo, yo precisamente estoy «en esos días». Aunque son un fastidio, tengo la suerte de que casi nunca siento dolor.

—Yo no tengo esa molestia desde que me quedé encinta y Francisco dice que seguramente no volveré a sangrar mientras siga amamantando a Miguel —comentó Carmen meciendo el carrito de paseo en el que dormía plácidamente su hijo, que se chupaba el pulgar—. Además de que mis «indisposiciones» nunca han sido demasiado puntuales y llegaban cuando menos las esperaba, ¡una lata!

—¿Y cómo fue tu primera vez, *ate*? —quiso saber Dalisay.

—Ocurrió a los pocos días de empezar a trabajar en el palacio del gobernador —se sinceró Apanaya.

—Y ¿qué hiciste?

—No tenía la menor idea del origen del sangrado y estaba desconcertada. Se lo conté a una de las doncellas, un poco mayor que yo, y ella fue a llamar a la cocinera, que se lo contó a la lavandera y, al rato, todo el personal femenino estaba al tanto y me felicitaban con palmaditas cariñosas en la espalda.

—¿Sor Mariña o sor Miguelina no te lo habían explicado antes?

Apanaya negó con la cabeza.

—En nuestra aldea, las mujeres no se avergüenzan y hablan con naturalidad sobre ello —añadió Mindana, intercambiando una mirada cómplice con su hija.

—¡Y tenéis razón! Parece mentira que, estando en vísperas del siglo veinte y creyéndonos una sociedad moderna y avanzada, sigamos en la ignorancia y silenciemos temas de los que deberíamos hablar abiertamente. ¡Nos ahorraríamos muchos disgustos! ¿Por qué nos avergonzamos? —repitió Milagros, vivaz. Tomó otro sorbo del vasito—. En resumidas cuentas, somos nosotras las que traemos la vida a este mundo, ¿no? Pues sintámonos orgullosas de todo lo que nuestro cuerpo es capaz de lograr.

—¡Es un hecho indiscutible! —coreó su sobrina.

Mindana, Apanaya y Dalisay estuvieron conformes. Mami Tari apuró su sake y carraspeó antes de hablar.

—Hay otro asunto del que nunca se habla y que muchas mujeres padecemos en el otoño de nuestra vida. Es como un fuego abrasador que viene desde dentro y te deja hecha un mar de sudores de la cabeza a los pies.

—¡La maldición de los calores! Mi madre los sufría prácticamente a diario y dejaba abanicos repartidos por toda la casa —afirmó Milagros evocando tiempos pasados.

Dalisay las miró interrogante y Carmen intervino para quitarle

importancia con un gesto de la mano.

—No te preocupes por eso ahora, Dali, cada cosa a su tiempo. ¡Tienes toda la vida por delante! Eso ocurre cuando dejamos de sangrar, y cada mujer experimenta ese momento a su manera, que yo sepa. Por ejemplo, Esperanza, la madre de Francisco, nunca los ha sufrido…

Las horas transcurrieron ligeras. Antes de despedirse, Apanaya y Mami Tari le regalaron una sortija de oro con una perla dorada de Palawan; Carmen y Milagros la obsequiaron con un exquisito prendedor de jade y unas chinelas bordadas con motivos florales, y Mindana le colgó del cuello el talismán de la sabiduría que la tatara talló para ella antes de emprender el camino hacia el valle.

Los últimos días de marzo, el calor se tornaba más intenso en la ciudad de Manila y las personas alargaban sus paseos por las calles buscando el alivio de la frescura al anochecer.

Sin que ellas lo advirtiesen, Leopoldo las vigilaba. Conocía sus rutinas y sabía que acudían todos los martes a la calle Palacio. Mindana tomaba sus clases de música y Dalisay observaba el trabajo de Francisco en el consultorio. Después volvían juntas a la calle Solana. Pero de lo que el médico no era consciente es que Pi sobrevolaba en silencio los tejados y custodiaba a sus humanas igual que un centinela.

Esa noche, Leopoldo se atrevió a salirles al paso, ignorando la presencia de Mindana, como si no existiese.

—Cuánto tiempo sin verte, Dalisay… —dijo saboreando las palabras en su boca. La tomó de la mano.

Pi emitió un chillido de aviso y se lanzó en picado hacía el médico. Lo siguiente fue un dolor intenso. El pájaro lo había atacado directamente en su zona más frágil, los ojos. Los gritos alertaron a

los vecinos, que se asomaron a las ventanas y salieron a la calle. Francisco y Salvador fueron los primeros.

—¡Llevémoslo adentro! Salvador, sostenle la cabeza. Yo haré un tapón en la herida con las gasas.

—¡Me duele mucho!

—Pero ¿qué ha pasado? —preguntó José María, alarmado por el alboroto.

—Arggg, me ha atacado…

—¿Quién?

—¡Un animal salvaje! Ha sido uno de esos pajarracos que albergan los Aisal en su casa. Me detestan y no es la primera vez que son hostiles conmigo, ¡pienso matarlos!

Mientras tanto, Salvador Gredilla le limpiaba la herida con cuidado.

—Tranquilícese. —Francisco buscó serenarlo—. Solo le ha rozado un ojo, aunque va a necesitar un par de puntos justo aquí, entre el lacrimal y el puente de la nariz. En esta zona se sangra profusamente y ya se sabe lo escandalosa que es la sangre.

—¡Lo sé! ¿Olvida que también soy médico?

—Oiga, pero ¿quién se ha creído que es para hablarnos en ese tono? ¿No ve que le estamos atendiendo? —se indignó Salvador ante la actitud de aquel hombre tan maleducado. Concluyó su tarea, cortando el último hilo de sutura.

Sandemetrio prefirió callar.

—Bueno, visto que la cosa solo ha quedado en un susto, mi yerno y yo lo acompañaremos ahora a su casa —intervino José María en tono conciliador, ayudándolo a levantarse de la camilla.

—No necesito que nadie me acompañe. ¡Y aún menos la persona que me ha robado mis pacientes! —respondió mientras se incorporaba. Caminaba titubeante, tomando la dirección de la calle.

—¿Te has fijado en sus pupilas, Francisco? Apostaría a que iba

drogado —afirmó Salvador, convencido.

—Las he visto, amigo mío, estaban tan contraídas como puntas de alfiler. Y su conducta me hace sospechar que se hallaba bajo los efectos del opio.

Mindana había sido testigo de la amenaza de Sandemetrio contra los animales y decidió que al día siguiente iría a visitar a ese hombre, se disculparía y le pediría que no hiciese daño ni a Pi ni a Quijote. No entendía el porqué de la reacción del pigarguillo.

En el hogar de los Aisal, el ambiente estaba agitado. Tagubanua se enfadó al conocer lo ocurrido.

—¡Se lo tiene merecido! No quiero que se acerque ni a mi madre ni a mi hermana nunca más.

—Yo no me fio de ese hombre. Tengo la corazonada de que guarda malas intenciones y no me gusta como mira a Dalisay —se sinceró Pachu.

—Calma, muchachos —intervino Cañamón—. Al final no ha pasado nada, pero mañana iré a su casa y ¡tendremos una charla! Respecto a los pájaros, prefiero que se queden sin salir a volar durante unos días.

En la calle Palacio se repetían idénticos comentarios.

—Iré por la mañana a visitarlo. Hablaremos acerca de las distancias que debe respetar con Dalisay y Mindana —sostuvo Francisco, visiblemente irritado.

—Seremos dos —aseguró José María—. Y trataremos también el tema de las aves antes de que se le ocurra apuntarlas con una escopeta. Si les sucediese algo, no me lo perdonaría. Alguien tendrá que aclarar las cosas con ese loco.

—Me apunto, el tipo es un trastornado mental. Juntos seremos más convincentes —afirmó Salvador.

18

A Maldo Seisdedos, que le gustaban las chicas criollas, le atraía una en especial. Lolita tenía pocas manías y no le importaba que el joven contara con un dedo extra en cada mano, pero tampoco se lo tomaba demasiado en serio. El problema principal era que a Maldo no se le conocía oficio alguno y rodaba de pensión en pensión y de taberna en taberna. Y Lolita quería un novio formal, serio y trabajador, como le decía su madre: «No dejes que se aprovechen de ti. Ya has visto lo que les pasa a las dalagas que van de frescas por la vida».

Lolita seguía los sabios consejos de su madre y no aceptaba encontrarse con ningún muchacho a solas, pero dejaba que Maldo la invitase de vez en cuando a una horchata con pastelillos en el merendero de la plaza del Ateneo en compañía de su hermanita pequeña, a la que llevaba de carabina. Aquel día se presentó con un regalo para ella envuelto en un pañuelo.

—La cadena es de oro y la medallita también —agregó orgulloso —. Son para ti.

—Muchas gracias, es muy bonita, pero no sé si puedo aceptarla. ¿Qué Virgen es esta?

—Ah…, pues será la misma que llevan todas las medallas, ¿no?

—¡Eres más raro que un cálao! —Se rio Lolita—. ¿No te lo dijeron cuando la compraste? Ah, no… Es que no parece nueva, ¿de dónde la has sacado? —preguntó extrañada con el obsequio en la mano.

—Era de mi abuela —mintió con una sonrisa sincera.

—¡Oh! Y me la regalas ¿a mí? Debiste de quererla mucho. —Dio un sorbo a la horchata y se llevó a la boca un pedazo de pastel—. ¿Quieres ponérmela? Nunca había tenido nada de oro —dijo feliz. Se recogió los cabellos y dejó la blanca nuca al descubierto, sin darse cuenta de que, aceptando el regalo, estaba dando alas a las ilusiones del muchacho.

—Ahora mi hermanita y yo debemos volver a casa, se nos hace tarde —se justificó despidiéndose deprisa—. Hasta que no prendan al asesino del estero, ninguna chica estará segura por la calle.

La hermana pequeña y parlanchina corrió a contarle a su madre que Lolita había recibido un obsequio, y esta fue reprendida de inmediato.

—¿Cómo se te ha ocurrido aceptarlo, insensata?

—Es que es de oro, mamá.

—Hija, eso da igual, tienes que devolverlo. ¿Dónde vive ese joven? Iré contigo. ¿No te das cuenta de que tan solo tienes quince años y que llevarlo te compromete en cierta medida? Además, ¿de qué lo conoces y qué sabes de él?

Lolita se encogió de hombros y le explicó que los presentaron en la verbena del barrio y él le propuso bailar.

—¿Recuerdas cuando me diste permiso el mes pasado para volver a casa a las seis porque a mis amigas también las dejaban quedarse un poco más?

—Lo recuerdo, hija, pero no mencionaste nada sobre ese joven.

—Se llama Maldo.

—Maldo ¿qué más? Porque tendrá un apellido, digo yo.

—No se me ha ocurrido preguntárselo. Es que solo es un amigo… Me ha dicho que pasado mañana, a las diez, me esperará en el parque de la Luneta para ir a dar de comer a las palomas.

—Mami —reincidió la hermanita diligente—, Lolita no te ha contado que ese chico es muy malo y me da patadas en la espinilla por debajo de la mesa del merendero para que me vaya y los deje solos. Pero yo me quedo vigilando, ¡como tú me has enseñado!

—Iremos juntas a devolverle la cadena y la medallita. Y es preciso que entiendas que nunca más debes aceptar regalos, a no ser que provengan de un novio formal, y para eso tenemos que conocerlo tu padre y yo primero.

Mindana se despertó al alba. Sin decir nada, salió de la casa de los Aisal y fue hasta la calle Real, donde había escuchado que Sandemetrio tenía su residencia. La encontró por la placa dorada con su nombre. Llamó a la campanilla y esperó. Estaba a punto de marcharse cuando Leopoldo salió a abrir. Todavía tenía en la cara restos de sangre coagulada y algunos moratones de la víspera.

—Buenos días —dijo mirándola fijamente. Le recordaba a su hija.

—Buenos días, doctor. Me llamo Mindana y soy…

—Sé quién es, la madre de Dalisay.

—Sí.

—Y ¿a qué debo el honor de esta inesperada visita?

—Quería hablarle de los pájaros. Lo que ocurrió ayer fue un accidente. Vengo a pedirle que no les haga daño, yo misma me haré responsable de ellos. Le aseguro que no volverán a molestarlo nunca más.

Ante él se encontraba una mujer muy bella que lo miraba confiada. Y aunque había dejado atrás la juventud temprana, conservaba la piel sedosa y brillante, la figura delicada y los largos cabellos oscuros, elegantemente peinados en un moño detrás de la nuca. Desprendía un atractivo magnetismo.

Su fragancia envolvente, delicada como la flor del hibisco recién

cortada, mezcla de coco y gumamela, lo hechizaba y lo atraía de manera irresistible, igual que el néctar a las mariposas. Sintió llegar la pulsión arrolladora, casi animal.

—Me complace verla. Acompáñeme, por favor. Estaremos más tranquilos en el interior —dijo invitándola a pasar con una gran sonrisa.

Sandemetrio ofreció a Mindana un asiento en su lujoso salón.

—Gracias, pero no tengo mucho tiempo. Nadie sabe dónde me encuentro y en poco rato me esperan en el colegio de Santa Regina.

—Por supuesto, seré breve. Quería compartir con usted el interés que siento por su hija.

—¿Mi hija? ¿Por qué? No le entiendo.

—Nadie mejor que con usted para hablar sobre el futuro de Dalisay. Tal y como puede observar, soy un hombre con un poder económico privilegiado —dijo abriendo los brazos, como si hiciera inventario de las cosas hermosas que tenía alrededor—. Todas las muchachas solteras de Manila desearían encontrar un partido como yo. Sería un buen esposo para ella y podría darle todo lo que desea en la vida. Una casa aún más grande, sirvientes, ropa bonita, joyas caras, viajes a Europa…

Sorprendida, se tomó unos segundos antes de responder a la extraña proposición.

—Pero es que Dali todavía es joven para pensar en esas cosas… —objetó con sencillez al hombre que triplicaba en edad a su hija—. ¿Sabe usted que acaba de cumplir quince años y que desea seguir estudiando?

—¿Con qué propósito? ¡Es el momento ideal para tomar marido! Estudiar no será necesario, ya le he dicho que soy un hombre acaudalado —afirmó frotándose los dedos índice y pulgar de la mano derecha—. Sumado a eso, su bienestar podría extenderse al resto de

la familia, si se decide a colaborar conmigo —dijo seguro de conseguir una respuesta afirmativa por su generosa oferta. A fin de cuentas, era una simple india del monte; a esa clase de gente le gustaba el dinero.

—Pero eso sería como venderla —respondió atónita—, y ella debe permanecer libre de hacer lo que le dicte el corazón. No tengo intención de imponerle nada, y menos aún un matrimonio.

—¡Es un acuerdo que podría beneficiarnos a todos! —insistió, molesto.

—Discúlpeme, doctor, me doy cuenta de que no debería haber venido. Ahora tengo que marcharme, se me hace tarde… —respondió mientras se levantaba. Intuía una amenaza.

—¿Pensará en lo que le he dicho?

—No es algo que dependa de mí. Dali elegirá por sí misma al hombre con el que desee unir su vida. Lo siento, jamás influiré en sus decisiones.

Leopoldo sintió que se le escapaba la oportunidad de conseguir a Dalisay. Una intensa e irrefrenable ira le recorrió el cuerpo y le nubló la vista, liberando su lado más oscuro. Antes de que Mindana pudiera salir, cerró la puerta con llave y la agarró por el cuello. La llevó a rastras hasta su habitación, la tiró sobre la cama y le tapó la boca para ahogar sus gritos.

—¡Las mujeres necesitáis que os recuerden a menudo quién manda! Yo siempre obtengo lo que quiero y una india de baja estofa como tú debería estar agradecida de que un hombre de mi clase se haya fijado en su hija. Cuando hayamos terminado, volveremos a hablar de Dalisay y te darás cuenta de que tengo razón… Pero primero, tú y yo nos lo vamos a pasar muy bien. Quiero descubrir si lo que tienes debajo de la ropa es tan interesante como parece y te voy a enseñar algunas cosas nuevas que de seguro te acabarán

gustando.

Apenas podía respirar. Mindana cayó desmayada mientras le desgarraba la ropa con furia y le tocaba con ansia todo el cuerpo.

Afuera, Cañamón se encontró con José María, Francisco y Salvador, todos con la misma intención: hablar con Sandemetrio. Llamaron a la campanilla, pero cosas más importantes ocupaban la cabeza de Leopoldo, que hizo oídos sordos. Poseer a esa mujer era su prioridad. Estaba rabioso, necesitaba abusar de ella, calmar sus ansias imaginando que se lo hacía a Dalisay.

Los hombres comentaron frente a la casa cómo debían actuar cuando saliese a abrir.

—Opino que habría que iniciar la conversación sin perder los estribos, pero con escasas sutilezas —expuso José María.

Mindana recobró la consciencia sintiendo el peso de Sandemetrio sobre ella. Al percatarse de lo que ocurría, se defendió con todas sus fuerzas, arañando y gritando.

La escucharon desde la calle. Cuando los hombres echaron la puerta abajo, se encontraba de nuevo inconsciente por los golpes, desnuda e indefensa. Subieron rápidamente y abrieron una tras otra las habitaciones hasta llegar a la última del largo pasillo, que estaba cerrada.

Cañamón la abrió de una sola patada.

Comprendieron la situación en cuestión de segundos. José María asió a Leopoldo por los brazos, en tanto Francisco cubría a Mindana con su chaqueta y Salvador arrancaba los cordones de una cortina para atar las manos del agresor. Este se resistía y, sin pensárselo dos veces, Francisco le propinó un golpe en la cabeza con lo que tenía más a mano, un candelabro de plata.

—Que conste que nunca he sido partidario de usar la violencia, pero ya veis que no me ha quedado más remedio. Lo tiene bien

merecido este demente desgraciado —dijo echando su mechón rebelde hacia atrás de un soplido.

—¡Esto sí que es tener puntería! Le has atizado justo entre la zona parietal y la occipital —exclamó Gredilla dando su aprobación, mientras observaba a Sandemetrio tirado en el suelo.

Mindana volvió en sí llorando acongojada.

—¿Este hombre ha conseguido forzarte? —preguntó José María, que se había sentado junto a ella y la arropaba con cuidado.

—Habéis llegado a tiempo… No sé qué ha pasado, yo solo he venido a pedirle que no hiciera daño a los pájaros. Pero eso a él no le importaba, únicamente insistía en hablarme de Dalisay. He intentado marcharme y me lo ha impedido agarrándome por el cuello y… —les relató todavía aturdida y con los ojos inundados de lágrimas, el labio sangrando y el rostro tumefacto.

—Ahora estás a salvo, no tengas miedo. Ya no podrá hacerte daño —dijo Salvador intentando tranquilizarla—. Ten, presiona este pañuelo sobre la boca. ¿Crees que puedes incorporarte? Debemos examinarte y asegurarnos de que no tienes nada roto.

Se levantó temblando. Francisco se apresuró a envolverla en una sábana y la tomó en brazos para llevarla a la habitación vecina, fuera de la vista de su atacante.

—Respira hondo… Muy bien, otra vez… Te duele aquí y aquí, ¿verdad? Noto una costilla fracturada y detecto una distensión en la muñeca izquierda. ¿Y esas marcas en el cuello? —constató Salvador, procurando no lastimarla—. ¡¿Cómo es posible que existan hombres capaces de hacer algo así?! —se preguntó en voz alta, indignado—. Tranquila, vas a recuperarte, nosotros nos ocuparemos de que así sea.

—Lo mejor será llevarla a casa cuanto antes, allí podremos atenderla de forma más eficiente. Le pediré a Cañamón que vaya a

buscarle ropa, la suya está hecha jirones. Es mejor que regrese con la calesa, en su estado no podrá dar un paso. Después la trasladaremos.

Cañamón salió a toda prisa hacia la calle Solana.

—Estos actos no quedarán impunes… —dijo Francisco, tomando las manos de Mindana entre las suyas.

—Pero es culpa mía, si no hubiera venido…

—¡Ah, no, no! —reaccionó Francisco mirándola a los ojos—. Que nadie te haga creer lo contrario: ¡tú eres la víctima de lo sucedido! Lo que ha hecho ese bárbaro no tiene justificación y merece nuestra completa censura. ¡Los hombres decentes nos avergonzamos de estos actos malvados!

—Hablando de malvados, voy a cerciorarme de que nuestro colega ha recuperado la consciencia y tomaré medidas contundentes, si son necesarias. Tu suegro se ha quedado a solas con él —afirmó Salvador.

Cañamón explicó a su esposa y a su madre cómo habían echado la puerta abajo al escuchar los gritos, el violento ataque que estaba sufriendo Mindana y el golpe que recibió sin contemplaciones su agresor. Ellas le escucharon incrédulas.

—¡Un candelabro en la cabeza es lo mínimo que se merece! —dijo Apanaya fuera de sí—. Voy a buscar la ropa y me marcho contigo. Dalisay está aseándose para ir al colegio y todavía no se ha percatado de que Mindana ha salido. Tu madre se lo explicará todo, ¿verdad, Mami Tari? Y creo que lo mejor será que hoy no acuda a clase.

—¿Y Tagu? —quiso saber la anciana.

—No está, ha ido temprano a la universidad y es mejor que no sepa nada por ahora. No sé cómo podría reaccionar…

La anciana asintió mirando a su hijo.

—¡Afortunadamente estabais allí para socorrerla! No quiero imaginar lo que podría haberle ocurrido. Pero ¿por qué fue sola y sin decirnos nada? —reflexionó con la voz quebrada por el susto.

—Eso mismo me pregunto yo —dijo Cañamón, negando con la cabeza.

Pachu entró durante la conversación.

—El padre Faustino tiene que enterarse de esto.

—Tienes razón, pasaremos por San Apóstol antes de ir a la calle Real y se lo contaremos todo. Es mañana cuando partía a misiones, ¿verdad?

—Sí —afirmó Pachu con seguridad—, mañana temprano. Tagu, Dali y yo pensábamos acercarnos esta tarde para despedirnos. Estarán fuera varias semanas.

Faustino Barceló no se sorprendió tanto como esperaban. Desde que Pedro Peñascal le confió lo que aquella joven confesó sobre Sandemetrio, pensaba que ese hombre era capaz de cualquier cosa. Hacía ya algún tiempo que no acudía a misa los domingos, como el buen feligrés que aparentaba ser; en varias ocasiones se acercó a su casa para hablar con él, pero siempre estaba ausente.

—¡Asumirá su culpa! —afirmó el apostolino fuera de sí—. Aunque debemos tratar esta situación con cautela… La reputación de Mindana podría verse comprometida por la maledicencia de la gente y aparecer injustamente como la culpable de todo. ¡Sabemos cómo se propagan las calumnias cuando se desatan las malas lenguas! En su defensa solo puedo afirmar que todavía no conoce bien los usos y costumbres de nuestra sociedad, y que ha ido a verlo sola de manera inocente.

—Justamente —afirmó Apanaya alzando las manos—. ¿Cómo se le ha ocurrido? ¡Las mujeres estamos expuestas a grandes peligros si

andamos solas!

—Desgraciadamente así es, pero ya hablaremos con ella. Ahora vayamos a esa casa del demonio. ¡Juro por el altar del Cristo de la Agonía que esto no va a quedar así! Como que me llamo Faustino Barceló… ¡Hermano Peñascal, ven conmigo! —gritó asomándose al huerto y haciendo señas al antiguo soldado.

—¡A la orden! —respondió este. Se cuadró frente al que consideraba su superior, abandonando la recogida de patatas.

—¿Qué ha pasado? ¡Yo también voy! —le siguió Narciso Lledó, sospechando que se venía algo más interesante que hacer. Dejó tirados la azada y el rastrillo.

Leopoldo seguía inconsciente y maniatado cuando llegaron, vigilado atentamente por José María y Salvador.

Faustino se arrodilló a su lado y le dio unas palmaditas en la cara, pero, como no despertaba, tomó la jarra de agua que había en la mesilla y se la echó encima sin miramientos. El médico despabiló sorprendido.

—¡Desátenme ahora mismo! ¿Quiénes se han creído que son para secuestrarme en mi propia casa?

—¿Es que no me reconoce, Leopoldo?

—¡Padre! ¿Qué hace usted aquí? ¡Gracias al cielo! ¡Por favor, dígales a estos hombres que me suelten! —gritó intentando deshacerse de sus ataduras.

El religioso se resolvió a liberarlo sin éxito.

—¿Quién ha conseguido atarlo de este modo tan imposible?

—He sido yo —contestó Gredilla, orgulloso—. Es mi nudo marinero favorito. Se llama calabrote y suele utilizarse en cabos o sogas muy pesadas. Incluso mojado es difícil de deshacer, como me enseñó mi amigo el capitán Domingo Piélago —explicó mientras lo soltaba en dos ágiles movimientos. Dejó caer los cordones azulados de las

cortinas sobre las blancas losas de mármol.

Sandemetrio se levantó lentamente y se sentó a los pies de su cama. Se tanteaba las muñecas adormecidas, quejándose del bulto que le crecía por momentos en la cabeza a causa del porrazo con el candelabro.

—¿Tiene tintura de árnica en casa? Debería aplicarse un poco en el chichón o se le hinchará como un huevo de avestruz —comentó Gredilla señalando el hematoma.

—La tengo en mi consultorio. Si me permiten bajar a buscarla…

—Yo se la traeré —propuso Salvador—. Narciso, ¿me acompaña? Entre los dos la encontraremos más rápido.

Los hombres accedieron al consultorio por una puerta lateral cercana a la entrada principal. A esa hora estaba todavía en penumbras. Abrieron las ventanas y sobre los anaqueles aparecieron una gran cantidad de recipientes de varias formas y tamaños.

—¿Qué estamos buscando? —preguntó el periodista.

—En las etiquetas de papel que llevan pegadas los frascos, están escritos los compuestos químicos o preparados que contienen. A nosotros nos interesa la *Tinctura arnicae*. Pero ¡corcho! —dijo tanteándose el bolsillo—, me he olvidado de los lentes. Tendrás que leerme lo que pone en cada una, si eres tan amable.

Narciso observó los frascos con atención y fue leyendo en voz alta: «*Extractum belladonae*, *Pulvis digitalis*, *Vinum opii*, *Unguentum mercuriale*…». ¡Este es!: «*Tinctura arnicae ad usum externum*». Tomó el escabel que descansaba en un rincón y alcanzó el frasco, que entregó a Gredilla. Al devolver el taburete a su lugar, notó como una de las baldosas del piso se movía y, con su instintiva curiosidad, el cronista la levantó, metió la mano en el hueco y sacó a la luz una caja de cartón, un libro y un diario.

—¡Qué interesante!

Narciso dejó los objetos sobre la mesa y abrió la caja sin pensárselo dos veces. El contenido los desconcertó.

—¡Caramba! —acertó a decir Gredilla.

Eran tres ilustraciones de tamaño postal bastante manoseadas, en las que aparecían bellas y jóvenes figuras femeninas ofreciendo sus seductores atributos al espectador. La primera mujer hacía su *toilette* apoyada en la bañera, con los generosos pechos al descubierto, mientras se quitaba las enaguas. La segunda, sin prenda alguna, estaba echada sobre un diván en posición lasciva y se observaba el pubis con un espejo. En la tercera imagen, una jovencita se desnudaba sin reparo frente a un caballero canoso que, vestido elegantemente con frac y sombrero de copa, se llevaba la mano al monóculo para apreciar mejor las sensuales cualidades de su acompañante.

—¡Fiuuu! —Silbó Narciso—. Vaya, vaya con Sandemetrio… Y este libro tan finamente encuadernado se titula *La filosofía en el tocador*, cuyo autor es el marqués de Sade. Las obras de este señor están censuradas y circulan de manera clandestina en círculos cerrados. Son extremadamente difíciles de conseguir por su naturaleza inmoral y libertina. Es la primera vez que tengo un ejemplar entre las manos.

—¿Y qué hay escrito en el diario? Yo no distingo tres en un burro sin mis lentes.

—Se supone que es privado, pero ya que estamos…

Leyó en voz alta las primeras páginas de un tirón.

—Es una bomba… Y hay que admitir que no es mal escritor, porque los detalles son precisos. Las señoritas de las que habla parecen ser pacientes muy jóvenes, prácticamente niñas, ¡y de buena familia a juzgar por sus apellidos! Aborda el desarrollo de su cuerpo sin escrúpulos, comentando sin ningún pudor los detalles de su anatomía y lo que le gustaría llevar a cabo con ellas. Este hombre

es un verdadero degenerado…

—Y no solo eso. ¡También es una deshonra para nuestra honorable profesión!

—Esto lo tienen que ver nuestros amigos.

Entre tanto, Leopoldo Sandemetrio seguía con su farsa.

—¡Pienso ir inmediatamente a presentar una denuncia! Han forzado mi casa y me han golpeado con saña. Vean el estado en que me encuentro…

—Todo lo que dice es cierto —razonó Faustino sentándose a su lado—, pero ¿acaso estas personas no han entrado apremiadas por ayudar a una víctima desamparada que gritaba mientras intentaban abusar de ella?

—¿Que yo intentaba abus…? ¡Oh, no, no! No crea ni una palabra. ¿Quién le ha contado tales calumnias? ¡No lo voy a tolerar! —gruñó viéndose acorralado. Iba pensando en lo próximo que se inventaría para defenderse—. ¡Sepa que esa india ha llamado a mi casa con la intención de seducirme y embaucarme! —mintió sin reparos.

—¡Eso es más falso que Judas! —negó Faustino, rojo de ira, con un gesto de su dedo índice.

—Le aseguro que es cierto —repitió con descaro—. Comprenderá, padre, que, siendo un hombre soltero y sin compromiso, no estoy obligado a rendirle cuentas a nadie. ¿Quién podría hallarme culpable de querer tomar lo que esa mujer me ofrecía tan fácilmente? Así son las de su clase: quieren buscarle problemas a un caballero pudiente como yo. La buena sociedad de Intramuros sabe que soy respetable y dejo buenas limosnas en el cepillo de San Apóstol.

—¿Y eso qué tendrá que ver? ¡Hipócrita! ¿Cree que así expía sus pecados? —le gritó Pedro Peñascal, que había perdido la paciencia al recordar a la joven del confesionario—. ¡Qué fácil y cobarde es culpar a otros por sus actos infames!

Faustino y José María afirmaron con la cabeza concediendo la razón a las palabras del hermano lego. Este los miraba desde su metro noventa, con el que bloqueaba el acceso a la puerta, y fruncía el entrecejo cruzado de brazos.

—¡Es un embustero que se cree sus propias mentiras! Hace semanas que no le he visto en misa. Y haga el favor de lavarse la boca antes de hablar sobre «esa india», porque es una de las personas más buenas que conozco y carece, además, de toda malicia. —Faustino se aflojó el alzacuellos. Apretaba los nudillos, indignado—. Yo mismo responderé por su inocencia y honradez. ¡No se crea que va a conseguir salirse con la suya!

Sandemetrio no esperaba que «esa india» tuviese tanto valor a ojos de esos hombres que la defendían sin dudarlo.

—Está bien, tranquilos. —Optó por cambiar de táctica—. En tal caso, y muy a mi pesar, confieso que tal vez se haya producido un terrible malentendido. Siempre podemos llegar a un acuerdo. Ella recibirá mis disculpas y una bolsa llena de reales para olvidar lo ocurrido…

José María intervino:

—¿Nos toma por tontos? ¿Es usted consciente de lo que ha hecho? ¿Sabe que entre los testigos de su gallardo comportamiento se hallan un respetado comerciante, dos médicos y un abogado? Y, desde mi posición, le informo brevemente de los cargos que pueden llevarle frente a un juez. —Soltó un suspiro antes de continuar—: Ha cometido intento de estupro y abuso deshonesto, penado por la ley como delito moral. Hay que sumar un segundo acto delictivo intencionado de golpes y tentativa de estrangulamiento contra la persona de mi cliente, ¡porque pienso representarla! En estos casos, la justicia tiene armas poderosas para castigar a delincuentes como usted. Le advierto, sin temor a equivocarme, que podría fácilmente

acabar unos cuantos años entre rejas…

—¡Y no solo eso! —Narciso entró en la habitación y entregó a José María el material encontrado bajo la baldosa—. Echad un vistazo, sobre todo al diario.

El rostro de Leopoldo se descompuso.

En la habitación contigua, Apanaya y Francisco vestían a Mindana lentamente. Le dolía todo el cuerpo y no podía evitar recordar la risa sardónica y los ojos inyectados en sangre de su agresor mientras le arrancaba la ropa.

—Tranquila, enseguida no iremos de aquí. La calesa nos espera en la calle.

Instalados bajo la capota del carruaje, pasaron desapercibidos. Apanaya protegió el lastimado rostro de su amiga con la sombrilla. Sentados frente a ellas, Cañamón y Francisco aparecían con los semblantes muy serios. Samu circulaba con cautela, escuchando los gemidos de dolor que emitía la mujer con el traqueteo de las ruedas sobre el empedrado.

Carmen y Milagros se asustaron al verlos llegar con Mindana en ese estado.

—¿¡Qué ha pasado!?

Apanaya les hizo un breve resumen.

—Ahora entiendo las intenciones que tenía ese mal hombre visitando mi casa —se lamentó afligida mientras sus ojos bicolor se oscurecían por la indignación—. ¡Deseaba falsamente simpatizar con nosotros para acercarse a Dalisay! Los pájaros lo intuían, deberíamos habernos dando cuenta…

—A veces las apariencias engañan —dijo Carmen ofreciéndole un vaso de agua—. ¡Demos gracias a que hayan podido salvarla antes de que ocurriera algo mucho peor!

—¿¡Veis!? ¡El padre Santiago tenía razón al alertarnos de Leopoldo Sandemetrio! —añadió Milagros pronunciando su nombre con desprecio—. Menudo sinvergüenza.

Francisco instaló cuidadosamente a su magullada paciente en la antigua habitación de Narciso y llamó a su esposa.

—Cariño, necesito que te quedes un momento con ella. Debo bajar al consultorio, porque necesitaré vendajes, antiséptico y mi maletín. Por el momento es mejor que se quede aquí mientras nos organizamos y traen sus cosas. También preciso que le prestes un camisón.

Después le vendó el torso alrededor de la costilla rota. Hizo lo mismo con la muñeca lesionada y desinfectó los cortes en el labio.

—Hay que avisar a sus hijos.

Dalisay llegó acompañada de Mami Tari y de Pachucho.

La chiquilla no pudo reprimir el llanto al ver a su madre en la cama con los vendajes y los moratones.

—No llores, hija, por favor…

—Ay, mamá, ¿por qué has ido a ver a ese hombre? ¡Mira lo que te ha hecho!

—Francisco dice que pronto estaré recuperada, no te preocupes. Lo más importante es que no te haya lastimado a ti. ¿Dónde está tu hermano?

—Han ido a buscarlo a San Teodoro, llegará pronto.

—Debemos impedir que se le ocurra hacer una tontería cuando se entere. Habla con él y tráelo a mi lado.

Javier y Cañamón esperaban a Tagu a la salida de la universidad y lo acompañaron de vuelta al despacho.

—¿Pero seguro que se encuentra bien? ¡Voy a matar a ese hombre! —gritó alzando los puños.

—Cálmate, por favor —le decía Dali, que lo abrazaba recordando

las palabras de su madre—. Francisco ha dicho que se va a recuperar.

—Ese sucio pervertido ha intentado forzar a nuestra *ina* y ¿me pides que me calme? Ahora mismo me voy a su casa y…

—Yo te entiendo, todos querríamos hacer lo mismo —aseguró Pachu, compartiendo sus deseos de venganza—, pero esto no se resolverá matando a nadie. Deberías saberlo: ¿no eres tú el que estudia Leyes?

Javier intervino con su lógica de abogado para apaciguar el ambiente, que se volvía más tenso por momentos.

—Tagu, sabes bien que no podemos valernos de la fuerza bruta. Eso solo agravaría lo ocurrido. Entre todos encontraremos la manera de que estos actos no queden sin castigo.

Francisco acudió al despacho al escuchar los gritos del muchacho.

—¡Escuchad, lo que ahora necesita vuestra madre es vuestro apoyo y cariño! Debéis ayudarla a superar el trauma que ha vivido rodeándola de afecto. El tiempo hará el resto. Habrá que tener paciencia, porque una situación tan violenta no se olvida de la noche a la mañana. Tagu, descarta esos deseos de tomarte la justicia por tu mano, solo nos causarás más problemas. Y, por favor, sube a ver a tu madre.

Comprendió que Francisco tenía razón. Cogió la mano que su hermana le tendía y fueron a reunirse con ella, seguidos por Pachu.

En el salón, las mujeres comentaban la situación.

—Ha terminado por quitarse la máscara —susurró disgustada Mami Tari mientras hacía carantoñas al pequeño Miguel, ahora espabilado dentro de su carrito. Posados uno a cada lado, lo observaban con gran interés Pi y Quijote, que respondían a sus balbuceos infantiles con breves silbidos.

—Si dependiese de mí, lo sentenciaría a remar veinte años en una

galera inmunda —añadió Milagros.

—¿Por qué debemos permanecer con los brazos cruzados? —se quejó Carmen—. ¡No hay derecho, las mujeres estamos indefensas!

—Vamos a confiar en el buen hacer de tu padre y en el de Faustino. Ellos sabrán tomar la decisión más conveniente, aunque admito que el asunto no es sencillo —dijo Apanaya tomando la taza de té que Maya le servía.

—¿La decisión más conveniente para quién? —replicó Milagros, señalando hacia la habitación de Mindana—. Tras esa puerta hay una pobre mujer que ha sufrido vejaciones y atropellos por parte de un loco peligroso disfrazado de caballero.

Cañamón asintió reflexionando en voz alta:

—Y, si ese loco peligroso fuera un chino o un indio común, ¡ya estaría entre rejas sin tantos miramientos! Pero claro, no olvidemos que estamos hablando de uno de los españoles más ricos de esta isla…

—Una silla de oro no hace de un asno un caballo —añadió Carmen, ofuscada—. Ese hombre es un abusador y debe asumir las consecuencias de sus acciones, ¡mantengámonos unidas! ¿No os sentís cada día más frustradas? ¿No veis que nuestro valor es menor por el hecho de haber nacido mujeres?

Milagros se quejó alzando la mano.

—Estamos continuamente expuestas a la dominación y a la violencia masculina… ¿Hasta cuándo permitiremos que se nos siga haciendo tanto daño?

Apanaya y Mami Tari asintieron tristemente.

—¡Pues reaccionemos una vez más! —exclamó Carmen con el ceño fruncido—. Opino que Cañamón tiene razón.

Francisco la miró y supo que en la cabeza de su mujer bullía una idea.

—¿Qué se te ha ocurrido?

—El agresor es un personaje rico y muy conocido de nuestra comunidad, ¿verdad?

—¿No estarás pensando en repartir octavillas? —preguntó Javier.

—No, no, esta vez nada de octavillas, hermano —respondió tanteándose el lunar—. Tengo en mente una forma mucho más severa e inteligente, un castigo a la altura de lo que ha hecho… Pensad: ¿qué es lo que a un hombre de su clase le dolería más perder? Os daré una pista: es algo de lo que a él le sobra en cantidad y de lo que la mayoría carece…

—¡Lo tengo! Claro… Sin eso se sentiría vacío, porque no es más que un ser fatuo y engreído, un cobarde que se cree superior, que no conoce de principios morales y es profundamente superficial… —La tía Mili lo había entendido.

—¡Su dinero! —adivinó Apanaya con un gesto triunfal.

—*Voilà!* El dinero es su punto débil, la fuente del poder en la que bebe, creyéndose intocable.

—Admito que habéis resumido en pocas palabras su personalidad —dijo Francisco—. Pero ¿cuál es el objetivo?

—Desposeerlo de su fortuna, ¿verdad, Carmen? —Tomó la palabra Mami Tari dejándolos asombrados, pues hasta ese momento había permanecido callada y reflexiva—. Pero ¿cómo? —dijo en tono conspiratorio, entrecerrando los ojos.

Apanaya miró con orgullo a su suegra.

—¡Necesito hablar con mi padre con urgencia! —exclamó Carmen —. ¿Quién me acompaña a la calle Real?

Faustino y José María discutían en el pasillo lejos de los oídos de Sandemetrio, que seguía encerrado en su habitación.

—¿Qué dice la ley en estos casos, Pepe?

—Todo lo que he enumerado antes es cierto, podría ir preso. El problema es que, si el caso se hace público, Mindana será señalada con el dedo y sufrirá las consecuencias del escarnio y las habladurías. Además, el escándalo salpicaría a los muchachos. Estoy intentando razonar otra posibilidad… Tenemos su diario y no le interesa llevarnos la contraria, tal vez podríamos llegar a un acuerdo extrajudicial con él.

—¿En qué tipo de acuerdo estás pensando?

—Principalmente en que ponga tierra de por medio, en pedirle que se marche de Filipinas bajo la amenaza de una denuncia en firme. De este modo nos libraríamos de su persona para siempre y dejaría de ser un constante peligro para Dalisay. Ahora que conocemos su obsesión incontrolable por las chiquillas, y más aún después de la locura que ha cometido, nada nos garantiza que no quiera intentarlo algún día con ella. Tengo una relación cercana con el juez de la Audiencia de Manila, Nemesio Cortes. He pensado en ir a hablarle, es un hombre justo y sabrá orientarnos. Le mostraremos el diario.

A paso decidido y ligero, Carmen Pérez de Lara se dirigía hacía la calle Real del brazo de su hermano. El semblante muy serio de ambos mudó al instante en sonrisas de alivio al encontrarse con José María y el padre Faustino, que caminaban en sentido opuesto por la misma acera hacia el despacho del juez. Era la hora en la que la ciudad despertaba del sopor nocturno y comenzaba a llenarse de personas de todas las edades con sus trasiegos y quehaceres mañaneros. Los niños vestían pulcros y blancos uniformes de camino al colegio, las criadas iban con los cestos vacíos repasando la lista de la compra y las devotas señoras, provistas de misales, se dirigían al primer servicio religioso de la mañana.

—Por vuestra cara, imagino que ya estáis al tanto de lo ocurrido. ¿Mindana está bien? —quiso saber José María.

—La hemos dejado al cuidado de Francisco y acompañada por todos.

—Vayamos a sentarnos allí —propuso Javier, señalando un banco cercano a la muralla donde no podrían ser escuchados.

Faustino les explicó el asunto del diario.

—¡Esto ya es el colmo, es peor de lo que nos imaginábamos! ¿Cómo puede ser? ¡Todos confiamos en los médicos y él utiliza las ventajas que le ofrece su profesión para engañar y aprovecharse de la gente! —Javier estaba indignado y añadió—: No sabe lo que significa la ética profesional, deberían privarlo del derecho a ejercer.

—Ya lo sé, hijo —admitió Faustino—. «*Qui no està boig està podrit*», decía mi abuela, y ahora me doy cuenta de lo sabia que era.

Carmen les contó lo que habían hablado en casa.

El juez Nemesio Cortes compartía amistad con el antiguo gobernador, Armando Bravo Gabaldón, y recibió a José María Pérez sin demora, aunque no esperaba verlo llegar acompañado de un religioso. Se lo contaron todo.

Sentado frente a ellos en su cómodo sillón de cuero verde, se colocó los lentes sobre la nariz y leyó algunas páginas del diario.

—¿Esto lo ha escrito el médico de Intramuros, el del consultorio de la calle Real?

—El mismo. Y el culpable de la barbaridad que se ha cometido esta mañana… —manifestó el padre Faustino, que se levantó y dio unos pasos para volver junto a su silla y posar las manos sobre el respaldo con una mueca de preocupación—. En lo que concierne al diario, no se preocupe, porque yo mismo le prenderé fuego antes de correr el riesgo de que caiga en otras manos.

—Estimados señores, ¡estamos ante unos hechos de especial gravedad! Conozco a algunas jovencitas descritas en estas páginas y

todavía son prácticamente unas niñas que juegan con muñecas. ¡La mayoría de ellas son amigas de mi propia hija! Respecto a la tropelía ocurrida esta mañana en casa de ese individuo, entiendo que quieran proteger la reputación y el anonimato de la víctima, pero comprenderán que será imposible hacer caer todo el peso de la ley sobre el autor de tales abusos. Los hechos expuestos deberían llegar hasta mí por la vía judicial habitual; solo entonces, y como medida excepcional, estaría en manos del fiscal ordenar la entrada en prisión preventiva del sujeto, por lo menos durante el tiempo que dure la investigación. Esta es la respuesta que les daría cualquier otro juez. Pero evidentemente con ello llegaría el escándalo… —Resopló antes de continuar—: Que me perdone san Raimundo de Peñafort, pero ¡yo soy padre antes que juez! Me pongo en la piel de las familias de las niñas y soy capaz de adivinar el dolor que este diario podría causar. Desde luego que no lo voy a consentir bajo ningún concepto.

—¿Quién es san Raimundo? —preguntó Faustino, perplejo—. Es que hay tantos en el santoral que he perdido la cuenta…

—Es el patrón de los juristas, o sea, de los que nos dedicamos al derecho. —Sonrió José María apuntando al juez y luego a sí mismo.

—Y no es que yo sea muy religioso, si les digo la verdad… —terció Nemesio mirando la cruz colgada en el cuello de Faustino.

—Bueno, yo le aseguro que no hay motivo por el que preocuparse, su señoría —afirmó José María en su papel de letrado —. No se producirá ningún escandalo porque el diario jamás saldrá a la luz. Nosotros hemos venido aquí buscando su parecer sobre un acuerdo extrajudicial. Queremos castigar a ese hombre y evitar cualquier riesgo de rumores malintencionados, por el bien de la mujer que ha sido atacada.

—Entiendo, pero ¿quién nos garantiza entonces que el acuerdo se cumpla? El caso quedaría condicionado a la buena fe de la otra

parte, pendiendo de un hilo muy fino. El agresor podría echarse atrás en cualquier momento, puesto que no habría sido condenado públicamente.

—Pepe, ¿por qué no le cuentas al señor juez lo que se le ha ocurrido a tu hija Carmen? —propuso el apostolino poniendo una mano sobre el hombro de su amigo.

—Cuénteme —le instó Nemesio, que se encendía un cigarrillo—. Las opiniones femeninas no carecen de interés para mí. Sepan que mi propia esposa a menudo encuentra soluciones a los casos más complicados brindándome buenos consejos.

—Lo que mi hija opina es que, al tratarse de una persona con importantes medios económicos, no sería muy descabellado que tuviera que pagar con creces por todos sus malvados actos, y hacerlo literalmente obligándolo a ceder buena parte de su dinero. A Sandemetrio se le conoce por ser un «caballero» —dijo dibujando en el aire unas comillas con los dedos— de fortuna considerable.

—Comprendo. Y puedo confirmarles que es una conclusión muy acertada y brillante. Para conseguirlo, el susodicho solo debería firmar por propia voluntad un documento ante notario.

—¡Me alegra mucho escucharlo! Porque esta podría ser la solución a, digamos, otros asuntos relacionados que esta persona tiene pendientes —enfatizó Faustino.

—¿A qué asuntos se refiere? —quiso saber el juez, irguiéndose en su silla.

—Es una información que ahora me ronda la cabeza, algo muy grave que llegó a mis oídos.

Nemesio y José María lo miraron con curiosidad.

—Hable, padre, se lo ruego.

—He tenido noticia de que no ha querido hacerse cargo de sus responsabilidades con otra mujer a la que ha causado daños

irreparables…

—No me habías contado nada —se extrañó José María.

—Pues ahora es un buen momento para hablarlo, y puedo asegurar con conocimiento de causa que la supervivencia de un niño inocente depende de ello.

—¿Qué quiere decir? ¿Es que acaso tiene un hijo ilegítimo? —Llegó a la conclusión Nemesio Cortes.

—Sé de buena tinta —contó el religioso bajando a propósito su tono de voz— que una de las jóvenes que trabajaba como secretaria en su consultorio, con la que convivía secretamente en concubinato, quedó encinta. La cobarde reacción de Sandemetrio al conocer su estado de preñez fue echarla a la calle sin miramientos. Una tal Elvira. Fruto de esa relación nació un niño.

—Vaya… —resopló el juez pasando los dedos por el mango del pequeño mazo que utilizaba en los juicios—. Elvira…

—¿La conoce usted?

—No la conozco. Sencillamente da la casualidad de que tengo una investigación abierta sobre el asesinato de una señorita llamada Elvira, de la que no recuerdo el apellido. Fue encontrada flotando en el río en condiciones, digamos, un tanto extrañas. El caso apareció en los periódicos. Todavía está bajo secreto de sumario.

—Es cierto, mis feligreses comentaban el caso de una joven que hallaron sin vida flotando en un estero. ¿Y dice que no sabe cuáles son sus apellidos? —insistió Faustino.

—Es una lástima, porque no tengo el informe en mi despacho, así que no puedo darle más datos, pero su muerte se hizo pública y ha causado una psicosis generalizada. Si no recuerdo mal ocurrió sobre mediados de febrero y ya ven que estamos prácticamente en abril… El caso se está demorando, no tenemos ningún sospechoso y todas las madres de Manila, incluyendo a mi señora esposa, no dejarán

salir a sus hijas de paseo hasta que no encontremos al asesino del estero, como les ha dado por llamarlo en los periódicos.

—Bien. —José María se levantó—. Le estamos muy agradecidos por dedicarnos su valioso tiempo, señoría.

—Solo espero haber sido de utilidad.

—Lo ha sido, créame.

José María recuperó el diario, estrechó la mano del juez y salió del despacho seguido por Faustino.

—¿Qué opinión te merece todo esto, Pepe? Tú eres abogado y sabes de estas cosas.

—Bueno, creo que su señoría nos ha mostrado la mejor opción. Un acto notarial sería una forma muy válida de castigar a Sandemetrio, sabiendo lo apegado que está a su riqueza. Lo estudiaremos por el camino. Ahora vayamos a mi casa; sabremos cómo se encuentra Mindana, y hablaremos con los demás.

Maya les abrió la puerta. Al reconocer a su abuelo, Miguel le dedicó un grito de alegría extendiendo los bracitos. José María se acercó al pequeño y lo cogió besándolo con cariño.

Francisco apareció tras ellos acompañado por Tagu y Dalisay, más serenos.

—Es una mujer fuerte, pero debe guardar reposo una temporada a causa de la costilla fracturada. Los hematomas y los golpes irán desapareciendo —aseguró.

—Y nosotros, gracias a la idea de Carmen, pensamos que hemos encontrado una solución para que ese sujeto no escape a la sanción que se merece —explicó José María, que invitó con un gesto a que Faustino tomara la palabra.

Todos prestaron atención.

—Aunque debería presentarse ante un juez, manchar su ilustre nombre y pasar algunos años a la sombra de los barrotes de una

prisión, no olvidemos que, en ese caso, Mindana también sería arrastrada por el lodo al conocerse su identidad públicamente. En cambio, si Sandemetrio aceptara marcharse de Filipinas y ceder su fortuna en pago por los daños infligidos, podríamos darnos por satisfechos.

Indignado, Tagu negó con la cabeza varias veces.

—Pero, padrino, ¿cómo podrías aceptar algo que provenga de ese hombre?

—Confía en nosotros, hijo, tenemos razones para ello. Te aseguro que existen otras deudas morales que Sandemetrio debe saldar…

Todos guardaron un silencio que solo Miguel se atrevió a romper agitando el sonajero. Dalisay lo tomó cariñosamente en sus brazos; al niño le gustaba estar con ella y meter las manitas entre sus cabellos oscuros.

Faustino no se sacaba de la cabeza a la muchacha de la confesión en San Apóstol y seguía enfrascado en sus reflexiones. José María se acercó al percibir su inquietud.

—¿En qué piensas?

—En que deberíamos localizar a la tal Elvira, su testimonio podría sernos muy útil.

—¿Y cómo la encontramos?

—Si la memoria no me falla, vive en la calle Lepanto, pero no conozco el número.

—¿Sabes qué harías un buen trabajo como investigador? Siempre he pensado que esto de la iglesia no es lo tuyo…

—Bueno, uno tiene sus contactos —replicó imaginando la estampa de Peñascal metido en el confesionario—. Y, al final, el oficio de religioso es como otro cualquiera.

Los dos salieron a la calle decididos a averiguar el paradero de la chica.

—Tomemos ese coche de caballos —resolvió Faustino haciendo una señal—. La calle que buscamos está en el pueblo de Caloocan. Hace un tiempo fui por la zona para dar la extremaunción a una anciana enferma. No queda muy lejos de Intramuros, pero estas sandalias me están matando. Mejor vamos sentados… ¡Ojalá inventen pronto un calzado más cómodo para pies delicados como los míos!

Llegaron a Caloocan y pidieron al cochero que los esperase. Al pronunciar el nombre de Elvira, un avispado chiquillo que jugaba en la acera los acompañó hasta la casa de su vecina, que salió a abrir extrañada. Ese era un barrio criollo de gente trabajadora y allí se conocían todos.

—Buenas tardes, venimos preguntando por Elvira. Nos han dado estas señas, ¿puede decirnos si vive aquí? —dudó Faustino al encontrarse frente a una mujer de mediana edad.

Ella los invitó a pasar al interior de la pequeña vivienda con un gesto de la mano.

— Siéntense, ¿quieren un vaso de agua fresca? ¿Algo de comer?

—No es nuestra intención molestarla, señora, solo necesitamos hacerle unas preguntas sobre la señorita Elvira. Llevamos toda la mañana de acá para allá y se nos ha olvidado hasta de almorzar —contestó Pepe, que había sentido un repentino agujero en el estómago al percibir el rico aroma que invadía el ambiente—. Pero permítame que me presente: yo soy José María Pérez, abogado, y él es el padre apostolino Faustino Barceló.

—Yo me llamo Constancia. Su presencia en esta casa me honra y ahora mismo les saco algo de comer, ¡faltaría más! —Se dirigió con premura en dirección a la cocina, de donde regresó a los pocos minutos con dos pedazos de tortilla de patata recién hecha y media hogaza de pan—. ¡Coman, coman, por favor! Y bébanse un chato de

este buen vino, que les va a sentar muy bien —apostilló mientras lo servía en vasos de barro—. Ustedes venían preguntando por la pobre Elvirita…

—¿Le ha ocurrido algo a la muchacha, hija? —la interrogó Faustino mientras se llevaba un buen pedazo de tortilla a la boca.

—Sí, padre, hará mes y medio se la encontraron con el cuello roto flotando en el Pásig. La desgraciada era madre soltera y ha dejado huérfano a su hijo Leopoldito. Y como aquí no tenía a nadie y yo no podía hacerme cargo del pequeñín, las monjas del convento de las Angelinas de la Bondad vinieron a buscarlo. Pero voy a visitarlo a menudo… Todavía intentan localizar a algún familiar en la península, pero no les está siendo fácil, como ya expliqué el día que fui a poner la denuncia. Elvirita nunca me contó que tuviera allegados en España.

José María se bebió el chato de un trago, la cosa se estaba complicando demasiado.

—¿Y no le reveló quién era el padre de la criatura?

—Uy, no, señor, se llevó el secreto a la tumba. Pero es que…

—Díganos, Constancia —se interesó Faustino.

Ella respiró hondo, secándose una lagrimilla al recordar a su joven vecina.

—Yo le cuidaba al niño a ratos, sobre todo cuando salía a hacer recados. Y aquel día se emperifolló especialmente, yo creo que iba a encontrarse con un hombre. Ya ve usted lo que le ocurrió… Decía orgullosa que Leopoldito era igualito a su padre. Es un chiquitín muy fino, tiene los ojos azules y el pelo muy rubito, ensortijado, de los que llaman la atención, ¿sabe?

—Nos ha ayudado mucho —afirmó Faustino antes de tomar el ultimo bocado—. ¡Y qué buena le ha quedado la tortilla! Llevaba cebolla, ¿verdad? Por favor, venga por San Apóstol cuando quiera, la

obsequiaré con pimientos, tomates y patatas de mi huerto en agradecimiento por su amabilidad. Y una cosa más… Dígame, ¿cuáles eran los apellidos de Elvira?

—García Torrente —respondió de carrerilla—. Si se fijan, verán que su nombre completo está escrito en el quinto buzón del descansillo de la entrada.

Bajaron las tres plantas que los separaban de la calle. Respiraron hondo, pensando en el alcance de la información. El asunto empezaba a pasar de castaño oscuro, eso seguro.

Subieron de nuevo al coche de caballos.

—¡Llévenos al convento de las Angelinas de la Bondad! —pidió Faustino al cochero.

—¿Las conoces bien?

—Por supuesto, no pocas veces las hemos auxiliado después de los terremotos recogiendo escombros y levantando paredes. La madre superiora es una buena amiga y catalana de pura cepa como yo.

La hermana portera abrió la puerta y los hizo pasar a la luminosa salita de las visitas, con vistas al jardincillo repleto de rosales de un patio interior. Faustino se sentó y se frotó la dolorosa ampolla que le había salido en el pie.

—*Bona tarda, pare Faustino!* —exclamó la madre superiora con los brazos abiertos—. *Què us porta per aquí?*

—*Bona tarda, sor Mercè! Hem vingut a demanar-li un favor…* Pero mejor hablemos en castellano, mi amigo Pepe no sabe catalán. Nos han dicho que tienen acogido al pequeño Leopoldito García.

—Sí, es un niño buenísimo. ¡Qué tragedia más grande!

—¿Le importaría que lo viéramos? Solo sería un momento.

—A usted no puedo negarle nada, padre. ¿Sabe si han encontrado a algún allegado del niño?

—Por el momento, no, que yo sepa. Pero seguro que alguien lo reclamará a su debido tiempo.

—Vengan conmigo, está con los otros pequeños en el comedor.

Leopoldito destacaba entre los demás por su cabecita dorada y sus ojos azules. A la monja no le hizo falta señalarlo, era un verdadero querubín de los que pintaba Rubens. Los dos hombres se quedaron con la boca abierta.

—¡El parecido es in-cre-í-ble! Que me condenen si no estoy en lo cierto, porque este niño es un Sandemetrio de los pies a la cabeza, ¡nadie podría negarlo! —exclamó José María dando una palmada en el aire.

—Gracias, sor Mercè. Ahora debemos marcharnos, pero le ruego que no repita lo que ha oído —pidió Faustino en voz baja.

—No se preocupe, entre mis muchas virtudes está la de guardar los secretos —dijo con un guiño—. Los acompaño a la puerta.

—Seguramente Elvira García Torrente era su antigua secretaria, su amante, la madre de su hijo y un estorbo muy molesto —dijo José María atando cabos—. Deberíamos ir a contárselo al juez Nemesio, porque Sandemetrio tal vez tenga algo que ver con su muerte.

—Lo estoy considerando, Pepe. Creo que primero tenemos que sopesarlo bien y actuar precisamente como nos ha aconsejado el juez, porque aquí el orden de los factores sí que altera el producto.

—¿Qué quieres decir?

—Reflexiona. Si Sandemetrio tiene algo que ver con el crimen, lo detendrán en el acto y no podremos llevar a cabo nuestros proyectos de bien… Tenemos varios frentes abiertos con ese hombre y los solucionaremos de uno en uno y por orden de prioridad. Mejor te lo explico por el camino, vayamos a la calle Real.

Bajo la vigilancia de Pedro y Narciso, Leopoldo seguía sentado con la

cabeza gacha entre las manos y mirando al suelo. A Gredilla ya se le notaba la expresión de fatiga.

—Por culpa de personas como él, estoy perdiendo la fe en la humanidad… Un médico que se dedica a hacer daño a sus congéneres es imperdonable y, a riesgo de repetirme, ¡una vergüenza para nuestro respetable gremio! Si no os importa, vuelvo a la calle Palacio para saber cómo sigue Mindana. Ya no me apetece verle más la cara a ese dechado de perversidad. Si por mi fuera, lo subiría a una nave y lo tiraría por la borda en medio del océano atado a un yunque, pero ¡de los grandes!

Faustino y José María hablaron con Leopoldo sin omitir detalle.

—Aparte de los actos perpetrados esta mañana y del hallazgo del diario, estamos al corriente de otro asunto que, aunque haya intentado mantenerlo en secreto, acabará saliendo a la luz. ¿Recuerda a una ingenua muchacha a la que prometió la luna y lo único que obtuvo confiando en usted fue que le arruinase la vida y la abandonara a su suerte con un hijo que resulta ser su viva imagen? —cuestionó Faustino.

—¿La recuerda? —insistió José María.

—No sé de qué me hablan.

—¿Acaso el nombre de Elvira García Torrente no le suena? —El abogado le hizo la pregunta mirándolo directamente a los ojos, aguardando su reacción.

—Es una antigua secretaria que tuve en el consultorio, pero no sé qué tiene que ver con todo esto… —contestó. Se ruborizaba por momentos.

Faustino supo que las piezas del rompecabezas comenzaban a encajar.

—A partir de ahora, yo mismo me encargaré de enmendar en lo posible todas sus maldades. Escúcheme bien: cederá su fortuna,

además de esta casa, a una persona intachable en quien confío ciegamente, el señor José María Pérez. Él lo gestionará todo —afirmó el religioso sin ofrecer más alternativas, harto de escuchar falacias.

—¿Mi casa y mi dinero? ¿Se da cuenta de lo que me está pidiendo? ¡Me niego rotundamente!

—¿Qué notario lleva sus asuntos en Manila? —le preguntó José María.

—Eso no es de su incumbencia. Me están obligando a hacer algo que no quiero. Es coacción y es ilegal.

—Pues ¡elija la cárcel! —lo increpó Narciso—. Allí lo tratarán como se merece. Por lo que he oído, en las penitenciarías filipinas un hombre como usted no sobreviviría más que unas pocas jornadas…

El acusado no supo qué decir. Solo acertaba a tantearse el chichón en silencio. Después de reflexionar, prefirió dar el nombre de su notario.

—Sé quién es —afirmó José María—. Rodolfo Ordoñez tiene el despacho en la calle de la Muralla. Voy a verle ahora mismo, ¿vienes, Faustino? —propuso consultando el reloj—. Es buena hora, seguramente estará en su despacho.

De camino pusieron en orden la información de la que disponían.

—Siento haberte metido en este lío, Pepe, pero sé que a ti te será sencillo gestionar la burocracia y los papeleos. Eres tan testigo como yo de que ese pequeño del que reniega es un Sandemetrio, pero por suerte nos tiene a nosotros para protegerlo.

—Lo entiendo, y alabo tu decisión. Emplearemos ese capital para cambiar el mal por el bien y que el niño reciba lo que se merece por derecho.

—Ante todo debemos ser pragmáticos. Confío en ti porque eres ecuánime y de buen criterio, ¡me enorgullece mucho ser tu amigo!

Por eso te he elegido.

—Me dejas sin palabras —acertó a decir José María, conmovido—. Admito que la vida me ha puesto algunas zancadillas y que he tenido más de un tropiezo, pero también me ha premiado colocando a mi lado a personas tan grandes como tú.

—Venga, Pepe, no nos pongamos cursis —contestó dándole unas palmaditas en la espalda—, ya sé lo mucho que me quieres.

Como ocurrió con el juez, esta vez fue el notario quien se extrañó al recibir en su despacho a la extraña pareja, un abogado acompañado de un padre apostolino. Después de saludarlos y ofrecerles un café, se dispuso a escucharlos.

—Ustedes dirán.

—Estamos aquí por un asunto delicadísimo —dijo José María, que a continuación dio un repaso a todo lo ocurrido, obviando el tema del diario.

—¡A estas alturas de la vida ya no me sorprendo de nada! Nuestra sociedad amanece cada día que pasa más corrupta y deteriorada a causa de personas que cometen actos tan graves como el que acaba de describir —censuró el notario, negando con la cabeza—. Intentar forzar a una mujer es algo imperdonable…

—Pues aún hay más —añadió Faustino, que, tras detallar la historia de la visita al convento de las Angelinas de la Bondad, no pudo contenerse en un comentario final—: ¡Por los clavos de Cristo que ese pequeño es hijo del doctor Leopoldo Sandemetrio! Una gran injusticia.

—Injusticia es un término muy correcto en este caso, y es triste comprobar que hay numerosos hijos espurios sobre la faz de la tierra.

—¿Espurios? —se extrañó Faustino.

—Sí, es un término equivalente a hijo natural o ilegítimo, nacido

fuera del matrimonio —aclaró Ordoñez quitándose los anteojos de montura redonda—. Son chiquillos venidos al mundo a causa de las famosas canitas al aire. Pocos tienen la suerte de ser reconocidos por sus progenitores y recibir sus apellidos. Veo que Sandemetrio es uno de ellos y se niega a hacerlo, aunque su estado civil sea soltero y no deba darle explicaciones a una esposa. ¡Menudo miserable!

—¿Es usted un buen cristiano, Rodolfo?

—Sí, y muy devoto, padre.

—Pues le ruego que nos ayude a poner fin a estos abusos.

—Tráiganme a esta persona cruel en disposición de firmar, que yo avalaré el acto jurídico para que todo sea legal. Permítanme decirles que hay algo fundamental que me empuja a brindarles mi apoyo, y es que yo mismo nací fuera del matrimonio. Mi padre se negó a reconocerme y solo salí adelante gracias a mi tía, que, al enterarse de la conducta libertina de su hermano, me protegió desde mi nacimiento, me educó, me costeó los estudios y me animó a ser alguien de provecho en la vida…

—Pues se lo vamos a traer servido en bandeja de plata y dispuesto a firmar lo que haga falta, no se preocupe usted —se alegró José María, entregando su cédula personal e intercambiando un apretón de manos con el bondadoso notario.

—Mi secretario redactará la escritura de cesión a nombre del nuevo propietario y se encargará de reunir la documentación de las posesiones de Sandemetrio. Si no recuerdo mal, se trata de la casa de la calle Real con todo lo que hay en ella, sin olvidar el consultorio de la planta baja. Después de la firma, todo quedará a su nombre, señor Pérez. Lo tendremos listo sin falta mañana al mediodía.

—Hasta mañana —dijo Faustino, agradecido. Bendijo a Rodolfo Ordoñez con la señal de la cruz.

—Amén. Y si me permiten un consejo…, vayan antes con el

susodicho al Banco Español Filipino. Sé que allí tiene su abultada cuenta corriente. Esa criatura inocente se merece disfrutar de todo lo que su padre pretendía negarle.

José María y Faustino seguían con la duda de si el médico tenía algo que ver en la muerte de la madre de su hijo, pero lo primero era solucionar el futuro de Leopoldito García.

Para evitar que tuviese la oportunidad de fugarse durante la noche, Sandemetrio no se quedaría a solas ni un minuto. Decidieron que Faustino permanecería en la calle Real, acompañado del hermano Pedro Peñascal. Narciso fue el encargado de ir a buscar agua y comida al convento apostolino.

En la calle Palacio hablaron poco y apenas tocaron la cena. Se encontraban exhaustos y desganados. Cañamón, Mami Tari y Apanaya volvieron a la calle Solana. Poco después les siguieron Dalisay, Tagubanua y Pachucho por consejo de Milagros.

—Por favor, id a descansar. Vigilaremos el sueño de vuestra madre y Francisco la atenderá durante la noche. Estará con cuidados continuos.

Milagros quedó encargada de comprobar que Mindana descansaba profundamente. En el salón, su sobrina intentaba inútilmente la proeza de dormir a su hijo. Después de un largo día de visitas inesperadas y constantes cambios de brazos, que alteraron los hábitos de descanso a los que estaba acostumbrado, Miguel sentía la tensión en el ambiente y se negaba a cerrar los ojos.

—Duérmete, angelito revoltoso, es hora de descansar —le susurraba su abuelo con dulzura. Inconscientemente recordó al pequeño del convento y pronunció en voz alta sus pensamientos—: Cuando pienso en el niño que ha perdido a su madre y que el loco de su padre lo ha despreciado como si no tuviera valor alguno…

—¿De qué niño hablas, Pepe? —preguntó Milagros.

—Hum, es que, entre tantas otras cosas, hoy también hemos descubierto que Sandemetrio tiene un hijo y que ha rechazado asumir su paternidad…

—¿Cóóómo? —Miguel dio un respingo en los brazos de Carmen, que interrumpió el suave arrullo para ponerse en pie—. ¿Dices que hay un pequeño abandonado a su suerte por ahí afuera? —exclamó indicando hacia la calle—. ¿Cuándo te has enterado?

—Chisss… Carmen, vas a despertar a Mindana —la instó su tía, que tomó el relevo con el niño.

—Lo hemos descubierto esta mañana… Es que hoy han pasado muchas cosas, hija. Pero tranquila, porque está bajo la protección de las monjas angelinas hasta que encuentren a algún familiar capaz de asumir su cuidado. La cuestión es que la desdichada madre no contaba con ningún pariente cercano.

Carmen caminaba de un lado a otro negando con la cabeza.

—Ese hombre es peor de lo que imaginaba. Papá, ¡dime que recibirá un castigo a la altura!

—Lo intentaremos.

—Pepe, ¿tal vez podamos ir a visitar al pequeñín y velar por que no le falte nada? No es que dude que las angelinas no vayan a darle la atención que merece, pero imagino que tienen muchos otros niños a su cargo y toda ayuda es poca…

—Por supuesto, me parece una iniciativa admirable por tu parte, Mili.

A esas horas, el juez Nemesio Cortes seguía en su despacho. Meditaba las palabras del padre Faustino y pidió a su secretario el informe de la mujer que había aparecido muerta flotando en el estero.

Manila, 11 de febrero de 1888

Expediente n.º 1995/1998

Elvira García Torrente, de veintiún años, criolla nacida en Caloocan, hija de Amancio García y Luisa Torrente, españoles, los dos fallecidos.

Sin más familia conocida en Luzón.

El cadáver ha sido hallado esta tarde flotando desnudo entre las redes de un pescador que faenaba en el estero próximo a Tondo.

Ayer, en la mañana siguiente de su desaparición, su vecina Constancia Ramírez presentó una denuncia al comprobar que Elvira había pasado la noche fuera y no regresaba a buscar a su hijo, después de «salir a hacer unos recados», según las propias palabras de la víctima antes de marcharse.

El cadáver tiene cardenales y señales de violencia por todo el cuerpo. El médico forense afirma que la causa de la muerte es la rotura del cuello por estrangulamiento. Se aprecian lesiones que sugieren abusos.

Observaciones:

Al reconocer el cadáver, la señora Constancia Ramírez nota a faltar la cadena y la medallita de la Virgen del Remedio que Elvira llevaba siempre con ella. Declara: «Me contó que le tenía mucha fe. Qué raro, porque no se la quitaba nunca».

Al no haber localizado a familiares de la víctima que pudieran hacerse cargo del sepelio, sus restos mortales son enterrados en la fosa común del cementerio de Paco.

«Un asesinato en toda regla», pensó Nemesio.

Ese mismo día, antes de devolver el obsequio, Lolita quiso mostrárselo a su mejor amiga. ¡No tenía nada de malo presumir un poco!

—Las dos cosas son de oro… —admiró la otra chiquilla, fascinada.

—Sí, ya ves, eran de su abuela y quería que las tuviese yo.

—¿Qué Virgen será esta, Lolita? ¿Y estas marquitas? —se preguntó sosteniendo la cadena y la medalla en el aire.

—No sé, es que me dio vergüenza preguntárselo…

La madre de la amiga y su tía se acercaron a observar lo que causaba tanto alboroto entre las jovencitas. Constancia Ramírez se llevó las manos a la cabeza.

—¡Es la Virgen del Remedio! Pertenecía a Elvira y conozco bien esas marcas, están hechas por los dientes de Leopoldito…

Puntual, Maldo Seisdedos aguardaba a la entrada del parque, apoyado contra un árbol y mascando buyo. Eso lo estimulaba y le hacía sentir más hombre. Llevaba puesta su mejor camisa; aunque estaba un poco arrugada, sabía que a Lolita no le importaría. La chica era agraciada, muy simpática y le hacía pocas preguntas. Le atraía su inocencia sincera, muy diferente a otras con las que pasaba el rato y pagaba para desfogarse y escapar de sus preocupaciones. De esas ya estaba harto. Se reían de él porque tenía seis dedos, nada menos, aunque una vez, en la feria, la nigromante le leyó su futuro y le aseguró que eso era señal de fortuna… ¡Una burda mentira! Su madre murió al traerlo a este mundo y desde pequeño fue el blanco constante de las maldades de los otros niños. Pagaba el pato de sus bromas, con frecuencia lo recibían a pedradas y se hacía pis en los pantalones, y después su padre le pegaba y le llamaba lerdo. Con el tiempo lo puso a trabajar con él en el cementerio de enterrador, donde todo olía muy mal y veía cosas que

no le gustaban. ¡No, eso no era tener suerte! En cuanto pudo, se fugó de casa. Nadie lo reclamó. La ausencia y el abandono se convirtieron en sus mejores amigos.

Se buscaba la vida por ahí. Hurtaba y apostaba lo que conseguía en las galleras. A veces iba al fumadero y el dueño le invitaba a tomar basi, siempre y cuando se dejase tocar. Solo tenía que quedarse quieto para que algunos fulanos de dudosa procedencia lo sometiesen por turnos a sevicias obscenas detrás de un barracón. Más tarde conoció a ese indiano que lo trataba bien, le contaba cosas interesantes sobre México y lo consentía con regalos. «Me recuerdas a mi hijo, eres muy guapo —le decía, meloso—. Si haces lo que te pido, puede que en mi próximo viaje te vengas conmigo». Esperanzado, Maldo, que quería conocer mundo, aprendió a obedecerle, pero un día se marchó y no volvió a verlo.

En el fumadero lo abordó un día ese médico rubio de ojos claros y bien vestido. Pero era diferente, ese hombre no tenía intención de llevárselo a su casa. Le habló de una mala mujer, a quien había que darle un pequeño susto. Le pagaría bien, era una buscona que lo estaba molestando. Sería un trabajo fácil. «Ten en cuenta que, si nos cruzamos por ahí, haré como que no te conozco», le aseguró Leopoldo cuando le tendió la abultada bolsa con el dinero.

La tal Elvira esperaba en la calle de la Muralla. Solo había que amedrentarla un poco, pero Maldo Seisdedos la encontró bonita. Cuando la muy ingenua, temblando como un flan, cometió el error de seguirlo hasta el parque, se le ocurrió que podían pasar un buen rato juntos. Lo que de verdad le gustaba eran las mujeres, pero esta se resistía y sin querer se le fue la mano. Escuchó que su cuello hacía un crac, pero Maldo, como si tuviera un demonio dentro, siguió a lo suyo. Total, la chica ya no se quejaba. Le robó la cadena y la medalla, se subió los pantalones y la arrastró hasta la ribera,

abandonándola en el agua. No se quedó a ver como el cuerpo se alejaba flotando por el estero. Sintió que la humedad se le metía en los huesos, atontándole los sentidos, y prefirió marcharse de allí a toda prisa.

La mañana en que había quedado con Lolita en el parque, Maldo amaneció entre los desconchones de las sucias paredes del chiribitil de su pensión. Una noche más, se había cocido en un entresueño de pesadillas sobre el maloliente jergón. Le consumía la culpa igual que un cólico miserere. Nunca había matado antes, ¿por qué lo hizo? Sentía la carga de los sufrimientos que lleva la muerte en la maleta. Recordó los ojos de su víctima justo antes de que se quedaran sin luz. Se limpió el sudor que le bañaba la frente con el antebrazo e hizo un gesto vago con la mano como queriendo espantar un mal recuerdo. Le castañeaban los dientes. Apuró el aguardiente que quedaba en la botella de la noche anterior y se lio un cigarrillo; solo deseaba olvidar y continuar con su vida como si nada. Se sentiría mejor estando con Lolita. Hoy se lavaría y se presentaría con su mejor cara. Solo tenía que pensar de qué manera se quitaría de encima a la hermanita pesada para quedarse los dos a solas y disfrutar de su alegre compañía. La invitaría a lo que ella quisiera, aún le quedaba mucho dinero en la bolsa.

Pero Lolita no llegó a su cita en el parque. En su lugar, se presentó el oficial Conrado Buenaventura escoltado por cuatro soldados, todos vestidos de paisano para no llamar la atención. Maldo se dejó esposar sin oponer resistencia mientras le leían sus derechos.

—¡Queda detenido por abusar de la señorita Elvira García Torrente y luego asesinarla! Tiene derecho a permanecer en silencio. Cualquier declaración que haga podrá ser utilizada en su contra. Tiene derecho a un abogado; si no puede pagarlo, se le asignará uno de oficio.

Esposado, lo metieron en el calabozo más oscuro del cuartelillo y lo dejaron a solas con el cabo al que apodaban el Cate, conocido por ser el más bruto de todos y al que, por descontado, se le daba muy bien extraer información en los interrogatorios. Justamente se encontraba de guardia cuando sacaron a la joven Elvira del estero; apareció con el rostro tan desfigurado que al cabo su imagen se le quedó grabada en la retina. Para colmo, mientras no encontrasen al asesino del estero, la mayoría de las muchachas de Manila tenían prohibido salir de paseo, entre ellas su novia, y eso le ponía de muy mal humor.

—¿De dónde has sacado la cadena y la medalla, rufián? —le interrogó el Cate haciendo crujir los nudillos.

—Eran de mi abuela…

—¡Mientes más que hablas, maldito cobarde!

Y ¡pam!, recibió Maldo un guantazo con la manaza bien abierta.

—Te repetiré la pregunta.

Idéntica contestación… ¡Pam, pam!

—Esta vez van dos —dijo el cabo—. Y el número de hostias irá subiendo cada vez que me cuentes una trola. Porque a ti te gusta recibir, ¿verdad que sí, canalla?

Y recibió muchas más…, hasta que la cara se le quedó como un cuadro.

—¡Se las robaste a Elvira García! ¡Confiesa o te parto el dedo que te sobra en cada mano!

Saltaron tres dientes y le dislocó la mandíbula. Maldo habló por fin, encogido en un rincón como un bandoneón sin fuelle.

El cabo Cate se presentó orgulloso ante el oficial Buenaventura.

—En menos de una hora, el detenido ha confesado el secuestro, abuso, asesinato y robo de la señorita Elvira García Torrente. Y hay más… El tipo, aunque afirma no tener cómplices y ser el único autor

de los delitos, dice que recibió el encargo de un fulano importante. Tenía que atemorizarla un poco, pero que sin querer se le fue la mano.

—¿Tiene la descripción de ese hombre?

—Peninsular, uno ochenta de estatura, cincuenta años, rubio y de ojos azules, de profesión médico.

—¡Buen trabajo! Está usted el primero en la lista de los ascensos, cabo. Dígale al sargento que ya puede llamar al que esté de guardia en el turno de oficio para que visite al acusado en su celda.

Curado de espantos, el abogado les preguntó si sabían cómo se había hecho esos desastres en la cara.

—Cosas que pasan. El pollo maleante se resistió al arresto, intentó huir y acabó dándose de narices con el suelo —afirmó Buenaventura sin vacilar.

A partir de ahí, todo fue muy rápido. El fiscal solicitó la prisión preventiva para Maldo a la espera de juicio. Lo siguiente sería emitir la orden de busca y captura contra Leopoldo Sandemetrio, el médico de Intramuros y único sospechoso, que coincidía claramente con la descripción proporcionada por el detenido.

A las once y media, Leopoldo, recién afeitado y vestido con un traje de lino claro, traspasaba la puerta del Banco Español Filipino escoltado por Javier, el padre Faustino y José María. Sin evidenciar el mínimo malestar, retiró todos sus ahorros y se los entregó en un maletín al hermano Pedro, que inmediatamente se dirigió al convento con el fin de poner el dinero a buen recaudo. A las doce en punto, llamaron al timbre de don Rodolfo Ordoñez; su secretario les instó a examinar el contrato de cesión.

Javier repasó cada línea y dio su conformidad.

—Todos los puntos están claros, procedamos.

El señor notario lo leyó en voz alta y el secretario les indicó dónde debían firmar.

Apático e indiferente, Sandemetrio puso su rúbrica en el margen derecho de cada página hasta llegar a la última.

—Hemos terminado, señores. Debo retirarme, que tengan un buen día —declaró el notario, que salió del despacho visiblemente satisfecho.

Leopoldo se quedó inmóvil. Su riqueza se había esfumado, ya no era dueño de nada.

—Y ahora ¿qué? —preguntó a Faustino.

—Ahora le acompañaremos al puesto militar, donde prestará declaración sobre su relación con Elvira García Torrente.

—Está bien, pero antes quiero que me guarde esto. Ha pertenecido a los varones de mi familia durante cuatro generaciones.

Leopoldo le entregó su anillo.

Conrado Buenaventura, vestido con el uniforme de rayadillo impecable y sin una arruga, símbolo de identidad de las tropas españolas en las colonias, informó al señor gobernador en persona de la confesión del presunto asesino del estero, y este firmó de inmediato la orden de busca y captura contra Sandemetrio.

Se enviaron patrullas por toda la ciudad. El médico estaba ausente de su domicilio y nadie sabía dar razón de su paradero. Cuando Faustino Barceló y Javier Pérez de Lara aparecieron con él en el puesto militar, Buenaventura dio un salto en la silla al reconocer al sospechoso.

—Buenos días, señor oficial. Acompañamos al doctor Sandemetrio, que, por propia voluntad está dispuesto a contestar a todas sus preguntas sobre la señorita Elvira García Torrente… —se limitó a comunicar Javier.

Mindana se levantó de la cama ayudada por sus hijos. En unos días podría empezar a dar paseos cortos por el patio. Así se lo aconsejó Francisco cuando cambió sus vendajes.

Faustino decidió gastar un poco del dinero del maletín y rescató el cuerpo de la madre de Leopoldito de la fosa común del cementerio de Paco. La joven tuvo un entierro digno y una lápida de mármol con su nombre.

El juicio rápido se celebró una semana más tarde. Maldo Seisdedos cumpliría cadena perpetua en una celda de la prisión de Guam, en las Islas Marianas, donde moriría meses después entre colitis y vomiteras.

Leopoldo Sandemetrio fue acusado de incitar y ordenar el asesinato. El juez Nemesio Cortes decretó firmemente alejarlo de Manila:

—La prisión sería poco castigo para usted… Este tribunal le condena a servir como galeote hasta su llegada a la isla de Molokai, en Hawái, donde asistirá en calidad de médico al padre Damián de Veuster, misionero católico y responsable de la colonia leprosa de la aldea de Kalawao. Todos en esta sala tenemos la esperanza de que aprenda a ser misericordioso y compasivo con el ser humano, una cualidad de la que usted carece y que necesita cultivar. A ello dedicará el resto de su vida.

El capitán de la galera debía entregar en mano al padre De Veuster una carta de su puño y letra en la que se relataban las inclinaciones antinaturales y los comportamientos malsanos que el médico tenía con las mujeres, en particular con las niñas en la adolescencia.

Después de docenas de pesquisas e indagaciones, no encontraron a ningún allegado en la península con el apellido Sandemetrio. Leopoldito sería dado en adopción.

El padre Faustino Barceló quemó el diario, los grabados de la caja y el libro escrito por el marqués de Sade. La verdad es que no estaba muy de acuerdo con reducir libros a cenizas, pero pensó que ese volumen en concreto sería más útil dando lumbre en el fogón de la cocina.

Tras su recuperación, Mindana decidió regresar a la aldea. Le haría mucho bien alejarse de Manila durante una temporada. Llevaría con ella libros nuevos y material escolar para los niños.

A sus más de sesenta años, Salvador Gredilla había decidido poner fin a su carrera profesional en la Soberana del Pacífico. La Compañía Española de Ultramar lo aceptó sin mayores objeciones; el médico nuevo que le sustituía a bordo resultaba ser muy competente y profesional. Seguía siendo médico, pero ya pensaría en su futuro. Por el momento se quedaría otra temporada con sus amigos en Manila.

Las obras de la capilla apostolina concluyeron los primeros días del mes de mayo, los padres Faustino y Santiago Mendoza convinieron en que ya era hora de partir a misiones con los inquietos Narciso y Pedro Peñascal.

19

La primera carta de Narciso Lledó llegó de manos de un padre apostolino.

—Me encontré con ellos en Kabayan —decía el hermano Valentín —. Están todos bien. El hermano periodista les ha escrito esta carta sabiendo que yo podría venir a entregársela en persona.

Recordados amigos:

Aprovecho la fortuna de habernos cruzado con el hermano Valentín, de regreso a la capital, para escribiros estas líneas.

Navegamos durante tres días en una cáscara de nuez que nada tenía que ver con nuestra distinguida y recordada La Soberana del Pacífico. Compartimos un camarote provisto de cuatro exiguas literas que más bien parecían parihuelas, tal era su estrechez. El hermano Peñascal y yo ocupábamos los catres superiores. Respecto al resto, prefiero eludir los detalles para no lastimar la sensibilidad de las damas con la descripción de los bichos peludos de larga cola y ojillos brillantes con los que nos cruzábamos por los pasillos.

Lo que se dice comer, hemos comido poco y mal. Sentarnos era complicado, porque el navío no estaba dotado ni de sillas ni de mesas. Imitando el buen ejemplo del padre Faustino, incontestable líder de este grupo, llevábamos en equilibrio nuestros platos de peltre llenos de gachas a la cubierta, donde aprendí a entrelazar las piernas en la posición del loto, apoyando la espalda alrededor del trinquete o del palo mayor, según los huecos disponibles. Éramos unas cuarenta personas buscando a la misma hora un lugar donde acomodarnos.

Admito que el hábito de monje está resultando ser de una comodidad

sorprendente en este viaje. Uno se lo pasa por la cabeza, lo ciñe a la cintura, se calza las sandalias y ¡ya está listo y arreglado para todo el día! No obviaré decir que por la noche dormíamos con lo puesto, pero sin el cinto y las sandalias, con la excepción del hermano Peñascal, que descansaba a pierna suelta roncando como un bulldog inglés y amaneciendo invariablemente en calzones.

El resto de la jornada, dábamos buenos paseos conversando por los casi sesenta metros de eslora que medía nuestra nave, todos juntos de proa a popa, en cuadrilla de arriba abajo y vuelta a empezar. Escuchábamos los prácticos y sabios consejos del padre Faustino y los chistes malos del padre Santiago. Uno de los simpáticos marineros, de origen salmantino, muy observador, al vernos transitar durante horas, nos cantaba en tono de guasa una estrofa en la que aparecían cuatro carboneritos. Por curiosidad, le pregunté el origen de esa cantinela y él, muy campechano, me explicó que eran cosas suyas y que, como precisamente éramos cuatro vistiendo el hábito negro del mismo color que los mineros cuando salían de trabajar llenos de hollín, le recordábamos a la letrilla de una copla de su tierra.

Salamanca, la blanca,
Salamanca, la blanca,
¿quién te mantiene?
Cuatro carboneritos,
cuatro carboneritos
que van y vienen…

Arribamos por fin a San Fernando. Pese a poner pie a tierra un tanto mareado, tomamos enseguida las monturas. Dicen que, en su mayoría, los burros tienen un carácter tranquilo y complaciente. Pues a mí me tocó Lorenzo, el más tonto de todos. Sabed que montar en un burro como el mío es mucho más difícil de lo que podáis imaginar. A este borrico le gusta vivir su vida, ser libre de olisquear las flores silvestres y de pararse donde le da la gana. Ningún «¡arre!» funciona con él. Es un majadero. Dice el padre Faustino en su prédica que hay que querer a todos los animales porque son inocentes, pero no quiere cambiármelo por el suyo, que es especialmente manso y pacífico. Extraña contradicción.

Desde el desembarco, tengo siempre cerca a Pedro Peñascal. Faustino le ha nombrado mi guardaespaldas oficial y no puedo dar un solo paso sin tenerlo detrás de mí como a una sombra. El antiguo soldado se ha tomado su tarea muy en serio.

Así pues, los cuatro carboneritos, como bautizaron a nuestro grupo, nos dirigimos con los borricos hacia Bagulin, un pueblo al borde del río al que la madre naturaleza ha bendecido con un paisaje hermosísimo, dotado de unas cascadas de agua clara impresionantes.

Tengo que reconocer que no nos habíamos bañado de cuerpo entero desde hacía cinco días; solo nos habíamos pasado un pedazo de tela basta empapada en agua de mar por las zonas fundamentales de nuestra anatomía. Así que, deseoso de sentirme limpio y fresco, dejé el hábito en la orilla del magnífico río y me zambullí en él por completo con una pastilla de jabón, ante la mirada atenta de mi protector. Mientras yo nadaba como un pato feliz, él se las arreglaba para capturar dos grandes peces para la cena, únicamente con sus rápidas y recias manos. ¡Este Pedro Peñascal es todo un personaje! Pero eso ya lo sabéis.

La bondad de las personas que hemos encontrado en nuestro camino es asombrosa. No tienen nada, pero te ofrecen lo poco que poseen. Tendríais que ver el recibimiento que nos han brindado a nuestra llegada. Los chiquillos preguntaban continuamente por Montserrat, a la que recuerdan con cariño y no es nada más ni nada menos que la burra del padre Faustino, que ahora ya está mayor y vive plácidamente en el convento.

Tras pasar cuatro días en la zona de Bagulin ayudando en lo que ha sido menester, hemos revisado los cultivos en los campos, plantado nuevas semillas y reparado sus cabañas de palma. El padre Santiago Mendoza les ha dejado algunas herramientas y hemos seguido nuestro camino.

La segunda parada, después de aguantar nuevamente los caprichos y rebuznos de Lorenzo durante horas, ha sido en el pueblo de Kabayan, donde acabamos de llegar. Aquí nos hemos topado con el amable hermano Valentín, que ahora me mira insistente, animándome a terminar estas letras porque está ansioso por seguir su camino hacia Manila.

No he querido desaprovechar su gentileza y le he entregado otra carta para mi familia y una crónica para mi periódico, que él mismo, con el fin de ahorraros la molestia, llevará a la oficina de Correos.

Volveré a escribiros apenas me sea posible.

Espero que Miguel se encuentre bien, haciéndose mayor y disfrutando de vuestras tiernas atenciones.

No os olvido. Recibid un fuerte abrazo de este periodista errante.

Vuestro amigo,

NARCISO LLEDÓ Y CARDONA

Los cuatro carboneritos retomaban su camino por los pueblos de la cordillera despidiéndose de los indígenas de Kabayan. Todos arrimaron el hombro donde se les necesitó: apuntalaron las chozas más antiguas, araron y sembraron nuevas simientes en los campos.

—Hace tiempo que escucho rumores sobre unos cuerpos momificados ocultos en grutas de esta zona. Tienen cientos de años y solo unos pocos conocen su ubicación, que se revela en secreto de padres a hijos —les relató Faustino, a la salida del pueblo, montado en su burro—. Los ibaloi, la tribu de la región, tienen ritos funerarios antiquísimos. Se dice que esos cuerpos están en un estado de conservación muy singular.

Narciso, muy interesado, dio un par de talonazos ligeros al tozudo de Lorenzo para ponerse a su altura.

—¿Y no podemos ir a visitar las grutas aprovechando que estamos aquí? Padre Faustino, ¡te imaginas el privilegio que significaría tener ante mis ojos unas momias indígenas! Podría escribir sobre ellas…

—Descarta esa idea, Narciso. Seguramente estarán bien escondidas, entiendo que es la única forma de protegerlas —contestó negando con la cabeza.

—Pues resulta que yo sé dónde hay algunas —reveló Mendoza señalando hacia lo alto—. Me las encontré hace tiempo. Viajaba por la región cuando me topé con ellas de chiripa, mientras buscaba un lugar donde guarecerme de la tormenta.

—¿Podríamos ir a verlas, por favor? Sería una magnífica crónica para mi periódico —insistió Narciso, que miraba implorante a Santiago Mendoza.

Este levantó las manos en signo de rendición.

—¡Lo que disponga Faustino, él es el que manda! En realidad, no nos desviaríamos mucho de nuestra senda porque, igualmente, tenemos que seguir ascendiendo.

Faustino estuvo de acuerdo.

—A mí me parece bien, Santi, todo sea por darle gusto a nuestro periodista camuflado. Venga, ponte a la cabeza, hoy serás nuestro guía —aprobó su amigo de buen humor.

—Pero tengo una condición, jovenzuelo —subrayó Mendoza—. Si te muestro las momias, no puedes desvelar su ubicación en tus escritos. Debemos evitar que esto se llene de curiosos. No se trata de simples personas momificadas; recordemos que son los ancestros de los ibaloi y que forman parte de su identidad. No hay que tomárselo a broma.

—Lo prometo —afirmó llevándose la mano al corazón.

—Vale, seguidme.

Durante muchos kilómetros fueron montaña arriba por un terreno accidentado, entre una vegetación frondosa y exuberante. Pronto se vieron obligados a apartar el ramaje que les impedía avanzar. Santiago propuso apearse y atar los burros al borde de un riachuelo. Ya estaban cerca, pero el follaje se hacía más denso. Peñascal sacó un machete de debajo de su túnica y se dispuso a abrir camino entre la maleza.

—¡Pedro, otra vez no! ¡Tienes una obsesión con las armas bastante preocupante! Te expliqué claramente, antes de partir de Manila, ¡que los re-li-gio-sos no va-mos ar-ma-dos! ¿De dónde lo has sacado? —se lamentó Faustino.

—¡Ah, nooo! —dijo alzando las manos con cara de inocente—. Yo no he traído ningún arma, padre —replicó—. Esto es un obsequio imprevisto, me lo ha regalado esta misma mañana el jefe de los ibaloi. ¿Cómo iba a despreciárselo?

—Pedro tiene razón. Los ob-se-quios no se des-pre-cian —dijo Narciso tomando la defensa de su guardaespaldas particular, que le dedicaba una mirada cómplice—. Además, ya veis que este machete nos está siendo muy útil.

—No quiero saber nada más —claudicó Faustino, bufando—. Sois imposibles.

Una suave llovizna empapaba la tierra y embarraba sus pasos. Atravesaron la ladera escarpada y la sonrisa de Santiago Mendoza, guiando al grupo, prometía algo extraordinario. Ya casi habían llegado.

—¿Veis esa roca en forma de diamante partido? Las momias están a sus pies, dentro de una cavidad de piedra natural. ¡Justo detrás de esos arbustos! ¡Allí es! —exclamó apuntando con la cabeza.

Peñascal retomó los machetazos, dejando pasar la recién estrenada luz del crepúsculo hasta la entrada de la hendidura donde se encontraba la pequeña necrópolis tribal.

Las pupilas se adaptaron enseguida a la tenue claridad del interior de la gruta.

—¿Notáis en el ambiente que estamos pisando un territorio sagrado? —musitó el padre Santiago, observando las caras de emoción.

El tiempo se había detenido.

Colocados en paralelo, cinco primitivos féretros reposaban sobre el suelo de piedra. Tenían dimensiones distintas que dejaban adivinar el tamaño de sus inquilinos. De forma oval, semejantes a cáscaras de nuez, habían sido esculpidos en troncos a golpe de vetustas

gubias. Narciso no pudo resistirse a acariciar con su mano el más pequeño, sintiendo la rugosidad de cada surco perceptible en la madera.

—Habrá que abrirlos si queremos ver las momias —susurró el antiguo militar, dispuesto a actuar—. Puedo hacer palanca con el machete y…

—No me seas bruto, hermano Pedro. Las cajas no están selladas. Yo ya examiné su interior en aquella ocasión. Las dos partes encajan perfectamente, solo hay que levantar la pieza superior.

Destaparon la primera.

Descubrieron a una mujer. Se percibía en sus rasgos y en sus formas. Tenía la piel seca y tirante de color ceroso, similar a un finísimo cartón barnizado. Conservaba un poco de pelo, largo y lacio igual que la paja. Lo más asombroso es que aparecía con el vientre abierto, mostrando el hueco de su interior, como si de su útero hubieran sacado a un recién nacido. Daba que pensar, puede que el niño viniese de nalgas y esa fuera la única forma de salvarle la vida, sacrificando a la madre. O tal vez ya estaba muerta cuando lo hicieron. Solo ella conocía el secreto.

Abrieron la segunda caja.

Apareció un pequeño de unos dos años. Al igual que la mujer, estaba recogido sobre sí mismo en posición fetal. Con la boca abierta, mostraba todos los dientes de leche en un esbozo de sonrisa infantil. En su carita, las cuencas de los ojos estaban vacías y parecían mirarlos desde el más allá con curiosidad.

El resto de las cajas guardaban tres hombres, con la misma piel y en la misma posición, solo que uno conservaba algún diente y otro, un mechón de pelo.

—¡Por las barbas del gran Espartero y que me aspen vivo! ¡Los tres tienen todo el cuerpo tatuado! —observó Pedro con admiración

—. Me apuesto lo que queráis a que estos buenos mozos eran guerreros…

—Parecen obras de arte —murmuró Narciso, que temía despertarlos de su profundo letargo.

—Bueno, hermanos, ya sé que esto es muy interesante… Siento interrumpir, pero ahora habrá que ir pensando en marcharse. Cerradlas bien y dejadlas como estaban, porque, aunque esta forma de enterrar y conservar a los muertos pueda parecernos asombrosa, es su cultura y debemos respetarla. ¡Me parece que ya han tenido bastante visita por hoy! —dijo Faustino—. Bajemos a buscar las monturas antes de que esos nubarrones que nos acechan por el sur nos sorprendan por el camino y enfanguen las pezuñas de nuestros borricos. Los vivos nos esperan.

—Siempre podemos pasar la noche aquí, con las momias. Te aseguro que no nos molestarán —chanceó Mendoza.

—¡Cuidado, Santi, me parece que te estás contagiando de las sandeces de estos dos jóvenes tarambanas! Pronto solo voy a quedar yo con la cabeza en su sitio —bromeó dándole un par de palmadas en la espalda.

Horas después, descansando al abrigo de unos frondosos árboles, Narciso encendió su lamparilla de aceite y redactó de principio a fin la crónica de las momias de Kabayan. No quería olvidar ni un solo detalle. Como era su costumbre, buscando inspiración, hacía rodar la Wirt entre sus dedos. Lorenzo le dedicó un rebuzno; le había cogido cariño a pesar de su carácter caprichoso. Cerró el cuaderno y se durmió pensando en los suyos.

A pocos metros, se mantenía una conversación no exenta de interés a oídos de Pedro Peñascal, que seguía espabilado a causa de su antigua costumbre de velar por la seguridad de sus compañeros.

—Faustino, amigo, los dos sabemos que tú te metiste a religioso

para llevarle la contraria a tu padre —afirmó Mendoza hablando bajito.

—Igual que tú, viejo compañero. Lo que pasa es que, después, le cogimos afición a las misiones y a sus buenas gentes. Ya te conté que mi padre me aleccionaba a fin de que me hiciera cargo del negocio familiar. Yo era el *hereu* y su único hijo varón. Solo me faltaba buscarme una novia refinada, desposarme y darle muchos nietos para vivir la vida que él había planeado para mí. Estaba predestinado a una existencia tediosa. Aquello no era lo que yo deseaba. Tras una fuerte discusión, tomé la decisión y me marché para nunca volver.

—A ti, por lo menos, tu madre y tus hermanas te apoyaron. Yo me quedé totalmente solo porque me negué a casarme con una prima viuda y acaudalada. Todo para conseguir una herencia que mi padre codiciaba.

—Es triste, Santi, pero sabes que hay mucha gente que te quiere tal y como eres.

—Lo sé, lo sé. Queda comprobado que tu propia familia puede llegar a ser tu peor enemigo. Desgraciadamente la parentela no se elige. Por sorprendente que parezca, a algunas familias como la mía les complace si caes y no te vuelves a levantar. Nunca te tenderán la mano para ayudarte; incluso te pondrán el pie sobre la cerviz para evitar que triunfes. Esas envidias existen, ¡si lo sabré yo!

—La maldad envenena a las personas, compañero, y debemos sentir lástima por ellos.

—¡Por eso me alegro de ser hijo único! —apostilló Pedro, que se dio la vuelta en su manta—. ¿Pensáis quedaros mucho rato hablando sobre vuestros años mozos? Mañana tenemos un largo día de viaje por delante y necesito dormir para recuperar energías…

20

8 de mayo de 1888

Esa noche, Lolay visitó a Dalisay en sueños. No era como las otras veces. En su imagen, aparecía preocupada. Su pelo, de costumbre blanco y brillante, se mostraba gris y apagado; las arrugas de su rostro, más profundas y marcadas; su sonrisa perlada había desaparecido, convertida en un gesto de honda preocupación.

Se sentó a un lado de la cama y le contó lo que iba a suceder en la aldea.

—Tiene que venir, es la única forma de salvar a nuestro pueblo.

—Pero tatara, él no cree en esas cosas…

—Francisco posee el alma de un sabio y poderoso *babaylán*. Vendrá porque su cometido es sanar. Está predestinado. Vendrá.

Apanaya se despertó al escuchar a la chiquilla hablando en voz alta en mitad de la noche. La encontró bañada en sudor.

—Dali, Dali, despierta, ¿estás enferma? ¿Te duele algo? Cuéntame qué te pasa.

—¡*Ate*! Tienes que ayudarnos —sollozó.

Fueron juntas. Francisco las recibió en el consultorio. Era muy temprano y Dalisay parecía haber llorado.

—Tenemos que contarte algo muy importante. Sabemos que va a ser complicado de entender porque no crees en los difuntos que se aparecen —dijo Apanaya tomando la palabra.

—Efectivamente, pero podéis explicarme lo que os ocurre.

Sentaos.

—La tatara ha hablado con Dalisay esta noche y te pide que vayas a su pueblo. Muchos van a caer enfermos sin remedio y te necesitan.

—¿Y de qué se supone que van a enfermar? No entiendo nada.

—De lo mismo que padeció su tribu hace treinta y siete años. La mitad perecieron. Mindana era un bebé cuando esto sucedió. Ella y Lolay evitaron el contagio, pero el resto de la familia murió en pocos días.

—¿Os dais cuenta de que me estáis pidiendo que vaya a un pueblo a cientos de kilómetros de aquí porque una difunta ha hablado en sueños? Ya sabéis lo que opino sobre eso.

—Así se comunican las almas extraordinarias como la de Lolay. Sé que es difícil de creer, por eso Dali ha enviado a Pi a la aldea con una carta preguntando a su madre si es cierto.

—¿Y cuándo va a volver?

—Seguramente esta noche. Nosotras hemos preferido venir para contártelo todo.

—Bien, pues, esperemos al pigarguillo y no habléis de esto con nadie, por favor.

Salvador Gredilla bajó las escaleras decidido a dar su acostumbrado paseo matutino hasta el cementerio de Paco. El trayecto solía tomarle una hora y le ayudaba a estirar las piernas. Antes de salir, vio la luz en el consultorio de Francisco y entró.

—Salvador, me vienes de perlas. No sabes lo que ha pasado esta mañana. ¿Recuerdas a la tatara Lolay, de quien a menudo se cuentan historias?

—Sí, Tagu y Faustino me han contado unas cuantas.

Francisco le resumió la conversación.

—Pues yo he empezado a creer en las almas errantes, ¿por qué

no?

—Es que el alma de la tatara difunta no es errante, sabe perfectamente adónde va. Esta vez se ha aparecido con un mensaje para mí, y eso que no me conoce de nada. Extraño, ¿no?

—Entonces habrá que esperar a que Pi vuelva con noticias.

El sol se encontraba en su cenit cuando Pi llegó al pueblo de la cordillera y se posó con la carta sobre el regazo de Mindana.

Mi querida *ina*:

La tatara Lolay me ha advertido de una enfermedad que va a extenderse por nuestro pueblo. Insiste en que es la misma que sufristeis siendo tú una niña.

Por favor, dinos qué está pasando y si sabéis ponerle remedio.

Te queremos mucho,

DALI

La contestación llegó al amanecer.

Mi pequeña *batang babae*:

Cuando Pi se ha presentado, hacía pocas horas que la mitad de los niños de la aldea habían caído enfermos. Los más ancianos no han tardado en padecer los mismos síntomas. El viejo *babaylán* ha sido de los primeros en sufrirlos: diarrea con sangre, dolor en las tripas y continuas vomiteras. Todos tienen fiebre alta.

Los sanos no sabemos qué hacer. Por el momento, hemos cerrado la escuela. Temo lo peor.

No se os ocurra venir hasta que acabe el contagio, os avisaré cuando todo pase. Estoy tranquila sabiendo que estáis seguros en Manila.

VUESTRA *INA* QUE OS QUIERE TANTO

Tagu pensó que lo mejor sería partir cuanto antes. Apanaya lo

tranquilizó.

—Espera, lo primero será ir a ver a Francisco y enseñarle la carta de tu madre.

—Voy con vosotros —insistió Dalisay.

—No, hermanita, tú no debes faltar al colegio.

—Yo la acompañaré y me reuniré con vosotros después en la calle Palacio —se ofreció Pachu.

Francisco leyó la respuesta y se la mostró a Gredilla. Los médicos les pidieron que esperasen pacientemente en la biblioteca mientras discutían la cuestión en privado.

—¿Has visto? —comentó Salvador, pensativo. Se llevaba la mano a la barbilla—. Al final, el alma ambulante de esa señora tenía razón.

—Se llama Lolay y tendré que empezar a tomármela en serio…

—Opino que tiene toda la pinta de tratarse de descomposiciones severas. Esto no se cura con tu agua de arroz, Francisco, y el hecho de que la sangre aparezca en las heces no me gusta nada.

—Hace poco leí en un boletín médico sobre síntomas parecidos. Creo que lo he conservado. Voy a buscarlo, lo tengo en el arcón de la biblioteca.

Cuando Francisco entró, los tres se levantaron expectantes, pero él únicamente buscaba la publicación, que encontró fácilmente. Les pidió más paciencia con un gesto de la mano y salió. Volvieron a sentarse resignados.

Se describía un caso similar. Firmaba el artículo Theodor Escherich, un pediatra y bacteriólogo austroalemán.

—Nuestro colega la ha llamado *Bacterium coli commune*. Sus estudios son bastante recientes, datan de hace tan solo un par de años —resumía Francisco mientras iba leyendo—. Este especialista observó los microbios del intestino infantil analizando las deposiciones e intentó comprender para qué servían. —Francisco

pasó la página—. Mira, nuestro colega Theodor llegó a la conclusión de que era a causa de un tipo de bacteria inofensiva que vive habitualmente en nuestra microbiota, pero parece que hay más tipos nocivos de ese mismo bacilo que atacan los intestinos y provocan diarreas hemorrágicas. Los adultos pueden contraerlo con facilidad; sin embargo, los más débiles son los ancianos. El problema se complica si los vómitos y la descomposición no ceden, porque entonces el sistema inmune se debilita y el cuerpo se queda sin defensas, causando la muerte.

—Estoy de acuerdo con Theodor —meditó Gredilla—. La propagación es después muy rápida. Si no se corta de raíz, puede llegar a enfermar toda una comunidad y causar estragos en una provincia entera. Lo hemos visto antes con otras enfermedades. Es de locos.

—Por eso tenemos que ayudarlos. El caso es que me viene a la cabeza algo referente a una lección que recibí en la universidad con el catedrático de hierbas y simples…

—¿Una planta, tal vez? —dudó Gredilla.

—Creo que era sobre un arbusto, de los que crecen a ras del suelo… ¡Ya me acuerdo! Su fruto era rojo. Voy a buscar mi manual de botánica, que se encuentra en el mismo arcón.

Por segunda vez, sus visitantes esperaban una respuesta y, antes de que hicieran ademán de levantarse, Francisco les rogó con la mano que permanecieran sentados.

Volvió con lo que estaba buscando y lo fue hojeando página por página.

—¡Este es! —señaló Francisco apuntando al dibujo.

Los dos médicos regresaron juntos a la biblioteca y les explicaron su hipótesis.

—¿Qué aspecto tiene? —se interesó Pachu, alargando el cuello

hacia la ilustración.

Francisco se lo mostró.

—¡Yo las conozco, juraría que esas son las mismas bayas que le gustan a la burra Montserrat! —exclamó Pachu—. Hay muchas en el huerto de San Apóstol.

—¡Sí, son esas! Se las come cuando anda delicada del estómago —añadió Tagu.

—¡Llevadnos a ese huerto! Tenemos que estar seguros.

Fueron al convento y les señalaron lo que buscaban.

—Es este el arbusto del dibujo, ¿verdad, Francisco?

—¡Este es! —observó el médico, que tomó unas cuantas bayas en sus manos—. En el hospital, las monjas preparaban infusiones con este pequeño fruto. ¡Tiene potentes propiedades antibacterianas y es un excelente antidiarreico! Su nombre es gayuba.

—El padre Faustino la llama uva de oso. Una vez la probé y sabía a rayos, no sé cómo a la burra le puede gustar tanto —afirmó Pachu.

—¿Podría ser la cura para nuestra aldea? —preguntó Tagu, esperanzado.

—¡Creemos que podría ser parte de la solución! —Francisco reflexionó un momento—. Por lo pronto, debéis escribir a Mindana. Decidle que iré para atajar el contagio y que, mientras tanto, deberán tomar precauciones importantes. En ningún caso podrán beber agua sin hervir ni comer ningún alimento si no ha sido previamente bien cocinado. Será necesario lavarse las manos a menudo y, en lo posible, evitar el contacto directo con los enfermos.

Francisco arrullaba a su hijo mientras les explicaba la situación.

—Debo marcharme para ayudarlos.

—Pero ¿tienes que irte hoy?

—Lo antes posible, Carmen. Si queremos controlar el foco de la

infección, no podemos esperar. Serán unas cuantas semanas, vida mía, me necesitan. Esa gente no tiene los medios de curación necesarios a su alcance.

Ella temía por su esposo.

—Hija —intercedió José María—, Francisco estará bien acompañado. Tagu y Pachucho irán con él.

Carmen comenzó a llorar. Milagros la consolaba.

—Vida mía, no solo se trata de llevarles la gayuba. Comprende que estos jóvenes no son médicos —decía Francisco sentándose junto a su esposa—. Aparte de la propia enfermedad, habrá que tratar otras patologías graves, y los chicos carecen de los conocimientos necesarios. Tengo que acompañarlos. Esta mañana, hemos pedido con carácter urgente el permiso para que Salvador tome mi lugar en el consultorio durante mi ausencia.

—Ya veo que lo tenéis todo organizado… —dijo Carmen sollozando —. Yo sabía que, al casarme con un médico como tú, esto podía ocurrir, porque los enfermos son lo primero. Pero ¿marcharte así, de repente?

—Nosotros estaremos contigo —la tranquilizó Javier—. No nos vamos a separar de ti, hermanita.

—Todos estaréis conmigo menos mi esposo…

Con la ayuda de Maya, Milagros aprovechó varias sábanas para coser el encargo de Francisco, mientras que, en San Apóstol, preparaban las matas de gayuba en sacos de arpillera, a modo de macetas, con la intención de replantarlas en la aldea. Francisco completó la compra en la botica de Zobel con los fármacos necesarios.

Lo tenían todo listo, podían partir.

Carmen, más tranquila, besó tiernamente a su marido.

—Siento haberme enfadado. ¿Me prometes que tendrás cuidado,

mi Galeno?

—Claro que sí, y no dejaré de pensar en ti y en nuestro pequeño Miguel. Me voy tranquilo sabiendo que, si sucede algo, Salvador cuidará de vosotros, es un médico magnífico.

Javier y José María revisaron de nuevo el recorrido con el mapa abierto sobre la mesa.

—*A priori*, la ruta más corta y rápida es la misma que Faustino ha seguido en su último viaje. Tomando el barco que sale dentro de unas horas, llegaréis a San Fernando, donde podréis alquilar los caballos. Tagu os servirá de guía, ha recorrido muchas veces el camino —aconsejó José María, señalando con su pluma el resto del trayecto.

Tagu y Pachu llegaron mientras estaban cargando todo el equipaje para dirigirse al puerto. Cañamón los acompañaba.

—¡Acabo de enterarme, yo os llevaré con el Pequeño Fortuna! Mi tripulación está lista para zarpar. Mi goleta es más rápida que los barcos de transporte de pasajeros y puedo acercaros en menos tiempo hasta Santa Cruz de Ilocos, pasado San Fernando. Desde ese punto, os quedará menos distancia a caballo a través de la cordillera para alcanzar el poblado.

—Me parece una excelente idea, ¡así llegaremos más pronto! —se felicitó Francisco.

—¡Es mi manera de colaborar en esta valiente empresa! Y, en cuanto desembarquéis, pondré rumbo a Taiwán. Allí me proveeré de nuevas mercancías, llenaremos las bodegas y volveremos a Manila con una buena carga.

—Nos ahorrarás muchas horas de viaje —admitió Tagu, agradecido y mirándolo con orgullo.

Dalisay apareció vestida como un muchacho de los pies a la cabeza. Apanaya la acompañaba.

—¡Yo me voy con vosotros!

—¿¡Qué dices!? Sabes que no puedes faltar al colegio —intervino su hermano.

—¿Y tú sí que puedes faltar a la universidad?

—Mi pequeña *kapatid,* yo solo deseo protegerte, no quiero que te ocurra nada malo —dijo con cariño—. Y ¿qué haces vestida con mi ropa?

—¡Ha sido imposible hacerle cambiar de idea! Yo opino lo mismo, pero dice que quiere ver a vuestra madre —reconoció Apanaya—. Mami Tari ha pensado que lo mejor es que vaya vestida como vosotros y hemos tomado ropa prestada de tu armario —añadió señalando una mochila.

—Quiero ver a nuestra *ina* —contestó Dali, imperturbable.

Tagu bufó negando con la cabeza.

—Lo dejo en manos de Francisco, ¡que él decida! Si está de acuerdo, podrás venir.

—A mí no me parece mala idea —afirmó el médico—. Dalisay es responsable y puede sernos muy útil. Otro par de manos no nos vendría nada mal.

—¿Y si cae enferma? —preguntó Pachu.

—Mientras sigáis mis indicaciones al pie de la letra, eso no debería ocurrir —respondió Francisco—. Pero si alguien de nosotros llegara a contagiarse, lo atajaríamos enseguida. Llevamos todo lo necesario.

Pachucho cogió la mochila de Dali y la dejó con el resto del equipo.

—Apanaya, por favor, ¿irás a hablar con la directora del Santa Regina para explicarle lo que ocurre? Espero que comprendan la ausencia de Dalisay… —dijo Tagu cediendo a los deseos de su hermana.

—Y yo avisaré en San Teodoro de que no podrás asistir a tus

clases de Derecho durante algunas semanas —le tranquilizó José María—. Podéis marchar tranquilos.

Subieron a bordo del Pequeño Fortuna, la bonita y ligera goleta de dos palos. Zarparon hacia el norte con el viento a favor. Cañamón les presentó a la tripulación, compuesta por cuatro marineros, entre los que estaba Abacán, recuperado de sus delicadas molestias y que se movía ligero como una pluma, a pesar de sus ciento treinta kilos. También había un grumete, un cocinero y el capitán Matute Aguaviva, un viejo zorro argentino muy experimentado y conocedor de cada gota de agua de los siete mares. Aguaviva era aficionado a discurrir historias fantásticas y los saludó a todos con un clamoroso beso en la mejilla, en tanto sostenía firmemente el timón.

—¡A mi edad, he visto de todo, che! Nereidas, tritones y bastantes monstruos marinos. Siendo joven, Cupido me flechó y sucumbí a su travesura quedando preso por el amor de una bellísima sirena del mar de China, pero lo nuestro no pudo ser. Su padre, el rey Tritón, nunca aceptó que su hija se prendase de un marino sin fortuna y, claro, tuvimos que separarnos. Después de todo, sopesando los pros y los contras, quiero pensar que fue lo mejor; además, era imposible bailar el tango con ella, mi gran pasión…

—¿Cómo son las sirenas, capitán Matute?

—¿Nunca has visto ninguna, muchachita?

Dali negó con la cabeza, observando hipnotizada el liso mar, que se asemejaba a un espejo.

—Te lo explicaré —dijo dándose importancia. Se mesaba las barbas y ajustaba la visera de su gorra—. Las sirenas son ninfas de agua salada, con unos rostros preciosos y cautivadores. Sus cabellos son larguísimos y con ellos suelen atrapar caracolillos o caballitos de mar, que degustan como aperitivo. Tienen pequeños senos femeninos y viven en las profundidades del océano, y en lugar de

piernas poseen la potente cola de un pez. Nadan tan rápido como los delfines y cantan como los mismísimos ángeles del cielo…, pero en general son bastante chamulleras, dicho sea de paso.

—¿«Chamulleras»?

—¡Muy persuasivas! En particular mi novia Calypsia, la sirena de la que te hablo. Quería convencerme de que tomase una pócima especial preparada por su tía materna, Ursuleida, para que me creciesen branquias en el pecho y así conseguir respirar bajo el agua. Fue entonces cuando apareció el boludo de su padre, amenazándome con el tridente real tallado en coral de acropora y bañado en verdina, nos reprendió a ambos con severidad y se la llevó lejos. No volví a verla… —Se entristeció exhalando un suspiro —. Después supe que muchos hombres crédulos fueron cautivados por su mágico canto y hoy descansan en acuosas tumbas bajo el mar. ¡Son amores imposibles!

Matute siguió tomando su mate. Canturreaba bajito mientras capitaneaba la pequeña nave que surcaba el mar en calma.

Dali permaneció durante horas apoyada en la borda y con la vista fija en el agua, por si había suerte y divisaba alguna sirena.

—Ya has conocido a nuestro capitán. Es un buen hombre, pero no creas ni una palabra de lo que te diga —le cuchicheó Pachu al oído —. Calypsia no existe más que en su imaginación; muchas noches sueña con ella en voz alta y escuchamos que la llama. Es un hombre de mar fantasioso y muy supersticioso…

Francisco aprovechaba para dar las instrucciones precisas que los jóvenes deberían seguir al llegar a la aldea. Dali tomaba notas en su cuaderno de estudiante.

—Estableceremos turnos. Tendréis la misión de preparar las tisanas y mantener el fuego encendido y el agua hirviendo de día y de noche. También cocinaremos los alimentos necesarios para los

enfermos. Recordad que la piel de la fruta debe ser lavada escrupulosamente con una mezcla de antiséptico rebajado en agua. En las tinas bullendo, meteremos cada día las ropas de los contagiados, así eliminaremos las bacterias. Al llegar, recordad la distancia que hay que guardar entre personas, de un mínimo de metro y medio. Evitad tocaros la cara y lavaos las manos a cada rato con jabón, añadiendo un poco de hipoclorito cálcico.

Después les mostró lo que habían cosido entre Maya y la tía Mili.

—Durante los brotes de cólera que sufrimos en España, aprendimos que lo más prudente era llevar continuamente una tela cubriendo la nariz y la boca. Tenemos suficientes mascarillas como para un regimiento. Os colocaréis dos, una sobre otra. Cada noche, las pondréis a hervir y las dejaréis secar al aire libre. A partir del momento en que entremos en el pueblo, nos encontraremos en estado de alarma sanitaria. No conocemos el número de afectados. ¡No os olvidéis de que compartimos un mismo objetivo!

—Trabajaremos en equipo —afirmó Tagubanua.

—Bien, lo habéis entendido.

Mindana era consciente de que las cosas iban de mal en peor.

Llevó a su choza a los niños que quedaban sanos. Durante el día, los mantenía entretenidos con clases y juegos; por la noche, repartía por la cabaña las esterillas de junco donde dormían tranquilos. El espacio era grande y quedaba en las lindes de la comunidad, el mejor lugar para protegerlos de los contagios. Todos comprendieron que debían hervir el agua, cocer los alimentos y lavarse las manos con frecuencia. Sabían que el *babaylán* español venía de camino.

Los primeros en caer enfermos no se curaban, rehusaban beber y comer. La mitad de ellos no tenía fuerzas para levantarse y pasaban el día suspendidos en sus hamacas como las crisálidas que cuelgan

en sus cápsulas antes de la metamorfosis.

La tatara se le apareció en sueños. Lolay se veía escuálida y evanescente, casi transparente. El deterioro en su aura y en su ánimo eran evidentes.

—¿Qué te ocurre, tatara? Siento que te pierdo, te estás apagando.

—Nuestro pueblo se muere y mi alma con él. Mi espíritu no estará en paz hasta que llegue el *babaylán* de cabello bermejo y haga su magia.

De la infancia, Mindana tenía pocos y vagos recuerdos. Los rostros de sus padres habían desaparecido de su memoria. Era muy niña cuando se produjo el primer contagio y solo quedó Lolay para cuidarla. Su único consuelo era pensar que sus hijos estaban en Manila, lejos y a salvo.

Con el alba, el Pequeño Fortuna arribó a la costa de Santa Cruz de Ilocos. Abacán los llevó en un bote hasta la playa remando ligero. En el pueblo, Cañamón negoció el alquiler de las monturas, eligiendo las más robustas. Un guía se le acercó y se ofreció a acompañarlos.

—Dice que andaréis más seguros con él. Va armado y conoce cada palmo de la cordillera. Cuenta que los caminos se han vuelto últimamente peligrosos.

—Peligrosos ¿por qué? —quiso saber Francisco.

—Hay tribus antropófagas diseminadas fuera de los poblados.

—¿Me estás diciendo que hay caníbales?

—Eso parece. El guía se llama Ibabao e incluso habla bien el castellano. Creo que sería sensato contratarlo para evitar riesgos.

—Tienes razón, viajaremos más seguros con él. —Francisco lo aceptó de buen grado pensando en la protección de los jóvenes.

Organizaron las provisiones, dispusieron el material médico en las alforjas, cargaron los sacos con las gayubas y subieron a las sillas de

montar para comenzar el trayecto.

—Amigos, calculo que regresaremos con el Pequeño Fortuna a este mismo punto dentro de cinco semanas, si tenemos buena mar. He pensado esperar anclado frente a la playa durante dos días. Si conseguís llegar para entonces, yo mismo os llevaré de vuelta a casa.

—Muchas gracias, debería ser tiempo suficiente para cumplir con nuestro cometido —admitió el médico, dándole un apretón de manos —. En todo caso, lo intentaremos.

Pi fue enviado de vuelta a Intramuros con la primera misiva.

Santa Cruz de Ilocos, 14 de mayo de 1888

Queridos todos:

Después de una travesía sin contratiempos, hemos desembarcado en Santa Cruz de Ilocos. Ahora nos dirigiremos hacia el poblado de Lolay. Vamos con un guía conocedor de la zona. Os enviaremos más noticias a nuestra llegada, en unos cuatro días.

Espero que Carmen esté tranquila.

Decidle lo mucho que la quiero,

FRANCISCO

Cabalgaron a buen ritmo con Ibabao a la cabeza. Al anochecer, el guía prefirió detenerse en un claro.

—Quedan todavía tres días de camino por delante y los caballos necesitan descansar. Yo haré la guardia —dijo sacando dos carabinas —. Comed algo e intentad dormir. Tenemos luna llena y es mejor evitar hacer fuego, no queremos llamar la atención.

—¿Temes que nos ataquen? —preguntó Pachu, desconfiado. No dejaba de mirar a su alrededor—. Si quieres, puedo hacer guardia contigo. Sé disparar y tengo buena puntería.

—No te preocupes, muchacho, soy insomne por naturaleza. Conozco los sonidos de la oscuridad y presiento las amenazas. Prefiero que descanséis, mañana tenemos una larga jornada por delante.

—Explícanos por qué corremos peligro, no había escuchado antes sobre esos ataques —se extrañó Tagubanua—. Mi padrino es misionero y he perdido la cuenta de las veces que hemos recorrido los caminos sin problema alguno.

—Ya nada es seguro desde hace días. Algunas tribus del norte, las más salvajes, vagan por esta zona huyendo de los militares castilas que, con la excusa de imponer el orden, han destruido poblados enteros —respondió Ibabao con las cejas enarcadas y mirando fijamente a Francisco.

—Comprendo, tienen sus razones —dijo el médico.

—Las tienen —asintió el guía—, aunque sobre todo odian a los que llevan puesto el uniforme de rayadillo. Y muchos de nuestros hermanos filipinos lo visten a las órdenes de los castilas, así que al final no se hacen distinciones y pagan justos por pecadores. La cabeza de un hombre bueno como tú podría ser un magnífico trofeo clavado en la punta de una lanza —añadió con un gesto evidente: trazó una línea sobre su cuello, acompañándola de un siseo.

Tagu recordó la reunión clandestina en la que se reclamó el derramamiento de la sangre castila. Pensó en su padrino, en José María y su familia, y miró a Francisco, cuya expresión era de preocupación, aunque se mantenía firme en su decisión de continuar el camino. ¡Todos los castilas no eran iguales y él no dudaría en defenderlos con su propia vida!

Durmieron a medias y, con los primeros rayos de sol, reemprendieron el camino. Llegaron al pueblo tomando las mismas precauciones. A excepción de Ibabao y de Tagu, curtido en ese tipo

de viajes, los demás agradecieron bajar de su montura.

Encontraron a Mindana frente a su choza, vestida con sencillez y con los cabellos sueltos. Estaba sentada bajo una caoba en su papel de maestra, repasando el alfabeto con los niños.

Francisco se acercó el primero, guardando la distancia.

—¡Buenos días, Mindana!

—¡Por fin has llegado! —exclamó aliviada—. No temas, los que estamos aquí nos encontramos bien, pero en la aldea hay muchos enfermos —dijo señalando el grupo de cabañas situado más allá. Fue entonces cuando distinguió a sus hijos acercándose—. ¿Por qué los has traído contigo?

—Querían ayudar y estaban preocupados por ti.

Ella asintió con la cabeza tristemente.

—Mantendremos la distancia —afirmó Mindana—. ¡No pueden contagiarse!

Tagubanua y Dalisay vieron la fatiga en el rostro de su madre.

—*Ina*, este es nuestro guía, Ibabao. Nos ha traído por los caminos más seguros. Esta noche dormirá aquí y mañana regresará a Santa Cruz de Ilocos —le explicó Dali.

—Hay sitio de sobra para todos, ¡gracias por traerlos sanos y salvos, Ibabao!

El guía contestó con una respetuosa inclinación de cabeza.

Las matas de gayuba habían resistido bien al viaje. La prioridad era encontrarles el espacio más favorable y propicio para que arraigaran y crecieran sanas.

—Creo que aquel será el mejor lugar —opinó Pachucho observando el terreno. Entre todos cavaron los hoyos.

La noticia se extendió deprisa. Ese hombre blanco de pelo rojo había llegado con la magia que los ayudaría a vencer la enfermedad.

Los que quedaban sanos se reunieron haciendo corro en el exterior de la gran choza de palma y nipa que servía de colegio. Se escucharon murmullos curiosos. Ese castila era más alto que el padre Faustino e iba vestido muy diferente. Mindana lo presentó y todos callaron cuando empezó a hablar.

—Vamos a luchar juntos contra esta enfermedad. Estoy seguro de que podremos vencerla si seguís mis indicaciones. Mirad, esto es una mascarilla —dijo alzando la voz mientras la maestra traducía sus palabras y les mostraba cómo debían ponérsela—. Hay para todos y debéis llevarla mientras dure el contagio. Mis ayudantes os explicarán cómo lavarla. Ahora aprovecharemos las horas que nos quedan de luz para visitar a los enfermos y comenzar con el traslado al interior de este colegio, que será nuestro sanatorio provisional.

Algunos protestaron. ¿Por qué iban a sacarlos de sus casas?

—Los enfermos deben estar todos juntos en un mismo lugar —tradujo Mindana— y se establecerán turnos para cuidarlos.

Estuvieron de acuerdo, seguirían las instrucciones.

El médico sintió el fuerte hedor entrando en la primera choza. Una pareja de ancianos yacía aovillada en el interior de sus hamacas, muy débiles y respirando con dificultad. El suelo de tierra batida estaba cubierto de orín, vómitos y excrementos.

—¿Y su familia?

—No tienen —contestó Mindana—. Su único hijo murió de pequeño picado por una serpiente. Una vecina los cuidaba, pero también ha caído enferma.

Francisco recordó a las Hijas de la Salud y su impecable sistema de limpieza con baldes de agua clorada. Sacarían la inmundicia y sanearían la tierra; había traído el cloro.

—Hecho el balance, lo primero será ocuparse de los casos más serios —confirmó lavándose las manos por quinta vez—. Hay que

empezar por bañarlos y tumbarlos en hamacas limpias, que colgaremos dentro del sanatorio. Encended los fuegos. Frente a cada casa, habrá una olla con agua hirviendo las veinticuatro horas. Tagu repartirá el jabón y el antiséptico. ¿Listos para comenzar?

Desnudaron a los enfermos y los bañaron. Colocaron telas a modo de pañal a los que padecían de descomposición; los que tenían fuerzas para levantarse usarían los bacines. El hospital improvisado empezaba a ocuparse.

—Precisamos de ocho personas voluntarias alternándose por turnos de seis horas. Serán siempre las mismas y deberán vivir alejados de los suyos hasta que los enfermos curen. Es la forma más prudente de evitar nuevas infecciones. Yo estaré disponible de día y de noche.

Siguió enumerando las pautas mientras la maestra traducía alto y claro cada palabra.

—Es necesario que todos los animales sean desplazados fuera del pueblo. Las personas que se encarguen de su cuidado tendrán que aislarse siguiendo las mismas precauciones que los demás. Avisad a las aldeas vecinas de que no se acerque nadie, so pena de contagiarse y extender la enfermedad. Recordad de nuevo: el agua debe ser hervida y los alimentos, desinfectados, y hay que mantener limpias las manos, las mascarillas y la ropa. Absolutamente todo debe estar limpio. En lo que se refiere a hacer las necesidades, es mejor lejos de los hogares y jamás en las proximidades del río, podríais contaminarlo.

—Y los niños ¿cuándo podrán volver a casa? —quiso saber una madre cuyos pequeños estaban con Mindana.

—Únicamente podrán regresar si todos los miembros de la familia están sanos.

Al anochecer, los enfermos ocupaban el lugar dispuesto y los

voluntarios establecían los turnos.

El primer equipo tenía preparadas las tisanas. Darían a tomar la gayuba infusionada, el único líquido que los enfermos beberían a sorbitos.

En mitad de la noche, se escuchó la voz de alarma. Se trataba del matrimonio de ancianos. No respiraban. Francisco observó en ellos el inicio del *rigor mortis*. Habían fallecido en silencio. Fueron las primeras víctimas.

Mindana le explicó en qué consistía el rito funerario que practicaba su pueblo.

—Tienen que ser llevados al valle respetando la tradición. Los vestiremos con sus mejores ropas y descansarán en las cajas que ellos mismos tallaron. En circunstancias normales, esperaríamos a que empezasen a emanar los fluidos corporales, pero ahora, como siempre dice el padre Faustino, ¡debemos ser prácticos! Todos estarán de acuerdo en que podremos pasar por alto ese proceso, los ancestros no nos lo tendrán en cuenta.

Así se hizo antes del amanecer.

Los hombres que quedaban sanos cargaron las cajas hasta el valle y las colgaron por orden en la misma pared de piedra en la que descansaban sus antepasados.

Pi regresó desde Manila acompañado por Quijote. Los alimentaron y los cubrieron de mimos. En pocas horas, uno de ellos sería enviado de nuevo con noticias.

A la salida del sol, los niños enfermos se encontraban mejor. La gayuba comenzaba a hacer su efecto y pudieron alimentarse con un poco de arroz sin sufrir de vómitos o diarreas. En pocos días, la rutina de mascarillas, lavado continuo de manos y el resto de las medidas de higiene se habían instalado con normalidad. Lo hacían naturalmente, imitándose unos a otros. Francisco observó la

puntualidad con la que se respetaban los cambios de turno. Todo parecía ir bien.

Sin embargo, dos de los tres hombres encargados del cuidado de los animales volvieron del campo con síntomas. Confesaron que, al alejarse del pueblo, pensando que el peligro había quedado atrás, no portaron mascarillas ni se lavaron las manos como habían prometido. El tercero, más temeroso, seguía sano gracias a que su mujer le insistió en las medidas higiénicas antes de dejarlo marchar: «Haz todo lo que nos ha explicado el *babaylán* castila. ¡Ha venido desde muy lejos para ayudarnos!».

El lado positivo de estos nuevos contagios era que proporcionaban una buena pista: el mal seguramente provenía de uno o varios animales infectados con la bacteria. No podían arriesgarse, todas las bestias debían ser sacrificadas y los cadáveres, incinerados.

—¿Todos los animales? —preguntó Mindana.

—Todos.

—¿Los cerdos también?

—También.

—¿Y las gallinas, Francisco?

—Sí, todos sin excepción. Hacedlo a una distancia prudencial del pueblo y que no se os escape ninguno —insistió el médico—. Estoy seguro de que la raíz del problema está en ellos.

En la calle Palacio, la vida seguía como de costumbre. En el despacho, Javier y José María sentían la ausencia de Tagubanua y miraban a menudo su mesa vacía. Milagros se ocupaba de levantarle el ánimo a Carmen; por suerte, el pequeño Miguel la tenía muy ocupada. Gredilla atendía a los pacientes de Francisco y Apanaya iba de visita con Mami Tari todos los días

Pi llegó con otra carta desde el valle.

30 de mayo de 1888

Estimados:

La situación se ha estabilizado. Al parecer, la causa de la epidemia se encuentra en los animales. Sabiendo esto, todo será más fácil de ahora en adelante.

Estamos finalizando la segunda semana de tratamientos con la gayuba. Los niños ya han curado. En el hospital, quedan diecinueve adultos y seis ancianos, entre ellos, el *babaylán* del pueblo. Al llegar, eran medio centenar de enfermos. El tratamiento funciona y todas las medicinas que trajimos nos son muy útiles. Confiamos en que, dentro de unos días, habrán sanado más pacientes. El conjunto del pueblo se afana en ayudar.

Mindana, Dalisay, Tagu y Pachucho se encuentran bien y están siendo indispensables para mí.

Dadles un beso de mi parte a mi amada Carmen y a mi pequeño Miguel. ¡Os echo tanto de menos!

Mandadnos noticias pronto.

Os quiere,

FRANCISCO

La respuesta de su esposa fue rápida.

Mi querido Galeno:

En casa, todo sigue igual, pero estamos muy tristes a causa de tu ausencia. Papá y Javier amenazan con ir a buscaros si no regresáis pronto.

Salvador dice que tus pacientes no cesan de preguntar cuándo volverás.

A Miguel le han salido dos dientes, ¡tendrías que ver lo grande que está! Confieso que tu falta empieza a parecerme muy tediosa. Nada es lo mismo sin ti.

En Manila no se habla de otra cosa últimamente: una rebelión de insurrectos armados en el norte de la isla. Sabemos que el gobernador ha enviado un destacamento para sofocar las revueltas.

Por favor, ten mucho cuidado y vuelve pronto con nosotros.

Te quiero,

CARMEN

21

Rayando el alba, los cuatro carboneritos llegaban a lo alto de la fabulosa Batad, una aldea remota al norte de la cordillera, ubicada entre escarpadas montañas a más de mil quinientos metros por encima del nivel del mar. Arribar no fue fácil, ya que tuvieron que recorrer caminos húmedos y peligrosos cubiertos de una neblina que les dificultaba la visión. En más de una ocasión temieron por su vida: los senderos eran abruptos y propensos a los derrumbes. Un paso en falso podía convertirse en desgracia, precipitándolos a cientos de metros de caída libre. Contra todo pronóstico, Lorenzo resultó ser el burro más estable y sensato en los momentos de peligro.

El pueblo campesino de la extensa tribu de los ifugao hacía gala de su impresionante cultura. Dos mil años atrás, como resultado de un meticuloso conocimiento de su tierra, sus antepasados discurrieron la forma de cultivar el arroz creando una estructura de lo más ingeniosa. La dispusieron en este magnífico y poderoso valle, rodeado de montañas como si fuera un anfiteatro, para aprovechar las formas caprichosas de la naturaleza. Con sus propias manos, los antiguos menestrales formaron terrazas horizontales y escalonadas donde cultivarían el arroz. Las delimitaron con piedras, levantando resistentes muretes. El desnivel del terreno no podía ser más perfecto ni la tierra más fértil. El agua pura que llegaba a través de los canales de riego presagiaba el éxito del proyecto, un éxito que seguía dando sus frutos y tomaba la sencilla apariencia de unos

granos de arroz de primera calidad.

Dejaron las monturas a la sombra de unos árboles y descendieron entre los bancales empedrados colmados de agua. En algunos tramos, la anchura permitía transitar con holgura entre los arrozales; en otros, había que caminar guardando el equilibrio de puntillas, como bailarinas de ballet. Narciso temió no poder describir con la suficiente exactitud lo que contemplaban sus ojos, tan grande era la belleza y exuberancia del lugar.

Un prodigio de la naturaleza secundado por la mano del hombre.

Hasta ese momento, sus ojos nunca habían disfrutado de un color tan verde y deslumbrante ni de un cielo matutino tan esplendoroso como el que se reflejaba en el agua de las terrazas que bañaban los miles de plantas de arroz a la espera de ser recolectadas.

Distinguieron a muchas mujeres trabajando. Las más ancianas, con la espalda curvada, subían engarabitadas entre bancales, presumiendo de una agilidad poco común para su avanzada edad. Los niños asomaban su cabecita curiosa a través de las ventanas de las cabañas emplazadas sobre pilotes y las gallinas cacareaban mandonas, seguidas por sus polluelos equilibristas pirueteando por el terreno irregular.

Narciso cayó irremediablemente rendido a los encantos de esa aldea.

Faustino tuvo una idea maravillosa cuando decidió pasar por allí antes de seguir hacia el pueblo de Lolay. Sabía que las imágenes de las terrazas de arroz quedarían invariablemente grabadas en la memoria del periodista y del antiguo soldado. Este último, de costumbre poco impresionable, permaneció mudo y ensimismado frente a la prodigiosa estampa.

Pasarían la noche en una de las cabañas sobre pilotes. Pedro admiró la construcción al detalle, levantada por los nativos

íntegramente en madera y ¡sin un solo clavo! Asombroso.

Disfrutaron de la hospitalidad de los ifugao alrededor de una hoguera y descansaron sobre confortables colchones rellenos de cascarilla de arroz, donde les venció un sueño profundamente reparador. Al día siguiente, continuarían con su viaje más al norte, hacia la tierra de la tatara.

Mindana acudió a la llamada del jefe del poblado vecino, río arriba, advirtiéndole de que mantuviese las distancias.

—Hemos sabido que habéis sacrificado a todos los animales —se limitó a decir, preocupado.

—Tienes razón, ¡ni un pollo ha quedado vivo!

—No os preocupéis. Esta tarde os traeremos dos docenas de gallinas, cinco cerdos y dos vacas para que salgáis adelante.

—Muchas gracias, pero ni siquiera sabemos cuándo podremos devolveros el favor.

—Eso es lo de menos. ¿No hubierais hecho lo mismo por nosotros? Os dejaremos los cerdos y las vacas amarrados en aquel árbol, y las gallinas en jaulas para que no se escapen.

Esa noche prepararon caldo para todos.

Francisco estaba satisfecho. El tratamiento daba resultado, los contagiados iban sanando. «Será cuestión de días», pensó.

Pachu, Dali y Tagu demostraron ser jóvenes de gran valor humano. A menudo se ocuparon de realizar tareas pesadas sin protestar. Hirvieron las ropas, colaboraron con la limpieza de las cabañas e intervinieron en las faenas del campo siempre con una sonrisa en la boca.

Francisco decidió atender por fin las peticiones continuas de Dalisay para que permitiera que le asistiera con los pacientes en el sanatorio-escuela. Ahora que la infección había remitido, le ofrecería

la oportunidad de unirse en sus visitas diarias.

La chiquilla recibió la noticia ilusionada. Empezó por encargarse de su maletín, tendiéndole los fármacos que él le pedía. Ya conocía el uso y la posología de cada uno.

Solo quedaban tres enfermos, entre ellos, el anciano *babayán*, que, a causa de su edad, tardaba en sanar, aunque la mejoría era evidente.

Llegó otra carta con Quijote.

Manila, 14 de junio de 1888

Mi queridísimo Francisco:

Nos alegramos mucho de que el tratamiento haya surtido efecto y los enfermos se estén curando. ¿Eso también quiere decir que pronto podrás volver a casa?

¡Si supieras cuánto te echo de menos, mi amor! Miguel está cada día más guapo y espabilado, ¡es tu viva estampa! Ayer salimos por las calles de Intramuros con el carrito de paseo, pero tengo ganas de que vuelvas para que podamos hacerlo juntos cada día.

Te quiere,

CARMEN

Tagubanua recogía gayuba cuando escuchó la voz de su padrino. La sorpresa fue mayúscula al verlos llegar por el sendero. Su ahijado les explicó lo que había ocurrido durante su ausencia mientras los acompañaba hasta el hospital improvisado, donde Francisco reconocía a los últimos enfermos. Todos comían y tenían buen color.

—¡Vaya! ¿Y estás seguro de que el problema vino de los animales? —preguntó el apostolino, preocupado.

—Eso parece… —respondió Francisco, tomando la tensión al viejo *babaylán*.

—Siempre he pensado que en cada pueblo haría falta un establo, y tampoco les vendría mal un abrevadero, una pocilga y un corral. Lugares solo para las bestias. Convivir con animales es poco higiénico —comentó Faustino, pensando ya en cómo evitar problemas parecidos en el futuro.

—Pues ¡los construimos! No será muy difícil —añadió Pedro Peñascal alzando al aire su machete.

—Buena idea —aplaudió Mendoza—. Podríamos empezar hoy mismo.

—Yo debería pensar en volver… —sopesó Francisco, lavándose las manos—. Mis responsabilidades en Manila me reclaman.

—Opino lo mismo. La situación está dominada y nosotros podemos seguir dando apoyo —sugirió Faustino.

—Yo sé lo que hay que hacer, padre. Francisco me ha enseñado —intervino Dalisay con un guiño—. Ahora es sencillo, los pacientes que quedan solo necesitan recobrar fuerzas.

—Confío en Dali. ¡Ha demostrado ser la mejor asistente! —afirmó tomándola por los hombros—. También estoy orgulloso de los chicos: son muy responsables y no les asusta el esfuerzo.

Tagu y Pachu intercambiaron una mirada satisfecha.

—Si salgo mañana temprano, tendré tiempo de encontrarme con Cañamón en Santa Cruz de Ilocos para volver a Manila en su barco.

—Pero no puedes ir solo y sin guía —opinó Narciso.

—No te preocupes, tengo buena memoria y sabré reconocer el camino de vuelta.

—De ninguna manera, ¡yo te acompañaré! —exclamó el padre Santiago Mendoza—. Aventurarte así me parece una imprudencia. La naturaleza cambia de un día para otro y, donde antes había un

camino, a veces solo quedan matojos. Yo he recorrido esos mismos senderos docenas de veces.

—Es una buena idea, Santi —asintió Faustino dándole la razón—. Incluso podrías volver a Manila con Francisco, aquí ya somos suficientes.

—Regresaré con vosotros en cuanto nos reunamos con Cañamón. A la vuelta, me detendré en algunas aldeas y veré cómo les va con la cosecha.

—Yo puedo ir también —propuso Tagu.

—No, muchacho, serás más útil aquí. Volveré antes de que empecéis a echarme de menos.

En esa ocasión, fue Quijote el encargado de llegar con otra misiva a la calle Solana. Apanaya fue a entregarla.

15 de junio de 1888

Mi adorada Carmen:

El padre Faustino, Santiago, Narciso y Pedro Peñascal nos han sorprendido con su llegada a la aldea hace unas horas. Imagínate lo contentos que estamos de recibirlos.

Tagu, Pachu y Dalisay han decidido permanecer unos días más para ayudar en las tareas que quedan por hacer.

Y yo ya vuelvo a casa, mi amor. Saldré al alba con el padre Mendoza, que conoce bien el camino y se ha ofrecido a acompañarme hasta la costa. Una vez allí, esperaré a encontrarme con Cañamón y volveremos juntos a Manila en su goleta.

Os quiero tanto… Ya ves que lo que parecía un problema complicado se ha convertido en una historia con final feliz.

Hasta pronto,

Tu Francisco

El viejo *babaylán* no quiso dejarle marchar sin conversar con él. Mindana tradujo sus palabras.

—Nunca podremos agradecerte lo que has hecho por nosotros —susurró mientras retiraba uno de los amuletos que portaba en el pecho—. Ten, este presente es para ti, llévalo contigo.

Francisco agachó la cabeza y el anciano se lo pasó por el cuello junto con una promesa.

—Te protegerá.

El talismán, una antiquísima moneda de oro con la silueta de un león coronado en un círculo de cuentas, seguía manteniendo su vivo color dorado.

—Ha pasado de generación en generación —siguió traduciendo Mindana, emocionada—. Data de hace más de trescientos años, cuando el primer castila pisó estas tierras y se la obsequió al niño que vino a recibirlo. El pequeño creció y se convirtió en chamán, como lo fueron los hijos de sus hijos hasta llegar a mí. Ahora lo llevarás tú y estarás eternamente unido a nosotros. Los ancestros tienen tu nombre en sus labios y lo repetirán mientras caminen por el valle. Eres de los nuestros…

—¡Nos vemos en Intramuros! —se despidió Francisco de sus compañeros antes de subir al caballo junto al padre Santi.

Pasarían la noche en un abrigo bien conocido por el apostolino. En un ambiente de confianza, Mendoza le contaba sobre su vida:

—… y por eso vine a Filipinas. Pienso que, en esta existencia terrenal, estamos unidos a otras personas como por hilos invisibles. Nacemos en sitios dispares, llevamos vidas diferentes, pero, un día, por fin nos encontramos y ¡todo cobra sentido! La moneda que te han regalado ha esperado más de trescientos años para llegar a ti. Esta gente humilde, a la que nadie considera, te estará perpetuamente agradecida y sus descendientes contarán tu historia.

Una nueva generación nacerá gracias a tu gran compasión y altruismo. ¿Te das cuenta de la magia?

—Empiezo a creer en la magia y en otras muchas cosas que antes me parecían imposibles —confesó mientras ofrecía un pedazo de pan con queso a su compañero de viaje.

—Descansemos un poco, *babaylán* Francisco —dijo bromeando—. En cuanto amanezca, retomaremos el camino.

Cañamón fondeó frente a la playa. El grupo no pasaría desapercibido, en particular Francisco, que podía distinguirse a kilómetros de distancia y sin catalejo por su cabello bermejo.

Esperó un segundo día y un tercero, y se decidió a levar anclas. Si no habían llegado es porque su trabajo en el pueblo no había terminado. Ya los vería más adelante en Intramuros.

Carmen reía feliz con su hijo en brazos, rodeada por Apanaya, Mami Tari y la tía Mili. Su marido estaba de camino.

Cañamón se presentó en la calle Solana deseoso de abrazar a su mujer y a su madre, pero solo encontró a Yu.

—Han salido hace un rato con Samu a visitar a las señoras españolas —le explicó.

Recorrió el tramo que separaba las dos casas en pocos minutos. Al escuchar la campanilla, José María y Javier salieron del despacho. Todos esperaban ansiosos la llegada de Francisco.

—No, no ha venido conmigo.

—¿Disculpa? —se extrañó Javier, abriendo los ojos como platos—. No lo entiendo. ¿Dices que mi cuñado no ha venido contigo en el barco?

—Nadie acudió a la cita en la costa. Los esperé durante tres días seguidos y ninguno apareció.

—Mi yerno nos escribió, iba a volver solo a Manila. Pensaba reunirse contigo en el lugar de encuentro. Los demás preferían quedarse en el pueblo un poco más, con el padre Faustino y los suyos.

—Lamento decirte que no sé nada. La última vez que los vi fue cuando partieron desde Santa Cruz de Ilocos con el guía.

Cañamón se asustó al observar cómo los rostros se iban descomponiendo.

—Y entonces ¿qué ha sido de Francisco? ¿Dónde está? —se alarmó José María, valorando las posibilidades.

—Serenémonos, papá, tal vez Francisco y el hermano Mendoza hayan tenido un retraso y vuelvan por sus propios medios.

—Enviaremos una carta urgente al poblado, hijo —decidió angustiado—. Esto me da mala espina.

Carmen y la tía Mili repitieron las mismas preguntas. Cañamón, tan perplejo como ellas, no sabía responderlas.

Quijote fue enviado a la aldea con el sobre atado a su pata. El búho voló durante horas, reconoció cada árbol y cada montaña de la cordillera y finalmente aterrizó en la falda de Dalisay, sentada a la sombra de la caoba. Leyó la carta y se la mostró al padre Faustino.

Manila, 28 de junio de 1888

Amigo Faustino:

Cañamón ha vuelto a la ciudad sin Francisco. No te negaré que estamos muy preocupados.

Cañamón estuvo esperando en la costa tres días y nadie apareció. Confírmanos si tienes noticias de ellos. Por favor, escribidnos con prontitud.

Quedamos a la espera,

Pepe

Esta vez fue el pigarguillo el encargado de portar la respuesta.

Lolay, 29 de junio de 1888

Amigo Pepe:

No conocemos el paradero de Francisco ni tampoco el de Santi. Con gran sorpresa, nos hemos enterado de que tu yerno no ha llegado a casa. Ya lo imaginábamos en Manila con vosotros.

Santiago acompañaba a Francisco hasta Santa Cruz de Ilocos y tenía previsto volver con nosotros, pero antes pensaba visitar algunos poblados y colaborar en las cosechas.

Salgo inmediatamente hacia el camino de Santa Cruz con Tagu, Pachu y Peñascal. Pararemos en cada pueblo para preguntar.

Nos acompaña Quijote. Os mandaremos un mensaje en cuanto sepamos algo.

Un abrazo,

FAUSTINO

En Intramuros todos los semblantes mostraban preocupación. Imaginaron cientos de explicaciones que daban sentido a su desaparición, pero ninguna les parecía plausible.

—Ahora mismo voy a presentar una denuncia en la comandancia —decidió José María, ajustándose el sombrero.

—Voy contigo, papá —afirmó Carmen, angustiada.

El oficial Buenaventura daría aviso a todos los puestos de vigilancia del norte. Les informaría cuando tuviese noticias al respecto.

—Yo propongo ir a buscarlos —dijo Cañamón, convencido—. ¡No podemos quedarnos con los brazos cruzados!

Faustino y su grupo fueron tras los pasos de Francisco y Mendoza y

se detuvieron en cada poblado. A la búsqueda se unieron tres indios expertos en reconocer huellas y señales. Había llovido poco y localizaron las pisadas de los cascos de caballo en dirección al litoral. Seguirían adelante.

No les quedaba ningún pueblo que visitar y el rastro de los caballos se detenía en un claro de la selva, a diez kilómetros de la costa.

—Las huellas cambian de rumbo en este punto —confirmaron unánimes los tres rastreadores—. Después se dirigen hacia el norte, a orillas del río Cagayán.

—¡Separémonos! Tagu y Pachu, seguid hacia Santa Cruz. Tenemos que estar seguros de que nadie los ha visto. Un castila alto y pelirrojo acompañado de un religioso vistiendo el hábito no pueden pasar inadvertidos. Peñascal y yo nos dirigiremos por la ruta del norte hasta Vigán. Los encontremos o no, nos reuniremos allí.

Faustino ató el mensaje a la patita de Quijote.

En la búsqueda, 3 de julio de 1888

Pepe:

No tengo buenas noticias. Nadie sabe dar fe de Francisco ni de Santi. Pensamos que no llegaron a Santa Cruz de Ilocos. No obstante, Tagu y Pachu siguen adelante para preguntar, mientras que nosotros nos dirigimos más al norte.

No te negaré que mi preocupación va en aumento.

Sé que en la ciudad de Vigán hay un destacamento militar. Allí podremos denunciar su desaparición si no los hemos encontrado antes.

Siento mucho lo que ocurre, yo mismo no me lo explico.

Tengamos esperanza,

FAUSTINO

José María recibió un mensaje para que se presentase en la comandancia de Intramuros.

—Acaba de llegar, señor Pérez. —Buenaventura le tendió un telegrama—. Hemos sido avisados de que la patrulla de soldados de uno de los puestos de vigilancia del norte ha hallado los caballos de su yerno y del padre Mendoza cerca del barangay de Magulán, bastante alejados del lugar donde encontraron las huellas los rastreadores que viajaban con el padre Faustino Barceló.

—¿Cómo están tan seguros de que eran sus caballos?

—Porque en una de las alforjas se hallaba un diario médico con el nombre de Francisco Anastasio Soldevila. Por el momento, no quedan más rastros por explorar. A estas alturas y con los días que han pasado, es muy difícil garantizar que sigan con vida —lamentó el oficial.

—Pero si no tienen la certeza, ¡hay que seguir buscando!

—Desgraciadamente, hasta que no se sofoquen las revueltas en esa parte de la isla, no habrá soldados disponibles. ¡No sabe cuánto lo siento! La zona en la que encontraron los caballos está en las inmediaciones del territorio de los igorrotes, y es demasiado peligroso entrar sin un grupo armado.

Volvió a casa consternado y le explicó la situación a su familia.

—¡Yo me voy a buscarlos! —exclamó Javier, imaginándose las calamidades que podrían estar padeciendo—. Partiré con Cañamón en el Pequeño Fortuna y contrataremos a hombres valientes que sepan manejar las armas.

Carmen secundó a su hermano:

—¡Tienes razón! Estarán escondidos o malheridos, pero sé que están vivos.

Apanaya y Mami Tari se afanaban en hacer que la vida de sus

amigas fuera lo más agradable posible y se sentían responsables de su bienestar. Aún no se sabía nada de Cañamón y Javier, embarcados hacía tres días. Pi fue con ellos y pronto volaría de vuelta con noticias.

Faustino, Pedro, Tagubanua y Pachu se reunieron en Vigán. El sargento de la división los previno seriamente: el territorio que pisaban no era seguro para viajeros sin escolta.

—Admiro su empeño por encontrarlos, pero, por favor, ahora sean sensatos y dejen de aventurarse por los caminos —les advirtió ignorando las protestas de Faustino—. Les prometo que, en cuanto podamos, reanudaremos la búsqueda de nuestros dos compatriotas —dijo mientras le entregaba el diario médico de Francisco—. Devuélvaselo a la familia y, hágame caso, por más años de experiencia que tenga como misionero, la situación ha cambiado y la cosa está que arde. Hay luchas encarnizadas y las revueltas son cada día más numerosas y difíciles de controlar. Y, para colmo, nuestros soldados filipinos están desertando sin cesar y se unen al bando de los rebeldes. ¡Estas colonias se nos están yendo de las manos! Yo vine hace años atraído por un sueldo considerable y un ascenso en mi grado militar, pero, a tenor de las circunstancias, he comprendido que no vale la pena correr el riesgo de perder la vida por unos cuartos de más.

Faustino dio su brazo a torcer. Estaban cansados y ojerosos por la falta de sueño; asimismo, los caballos acusaban la fatiga de los días de búsqueda y en nada ayudaría a sus amigos que les ocurriera algo.

—Tiene usted razón, sargento. Regresamos.

Llegaron a la aldea entrada la noche. Encontraron a Mindana y a Dali sentadas alrededor del fuego, conversando con Narciso y el viejo *babaylán*.

—¡Por fin habéis regresado! —exclamó Dali con júbilo, echándose al cuello de su hermano.

—¿Qué habéis descubierto? —preguntó el periodista abrazando a sus amigos.

—Se han desvanecido.

—¿Y ahora qué más se puede hacer? —preguntó Mindana. La luz de la fogata le iluminaba el rostro.

Faustino levantó las cejas mostrando su incertidumbre.

—Desgraciadamente solo podemos esperar. Los rastreadores me han prometido que seguirán buscando —respondió con un nudo en la garganta. No podía ocultar que se temía lo peor—. Y aquí ¿cómo ha ido la recuperación de los últimos enfermos?

—Todos sanos y de vuelta a sus chozas, gracias a los remedios de Francisco —afirmó Dali—. Si no llega a ser por él, la mayoría hubieran marchado con sus ancestros al valle.

—Vayamos a dormir. Mañana será otro día y podremos pensar con más claridad —les conminó Faustino, que había perdido parte de su fe durante el viaje.

Dalisay ayudó a dar de beber a los caballos y descargar las alforjas. La noche era oscura, pero la chiquilla pudo ver que Pachu cojeaba levemente y arrugaba los labios con una mueca de dolor.

—¿Qué te pasa? Déjame ver, quítate la bota. Vaya, tienes una herida…

—No sé cómo me la he hecho.

—Yo te la curaré. Mi tatara me enseñó a hacer emplastos de hierbas, verás que en unas horas estará mucho mejor.

El Pequeño Fortuna fondeaba una vez más frente a la playa de Santa Cruz de Ilocos. Además del grumete, el cocinero y un marinero más experimentado, que Cañamón dejó a cargo de la goleta, los demás,

incluyendo a los cinco hombres que pudieron enrolar en Manila y al capitán Matute Aguaviva, que insistió en acompañarlos, desembarcaron en la orilla y fueron a alquilar las monturas. En total, eran diez hombres armados acompañados de tres rastreadores. Cañamón reconoció al guía que semanas atrás había escoltado al grupo hasta el pueblo de Mindana.

La noticia de la desaparición del médico y el padre apostolino desconcertó a Ibabao.

—¡Vayamos, salgamos sin demora! —voceó con determinación poniéndose al frente de la expedición—. ¡El tiempo apremia! Propongo que viajemos en grupo cerrado y compacto, de esta forma llamaremos la atención y se correrá la voz. Tantos hombres juntos y armados no pasaremos desapercibidos. A estos dos castilas no ha podido tragárselos la tierra.

—Habría que tratar de encontrar a Bundok —afirmó unos de los rastreadores.

—¿Quién es Bundok? —quiso saber Javier, subido a su caballo y armado con un fusil. Llevaba un viejo sombrero y vestía la ropa de montar que Cañamón le había prestado, ofreciendo una estampa un tanto peculiar.

—Es el que conversa con las piedras —respondió Ibabao.

Y, viendo en sus caras dibujada la incredulidad, les explicó que Bundok poseía facultades para hacer que hablaran desde un minúsculo guijarro hasta la roca más desmesurada.

—La tierra se manifiesta de muchas formas. Una de ellas es a través de las piedras. Y, si tenemos la suerte de encontrarlo, podremos localizar a los desaparecidos, estén vivos o muertos —aseguró el guía, que se puso en marcha azuzando los flancos de su caballo.

Anochecía después de haber cabalgado durante muchas horas.

Ibabao señaló el claro donde acamparían.

—¡Al alba seguiremos hacia el norte!

Javier tenía las nalgas escocidas y la espalda dolorida por la falta de costumbre. No se quejó, pero Cañamón se fijó en su expresión de incomodidad cuando desmontaron.

—Matute lleva con él todo tipo de ungüentos, algo tendrá para aliviarte.

—Mejor que se lo haga mirar —apostilló el marinero Abacán, pendiente de la conversación—. Sufrir en silencio no es bueno, caballero, yo mismo soporté en mis…

—¡Ahórranos tus historias peliagudas, marinero! ¡Yo me ocuparé de este pobre peninsular lastimado! —aseguró el capitán, que admiraba a Javier por su determinación y valentía al dejarlo todo para ir a buscar a su cuñado—. Veamos, joven de ciudad, déjeme echarles un ojo a esas tiernas posaderas de señorita —bromeó.

Javier Pérez de Lara sonrió tristemente. Estaba irreconocible. Tenía la piel tostada por el sol, el cabello y las barbas asilvestradas y las manos arañadas y rozadas de sujetar las riendas. Más tarde, se sintió mejor. La pomada de Matute, que olía a esencia de magnolia, lo había aliviado y, junto con los buenos tragos que dio a las botellas de basi que el grupo fue pasando de mano en mano, le ayudó a dormir a pierna suelta.

Al despertar, sintió las fuerzas renovadas pensando en su familia. Seguirían el camino hacia el norte en busca de Francisco y del padre Santiago. Los caballos relincharon nerviosos y los cascos tronaron al unísono con el guía y los rastreadores a la cabeza cuando, inesperadamente y de la nada, apareció ante ellos un sujeto de pómulos prominentes y mentón afilado con un penacho corto de plumas adornándole la frente, un chaleco de piel de cocodrilo que le rodeaba el sólido torso y una pieza de piel de caracal que le cubría la

imponente entrepierna.

Un rastreador lo reconoció y lo señaló.

—¡Es Bundok!

Se mantenía erguido frente a ellos y mostraba una musculatura fibrosa bajo la piel de color marfil. Sujetaba la lanza en la mano y a la espalda llevaba un arco y la aljaba de madera llena de flechas. La imagen que ofrecía era majestuosa. El indígena los observaba midiendo el posible peligro, pero sus ojos estaban tranquilos y confiados.

Ibabao decidió apearse del caballo. Lo saludó con respeto ceremonial: se llevó el interior de los dedos índice y pulgar a la frente e inclinó después la palma de la mano hacia fuera. Bundok le imitó, invitándolo a acercarse. Hablaron durante un tiempo que a los demás les pareció eterno, hasta que el guía volvió para unirse al grupo.

—¡Acamparemos de nuevo y nos mantendremos a la espera hasta que Bundok regrese con una revelación!

Cañamón pensó que sería una buena idea enviar a Pi a la aldea para que estuvieran al día de la situación.

Campamento de búsqueda, 11 de julio de 1888

Faustino:

Tenemos montado el campamento cerca de la zona donde encontraron los caballos. Vamos en grupo grande y armados, los senderos no son seguros. Pienso que deberíais volver a la costa de Santa Cruz de Ilocos. Allí se encuentra anclado el Pequeño Fortuna con parte de mi tripulación.

CAÑAMÓN

La respuesta del padre Barceló no se hizo esperar.

Después de mucho reflexionar, me parece lo más juicioso regresar a Manila. No quiero arriesgar la seguridad de los chicos.

Nos dirigiremos a Santa Cruz y esperaremos vuestra llegada pacientemente.

Sed prudentes,

FAUSTINO

Durante la espera que les impuso Bundok, los hombres descansaban, afilaban sus cuchillos y compartían provisiones. Echado en el suelo sobre una esterilla, Javier admiraba absorto el brillo de una tela de araña húmeda por el rocío, y a su dueña de ocho patas en pleno trabajo reparando laboriosamente unas hebras de seda sueltas. Justo en el centro, una mariposa gigante intentaba batir las alas, presa de los hilos pegajosos, cuando una mano tatuada la liberó con suavidad y el insecto se alejó aleteando inseguro. La voz de Bundok lo tomó por sorpresa.

—Hay piedras milenarias en esta tierra, castila, que guardan información de todo el que las pisa. Mi madre las escuchaba desde niña y me transmitió su don. Puedo oír los susurros entre ellas mientras hablan de los antiguos caminos y de los nuevos senderos, mientras las acarician las pezuñas de los carabaos, los cascos de los caballos, las patas de los monos y los vientres de las serpientes, mientras en ellas se posan las patitas de los pajarillos y deambulan los pies de los humanos viajeros. Así he sabido dónde están los que buscáis —le habló en buen castellano.

—¿Dónde están? ¿Se encuentran bien? Dímelo, por favor.

—Primero necesito saber si serías capaz de arriesgar tu vida por ellos.

—Uno es mi mejor amigo, el esposo de mi hermana y el padre de mi sobrino. El otro es un hombre generoso y honesto al que aún le

quedan muchos años para seguir haciendo el bien. Ninguno merece morir. ¡Arriesgaré lo que haga falta para salvarlos!

—Los he visto y siguen vivos, aunque no sé por cuántos soles.

—Entonces ¡llévanos hasta ellos!

—Solo podremos ir tú y yo.

—Entonces vamos. ¡Te recompensaré con lo que me pidas!

—El dinero no tiene valor para mí. Un alma centenaria que descansa en el valle se me ha aparecido en sueños y me ha pedido que os ayude. Debes decir a los hombres que se queden aquí esperando y preparados para salir a toda prisa si tenemos la suerte de regresar.

Cañamón no entendía lo que Javier le contaba.

—No hay nada que entender, compañero, debemos confiar. Seguiré a Bundok adonde él me lleve —afirmó sin pestañear.

—Pero ¿cuándo volveréis?

—No sé nada más. Si al tercer día no hemos regresado, dadnos a todos por muertos y volved a casa.

Marchaba tras él en silencio. Se agachaba, detenía o retrocedía pendiente de sus gestos. Sentía las piernas cansadas y los brazos doloridos, pero no le importaba, solo pensaba en volver a verlos con vida. Después de largas horas escalando por zonas abruptas y caminando en equilibrio por el borde de los barrancos, ya anocheciendo, distinguieron la tenue luz de los rescoldos de las hogueras.

Se acercaron lentamente. Hombres, mujeres y niños de varias familias de igorrotes dormían al raso de la noche estrellada.

Bundok señaló el lugar con la punta de su cuchillo. En el fondo de un profundo hoyo, el padre Santiago yacía acurrucado y encogido. No se movía. Los guardianes que vigilaban desde arriba mostraban el cuerpo desnudo pintarrajeado con arcilla e iban armados con un

bolo y una lanza. Bundok midió mentalmente la distancia que los separaba. Sacó una honda y dos piedras de su taparrabos y les apuntó a la cabeza. Las minúsculas armas voladoras zumbaron un instante en el aire antes de horadar el cráneo de los dos hombres, que se vinieron abajo en silencio.

—¡Bravo, Bundok! —susurró Javier, asombrado—. Nunca había visto nada igual…

En otro agujero, un Francisco semidesnudo, descalzo y embarrado intentaba escalar sin éxito, agarrándose a las raíces que sobresalían del interior de las terrosas paredes. Colgado de su cuello, brillaba en la oscuridad el talismán que le regaló el viejo *babaylán*.

—Chisss… Francisco, hemos venido a sacarte de aquí —musitó su cuñado, apenas iluminado por la luz de la luna menguante.

—¿Eres tú, Javier? No puede ser…

Como única respuesta, una soga le cayó en las manos.

—Agárrate y trepa en silencio, cuñado…

La adrenalina le ayudó a subir por la cuerda con todas sus fuerzas. Se abrazaron tan fuerte que Javier pudo sentir sus huesos. Hacía muchos días que no comía.

—Me alegro de verte, Javier. ¿Sabes dónde está Santi? Tenemos que encontrarlo —murmuró desfallecido, apoyando los brazos sobre las rodillas—. Nos trajeron juntos, pero enseguida nos separaron…

Bundok les hizo señas. Santiago seguía inconsciente en el fondo del otro hoyo, a pesar de las ramas que le lanzaba.

—¡Eh, castilas, ya charlaréis cuando salgamos de aquí! Voy a bajar a por el misionero. Le ataré la cuerda alrededor del cuerpo y vosotros lo subiréis poco a poco…

Así se hizo. Lo elevaron con rapidez con la soga que Bundok le había amarrado por debajo de los brazos. Francisco le tomó el pulso y comprobó que seguía con vida. Lo sacaron a rastras montaña

abajo, sin mirar atrás, hasta llegar a la orilla del río.

—Castilas, doy por hecho que sabéis nadar…

Javier y Francisco asintieron a la vez.

—Bien, por aquí la corriente es propicia y os permitirá llevar a vuestro amigo flotando río abajo. En esta época del año, es menos caudaloso y podréis nadar sin peligro. Yo debo volver para borrar las huellas —dijo sacando un manojo de plumas de faisán del interior de su taparrabos—. Os alcanzaré en unas horas.

—Ahí dentro lleva todas sus cosas guardadas —explicó Javier, orgulloso—. Incluso armas letales…

—Con razón le abulta tanto… —reconoció Francisco, sorprendido.

El padre Mendoza flotaba como un corcho y lo llevaron entre los dos sin apuros.

—No sé cómo agradeceros lo que habéis hecho por nosotros —dijo Francisco mientras mantenía la cabeza del apostolino fuera del agua.

—No tienes nada que agradecer. Eres como un hermano para mí, además…

—Además ¿qué?

—Espera, ¿has notado eso?

—¿Notar el qué?

—No te muevas, por favor, tengo una cosa larga y viscosa paseándose entre mis piernas. Creo que es una serpiente.

—Sí, acabo de verle la cola. Parece una pitón. Intenta guardar la calma, no grites y estate quieto, haz como si nada…

—A ver cuñado, ¿quieres que guarde la calma con un apostolino inconsciente flotando entre nosotros y una pitón jugando con mi ropa interior? Soy abogado, no un valiente aventurero.

—Eres más que eso, después de todo lo que has hecho para salvarnos. Una boa es el menor de tus problemas. Quedémonos

inmóviles un rato más hasta que se aburra de nosotros.

El padre Santiago murmuraba palabras ininteligibles mientras intentaba zafarse de los brazos que lo sujetaban con fuerza. ¿Por qué estaba calado hasta los huesos y flotaba en el agua? Al abrir los ojos, reconoció de inmediato a sus amigos y sintió algo serpenteando por su espalda. Francisco tenía razón: el animal satisfizo su curiosidad y siguió río abajo.

Bundok los localizó al final del pasaje fluvial. A Santi le temblaban las piernas cuando salieron del río.

A lo lejos, Cañamón distinguió el movimiento y alertó al grupo, que corrió a auxiliarlos y los llevó en volandas hasta el campamento. Bundok aprovechó el momento de distracción para esfumarse.

—¿De dónde ha salido ese hombre, Javier? Y ¿por qué nos ha ayudado?

—Me dijo que una anciana se le apareció en sueños…

Esta vez, el Pequeño Fortuna llevaba consigo la carga más preciada de todas.

—¡Pongamos proa hacia Manila! —gritó al viento el capitán Matute.

Con el mate en la mano, el marino argentino narraba a quien quisiera escucharlo sus historias de nereidas y tritones. Mindana y Dalisay eran su mejor público.

Pi llegó a Intramuros con la noticia y Apanaya corrió el tramo que la separaba de la calle Palacio como si tuviera alas en los pies. Quijote la escoltaba en vuelo rasante rozando sus faldas. No había amanecido cuando la campanilla de la casa sonaba sin tregua.

—¡Los han encontrado! ¡Ya vuelven!

Epílogo

Carmen durmió abrazada a él toda la noche. Al despertar, observó la moneda que Francisco llevaba pendida del cuello y le dibujó en la piel su contorno con la yema de los dedos. Había adelgazado considerablemente y su rostro aparecía demacrado por los largos días de cautiverio. Francisco abrió los ojos feliz de encontrarse por fin en su lecho tras una noche de pesadillas con un solo protagonista: el temor de morir en aquel agujero y no volver a ver nunca más a Carmen y a Miguel. Pensó en su suerte extraordinaria y dio gracias a la vida. Por fin volvían a estar juntos, y el pequeño se lo recordó entre balbuceos desde la cuna demandando el pecho de su madre.

Narciso Lledó, con el cabello descuidado y portando la tupida barba típica de los misioneros, fue recibido con alegría en su antigua habitación. Sobre la mesa, la Remington le esperaba dentro de su funda. Tenía mucho que escribir sobre el viaje mientras reflexionaba haciendo rodar la Wirt entre los dedos.

Los días transcurrían livianos y se sucedían sin mayores preocupaciones, disfrutando de veladas llenas de anécdotas compartidas. Desde las aventuras vividas en la cordillera, Javier y su amigo el periodista habían perdido sus aires exquisitos. Lejos quedaban los bigotes encerados y los cabellos engominados: eran

dos hombres curtidos, de nervio y brío que llevaban de cabeza a las señoritas de Manila.

El vínculo de amistad con los habitantes de la casa de Solana se estrechó aún más.

Miguel, cada día más activo, recibía sus atenciones favoritas pasando de brazo en brazo. Dalisay lo malcriaba como a un hermano pequeño y ejercía a menudo de niñera paseándolo en su cochecito por las calles de Intramuros, acompañada por Pachucho y Tagu mientras los dos pájaros sobrevolaban sus cabezas.

Ese día estaban de celebración: Pepe cumplía años.

—Mirad a mi nieto —declaró orgulloso—. ¡Es el nene más guapo y simpático de todo Manila! —A lo que el bebé hizo honor, dedicándole una sonrisa encantadoramente desdentada.

—Ajóóó… —susurró Narciso acariciándole la barbilla—. ¿Tal vez de mayor quieras ser periodista como tu tío de Castellón?

—O misionero como su tío abuelo Faustino —propuso el apostolino.

Francisco se reunió con ellos después de atender a su último paciente.

—Será lo que él quiera, pero seguramente médico como su padre… —opinó con un guiño.

—Os recuerdo que, con las aventuras y los sobresaltos de los últimos meses, este angelito nuestro sigue sin recibir el sacramento del bautismo —dijo Faustino levantando al niño en el aire—. ¡Elegid una fecha y lo organizamos en San Apóstol!

—¿Tal vez el próximo domingo? —sugirió Carmen mirando a Francisco—. Habíamos pensado en algo íntimo, ¿verdad, mi amor?

—¡Estoy de acuerdo, el domingo será perfecto!

—¡Pues que los padrinos se vayan preparando, porque el próximo domingo nos vamos de bautizo y el abuelo pagará el convite!

Cualquier excusa es buena para festejar y celebrar una fiesta —exclamó José María, orgulloso.

—¡Anda! Pensaba que eras ateo… ¡Por fin podré verte en misa! —Rio el apostolino.

—Bueno, amigo mío, ya sabes lo que dice el refrán: «Lo cortés no quita lo valiente».

Durante la sobremesa, dos marineros de La Soberana del Pacífico llamaron a la campanilla de la casa del número 6 de la calle Palacio. Tras ellos apareció triunfante, con su ancha sonrisa y vestido de impecable uniforme, el capitán Domingo Piélago Delamer. Maya subió las escaleras ligera como una gacela para anunciar la gran noticia y Wang sacó la cabeza de la cocina al oír el alboroto. «¡Ha vuelto Napoleón!», pensó.

—¡Domingo! ¿Está aquí? —exclamó Milagros, que, incapaz de disimular la emoción, no podía controlar el repiqueteo de su taza de café.

—¡Menuda sorpresa! —dijo José María guiñando un ojo a Gredilla. El doctor correspondió con una sonrisa cómplice.

Carmen descubrió el gesto entre ellos.

—¡Papá, vosotros lo sabíais!

—Lo confesamos… Escribió varios telegramas informando de su llegada, pero ¡en nuestra defensa debéis saber que nos pidió guardar el más estricto secreto!

—Una defensa con poco fundamento ante un tribunal… —reflexionó Carmen, testigo principal y participe de los sentimientos que experimentó su tía por la ausencia de noticias durante tantos meses: enfado, tristeza, desconsuelo, incertidumbre… Supo de inmediato, al ver la expresión de felicidad en su rostro, que esas aflicciones se habían desvanecido.

El grupo se puso en pie al verlo llegar. Con su presencia imponente, hizo un sutil movimiento de la mano y dejó pasar primero a sus subordinados, que depositaron como por arte de magia dos pesados baúles en el centro del salón, se cuadraron frente a su público y desaparecieron justo después por donde habían llegado.

Tras los abrazos y las palmadas en la espalda de franca camaradería entre los caballeros, el capitán se acercó a Carmen y realizó con respeto y cortesía su besamanos tradicional. Dejó estratégicamente para el final a su mademoiselle, mostrando en sus ojos el profundo sentimiento de emoción que le embargaba. Ella temblaba como una hoja y el tiempo se detuvo.

Salvador los despertó del encantamiento interesándose por la salud de su madre.

—Al marcharme del monte Saint-Michel había mejorado notablemente y hoy ya está prácticamente recuperada de su enfermedad.

Carmen le puso a Miguel en los brazos.

—¡Qué guapo! Estoy seguro de que le será fácil navegar por el oleaje de la vida —exclamó utilizando esa simpática analogía marinera mientras le ponía su gorra de capitán en la cabeza.

—Y ¿qué misterios guardan esos baúles? —preguntó Narciso con su proverbial curiosidad.

—¡Ahí dentro llegan cuidadosamente embalados el champán para festejar el nacimiento de Miguel, el famoso vino quinado Sanson, los tintos españoles y franceses, los puros habanos, las cajas de galletas normandas y los famosos suspiros asturianos La Triunfante! ¡Hasta un jamón! Traía dos, pero le hice una visita a nuestro querido amigo James Fish-Altozano cuando atracamos en Colombo y le obsequié con uno… Debía cumplir una promesa importante.

—Desde que te fuiste, han pasado muchas cosas, y en estos días tendremos tiempo de ponerte al corriente. ¿Cuánto tiempo piensas quedarte entre nosotros? —quiso saber Javier.

—Antes de venir, expresé a la Compañía Española de Ultramar el deseo de asumir nuevas responsabilidades en tierra firme. Y, aunque todavía no es oficial…, dentro de poco seré nombrado su representante permanente en este archipiélago.

—¿Quieres decir que te quedarás en Manila? —Milagros no podía creer lo que estaba escuchando.

—¡Sí! Y espero poder contar con vuestra ayuda para encontrar una casa a prueba de terremotos.

Javier y la tía Mili sostenían orgullosos a su ahijado sobre la pila bautismal de la iglesia de San Apóstol. El pequeño Miguel Soldevila Pérez, vestido con su trajecito de cristianar, sonrió durante toda la ceremonia, extrañándose solo un poco cuando Faustino, ataviado con la casulla blanca, derramó tres veces el agua bendita sobre su cabecita mientras pronunciaba la formula del bautismo en latín: «*… ut baptizarent in nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti. Amen*». Y después lo ungió con el crisma en la coronilla.

Todos estaban allí.

A la salida los esperaba el fotógrafo Francisco van Camp con su ayudante para inmortalizar el gran día.

—Por favor, damas, caballeros, jóvenes y pájaros… ¡No parpadeen! Pónganse más juntos… ¡Sonrían y miren a la cámara! Así, muy bien. A la de una, dos y tres…

En la fotografía aparecían como una gran familia, con Miguel en el centro de la imagen, en brazos de su madre. Enviaron el mismo retrato a Esperanza y otro para su amiga Hortensia.

Milagros y Domingo paseaban por las calles bordeando las antiguas murallas.

—¿Cuánto me has echado de menos, mademoiselle? Me gustaría oírtelo decir…

—Solo un poquito —respondió ella coqueteando, asida afectuosamente a su brazo.

—No te creo, sé que has pensado en lo nuestro tanto como yo.

—Quiero preguntarte algo primero.

—¿De qué se trata, amor mío?

—Necesito saber si sientes algo especial por Zaya, la madre de Aisha.

—Entiendo… Sabía que me lo preguntarías algún día. Recuerdo tus ojos desconfiados en El Cetro de Oro —contestó tomando las manos de ella entre las suyas—. Zaya me propuso matrimonio hace años, pero yo le expliqué que no estaba enamorado y que la amistad que compartíamos no era suficiente para unir nuestras vidas. Es una mujer a la que tengo un afecto especial, y la respeto por lo que es: la viuda de mi amigo Abdel, nada más. Puedes estar tranquila.

Mili suspiró aliviada.

—Confieso que soy la mujer más feliz del mundo ahora que has vuelto conmigo.

—Entonces ¿quieres que hablemos del futuro?

Mili recordó la primera vez que subió por la pasarela y a Domingo recibiendo a los pasajeros. En ese momento sintió la primera punzada en el corazón. Después llegaron sus maravillosas citas en el rincón de fumar, en las que aprendieron a conocerse, y las visitas a hurtadillas en su camarote, donde la enseñó a amar… Sí, ¡durante esos largos meses de ausencia había pensado en él todos los días y supo que le quería!

Se sentaron en un banco, a la sombra de un florido flamboyán

real.

—Esta vez tengo un anillo más apropiado que ofrecerte, mademoiselle —dijo sacándolo de su estuche—. Es el que mi madre recibió cuando mi padre le pidió matrimonio, y ahora es para ti.

Doblegó la rodilla frente a su amada.

—¿Quieres casarte conmigo? Quiero que seas mi estrella y la luz que oriente el faro de mi destino, que los dos viajemos en un velero cargado de sueños…

Carmen fue la primera en enterarse. Sabía que Domingo la haría feliz. El capitán renunciaba a surcar los mares para estar a su lado, ¿qué mejor prueba del amor que sentía por ella? ¡Empezarían a preparar la boda!

En cambio, Javier tenía planes de volver a la península. Quería revisar los asuntos del bufete que había dejado en manos de sus socios y liquidar su parte de la empresa. Todos estaban de acuerdo en que lo mejor sería vender la casa familiar y la finca rústica con novecientos acres de terreno muy fértil que heredaron de Luzgarda, su madre. La idea de vivir definitivamente en Filipinas se gestó con el nacimiento de Miguel. Una nueva vida, una nueva tierra y un nuevo futuro.

Narciso lo acompañaría en el viaje. Sentía muchos deseos de abrazar a sus padres. Además, tenía que reunirse con el director de su periódico para tratar en persona la proposición que le había planteado en la última carta: permanecer en Manila como reportero a distancia, con el añadido de un ventajoso aumento de sueldo.

—¡Una noticia que hay que celebrar! —exclamó Javier, orgulloso del éxito de su amigo—. ¡Reportero a distancia! Verás qué alegría se llevará Faustino al enterarse. Partiremos juntos dentro de un mes y regresaremos lo antes posible, en cuanto solucionemos nuestros respectivos compromisos —aseguró—. Esta semana compraremos

los pasajes.

Carmen habló de la idea que desde hacía tiempo le rondaba en la cabeza.

—Francisco, cariño, ¿qué te parecería si escribiéramos a tu madre invitándola a pasar una temporada con nosotros? —dijo tanteándose el lunar. Se imaginaba a su hijo feliz entre los brazos de su abuela—. De este modo no viajaría sola, podría venir acompañada por Javier y Narciso.

—¡Es una propuesta excelente, Marisabidilla! Sería la oportunidad perfecta. Esta tarde le enviaremos un telegrama.

La mañana del sábado 3 de noviembre de 1888, justo un año después de conocerse a bordo de La Soberana del Pacífico, don Domingo Piélago Delamer y la señorita Milagros de Lara se daban el «sí, quiero» en la iglesia de San Apostol.

Más tarde, en el salón de la calle Palacio número 6, se descorchaba una botella tras otra.

Mili, bellísima vestida de novia, recibía los halagos, las enhorabuenas y los deseos de dicha y felicidad en su nueva vida de recién casada, con un pequeño en brazos de cabello rubio ensortijado y ojos muy azules, entretenido en jugar con las puntillas de su velo.

Miguel daba sus primeros pasos por el salón, bajo la atenta mirada de su abuela Esperanza, y Carmen ofrecía a su padre una copa llena de burbujeante champán. Observaba a Francisco y Salvador, apoyados en el piano, que departían sobre algún tema médico que solo ellos comprendían.

—¡Por los novios! —Alzó emocionado su copa José María, junto a su amigo Faustino.

Apanaya, sentada en las rodillas de Cañamón, lucía satisfecha su

embarazo. Dali les había anunciado que sería una niña y que heredaría los ojos bicolor de su madre y el intrépido carácter de su padre.

Mami Tari, feliz, apuraba de pie su copa junto a Mindana.

—¡Que vivan los novios! —exclamó de nuevo el hermano Peñascal, haciendo coro con el padre Santiago. Javier y Narciso servían la tarta nupcial.

Vestidos con sus mejores galas, Tagubanua, Pachucho y Dalisay eran la viva estampa de la hermosa juventud filipina y comentaban felices que, la noche anterior, la tatara Lolay se les había aparecido en sueños y su rostro había recuperado la serenidad de antaño.

Pi y Quijote, posados sobre el marco de la ventana, miraban con orgullo a sus humanos.

Agradecimientos

Muchas gracias a Daniel, mi marido, por todos los miles de kilómetros que hemos recorrido juntos, y también por separado, en este ancho mundo.

Gracias a mi tía Chelo, desde el fondo del corazón y con todo mi afecto.

Gracias a mi primo Fernando, el gran explorador de nuestra genealogía familiar, con quien comparto la curiosidad y todas las ganas de saber. Eres un fenómeno.

Gracias a José María por su apoyo constante, por su paciente escucha, por leerme, por darme su opinión sincera, por ser buen amigo y, por supuesto, una persona extraordinaria.

Gracias a mi amiga Adela por formar parte, por su sentido del humor optimista y excepcional, porque con su amistad simplemente me alegra la vida.

Gracias a Adriana por su amistad, por las cosas que nos unen y las risas compartidas.

Gracias también a los que, de una forma u otra, me han ayudado brindándome su apoyo, interesándose y preguntándome. Creo que se reconocerán en estas líneas.

Agradezco de corazón la amabilidad de todos los que, sin conocerme cuando me he presentado ante ellos con una consulta,

una búsqueda, la extensión de un préstamo de libros o la indagación de la punta de un hilo del que tirar, me ayudaron con una sonrisa. Ha sido bonito.

También a los que me atendieron a mucha distancia respondiendo mis correos electrónicos y llamadas telefónicas, porque han sido numerosos y han colaborado cada uno a su manera. Da gusto comprobar que siguen existiendo personas tan educadas, amables y de trato exquisito como el suyo.

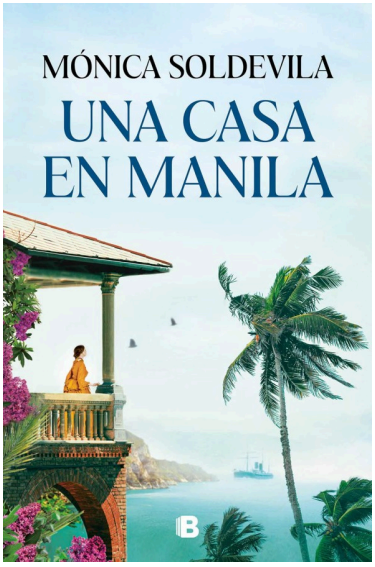
Gracias a Ana Caballero, mi editora, por su entusiasmo, simpatía y profesionalidad. Gracias a Marta Esteve, mi editora técnica, por su trabajo paciente y minucioso. Gracias también a todo el equipo de Ediciones B y Penguin Random House.

Gracias a Claudia Bernaldo de Quirós por su generosa y providencial participación.

Y, por último, mil gracias a Angela Reynolds, mi agente literaria, una mujer inteligente, encantadora e increíblemente perspicaz con la que he recorrido un camino apasionante desde el día en que la conocí y por la que siento una profunda y sincera admiración.

Me siento afortunada.

Un viaje en una tierra lejana y exótica.
Un mundo jamás imaginado.
Una historia sobre la familia, el amor y el poder del destino.



Siglo XIX. Con el corazón dividido entre la esperanza y la incertidumbre, Carmen Pérez de Lara zarpa junto con su familia hacia las Filipinas en busca de su padre, un respetable abogado condenado al destierro por sus ideas revolucionarias. La joven española confía en que en Manila les aguarda un nuevo comienzo; sin embargo, antes tendrán que afrontar una larga travesía llena de aventuras y romances de ultramar.

Desde la palpitante capital hasta los confines más salvajes de la selva, Carmen y su familia explorarán la cara más sorprendente de la colonia. Sobre todo cuando en su camino se cruce Apanaya, una

mujer filipina que no solo les abrirá las puertas de su mundo, sino que también les ayudará a sortear los peligros que sacuden esa tierra indómita.

Con una narrativa envolvente, Mónica Soldevila nos traslada a las últimas décadas de la colonia española en las Filipinas. Una emocionante saga familiar que alberga amor, pasión y grandes aventuras.

Mónica Soldevila (Barcelona, 1969) pasó gran parte de su niñez y juventud en Castellón de la Plana. Viajera empedernida, ha vivido en Brasil, Venezuela, Nigeria y Martinica, aunque en los últimos años ha establecido su residencia en España y Francia.

Ha desarrollado su carrera profesional en el equipo administrativo de distintas compañías extranjeras y en un bufete de abogados, además de en sus propias pequeñas empresas.

En la actualidad sigue disfrutando de viajar, de la familia y sobre todo de leer e imaginar grandes aventuras.

Una casa en Manila es su primera novela, inspirada en la historia de sus antepasados y en su afición inagotable de conocer otros lugares y culturas.



Primera edición: septiembre de 2025

© 2025, Mónica Soldevila
Autora representada por Reynolds Literary
© 2025, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Lidia Vilamajó
Fotografía de portada: composición fotográfica a partir
de las imágenes de © Adina Iftimie / Arcangel, Shutterstock y Alamy

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

En caso de necesidad, contacte con:
seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 978-84-666-8264-0

Compuesto en leerendigital.com

Facebook: penguinebooks
X: @penguinlibros
Instagram: @edicionesb_es
Spotify: penguinlibros
YouTube: penguinlibros
TikTok: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

[1] Mi ciudad adorada, / la que llevo en el corazón. / Qué lejos estás ahora, / Barcelona querida, / qué daría yo / por volver a verte un instante / y pisar tus calles con olor a mar, / ciudad que me dio tanta felicidad, / lugar de mis recuerdos / y de mis primeras ilusiones.

Índice

Una casa en Manila

Primera parte

- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13

Segunda parte

- Capítulo 14
- Capítulo 15
- Capítulo 16

Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Epílogo
Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre Mónica Soldevila
Créditos
Notas